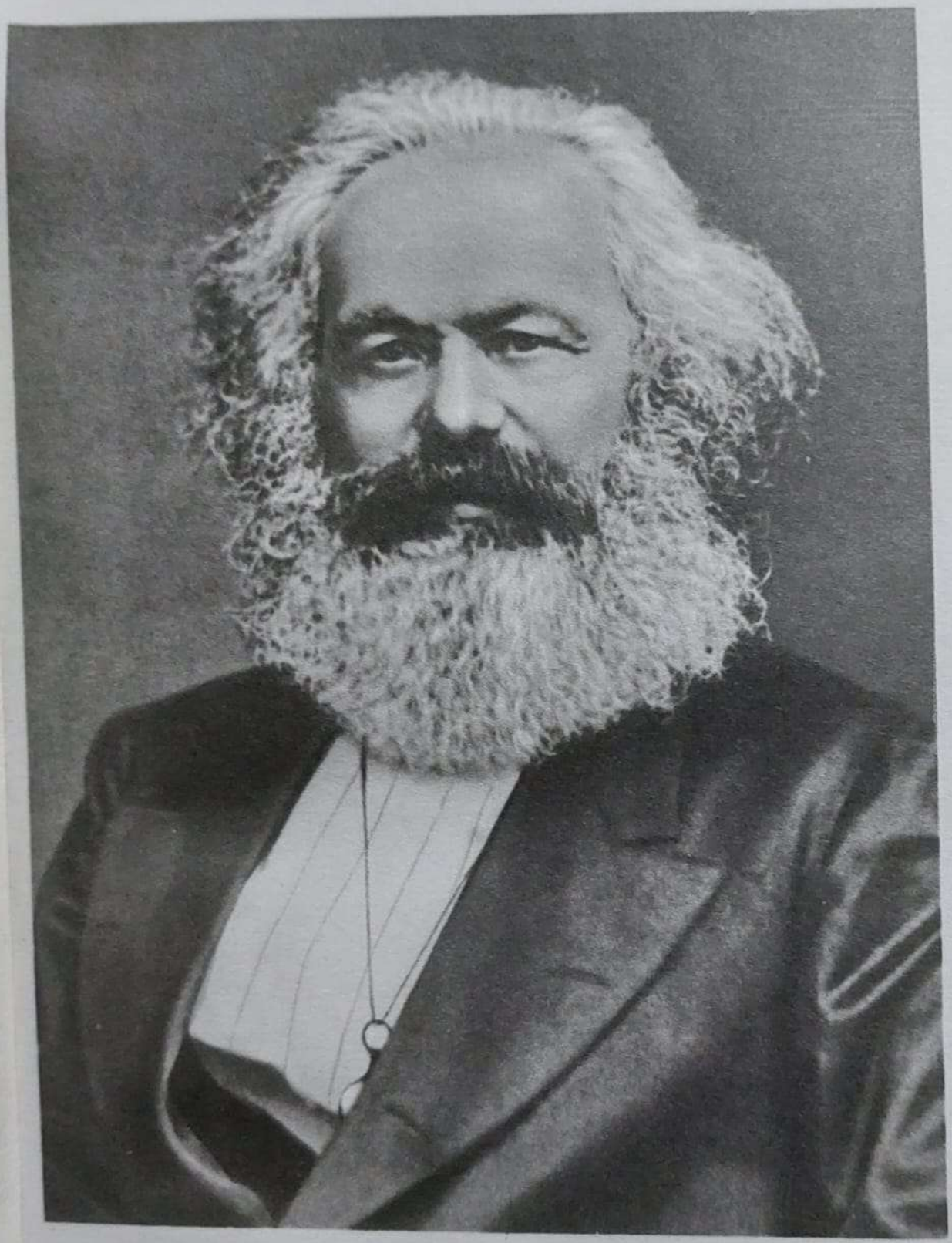
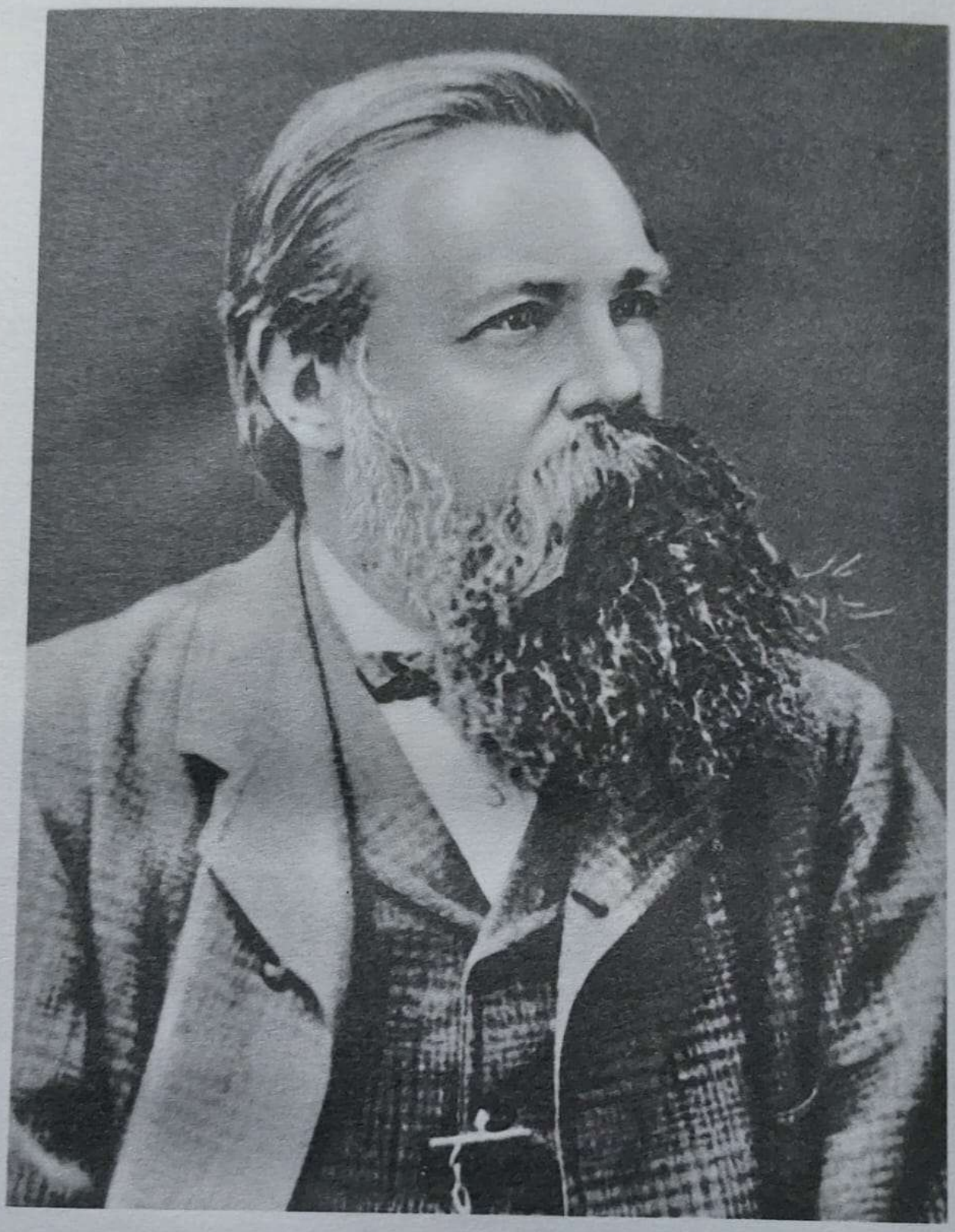
USADO

MARX
ENGELS
LENIN

Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo



Karl Marx



F. Engels

В. Ульянов (Ленин)

INDICE

C. MARX Y F. ENGELS

F. Engels. La consigna de abolición del Estado y los "amigos de la anarquía" alemanes 7

Marx a Engels. 8 de agosto de 1851 12

Engels a Marx. 21 de agosto de 1851 19

Marx a Engels. 20 de junio de 1866 21

Marx a L. Kugelmann. 9 de octubre de 1866 23

Marx a Pablo Lafargue. 19 de abril de 1870 25

Engels a Carlos Cafiero. 1 [3] de julio de 1871 27

F. Engels. Sobre la acción política de la clase obrera 31

C. Marx y F. Engels. De las resoluciones de la Conferencia de delegados de la Asociación Internacional de los Trabajadores. IX. Sobre la acción política de la clase obrera . . 33

Marx a Federico Bolte. 23 de noviembre de 1871 35

Engels a Pablo Lafargue. 30 de diciembre de 1871 39

F. Engels. El Congreso de Sonvillier y la Internacional 41

Engels a Carlos Terzaghi. 14 [15] de enero 1872 49

Engels a Teodoro Cuno. 24 de enero de 1872 51

C. Marx y F. Engels. De la obra "Las pretendidas escisiones en la Internacional" 54

Engels a Luis Pio. 7 de marzo de 1872. 57

Marx a Pablo Lafargue. 21 de marzo de 1872 58

Engels a Carlos Cafiero. 14 de junio de 1872 60

F. Engels. De la circular "El Consejo General a todos los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores" . 62

C. Marx y F. Engels. De las resoluciones del Congreso General celebrado en La Haya 2-7 de septiembre de 1872. I. Resolución relativa a los Estatutos. 65

C. Marx. El Congreso de La Haya. Del discurso pronunciado el 8 de septiembre de 1872 en un mitin celebrado en Amsterdam. Información periodística 66

F. Engels. Del artículo "Los mandatos imperativos en el Congreso de La Haya" 68

F. Engels. De la obra "Contribución al problema de la vivienda" 70

C. Marx. El indiferentismo en materia política 77

F. Engels. De la autoridad 84

C. Marx y F. Engels. Del folleto "La alianza de la democracia socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores" 89

F. Engels. Del artículo "En la Internacional" 107

F. Engels. Los bakuninistas en acción 109

Del prefacio a la recopilación "Artículos sobre temas internacionales del periódico "Volksstaat" (1871-1875)" . . 109

Advertencia preliminar al artículo "Los bakuninistas en acción" 110

Los bakuninistas en acción 112

C. Marx. Acotaciones al libro de Bakunin "El Estado y la anarquía" 132

F. Engels. De una carta a Augusto Bebel. 18-28 de marzo de 1875 139

F. Engels. En Italia 140

F. Engels. Del artículo "Los obreros europeos en 1877" 146

F. Engels. Del folleto "Del socialismo utópico al socialismo científico" 155

Engels a Juan Felipe Becker. 16 de diciembre de 1882 158

F. Engels. Del artículo "Con motivo de la muerte de Carlos Marx" 159

F. Engels. De la obra "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana" 162

F. Engels. Del prefacio a la segunda edición del libro "Contribución al problema de la vivienda" 163

Engels a Max Hildebrand. 22 de octubre de 1889 167

F. Engels. Del artículo "El Congreso de Bruselas y la situación en Europa". (De una carta a P. Lafargue) del 2 de septiembre de 1891 168

Engels a Pablo Iglesias. 26 de marzo de 1894 169

V. I. LENIN

Anarquismo y socialismo 173

Del informe sobre la participación de la socialdemocracia en el Gobierno Provisional revolucionario, pronunciado en el III Congreso del POSDR el 18 de abril (1 de mayo) de 1905 175

Del folleto "Acerca del Gobierno Provisional revolucionario" . . 177

Del folleto "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática" 186

Socialismo y anarquismo 192

Del folleto "La socialdemocracia y los pactos electorales" 196

De los proyectos de resoluciones para el V Congreso del POSDR. 197

Sobre las organizaciones obreras sin partido en relación con la corriente anarcosindicalista en el seno del proletariado 197

Carta a A. Lunacharski 199

Del prólogo al folleto de Voinov (A. V. Lunacharski) sobre la actitud del partido ante los sindicatos 201

Del artículo "Marxismo y revisionismo" 204

Del artículo "Apreciación de la revolución rusa" 206

Del artículo "El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia" 208

Del artículo "Una caricatura del bolchevismo" 212

Del artículo "Actitud del partido obrero ante la religión" . . . 217

Del artículo "La fracción de los partidarios del otzovismo y de los constructores de Dios" 223

Las divergencias en el movimiento obrero europeo 230

Del artículo "Augusto Bebel" 236

Del artículo "Cómo aniquila V. Zasúlich el liquidacionismo" . . . 239

Del manifiesto del CC del POSDR "La guerra y la socialdemocracia de Rusia" 243

Del folleto "El socialismo y la guerra" 245

De la carta "Las tareas de la oposición en Francia (Carta al camarada Safárov)" 246

Del artículo "La Internacional de la juventud" 247

De las "Cartas desde lejos" 249

De las "Cartas sobre táctica" 251

Del folleto "Las tareas del proletariado en nuestra revolución (Proyecto de denominación del partido proletario)" . . . 254

Del libro "El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución" . . 259

Del artículo "Las tareas inmediatas del Poder soviético" . . . 277

Observaciones al proyecto de "Reglamento para la administración de las empresas nacionalizadas" 282

Sobre el saneamiento del transporte ferroviario. Proyecto de disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo 283

Carta a Sylvia Pankhurst. 28 de agosto de 1919 284

Del discurso pronunciado en la sesión solemne del Soviet de Moscú, consagrada al I aniversario de la III Internacional el 6 de marzo de 1920 291

Del libro "La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo" 295

De las "Tesis sobre las tareas fundamentales del II Congreso de la Internacional Comunista" 307

Del artículo "La crisis en el partido" 310

Del informe sobre el papel y las tareas de los sindicatos, pronunciado en la reunión del grupo comunista del II Congreso de Mineros de toda Rusia el 23 de enero de 1921 312

Del folleto "Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores de Trotski y Bujarin" 315

Proyecto inicial de resolución del X Congreso del PC de Rusia sobre la desviación sindicalista y anarquista en nuestro partido. 317

Informe sobre la unidad del partido y la desviación anarcosindicalista en el X Congreso del PC(b)R. 16 de marzo . . . 321

De la "Carta a los comunistas alemanes". 330

Epílogo 332

Notas 353

Indice de nombres 389

Indice de materias 409

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le da usted a conocer su opinión acerca de la traducción del libro que le ofrecemos, así como de su presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 21. Moscú.
URSS

¡Proletarios de todos los países, uníos!

C. Marx
F. Engels
V. I. Lenin

Acerca del anarquismo y el anarcosindicalismo

Editorial Progreso
Moscú

К. Маркс и Ф. Энгельс.
В. И. Ленин

ОБ АНАРХИЗМЕ И АНАРХО-СИНДИКАЛИЗМЕ

На испанском языке

© Traducción al español Editorial Progreso, 1976

Impreso en la URSS

М-Э-Л $\frac{10101-025}{014(01)-76}$ –170–76

C. MARX

y

F. ENGELS

F. Engels

LA CONSIGNA DE ABOLICION DEL ESTADO Y LOS "AMIGOS DE LA ANARQUIA" ALEMANES[1]

"La abolición del Estado tiene para los comunistas el único sentido de que es un resultado necesario de la abolición de las clases, junto con las cuales desaparece por sí sola la necesidad de la fuerza organizada de una clase para tener subordinadas a las demás. En los países *burgueses*, la abolición del Estado significa rebajar el nivel del poder del Estado al nivel que tiene en América del Norte. Allí, las contradicciones de clase no han alcanzado aún pleno desarrollo; las colisiones entre las clases son veladas cada vez por el reflujo de la excesiva población proletaria a Occidente; la ingerencia del poder del Estado, reducido al mínimo en Oriente, está ausente por completo en Occidente. En los países *feudales*, la abolición del Estado significa la supresión del feudalismo y el establecimiento de un Estado burgués corriente. En *Alemania*, tras la consigna de abolición del Estado se oculta o la huida cobarde ante las luchas inmediatas, o la exageración charlatanesca de la libertad *burguesa* hasta la autonomía y la independencia absolutas de *cada individuo*, o, por último, la indiferencia del burgués ante toda forma de Estado con tal de que no frene el desarrollo de los intereses burgueses. Y si esta abolición del Estado "en el sentido supremo" es predicada de forma tan absurda, la culpa no es, naturalmente, de los Stirner y los Faucher berlineses. *La plus belle fille de France ne peut donner que ce qu'elle a**" (*Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, N. 4, pág. 58[2]).

* La más bella joven de Francia sólo puede dar lo que tiene. *(N. de la Edit.)*

Entretanto, la abolición del Estado, *la anarquía*, se ha convertido en Alemania en una palabra de moda. Los contados discípulos alemanes de Proudhon[3], la "alta" democracia berlinesa e incluso las olvidadas "mentes preclaras de la nación" del Parlamento de Stuttgart y de la Regencia imperial[4], todos ellos, cada uno a su manera, han asimilado esta expresión, terrible en apariencia.

Todas esas fracciones son unánimes en el afán de conservar *la sociedad burguesa* existente. Pero, al defender la sociedad burguesa, defienden también ineluctablemente la dominación de la burguesía, y en Alemania incluso la conquista de la dominación por la burguesía; se diferencian de los verdaderos representantes de la burguesía sólo por la forma insólita, la cual crea la apariencia de que "van más ejos que nadie", de que son "los más avanzados". Esta apariencia se disipó en todas las colisiones de la vida práctica; ante la anarquía *auténtica* de las crisis revolucionarias, cuando las masas [y el poder del Estado] recurrieron entre sí a la "fuerza bruta", estos representantes de la anarquía hicieron en cada ocasión todo lo posible para contener la anarquía. El contenido de esta cacareada "anarquía" se redujo, en fin de cuentas, a lo que en países más desarrollados se expresa con la palabra "orden". Los "amigos de la anarquía" en Alemania se encuentran en completa *entente cordiale* con los "amigos del orden" en Francia.

En la medida en que los amigos de la anarquía no dependen de los franceses Proudhon y Girardin, en la medida en que su mentalidad es de origen germano, tienen, todos ellos, un venero común: *Stirner*. En general, el período de descomposición de la filosofía alemana dio al partido democrático de Alemania la mayor parte de sus frases comunes. Las ideas y las frases de los últimos eruditos alemanes, especialmente de Feuerbach y Stirner, penetraron bastante aguadas, ya antes de febrero[5], en la conciencia literaria ordinaria y en la literatura periodística, las cuales, a su vez, sirvieron de fuente principal a los líderes demócratas de después de marzo[6]. La prédica de Stirner sobre la sociedad sin Estado ha sido especialmente beneficiosa para dar a la anarquía a lo Proudhon y a la abolición del Estado a lo Girardin la "bendición suprema" de la filosofía alemana.

Es cierto que el libro de Stirner *El Unico y su propiedad* ha sido olvidado; pero su modo de pensar, y en particular su crítica del Estado, emerge de nuevo en los amigos de la anarquía. Aunque hemos estudiado ya antes las fuentes literarias de estos señores en la medida en que son de origen francés[7], para analizar sus fuentes alemanas deberemos sumergirnos una vez más en las profundidades de la filosofía alemana antediluviana. Si no hay más remedio que ocuparse de la polémica alemana cotidiana, siempre es más agradable tratar con los fundadores de una u otra concepción que con los revendedores de mercancías sin salida.

¡Oh, musas, ensilladme de nuevo a Hipógrifo
Para volar al viejo país romántico![8]

Antes de hablar del propio libro de Stirner, ya mencionado, deberemos trasladarnos al "viejo país romántico" y a los tiempos olvidados en que este libro vio la luz. Mientras que la burguesía prusiana, aprovechándose de las dificultades financieras del gobierno, empezaba a conquistar el poder político, en ese mismo momento, al lado del movimiento constitucional burgués, fue ampliándose de día en día el movimiento comunista entre el proletariado. Los elementos burgueses de la sociedad, que necesitaban aún el apoyo del proletariado para lograr sus propios fines, se vieron obligados en todas partes a hacerse pasar por partidarios de cualquier variedad del socialismo; el partido conservador y feudal tuvo también que hacer promesas al proletariado. A la par con la lucha del burgués y del campesino contra la nobleza feudal y la burocracia, la lucha de los proletarios contra el burgués; y, entre ellos, toda una serie de grupos socialistas intermedios que abarcan todas las variedades de socialismo: el socialismo reaccionario, el socialismo pequeñoburgués, el socialismo burgués. Y toda esta lucha, todas estas aspiraciones, se veían aplastadas, no podían manifestarse por la opresión de la violencia reinante, la censura, la prohibición de asociaciones y de reuniones. Tal era la situación de los partidos cuando la filosofía alemana festejaba sus mezquinos triunfos postreros.

La censura obligó desde el primer momento a todos los elementos un tanto indeseables a elegir el modo de expre-

sión más abstracto posible; este modo de expresión lo proporcionaba la tradición filosófica alemana, que había llegado precisamente entonces a la completa descomposición de la escuela hegeliana. La lucha contra la religión continuaba todavía. Cuanto más difícil resultaba sostener en la prensa la lucha política contra el poder existente, con tanto mayor celo se hacía bajo la forma de lucha religiosa y filosófica. La filosofía alemana, en su aspecto más diluido, pasó a ser patrimonio común de los "instruidos", y cuanto más se convertía en patrimonio común, tanto más desleídas, incoherentes e insípidas se hacían las opiniones de los filósofos y tanto mayor era el prestigio que esta confusión e insipidez les creaban entre el público "instruido".

El embrollo existente en las cabezas de los "instruidos" era espantoso y cada día mayor. Se trataba de una verdadera mezcolanza de ideas de origen alemán, francés, inglés, antiguo, medieval y moderno. La confusión era tanto mayor por cuanto todas las ideas se tomaban sólo de segunda, tercera y cuarta mano, debido a lo cual circulaban tan desfiguradas que era imposible reconocerlas. Compartían esta suerte no sólo los pensamientos de los liberales y socialistas franceses e ingleses, sino incluso las ideas de los alemanes, como Hegel, por ejemplo. Toda la literatura de aquellos tiempos —en particular, como vemos, el libro de Stirner— brinda innumerables testimonios de ello, y la literatura alemana contemporánea padece hasta ahora fuertemente las consecuencias de todo eso.

Con esta confusión, las ficticias batallas filosóficas pasaban por un reflejo de batallas verdaderas. Cada "nuevo viraje" en filosofía atraía la atención general de los "instruidos", que en Alemania se componen de incontables cabezas ociosas, candidatos a cargos de jueces y profesores, teólogos frustrados, médicos y literatos dedicados a otros menesteres, etc. Para esa gente, cada "nuevo viraje" significaba la superación y la liquidación definitiva de un peldaño determinado del desarrollo histórico. Bastaba, por ejemplo, con que un filósofo hiciera cualquier crítica del liberalismo burgués para que este último fuese considerado ya muerto, suprimido del desarrollo histórico y destruido también en la práctica. Lo mismo ocurría con el republicanismo, el socialismo, etc. Hasta qué punto habían sido efectivamente "destruidos", "superados" y "liquidados" estos peldaños del desarrollo se descubrió más tarde, durante la revolución, cuando pasaron a desempeñar el papel principal, mientras que se dio ya al olvido a sus destructores filosóficos.

La confusión de las formas y del contenido, la vulgaridad altanera y el absurdo grandilocuente, la trivialidad indescriptible y la miseria dialéctica, peculiares de esta filosofía alemana en su última fase, superan todo lo aparecido en cualquier momento en este terreno. Sólo puede compararse con ello la credulidad de la gente que toma en serio todo eso y lo considera la última novedad, "algo nunca visto". La nación alemana, tan "fundamental"...*

Escrito por F. Engels en octubre de 1850.
Publicado por vez primera en 1927, en el N° 6 de la revista "Pod Známenem Marxisma".

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito.
Traducido del alemán.

* Aquí se interrumpe el manuscrito. *(N. de la Edit.)*

MARX A ENGELS

MANCHESTER

[Londres], 8 de agosto de 1851

... Pasemos a la *Idea general de la revolución en el siglo XIX*, de P. J. Proudhon[9]. Cuando te escribí la primera vez acerca de este libro sólo había leído extractos de él y, además, frecuentemente desfigurados. Ahora puedo enviarte σκελετον*, unas observaciones previas. Son brillantes en este libro los ataques a Rousseau, Robespierre, la "Montaña"[10], etc. La fuerza del desarrollo auténtico, dicho sea con palabras del inmortal Ruge, se produce de la siguiente manera:

I estudio. La reacción condujo únicamente al desarrollo de la revolución.

II estudio. ¿Existen razones suficientes para la revolución en el siglo XIX?

La revolución de 1789 derribó el viejo régimen. Pero se olvidó de crear la nueva sociedad o de hacer nueva la sociedad. Sólo pensó en la política, en vez de pensar en la economía política. En la actualidad predomina la "anarquía de las fuerzas económicas", y de ahí la "tendencia de la sociedad a la miseria". Esto se manifiesta en la división del trabajo, en la maquinaria, en la competencia, en el sistema de crédito. Aumento del pauperismo y de la delincuencia. Más adelante: el Estado (*l'état*) se hizo cada vez más grande; se adjudicó todos los atributos de lo absoluto; su independencia y su poderío aumentaron más y más. Crecimiento de la deuda pública. El Estado defiende la riqueza contra la pobreza. Corrupción. El Estado somete a la sociedad.

* Osamenta. *(N. de la Edit.)*

Existe la necesidad de una nueva revolución. La tarea de la rèvolución consiste en cambiar, en enderezar la mala tendencia de la sociedad. La propia sociedad no debe ser tocada. No puede ni hablarse de su reconstitución arbitraria.

III estudio. Del principio de asociación.

La asociación es un dogma, y no una fuerza económica. A diferencia de la división del trabajo, del comercio, del intercambio, etc., la asociación no es algo orgánico y productivo. No hay que confundir la asociación con la fuerza colectiva. La fuerza colectiva es un acto impersonal, la asociación es un compromiso voluntario. La asociación es estéril por naturaleza, incluso perjudicial, ya que constituye una traba para la libertad del trabajador. Se ha atribuido al *contrato de sociedad* la eficacia inherente sólo a la división del trabajo, al intercambio, a la fuerza colectiva. Cuando se fundan asociaciones para realizar grandes obras, el éxito no se explica por el *principio* de asociación, sino por sus *medios*. Se someten a la asociación sólo cuando ésta proporciona una indemnización suficiente. La asociación productiva es de utilidad únicamente para el asociado débil o perezoso. Es solidaridad y responsabilidad común con respecto a terceras personas. En general, la asociación es aplicable sólo en condiciones especiales, dependientes de sus medios. La asociación formada en virtud de lazos familiares y de la ley del sacrificio y al margen de toda consideración económica exterior, la asociación por la asociación, es un acto de pura religión, un vínculo sobrenatural sin valor positivo, un mito. No hay que confundir la asociación con las relaciones nuevas que se propone fomentar la reciprocidad entre los productores y los consumidores. La asociación nivela a los contratantes, subordina su libertad al deber social, los despersonaliza.

IV estudio. Del principio de autoridad.

La idea gubernamental nació de las costumbres de familia y de la experiencia doméstica. La democracia es el último término de la evolución gubernamental. La idea del gobierno es opuesta a la idea del contrato. El lema auténticamente revolucionario es: ¡Ningún gobierno! La *autoridad absoluta* se verá obligada al poco tiempo a negarse y limi-

tarse a sí misma por medio de *leyes* e *instituciones*. Las leyes, expresión exterior de intereses, son tan innumerables como estos mismos intereses. Tienen la tendencia a lo malo infinito. Las leyes son grilletes que nos ponen desde fuera. *Monarquía constitucional*. Absurda ambigüedad. *Sufragio universal*. La intuición adivinatoria de la multitud es un absurdo. ¡Me son tan innecesarios los mandatarios como los representantes! Las elecciones, el voto, incluso unánime, no resuelven nada. Si se juzgara por el sufragio universal, Bonaparte sería el hombre más idóneo, etc. *La democracia pura o el gobierno directo* —esta invención de Rittinghausen, Considérant, Ledru-Rollin— conduce a lo imposible y a lo absurdo. En esta idea del Estado, llevada al extremo, se revela toda su absurdidad.

U estudio. Liquidación social.

1. *Banco Nacional*. Se decreta la liquidación del Banco Francés. No se declara Banco del Estado, no, sino "establecimiento de utilidad pública". Los intereses serán rebajados al 1/2% o al 1/4%.

2. *Deuda pública*. Gracias a la medida indicada, los capitales particulares pierden la posibilidad de dedicarse a la industria del descuento; tienden hacia la Bolsa, el Estado les paga sólo el 1/2% o el 1/4% y con ello desaparece el interés por los intereses. En lugar de intereses, el Estado paga anualidades, es decir, reembolsa en cuotas anuales el capital que se le ha prestado. O dicho con otras palabras: se decreta que los intereses que abona el Estado a los acreedores por el empréstito se asienten en su cuenta, en deducción del principal, a título de anualidades.

3. *Deudas hipotecarias. Obligaciones simples*. "Los intereses de todos los créditos, hipotecas, quirografarios y acciones en comandita son fijados en el 1/4 o el 1/2%. Los reembolsos podrán ser exigidos únicamente por anualidades. La anualidad para todas las sumas inferiores a 2.000 francos será del 10%; para las sumas superiores a 2.000 francos, del 5%. Para facilitar el reembolso de los créditos y suplir la función de los antiguos prestadores, una sección de las oficinas del Banco Nacional de Descuentos se transformará en Banco Agrícola: el máximo de sus adelantos será de 500 millones al año".

4. *Propiedad inmobiliaria: Edificios*. Decreto: "Todo pago efectuado a título de alquiler será cargado a *cuenta del rescate de la propiedad*, cuyo valor se estima en veinte veces el precio del alquiler. Con cada pago efectuado en el término debido, el inquilino adquirirá una parte proporcional e indivisible en la casa que habita y en la totalidad de las construcciones explotadas en alquiler y que sirven de morada a los ciudadanos. La propiedad así rescatada pasará paulatinamente a depender de la administración comunal, la cual, por el hecho del rescate, tendrá hipoteca y privilegio de primer orden, en nombre de la masa de inquilinos, y les garantizará a todos el domicilio a perpetuidad al precio de coste del edificio. Las comunas podrán tratar con los propietarios acerca de la liquidación y el rescate inmediato de las propiedades entregadas en arriendo. En este caso, y a fin de que la generación actual goce de la reducción de los alquileres, dichas comunas podrán disminuir inmediatamente los alquileres de las casas de que hayan tratado, de manera que la amortización se opere solamente en treinta años. Para las reparaciones, la administración y el entretenimiento de los edificios, así como para las construcciones nuevas, las comunas tratarán con las compañías de albañilería o con las asociaciones de obreros de la construcción, de acuerdo con los principios y las reglas del nuevo contrato social. Los propietarios que ocupen solos sus casas conservarán la propiedad durante todo el tiempo que consideren útil para sus intereses".

5. *Propiedad agraria*. "Todo pago de renta por la explotación de un inmueble adjudicará al arrendatario una parte de propiedad de éste y significará para él hipoteca. La propiedad rescatada por entero pasará a depender inmediatamente de la comuna, la cual sucederá al antiguo propietario y compartirá con el arrendatario el derecho formal de propiedad y el producto neto. Las comunas podrán tratar con los propietarios que lo deseen para el reembolso de las rentas y el rescate inmediato de las propiedades. En este caso se asegurará, con la diligencia de las comunas, la instalación de los cultivadores y la delimitación de las posesiones, cuidando de compensar en la medida de lo posible la extensión superficial con la calidad de los fundos

y de hacer que la renta sea proporcional al producto. En cuanto la propiedad agraria sea rescatada íntegramente, todas las comunas de la República deberán ponerse de acuerdo para igualar entre ellas las diferencias de calidad de los terrenos, así como los accidentes del cultivo. La parte de renta a que tienen derecho sobre las fracciones de sus territorios respectivos servirá para esta compensación y seguro general. A partir de la misma época, los antiguos propietarios que, explotando por sí mismos sus propiedades, hayan conservado su título, serán asimilados a los nuevos, sometidos a la misma renta e investidos de los mismos derechos de manera que la casualidad de las localidades y de las sucesiones no favorezca a nadie y que las condiciones de cultivo sean iguales para todos. Será abolido el impuesto agrícola. La policía agrícola pasa a los consejos municipales".

VI estudio. Organización de las fuerzas económicas.

1. Crédito. El Banco Nacional antes mencionado y sus sucursales. Retirada paulatina de la circulación del oro y la plata. Sustitución de éstos con papel moneda. En cuanto al *crédito personal,* debe encontrar su ejercicio en las compañías obreras y las sociedades agrícolas e industriales.

2. Propiedad. Véase más arriba las anotaciones sobre la "Propiedad agraria". En las condiciones mencionadas anteriormente, se puede permitir al propietario, sin la menor inquietud, vender, transferir, alienar y hacer circular a voluntad la propiedad... Con las facilidades del reembolso por anualidades, el valor del inmueble puede ser indefinidamente repartido, cambiado y sufrir todas las mutaciones imaginables, sin que el inmueble sea afectado jamás. El trabajo agrícola rechaza la forma societaria.

3. División del trabajo, fuerzas colectivas, máquinas. Compañías obreras. Toda industria, explotación o empresa que por su naturaleza exija el empleo combinado de un gran número de obreros de especialidades diferentes está destinada a ser el foco de una sociedad o compañía de trabajadores. Pero donde el producto pueda ser obtenido sin el concurso de facultades especiales, por la acción de un individuo o de una familia, no hay lugar para la asociación. Así, pues, ninguna asociación en pequeños talleres, en

oficios, en zapaterías, en sastrerías, etc., en comercios, etc. Asociación en la *gran industria.* Aquí, por consiguiente, *compañías obreras.* Todo individuo empleado en la asociación tiene un derecho indivisible a la propiedad de la compañía; tiene el derecho de desempeñar sucesivamente todas las funciones; ...su educación, su instrucción y su aprendizaje... deben ser dirigidos de tal modo que, obligándoles a soportar su parte de los trabajos repugnantes y penosos, les hagan recorrer una serie de trabajos y de conocimientos y les aseguren, en la época de la madurez, una aptitud enciclopédica y un ingreso suficiente; las funciones son electivas, y los reglamentos, sometidos a la aprobación de los asociados; el salario es proporcional a la naturaleza de la función, a la importancia del talento y al grado de responsabilidad; todo asociado participa en los beneficios y en las cargas de la compañía en proporción a sus servicios; cada cual es libre de abandonar la sociedad por propia voluntad, ...hacer arreglar sus cuentas y liquidar sus derechos; recíprocamente, la compañía es dueña de admitir en todo momento nuevos miembros... Tal es la solución de los dos problemas: el de la fuerza colectiva y el de la división del trabajo... Durante el período de transición, los dirigentes de estas empresas son los fabricantes, etc.

4. Constitución del valor: organización del comercio barato. Adopción de medidas contra la carestía de la mercancía y la arbitrariedad de los precios. El *precio justo* representa con exactitud: a) el importe de los gastos de producción según la media oficial de los productores libres; b) el salario del comerciante o la indemnización de la ventaja de que se priva el vendedor al deshacerse del objeto. Para incitar a ello al comerciante debe dársele una garantía. Esta puede existir de numerosas maneras: o bien los consumidores que desean gozar del precio justo, y que son al mismo tiempo productores, se comprometen a su vez a proporcionar al comerciante, en condiciones iguales, sus propios productos, como se practica entre las diferentes asociaciones obreras parisienses; o bien dichos consumidores se limitan ...a asegurar al vendedor una prima, ... o bien aún una venta bastante considerable para garantizarle un ingreso... Por ejemplo, el Estado, en nombre de los intereses que repre-

senta provisionalmente; los departamentos y las comunas, en nombre de sus habitantes respectivos, deseando asegurar a todos el precio justo y la buena calidad de los productos y de los servicios, . . .proponen garantizar a los empresarios que ofrezcan las condiciones más ventajosas, bien un interés por los capitales y el material invertidos en sus empresas, bien un sueldo fijo, o bien, si hay lugar a ello, una cantidad suficiente de pedidos. Los contratistas se comprometen, a su vez, a suministrar los productos y servicios a que se han comprometido, a cualquier petición de los consumidores. Por lo demás, se conserva plena libertad para la competencia. Deben indicar los elementos de sus precios, el modo de las remesas, la duración de sus contratas y sus medios de ejecución. Las licitaciones serán depositadas, en sobre cerrado, en los plazos prescritos y, después, abiertas y publicadas, según la importancia de los contratos 8 días, 15 días, un mes o tres meses antes de la adjudicación.

5. Comercio exterior. En cuanto sean reducidos los intereses habrá que rebajar las tarifas, y cuando los intereses sean suprimidos o reducidos al 1/4% o al 1/2%, será preciso abolir los derechos de aduana.

VII. estudio. Disolución del gobierno en el organismo económico.

La sociedad sin la autoridad. Eliminación de los cultos, Justicia, administración, policía, Instrucción Pública, Guerra, Marina, etc., todo en las respectivas frases stirnerianas.

Escríbeme con el mayor detalle qué opinas de esta receta. Salud.

Tuyo

C. Marx

Publicada por vez primera en el libro "Der Briefwechsel zwischen F. Engels und K. Marx". Bd. I, Stuttgart, 1913.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del alemán y del francés.

ENGELS A MARX

LONDRES

Manchester, 21 de agosto de 1851.

. . . He leído ya la mitad de Proudhon[11] y estimo que tu opinión es completamente justa*. Su apelación a la burguesía, su retorno a Saint-Simon y centenares de otras cosas, ya en la parte crítica, confirman que considera la clase industrial, la burguesía y el proletariado, en el fondo, idénticos y supone que el antagonismo entre ellos existe únicamente por no haber terminado la revolución. La construcción seudofilosófica de la historia está completamente clara: hasta la revolución, la clase industrial existía "en sí"; de 1789 a 1848, en estado de antagonismo: negación; la síntesis proudhoniana resuelve todo esto de golpe. Todo junto, me parece el último intento de salvar teóricamente a la burguesía; nuestras premisas acerca de la producción material como causa primaria histórica decisiva, sobre la lucha de clases, etc., son aceptadas por él en parte considerable, aunque adulteradas en la mayoría de los casos. Y sobre esto se basa el intento de crear la apariencia con ayuda de un escamoteo seudohegeliano, de reincorporación del proletariado a la burguesía. No he leído aún la parte sintética. En los ataques a L. Blanc, Robespierre y Rousseau se encuentran a veces pasajes no malos, pero, en general, no hay nada más pretencioso-vulgar que su crítica de la política; por ejemplo, donde habla de la democracia y donde, completamente en el espíritu de *Neue Preussische Zeitung* y de toda la vieja escuela histórica[12], divaga acerca

* Véase la presente recopilación, págs. 12-18. *(N. de la Edit.)*

del cálculo por el número de cabezas y no se avergüenza de crear sistemas enteros sobre la base de pequeñas consideraciones prácticas dignas de un escolar. ¡Y qué decir de la gran idea de que "el poder" y "la libertad" son contrarios incompatibles y de que ninguna forma de gobierno le da suficiente fundamento moral para que *él* deba someterse a ella! *Par Dieu*, ¿para qué?, entonces, es necesario el poder?

Por otra parte, estoy convencido de que el señor Ewerbeck le ha dado su traducción del *Manifiesto*[13] y, quizá al mismo tiempo, las traducciones de tus artículos de la *Revue*[14]. Una serie de pensamientos importantes ha sido robada, indudablemente, de allí; por ejemplo, que el gobierno no es más que el poder de una clase para someter a otra clase y que desaparecerá junto con la desaparición de las contradicciones de clase. Después, muchos pensamientos importantes acerca del movimiento francés desde 1848. No creo que haya encontrado todo eso en tu libro contra él. . .[15]

Publicado por vez primera en el libro "Der Briefwechsel zwischen F. Engels und K. Marx". Bd. I, Stuttgart, 1913.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del alemán.

MARX A ENGELS

MANCHESTER

[Londres], 20 de junio de 1866.

. . .Ayer se discutió en el Consejo de la Internacional acerca de la guerra actual[16]. Se había anunciado de antemano y nuestra habitación estuvo llena de gente. Los señores italianos enviaron también de nuevo a sus representantes. Los debates se redujeron, como era de esperar, al problema de las "nacionalidades" en general y de nuestra actitud ante él. El viernes próximo continuará la discusión de este problema.

Los franceses, que eran muchísimos, no ocultaron su sincera antipatía hacia los italianos.

Los representantes de la "joven Francia"[17] (*no obreros*) defendieron el punto de vista de que toda nacionalidad y la propia nación son "prejuicios anticuados". Stirnerismo proudhoniano. Dividir todo en pequeños "grupos" o "comunas" que forman después una "alianza", pero no un Estado. Y mientras se produce esta "individualización" de la humanidad y se desarrolla el correspondiente "mutualismo"[18], la historia deberá detenerse en todos los demás países y el mundo entero habrá de esperar a que los franceses maduren para la revolución social. Entonces harán ante nuestra vista este experimento y todo el mundo restante, vencido por la fuerza de su ejemplo, hará lo mismo. Eso es precisamente lo que esperaba Fourier de su falansterio[19] ejemplar. En general, todos los que complican el problema "social" con "supersticiones" del mundo viejo son "reaccionarios".

Los ingleses se rieron mucho cuando empecé mi discurso diciendo que nuestro amigo Lafargue y otro que han

abolido las nacionalidades nos hablaban *"en francés"*, es decir, en un idioma incomprensible para 9/10 de los reunidos. Más adelante insinué que Lafargue, sin darse cuenta de ello, entiende, al parecer, por negación de las nacionalidades su absorción por la ejemplar nación francesa.

En general, la situación es ahora muy difícil, por cuanto hay que combatir en igual medida la estúpida italofilia inglesa y la equivocada polémica francesa con ella y, en particular, eludir toda manifestación que pueda arrastrar a nuestra Asociación al camino de la unilateralidad.

Salud.

Tuyo

C. Marx

Publicado por vez primera en el libro "Der Briefwechsel zwischen F. Engels und K. Marx". Bd. III, Stuttgart, 1913.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del alemán.

MARX A L. KUGELMANN

HANNOVER

Londres, 9 de octubre* de 1866.

...Tenía grandes temores en cuanto al primer Congreso en Ginebra[20], pero contrariamente a mis suposiciones, transcurrió bien, en líneas generales. Su repercusión en Francia, Inglaterra y América ha superado todas las esperanzas. Yo no podía ni quería asistir al Congreso, pero escribí el programa de los delegados londinenses. Lo limité intencionadamente a los puntos que hacen posible un acuerdo inmediato para la acción conjunta de los obreros y que pueden satisfacer directamente las necesidades de la lucha de clases y fomentar la organización de los obreros como clase. Los señores de París tienen la cabeza atiborrada de las más hueras frases proudhonianas. Charlan de la ciencia y no saben nada. Mantienen una actitud despectiva hacia todo lo *revolucionario*, es decir, hacia toda acción que dimane de la propia lucha de clases, hacia todo movimiento social concentrado, que, por tanto, pueda llevarse también por medios *políticos* (por ejemplo, la reducción de la jornada de trabajo). Bajo el *pretexto de libertad* y antigubernamentalismo o individualismo antiautoritario, estos caballeros, que durante dieciséis años vienen soportando tan calladamente el más vergonzoso despotismo, ¡predican de hecho la economía burguesa ordinaria, idealizada a lo Proudhon! Proudhon ha hecho mucho daño. Su aparente crítica y su aparente oposición a los utopistas (él mismo era solamente un utopista pequeñoburgués, mientras que en las utopías de

* En el original se dice erróneamente "noviembre". (*N. de la Edit.*)

Fourier, Owen, etc., podemos encontrar el presentimiento y la concepción fantástica de un nuevo mundo) atrajo y conquistó al principio a la *jeunesse brilliante*, a los estudiantes, y luego a los obreros, sobre todo a los de París, que por estar ocupados en la producción de artículos de lujo se sienten "muy" inclinados, sin que tengan conciencia de ello, hacia la vieja basura. Ignorantes, fanfarrones, presuntuosos, charlatanes, henchidos de retorismo, estuvieron a punto de echarlo todo a perder, pues se presentaron al Congreso en un número que no guardaba ninguna relación con el de sus afiliados. En el informe, sin nombrarles directamente, pienso darles su merecido.

Publicado por vez primera en la revista "Die Neue Zeit". Bd. 2, N° 2, 1901-1902.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del alemán.

MARX A PABLO LAFARGUE

PARIS

Londres, 19 de abril de 1870.

..."*La teoría*" era el programa de Bakunin. Constaba, de hecho, de tres puntos.

1) Primera reivindicación de la revolución social: *abolición del derecho de herencia*, vieja morralla saint-simonista[21], de la que el charlatán e *ignorante* Bakunin se hizo editor responsable. Es evidente: si tuviera usted la posibilidad de hacer la revolución social en un día, por decreto plebiscitario, aboliría en el acto la propiedad agraria y el capital, y con ello no tendría ninguna necesidad de ocuparse del *derecho de herencia*. Por otra parte, si no tuviera esa oportunidad (y, naturalmente, sería absurdo suponer esa posibilidad), proclamar la *abolición del derecho de herencia* no sería un acto serio, sino una amenaza estúpida que agruparía a todo el campesinado y a toda la pequeña burguesía alrededor de la reacción. Suponga, por ejemplo, que los yanquis no hubieran podido abolir la esclavitud por la fuerza de las armas. ¡Qué imbecilidad habría sido proclamar la *abolición del derecho a heredar los esclavos*! ¡Toda esta teoría se basa en el anticuado idealismo, que considera la jurisprudencia actual como la base de nuestro sistema económico, en lugar de ver en nuestro sistema económico la base y la fuente de nuestra jurisprudencia! En lo que se refiere a Bakunin, quería únicamente improvisar un programa de su propia cosecha. Eso es todo. Era un programa de ocasión.

2) "La *igualdad* de las diferentes *clases*". Suponer, por una parte, que han de seguir existiendo las *clases* y, por

otra, la *igualdad* de los miembros de estas clases, este absurdo, muestra en el acto la desvergonzada ignorancia y superficialidad de ese sujeto, que ve su "misión especial" en enseñarnos "teoría".

3) La clase obrera no debe ocuparse de *política*. Su tarea consiste solamente en organizarse en tradeuniones. Un buen día, con ayuda de la *Internacional*, ocuparán el lugar de todos los Estados existentes. ¡Ahí tiene en qué caricatura ha convertido mi doctrina! Por cuanto nuestro objetivo final es transformar en asociaciones los Estados existentes, debemos según él, permitir a los gobiernos, a estas gigantescas tradeuniones de las clases gobernantes, que hagan lo que les venga en gana, ya que si tratamos con ellos eso significará que los reconocemos. ¡Así! Exactamente lo mismo decían los socialistas de la vieja escuela: No debéis ocuparos de los problemas del salario, por cuanto queréis abolir el trabajo asalariado; ¡y luchar contra el capitalismo por aumentar los salarios significa reconocer el sistema del trabajo asalariado! Este asno no ha comprendido siquiera que todo movimiento de clase *como tal* es y ha sido siempre necesariamente un movimiento *político*.

Ese es todo el bagaje teórico del profeta Bakunin, de este Mahoma sin Corán.

Publicado por vez primera en la recopilación "Annali", an. 1, Milano, 1958.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del inglés.

ENGELS A CARLOS CAFIERO[22]

BARLETA

Londres, 1[-3] de julio de 1871.

... Bakunin tiene una teoría propia, consistente más o menos en una mezcla de comunismo y de proudhonismo. El querer reunir estas dos teorías en una demuestra que es absolutamente ignorante en economía política. Ha tomado de Proudhon, entre otras frases, la anarquía como el estado final de la sociedad. Es contrario a toda acción política de la clase obrera, por cuanto esa acción significaría reconocer de hecho el Estado existente y, además, porque todos los actos políticos son, en su opinión, "autoritarios". No explica de qué modo espera que sean destruidas la presente opresión política y la tiranía del capital ni cómo intenta llevar adelante sin "actos de autoridad" su idea favorita de la abolición de la herencia. —Durante la insurreción de Lyon en septiembre de 1870, aplastada por la fuerza armada, Bakunin decretó en la Casa Consistorial la abolición del Estado, sin tomar ninguna medida contra todos los burgueses de la Guardia Nacional, que se dirigieron tranquilamente a la Casa Consistorial, echaron a la calle a Bakunin y en menos de una hora restablecieron el Estado[23]. Como quiera que sea, Bakunin ha fundado con su teoría una secta a la que pertenecen una pequeña parte de los obreros franceses y suizos, muchos de los nuestros en España y algunos en Italia, entre los que se encuentran Caporusso y sus amigos, con lo que Caporusso hace honor a su nombre: tiene por jefe a un ruso*.

* Juego de palabras: "capo", en italiano, significa jefe, y "russo", ruso. *(N. de la Edit.)*

Pues bien, nuestra Asociación* es un centro de convergencia y de correspondencia entre las sociedades obreras de los distintos países que aspiran a un mismo fin, a saber: la protección, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera (artículo primero de los Estatutos de la Asociación). Si las teorías especiales de Bakunin y de sus amigos se limitaran a estos objetivos, no habría objeciones para aceptarlos como miembros y permitirles hacer cuanto pudieran para propagar sus ideas por todos los medios adecuados. En nuestra Asociación tenemos hombres de todo género: comunistas, proudhonistas, unionistas, tradeunionistas, cooperadores, bakuninistas, etc., e incluso en nuestro Consejo General hay hombres de opiniones bastante diferentes.

En el momento en que la Asociación se convirtiera en una secta, estaría perdida. Nuestra fuerza reside en la amplitud con que interpretamos el artículo primero de los Estatutos, a saber: que son admitidos todos los hombres que aspiran a la emancipación completa de la clase obrera. Por desgracia, los bakuninistas, con la estrechez de espíritu común a todos los sectarios, no se han considerado satisfechos con eso. El Consejo General, según ellos, estaba compuesto de reaccionarios y el programa de la Asociación era demasiado inconcreto. El ateísmo y el materialismo —que el propio Bakunin ha tomado de nosotros, los alemanes— deben, a su juicio, ser obligatorios; la abolición de la herencia, del Estado, etc., deben formar parte de nuestro programa. —Pero Marx y yo somos tan viejos y buenos materialistas como Bakunin, igual que lo son casi todos nuestros miembros; que el mencionado derecho de herencia es una absurdidad lo sabemos tan bien como Bakunin, aunque nos diferenciamos de él en lo que concierne a la importancia y la conveniencia de presentar su abolición como la liberación de todos los males. "La abolición del Estado" es una vieja frase filosófica alemana de la que hicimos mucho uso ya cuando éramos simples jóvenes. Pero incluir todo eso en nuestro programa significaría alejar a un inmenso número de nuestros miembros y dividir, en

* Asociación Internacional de los Trabajadores. *(N. de la Edit.)*

lugar de unir, al proletariado europeo. —Cuando fracasaron los esfuerzos por conseguir que el programa bakuninista fuese adoptado como programa de la Asociación se intentó empujar indirectamente a la Asociación por un camino equivocado. Bakunin formó en Ginebra una *Alianza de la Democracia Socialista*[24], que debía ser una asociación internacional separada de la nuestra. —"Las mentes más radicales" de nuestras secciones, los bakuninistas, debían formar en todas partes secciones de esta Alianza, y estas secciones tenían que someterse a un Consejo General separado en Ginebra (Bakunin) y tener Consejos Nacionales distintos a los nuestros. En nuestro Congreso General, la Alianza debía sesionar por la mañana con nosotros y después de mediodía celebrar su propio congreso separado. Este gracioso plan fue presentado al Consejo General en noviembre de 1868. Pero el 22 de diciembre de 1868, el Consejo General anuló estas reglas como contrarias a los Estatutos de nuestra Asociación y declaró que las secciones de la Alianza podían ser admitidas sólo separadamente y que la Alianza debía disolverse o dejar de pertenecer a la Internacional. El 9 de marzo de 1869, el Consejo General informó a la Alianza que "no existe, por consiguiente, ningún obstáculo para que las secciones de la Alianza se transformen en secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Si la *disolución* de la Alianza y el ingreso de sus secciones en la Asociación Internacional de los Trabajadores son decididos definitivamente, será necesario, según nuestro Reglamento, comunicar al Consejo General el lugar de residencia y la fuerza numérica de cada nueva sección"*. Estas condiciones jamás fueron cumplidas exactamente. La Alianza como tal fue desaprobada en todas partes, excepto en Francia y Suiza, donde, en fin de cuentas, ha creado la división: cerca de 1.000 bakuninistas —menos de una décima parte de nuestros adeptos— se han retirado de la federación francesa y

* El traductor de la policía tergiversó el texto en este pasaje: faltan palabras, a consecuencia de lo cual la frase pierde sentido. La cita ha sido restablecida de acuerdo con el texto del documento. Véase C. Marx. *El Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores al Buró Central de la Alianza de la Democracia Socialista. (N. de la Edit.)*

suiza y han pedido al Consejo General que se les reconozca como una federación aparte, cosa que el Consejo, probablemente, no obstaculizará. Por todo esto verá que el resultado principal de la acción de los bakuninistas ha consistido en crear la división en nuestras filas. Nadie ha puesto obstáculos a sus dogmas especiales, pero no se han dado por satisfechos con eso y han querido mandar e imponer sus doctrinas a todos nuestros miembros. Hemos resistido, como era nuestro deber; sin embargo, si aceptan existir tranquilamente al lado de nuestros otros miembros, no tenemos ni el derecho ni el deseo de excluirlos. La cuestión consiste en si es conveniente destacar a tales elementos, y si sabemos ganarnos las secciones italianas, no embebidas de este fanatismo especial, podremos ciertamente trabajar mejor con ellos. Usted mismo podrá juzgar de esto de acuerdo con las condiciones que encuentre en Nápoles.

Publicado por vez primera en 1951, en el N° 4 de la revista "La Società".

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del italiano.

F. Engels

SOBRE LA ACCION POLITICA DE LA CLASE OBRERA

Acta hecha por el autor del discurso pronunciado en la sesión de la Conferencia de Londres el 21 de septiembre de 1871[25]

La abstención absoluta en política es imposible; todos los periódicos abstencionistas hacen también política. El quid de la cuestión consiste únicamente en cómo la hacen y qué política hacen. Por lo demás, para nosotros la abstención es imposible. El partido obrero existe ya como partido político en la mayoría de los países. Y no seremos nosotros los que lo destruyamos predicando la abstención. La experiencia de la vida actual, la opresión política a que someten a los obreros los gobiernos existentes, tanto con fines políticos como sociales, les obligan a dedicarse a la política, quiéranlo o no. Predicarles la abstención significaría arrojarlos en los brazos de la política burguesa. La abstención es completamente imposible, sobre todo después de la Comuna de París[26], que ha colocado la acción política del proletariado a la orden del día.

Queremos la abolición de las clases. ¿Cuál es el medio para alcanzarla? La dominación política del proletariado. Y cuando en todas partes se han puesto de acuerdo con ello, ¡se nos pide que no nos mezclemos en la política! Todos los abstencionistas se llaman revolucionarios y hasta revolucionarios por excelencia. Pero la revolución es el acto supremo de la política; el que la quiere, debe querer el medio, la acción política que la prepara, que proporciona a los obreros la educación para la revolución y sin la cual los obreros, al día siguiente de la lucha, serán siempre engañados por los Favre y los Pyat. Pero la política a que tiene que dedicarse es la política obrera; el partido obrero

no debe constituirse como un apéndice de cualquier partido burgués, sino como un partido independiente, que tiene su objetivo propio, su política propia.

Las libertades políticas, el derecho de reunión y de asociación y la libertad de la prensa: éstas son nuestras armas. Y ¿deberemos cruzarnos de brazos y abstenernos cuando quieran quitárnosla? Se dice que toda acción política implica el reconocimiento del estado de cosas existente. Pero cuando este estado de cosas nos da medios para protestar contra él, recurrir a ellos no significa reconocer el estado de cosas existente.

Publicado íntegramente por vez primera en el N° 29 de la revista "Kommunisticheski Internatsional", 1934.

Se publica de acuerdo con el manuscrito. Traducido del francés.

C. Marx y F. Engels

DE LAS RESOLUCIONES DE LA CONFERENCIA DE DELEGADOS DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

Celebrada en Londres del 17 al 23 de septiembre de 1871

IX

SOBRE LA ACCION POLITICA DE LA CLASE OBRERA[27]

Considerando:

que en el preámbulo a los Estatutos se dice: "La emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, el gran fin al que todo movimiento político debe ser subordinado *como medio*";

que el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864) dice: "Los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles... La conquista del poder político ha venido a ser por lo tanto, el gran deber de la clase obrera"[28];

que en el Congreso de Lausana (1867) se aprobó la siguiente resolución: "La emancipación social de los obreros está inseparablemente unida a su emancipación política"[29];

que en la declaración del Consejo General con motivo del pretendido complot de los miembros franceses de la Internacional en vísperas del plebiscito (1870) se dice: "Ciertamente, a tenor con nuestros Estatutos, todas nuestras secciones en Inglaterra, en el Continente y en América tienen la misión especial no sólo de servir de centros de organización militante de la clase obrera, sino también de apoyar, en los países respectivos, todo movimiento político

que contribuya a alcanzar nuestro objetivo final: la emancipación económica de la clase obrera"[30];

que las traducciones falsas de los Estatutos Provisionales han dado motivo a interpretaciones equivocadas, que han perjudicado el desarrollo y la acción de la Asociación Internacional de los Trabajadores;

ante la desenfrenada reacción, que aplasta violentamente todo intento de emancipación por parte de los obreros y que pretende mantener por la fuerza bruta las diferencias de clase y la dominación política de las clases poseedoras, engendrada por ellas*;

Considerando:

que contra este poder colectivo de las clases poseedoras la clase obrera puede actuar como clase únicamente si se constituye en partido político especial, distinto y opuesto a todos los partidos formados por las clases poseedoras;

que esta constitución de la clase obrera en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su objetivo final: la abolición de las clases;

que la combinación de fuerzas conseguida ya por la clase obrera como resultado de la lucha económica debe servir, al mismo tiempo, como palanca en su lucha contra el poder político de los grandes propietarios agrícolas y de los capitalistas** —la Conferencia recuerda a los miembros de la *Internacional* que en la lucha de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos.

Escrito, redactado y preparado para la imprenta por C. Marx y F. Engels en septiembre-octubre de 1871. Editado en folletos en inglés, alemán y francés y publicado en diversos órganos de prensa de la Internacional en noviembre-diciembre de 1871.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición inglesa, cotejado con las ediciones alemana y francesa. Traducido del inglés.

---

* En la edición alemana, en vez de las palabras "engendrada por ellas", se dice: "basada en ellas". *(N. de la Edit.)*

** En las ediciones alemana y francesa, en vez de las palabras "de los grandes propietarios agrícolas y de los capitalistas", se dice: "de sus explotadores". *(N. de la Edit.)*

MARX A FEDERICO BOLTE

NUEVA YORK

[Londres], 23 de noviembre de 1871.

...La *Internacional* fue fundada para remplazar las sectas socialistas o semisocialistas por una organización real de la clase obrera con vistas a la lucha. Los Estatutos provisionales y el Manifiesto Inaugural lo muestran a simple vista. Por otra parte, la Internacional no hubiera podido afirmarse si el espíritu de secta no hubiese sido ya aplastado por la marcha de la historia. El desarrollo del sectarismo socialista y el desarrollo del movimiento obrero real se encuentran siempre en proporción inversa. Las sectas están justificadas históricamente mientras la clase obrera aún no ha madurado para un movimiento histórico independiente. Pero en cuanto ha alcanzado esa madurez, todas las sectas se hacen esencialmente reaccionarias. Por cierto, en la historia de la Internacional se ha repetido lo que la historia general nos muestra en todas partes. Lo caduco tiende a restablecerse y a mantener sus posiciones dentro de las nuevas formas aparecidas.

La historia de la Internacional también ha sido una *lucha continua del Consejo General* contra las sectas y los experimentos de diletantes que tendían a echar raíces en la Internacional contra el verdadero movimiento de la clase obrera. Esta lucha se ha librado en los *Congresos* y, mucho más aún, en las reuniones especiales del Consejo General con las distintas secciones.

Como en París los proudhonistas (los mutualistas) figuraban entre los fundadores de la Asociación, tuvieron las

riendas en sus manos durante los primeros años. Posteriormente surgieron allí, como era lógico, grupos colectivistas, positivistas y otros que se opusieron a ellos.

En Alemania tuvimos la camarilla de Lassalle. Durante dos años yo mismo mantuve correspondencia con el famoso Schweitzer y le demostré irrefutablemente que la organización lassalleana era, simplemente, una organización sectaria y, como tal, hostil a la organización de un movimiento obrero *efectivo*, hacia el que tiende la Internacional. Pero él tenía sus "razones" para no comprenderlo.

A fines de 1868 ingresó en la *Internacional* el ruso Bakunin con el fin de crear en el seno de ella y *bajo su propia dirección una segunda Internacional* titulada "*Alianza de la Democracia Socialista*". Bakunin, hombre sin ningún conocimiento teórico, pretendía que esta organización particular dirigiese la propaganda *científica* de la Internacional, propaganda que quería hacer especialidad de esta segunda *Internacional en el seno de la Internacional.*

Su programa estaba compuesto de retazos superficialmente hilvanados de ideas pequeñoburguesas arrebañadas de acá y de allá: *igualdad de las clases (!), abolición del derecho de herencia* como *punto de partida* del movimiento social (morralla saint-simonista), el *ateísmo* como *dogma* obligatorio para los miembros de la Internacional, etc., y en calidad de dogma principal la *abstención (proudhonista) del movimiento político.*

Esta fábula infantil fue acogida con simpatía (y hasta cierto punto es apoyada aún hoy) en Italia y en España, donde las condiciones reales del movimiento obrero están aún poco desarrolladas, y también entre algunos fatuos, ambiciosos y hueros doctrinarios en la Suiza Latina y en Bélgica.

Para el señor Bakunin su doctrina (bazofia de trozos tomados de Proudhon, Saint-Simon y otros) era y es un asunto secundario, un simple medio para su encumbramiento personal. Como teórico es un cero a la izquierda, pero las intrigas son su elemento.

El Consejo General ha tenido que luchar durante años contra este complot (apoyado hasta cierto punto por los proudhonistas franceses, sobre todo en el *Mediodía de*

Francia). Finalmente, valiéndose de las resoluciones 1, 2 y 3, IX, XVI y XVII de la Conferencia, descargó el golpe que tanto tiempo llevaba preparando[31].

Como es lógico, el Consejo General no va a apoyar en América lo que combate en Europa. Las resoluciones 1, 2, 3 y IX dan ahora al Comité de Nueva York armas legales para terminar con todo sectarismo y con todos los grupos diletantes, expulsándolos si llega el caso...

Nota bene: Sobre el movimiento político.

... El movimiento político de la clase obrera tiene como último objetivo, claro está, la conquista del poder político para la clase obrera y a este fin es necesaria, naturalmente, una organización previa de la clase obrera, nacida en su propia lucha económica y que haya alcanzado cierto grado de desarrollo.

Pero, por otra parte, todo movimiento en el que la clase obrera actúa como *clase* contra las clases dominantes y trata de forzarlas "presionando desde fuera", es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa de obligar mediante huelgas a capitalistas aislados a reducir la jornada de trabajo en determinada fábrica o rama de la industria es un movimiento puramente económico; por el contrario, el movimiento con vistas a obligar a que se decrete la *ley* de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento *político.* Así pues, de los movimientos económicos separados de los obreros nace en todas partes un movimiento *político*, es decir, un movimiento de la *clase*, cuyo objeto es que se dé satisfacción a sus intereses en forma general, es decir, en forma que sea compulsoria para toda la sociedad. Si bien es cierto que estos movimientos presuponen cierta organización previa, no es menos cierto que representan un medio para desarrollar esta organización.

Allí donde la clase obrera no ha desarrollado su organización lo bastante para emprender una ofensiva resuelta contra el poder colectivo, es decir, contra el poder político de las clases dominantes, se debe, por lo menos, prepararla para ello mediante una agitación constante contra ese poder y adoptando una actitud hostil hacia la política de las clases dominantes. En caso contrario, la clase obrera será un juguete en sus manos, como lo ha demostrado la revo-

lución de septiembre en Francia[32] y como lo está, hasta cierto punto, demostrando el juego que aún hoy llevan con éxito en Inglaterra Gladstone y Cía.

Publicada por vez primera, reducida, en el libro "Briefe und Auszüge aus Briefen von Joh. Phil. Becker, Jos Dietzgen, Friedrich Engels, Karl Marx u. A. an F. A. Sorge und Andere". Stuttgart, 1906, e íntegra en ruso en las "Obras" de C. Marx y F. Engels, 1ª ed. en ruso, t. XXVI, 1935.

Se publica de acuerdo con el manuscrito y con el texto del libro. Traducido del alemán.

ENGELS A PABLO LAFARGUE

MADRID

Londres, 30 de diciembre de 1871.

...Nuestros amigos de España verán ahora el abuso que hacen estos señores de la palabra *"autoritario"*. En cuanto a los bakuninistas les desagrada alguna cosa, dicen: Eso es *autoritario*, y con ello creen haberlo condenado para siempre. Si en lugar de ser burgueses, periodistas, etc., fueran obreros, o si hubieran estudiado solamente un poco las cuestiones económicas y las condiciones de la industria moderna, sabrían que ninguna acción común es posible sin la imposición a algunas personas de una voluntad extraña, es decir, de una autoridad. Ya sea la voluntad de una mayoría de votantes, de un comité director o de un solo hombre, será siempre una voluntad impuesta a los disidentes; pero sin esta voluntad única y dirigente, ninguna cooperación es posible. ¡Pruebe a hacer marchar una de las grandes fábricas de Barcelona sin dirección, es decir, sin autoridad! ¡O administrar un ferrocarril sin la certidumbre de que cada ingeniero, fogonero, etc., se encontrará en su puesto en el momento exacto en que deba estar en él! Me gustaría saber si el bravo Bakunin confiaría su obeso cuerpo a un vagón de ferrocarril si ese ferrocarril fuera administrado de acuerdo con los principios que proclaman que nadie se encontrará en su sitio si no le gusta sufrir la autoridad de los reglamentos, ¡mucho más autoritarios en todo estado posible de la sociedad que el Reglamento aprobado en el Congreso de Basilea![33] Todas estas grandes frases ultrarradicales y ultrarrevolucionarias ocultan únicamente la más completa miseria de ideas y la más completa ignorancia

de las condiciones en que transcurre la vida cotidiana de la sociedad. ¡Abolid, pues, "toda autoridad, incluso la consentida" por los marineros, en un navío!

Publicado por vez primera en el libro de F. Engels, P. et. L. Lafargue. "Correspondance", t. 1, Paris, 1956

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del francés.

F. Engels

EL CONGRESO DE SONVILLIER Y LA INTERNACIONAL[34]

Quizá no sea necesario hablar de cuál es en la actualidad la situación de la Asociación Internacional de los Trabajadores. De una parte, los grandiosos acontecimientos de París[35] le han dado una fuerza y una difusión que jamás había tenido; de otra, vemos que se han unido contra ella casi todos los gobiernos europeos: Thiers y Gorchakov, Bismarck y Beust, Víctor Manuel y el papa*, España y Bélgica. La Internacional es acosada por doquier: todas las fuerzas del viejo mundo, los tribunales militares y civiles, la policía y la prensa, los terratenientes retrógrados y los burgueses emulan en las persecuciones a la Internacional, y en todo el continente no se encontrará, sin duda, un lugar en el que no se recurra a todos los medios para poner al margen de la ley esta gran hermandad de los obreros, que siembra el pánico.

Pues bien, precisamente en este momento, en el que todas las fuerzas de la vieja sociedad se han unido para desorganizar la Internacional por medio de la violencia; en el que la unidad y la cohesión son más necesarias que nunca; precisamente en este momento, un grupo pequeño —y que, según propia confesión, disminuye de día en día— de miembros de la Internacional en un rincón de Suiza ha considerado necesario lanzar a la luz pública una circular para sembrar la discordia entre los miembros de la Asociación. Este grupo, que se denomina *Federación Jurasiana*,

* Pío IX. *(N. de la Edit.)*

está formado, en lo fundamental, por los mismos hombres que bajo la dirección de Bakunin vienen minando incesantemente, desde hace ya más de dos años, la unidad en la Suiza francesa; de los mismos hombres que con su asidua correspondencia particular con ciertas grandes personalidades afines a ellos en diversos países contrarrestan la acción unánime de la Internacional. Mientras estas intrigas se limitaron a Suiza o se efectuaron a la chita callando, no quisimos divulgarlas con mayor amplitud; pero la mencionada circular nos obliga a intervenir.

Con el pretexto de que el Consejo General ha convocado este año una Conferencia[36], y no un Congreso, la Federación Jurasiana ha aprobado en su Congreso de Sonvillier, celebrado el 12 de noviembre, una circular a todas las secciones de la Internacional. En esta circular, editada en numerosos ejemplares y distribuida después en todos los países del mundo, se propone a las secciones que insistan en la celebración inmediata de un Congreso. Por qué fue *preciso* sustituir el Congreso con una Conferencia está claro como la luz del día, por lo menos, para nosotros en Alemania y Austria. Si hubiéramos enviado nuestros delegados al Congreso, al regresar de él habrían sido detenidos y encarcelados en el acto inevitablemente; en la misma situación se habrían encontrado los delegados de España, Italia y Francia. En cambio, la Conferencia —en la que no hay discusiones públicas y se celebran sólo sesiones de trabajo— era completamente posible, ya que los nombres de sus delegados no se darían a la publicidad. El defecto de la Conferencia consistía en que no podía resolver problemas referentes a los principios o introducir modificaciones en los Estatutos ni, en general, adoptar medidas de carácter legislativo: debía limitarse a tomar acuerdos prácticos que asegurasen la mejor aplicación de los principios de organización prescritos por los Estatutos y por las resoluciones de los Congresos. Pero en las condiciones dadas, eso era cabalmente lo que hacía falta: se trataba de medidas necesarias en extremo en tal momento, y para eso bastaba con la Conferencia.

Por otra parte, los ataques a la Conferencia y a sus acuerdos no son más que un pretexto. Incluso en la propia

circular se habla de ello sólo de pasada. Al contrario, los autores de la circular consideran que la fuente del mal es mucho más profunda. Afirman que, de acuerdo con los Estatutos y con las primeras resoluciones de los Congresos, la Internacional no es otra cosa que una "federación libre de secciones autónomas", que se señalan como fin la emancipación de los obreros por los mismos obreros,

"sin ningún organismo dirigente autoritario, aunque sea creado por acuerdo libre".

Por eso, el Consejo General, a su entender, no es otra cosa que "una simple oficina de correspondencia y estadística". Pero esta base originaria fue muy pronto falseada, supuestamente: primero, por haberse concedido al Consejo General el derecho de adjuntarse nuevos miembros, y después, aún en mayor grado, por las resoluciones del Congreso de Basilea, en virtud de las cuales se otorgó al Consejo General el derecho de excluir temporalmente, hasta el siguiente Congreso, a las secciones de la Internacional y de resolver con carácter previo los problemas litigiosos hasta que el Congreso adopte decisión. De esta forma, se ha concedido al Consejo Federal, según dicen, un poder peligroso, y la libre federación de secciones autónomas se ha convertido en una organización jerárquica y autoritaria "de secciones sometidas a la disciplina" y

"entregadas enteramente en manos de un Consejo General que puede, a su antojo, rechazar su adhesión o suspender su actividad".

A nuestros lectores alemanes, que comprenden suficientemente bien el valor que tiene una organización capaz de defenderse, todo esto les parecerá muy extraño. Y es perfectamente comprensible, pues las teorías del señor Bakunin, que se revelan en esta circular en toda su hermosura, no han penetrado hasta ahora en Alemania. Resulta que una organización obrera, que ha inscrito en sus banderas, ante todo, la consigna de luchar por la emancipación de la clase obrera, ¡no debe estar encabezada por un comité ejecutivo, sino por una simple oficina de correspondencia estadística! Pero la lucha por la emancipación de la clase obrera es para Bakunin y sus acólitos un fútil pretexto; su fin auténtico es completamente distinto.

"La sociedad futura no debe ser sino la universalización de la organización que la Internacional se haya dado. Debemos, pues, cuidar de que esta organización se aproxime lo más posible a nuestro ideal... La Internacional, embrión de la futura sociedad humana, tiene que ser, desde ahora, imagen fiel de nuestros principios de libertad y de federación y debe desembarazarse de todo principio infiltrado en ella que lleve al autoritarismo y la dictadura".

A nosotros, los alemanes, se nos ha difamado por nuestro misticismo, pero estamos muy lejos de semejante misticismo. ¡La Internacional, prototipo de la sociedad futura, en la que no habrá ya ni fusilamientos versalleses[37], ni consejos de guerra, ni ejércitos permanentes, ni violación de la correspondencia, ni juicios criminales de Brunswick![38] ¡Precisamente ahora, cuando debemos defendernos con todas las fuerzas, se propone al proletariado que se organice, no de conformidad con las necesidades de la lucha que se le impone cada día y cada hora, sino de acuerdo con las vagas ideas de algunos fantaseadores acerca de la sociedad del futuro! Imaginémonos cómo sería nuestra propia organización alemana según ese modelo. En vez de luchar contra los gobiernos y la burguesía, nos romperíamos la cabeza pensando si cada artículo de nuestros Estatutos y cada acuerdo del Congreso reflejan con exactitud la sociedad futura. En lugar de nuestro Comité Ejecutivo, tendríamos una simple oficina de correspondencia y estadística. Que se las arregle como pueda con las secciones autónomas, tan autónomas que no deben reconocer ningún organismo dirigente autoritario, aunque sea creado por su propio acuerdo libre, pues con ello incumplirían su deber principal: ¡ser el prototipo exacto de la sociedad futura! No puede ni hablarse de cohesión de fuerzas, de acciones conjuntas. ¡Si en cada sección la minoría se somete a la mayoría, comete un crimen contra los principios de la libertad y reconoce un principio que lleva al autoritarismo y la dictadura! Si Stieber y todos sus secuaces, si todo el gabinete negro[39], si toda la oficialidad prusiana ingresan por orden superior en la organización socialdemócrata para hundirla, el comité, o, mejor dicho, la oficina de correspondencia y estadística, no se atreverá a impedirlo de ninguna manera, pues eso significaría ¡establecer una organización jerárquica y autoritaria! Y lo principal: ¡nada de secciones sometidas a la

disciplina! ¡Y ninguna disciplina de partido, ninguna centralización de las fuerzas en un punto, ninguna arma de lucha! ¿Qué suerte correría entonces el prototipo de la sociedad futura? Dicho brevemente: ¿adónde iríamos a parar con semejante nueva organización? A la cobarde y servil organización de los primeros cristianos, de esos esclavos que recibían con gratitud cada puntapié y que, es cierto, han conseguido con su servilismo, al cabo de trescientos años, el triunfo de su religión. ¡En todo caso, el proletariado no imitará ese método de la revolución! De la misma manera que los primeros cristianos tomaron como modelo de su organización su paraíso imaginario, de la misma manera, nosotros debemos, según eso, tomar también como modelo nuestro el futuro paraíso social del señor Bakunin, y en vez de luchar, rezar oraciones y tener esperanza. ¡Y esos hombres, que nos predican tales absurdos, se presentan como los únicos revolucionarios auténticos!

Volviendo a la Internacional, debemos decir, de todos modos, que sus asuntos no marchan mal por ahora. El Consejo General tiene el deber, hasta la adopción de nuevos acuerdos por el Congreso, de llevar a la práctica las resoluciones de Basilea y cumplirá con su deber. Y de la misma manera que no vaciló en expulsar a los Tolain y los Durand, se preocupará de que se cierren las puertas de la Internacional a los Stieber y Cía., aunque Bakunin vea en ello dictadura.

Pero ¿cómo han nacido esas detestables resoluciones de Basilea? Muy sencillamente. Fueron propuestas por los delegados belgas, *¡y nadie las apoyó tan calurosamente como Bakunin y sus amigos*, en particular Schwitzguebel y Guillaume, que han firmado ahora la circular! Es cierto que la situación era entonces diferente. Entonces, estos señores tenían la esperanza de conseguir la mayoría y apoderarse del Consejo General. Entonces, cualquier ampliación de los derechos del Consejo General les parecía insuficiente. ¡Ah, pero ahora es otra cosa! Ahora resulta que las uvas están verdes. Ahora, el Consejo General debe ser reducido a la situación de una simple oficina de correspondencia y estadística, con tal de que no sufra la reputación de la sociedad bakuninista del futuro.

Y esos hombres, sectarios profesionales, que con sus místicas teorías de los primeros tiempos del cristianismo constituyen una minoría insignificante en la Internacional, no se avergüenzan de reprochar al Consejo General que sus miembros quieren que

"su programa personal, su doctrina personal predominen en la Internacional; presentan sus opiniones personales como la teoría oficial, única que tiene derecho de ciudadanía en la Asociación".

Esto es ya, efectivamente, demasiado. Quienes hayan tenido la posibilidad de observar la historia interna de la Internacional sabrán que estos mismos hombres se vienen dedicando principalmente, desde hace ya cerca de tres años, a tratar de imponer a la Asociación sus doctrinas sectarias como programa general; y cuando no lo han conseguido, han pretendido fraudulentamente presentar las frases bakuninistas como programa general de la Internacional. Y pese a ello, el Consejo General se ha limitado a protestar contra esta falsificación, pero no ha impugnado hasta ahora su derecho de pertenecer a la Internacional o de difundir cuanto les venga en gana sus ficciones sectarias con su propia marca. Es prematuro hablar ahora de la actitud que adoptará el Consejo General ante esta nueva circular.

Estos hombres han demostrado brillantemente lo que han logrado alcanzar por medio de su nueva organización. Desde la Comuna de París, la Internacional ha tenido éxitos gigantescos en todas partes donde no lo ha impedido la resistencia violenta de los gobiernos reaccionarios. ¿Y cómo marchan las cosas en el Jura suizo, donde estos señores han dominado de manera absoluta durante el último año y medio? Escuchemos su propio informe en el Congreso de Sonvillier (véase el semanario ginebrino *Révolution Sociale* del 23 de noviembre):

"Estos terribles acontecimientos deberían ejercer una influencia *en parte desmoralizadora* y en parte saludable en nuestras secciones... Después comienza el gigantesco combate que el proletariado debe librar contra la burguesía, y la gente empieza a reflexionar... Unos se apartan *(s'en vont)* para esconder su cobardía; otros expresan con mayor firmeza que nunca su fidelidad a los principios renovadores de la Internacional. —Tales son los hechos determinantes de la historia interior contemporánea de la Internacional en general y de nuestra federación en particular".

Lo nuevo aquí es la afirmación de que todo eso ha ocurrido en la Internacional en general, mientras que, en realidad, ha ocurrido precisamente lo contrario. Pero es absolutamente exacto que las cosas han ocurrido así en la Federación Jurasiana. ¡Escuchad lo que dicen estos mismos señores! La sección de Moutier es la menos quebrantada, pero tampoco ella ha conseguido nada:

"Aunque todavía no se han fundado nuevas secciones, hay que esperar, sin embargo, etc."; entretanto, esta sección "está particularmente favorecida por la excelente disposición de la población". —"La sección de Grange se encuentra reducida a un pequeño núcleo de obreros".

Las dos secciones de Biel no han contestado nunca a las cartas del comité, lo mismo que las secciones de Neuchatel y la sección de Locle; la tercera sección de Biel

"ha caído por el momento... aunque "no se han perdido todas las esperanzas de ver renacer la Internacional en Biel".

La sección de Saint-Blaise ha caído; la sección de Val-de-Ruz ha desaparecido no se sabe cómo; la sección central de Locle después de pasar varios meses entre la vida y la muerte, había acabado por disolverse, pero ahora ha vuelto a constituirse a duras penas, evidentemente, con el fin de elegir delegados al Congreso; la sección de La-Chaux-de-Fonds se encuentra en una situación crítica; la sección de relojeros de Courtelary se constituye en organización sindical con los Estatutos de la Sociedad de Relojeros Suizos, aceptando, por consiguiente, los Estatutos de una sociedad que no pertenece a la Internacional. La sección central del mismo distrito ha suspendido temporalmente su actuación porque sus miembros en Saint-Imier y Sonvillier han constituido una sección separada (lo cual no ha impedido a esta sección central enviar dos delegados al Congreso junto con los delegados de ambas secciones de Saint-Imier y Sonvillier); la sección de Catébat, después de un período de brillantes éxitos, se ha desmoronado a consecuencia de las intrigas de los burgueses de esta localidad, lo mismo que la sección de Corgémont; por último, en Ginebra sigue existiendo hasta ahora una sola sección.

He ahí lo que han hecho en año y medio de una federación no muy amplia y numerosa, en efecto, pero, de todos modos floreciente, los representantes de la federación libre

de secciones autónomas, con una oficina de correspondencia y estadística al frente. ¡Y eso en un país en el que han gozado de plena libertad de acción y en un momento en el que la Internacional ha tenido éxitos gigantescos en todos los demás lugares! Y en este preciso momento, en el que ellos mismos nos muestran ese deplorable cuadro de sus fracasos, en el que lanzan ese grito de impotencia y de desesperación, exigen de nosotros que obliguemos por la fuerza a la Internacional a apartarse del camino por el que ha llegado a ser lo que es hoy; ¡nos exigen que la Internacional emprenda el camino que ha llevado a la Federación Jurasiana de la prosperidad relativa al desmoronamiento completo!

Escrito por F. Engels alrededor del 5 de enero de 1872.
Publicado en el N° 3 del periódico "Der Volkstaat" el 10 de enero de 1872.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.
Traducido del alemán.

ENGELS A CARLOS TERZAGHI

TURIN

2ª variante

[Borrador]

Londres, [alrededor del 14[-15] de enero de 1872.

... La propia circular del Jura[40] evidencia de por sí el avieso propósito de sus autores. Primero intentan hostigarnos con el pretexto de la Conferencia[41], y ahora nos atacan porque cumplimos con las resoluciones del Congreso de Basilea, resoluciones que estamos *obligados* a cumplir. Niegan la autoridad del Consejo General, *incluso en el caso de que sea libremente consentida por todos*. Me gustaría saber cómo habría sido posible sin esta autoridad (como la llaman) hacer justicia a los Tolain, los Durand y los Necháiev[42] y cómo se proponen impedir con la bella frase de la autonomía de las secciones, tal como es explicada en la circular, la penetración de mardocchai* y de traidores.

Ciertamente, nadie disputa su autonomía a las secciones; mas es imposible una federación que no ceda algunos poderes a los consejos federales y, en última instancia, al Consejo General. Pero ¿sabe usted quiénes fueron los autores y los defensores de estas resoluciones *autoritarias*? ¿Los delegados del Consejo General? De ninguna manera. Estas medidas autoritarias fueron propuestas por los delegados belgas, y los Schwitzguebel, los Guillaume y los Bakunin fueron *sus más calurosos defensores. Así precisamente.*

Me parece que se abusa demasiado de las frases sobre la "*autoridad*" y la centralización. No conozco cosa más autoritaria que una revolución y creo que cuando se impone la

* Agentes de policía secreta. *(N. de la Edit.)*

propia voluntad a otros con bombas y con balas de fusil, como ocurre en toda revolución, se comete un acto autoritario. Es precisamente la falta de centralización y de autoridad lo que le ha costado la vida a la Comuna de París. Después de la victoria, haced de la autoridad, etc., lo que queráis; pero para la lucha es preciso reunir todas nuestras fuerzas en un solo puño y concentrarlas en el punto mismo de ataque. Y cuando se me habla de la autoridad y de la centralización como de dos cosas condenables en todas las circunstancias posibles, me parece que quienes hablan así o no saben lo que es una revolución, o son revolucionarios sólo de palabra.

Publicado por vez primera así en la 2ª ed. en ruso de las "Obras" de C. Marx y F. Engels, t. 33, pág. 317.

Se publica según el texto del manuscrito.
Traducido del italiano y del alemán.

ENGELS A TEODORO CUNO

MILAN

Londres, 24 de enero de 1872.

...Becker me escribe que le hablará a Ud. de las intrigas de Bakunin, pero no confío en ello y le comunico brevemente lo más indispensable. Bakunin, que hasta 1869 había intrigado contra la Internacional, ingresó en ella después del fracaso sufrido en Berna, en el Congreso de la Paz[43], e inmediatamente se puso a conspirar *desde dentro* contra el Consejo General. Bakunin tiene una teoría original, que es una mezcolanza de proudhonismo y comunismo. Por cierto, el punto básico de su proudhonismo es la idea de que el mal más grave, con el que hay que acabar, no es el capital, no es, por tanto, el antagonismo de clase que el desarrollo social crea entre los capitalistas y los obreros asalariados, sino el *Estado*. Mientras la gran masa de obreros socialdemócratas comparte nuestro punto de vista de que el poder del Estado no es más que una organización adoptada por las clases dominantes —los terratenientes y los capitalistas— para proteger sus privilegios sociales, Bakunin afirma que el *Estado* es el creador del capital, que el capitalista posee su capital *únicamente por obra y gracia del Estado*. Y puesto que el Estado es, por tanto, el mal principal, hay que acabar ante todo con él, y entonces el capital hincará el pico por sí solo. Nosotros, en cambio, sostenemos lo contrario: acabad con el capital que es concentración de todos los medios de producción en manos de unos pocos, y el Estado se derrumbará por sí solo. La diferencia entre los dos puntos de vista es fundamental: la abolición del Estado sin una revolución social previa es un

absurdo; la abolición del capital es precisamente la revolución social e implica un cambio en todo el modo de producción. Pero como para Bakunin el Estado representa el mal principal, no se debe hacer nada que pueda mantener la existencia del Estado, tanto si es una república, como una monarquía o cualquier otra forma de Estado. De aquí, la necesidad de *abstenerse por completo de toda política*. Cualquier actividad política, sobre todo la participación en las elecciones, es una traición a los principios. Hay que hacer propaganda, desacreditar al Estado, organizarse; y cuando se haya conquistado a *todos* los obreros, es decir, a la mayoría, se liquidan todos los organismos estatales, se suprime el Estado y se sustituye por la organización de la Internacional. Este gran acto, que marca el comienzo del reino milenario, se llama *liquidación social*.

Todo esto suena a algo muy radical, y es tan sencillo que puede ser aprendido de memoria en cinco minutos. He aquí la razón de que la teoría bakuninista haya encontrado tan pronto una acogida favorable en Italia y en España entre los jóvenes abogados y doctores y otros doctrinarios. Pero las masas obreras jamás aceptarán la idea de que los asuntos públicos de sus respectivos países no son a la vez sus propios asuntos; los obreros son *políticos activos* por naturaleza, y quien les proponga abandonar la política se verá, tarde o temprano, abandonado por ellos. Predicar a los obreros la abstención política en todas las circunstancias equivale a ponerlos en manos de los curas o de los republicanos burgueses.

La Internacional, según Bakunin, no ha sido creada para la lucha política, sino para ocupar el lugar de la vieja organización del Estado tan pronto como se lleva a cabo la liquidación social, y por eso debe parecerse lo más posible a la sociedad futura, tal como la concibe el ideal bakuninista. En esta sociedad no habrá, ante todo, *autoridad* alguna, pues la autoridad, que equivale al Estado, es el mal absoluto. (No se nos dice nada, naturalmente, acerca de cómo se las van a arreglar estos señores para hacer funcionar las fábricas y los ferrocarriles y gobernar los barcos, sin una voluntad que decida en última instancia y sin una dirección única.) Cesa también la autoridad de la

mayoría sobre la minoría. Cada individuo y cada comunidad son autónomos, pero Bakunin vuelve a guardar silencio acerca de cómo puede existir una sociedad, integrada aunque sólo sea por dos individuos, sin que cada uno de ellos no renuncie a parte de su autonomía.

Pues bien; también la Internacional debe ser estructurada según este modelo. Cada sección es autónoma y también cada individuo dentro de la sección. ¡Al diablo las *resoluciones de Basilea*[44], que confieren al Consejo General una autoridad perniciosa y para él mismo desmoralizadora! Aun en el caso de que esa autoridad se confiera *voluntariamente*, debe ser abolida ¡precisamente *porque* es autoridad!

Aquí tiene usted en pocas palabras los puntos principales de esta superchería. . .

Publicado por vez primera, con reducciones, en el libro: F. Engels. "Politisches Vermächtnis. Aus unveröffentlichten Briefen", Berlin, 1920, e íntegramente en el Nº 11 de la revista "Die Gesellschaft", Berlin 1925.

Se publica según el texto del manuscrito. Traducido del alemán.

C. Marx y F. Engels

DE LA OBRA "LAS PRETENDIDAS ESCISIONES EN LA INTERNACIONAL"

Circular reservada del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores[45]

. . .Pasemos ahora a los grupos sectarios:

La primera etapa de la lucha del proletariado contra la burguesía se caracteriza por los movimientos de sectas. Estas tienen su razón de ser en un período en que el proletariado no posee todavía el grado suficiente de desarrollo para actuar como clase. Unos pensadores aislados emprenden la crítica de las contradicciones sociales y proponen para ellas soluciones fantásticas, y a las masas obreras sólo les queda aceptarlas, propagarlas y llevarlas a la práctica. Las sectas que crean estos iniciadores son, por naturaleza, abstencionistas: extrañas a toda actuación efectiva, política, huelguística y sindical; en una palabra, a todo movimiento colectivo. La masa del proletariado se mantiene siempre indiferente, e incluso hostil, ante su propaganda. Los obreros de París y de Lyon no querían saber nada de los saint-simonianos, fourieristas e icaristas[46], de la misma manera que los cartistas[47] y los tradeunionistas ingleses no reconocían a los owenistas. Las sectas, palancas del movimiento en sus comienzos, se convierten en un obstáculo en cuanto este movimiento las sobrepasa; entonces se hacen reaccionarias. Testimonio de ello son las sectas en Francia e Inglaterra y, últimamente, los lassalleanos[48] en Alemania, que después de haber entorpecido durante varios años la organización del proletariado, han acabado convirtiéndose en simples instrumentos de la policía. En resumen, las sectas son la infancia del movimiento proletario, como la astrología y la alquimia son la infancia de la ciencia. Antes

de que fuera posible la fundación de la Internacional, el proletariado tuvo que superar esta etapa.

En oposición a las organizaciones de las sectas, fantaseadoras y rivales, la Internacional es la organización auténtica y militante del proletariado de todos los países, unido en la lucha común contra los capitalistas y los terratenientes, contra su dominación de clase, organizada en el Estado. Por eso, en los Estatutos de la Internacional se habla simplemente de "sociedades obreras" que aspiren a un mismo fin y acepten el mismo programa. Este programa se limita a trazar los rasgos generales del movimiento proletario, en tanto que su elaboración teórica la realizan, en consonancia con las necesidades de la lucha práctica y como resultado del intercambio de opiniones, las secciones, sus organismos y sus Congresos, en los que se admiten indistintamente las convicciones socialistas de todos los matices.

En toda nueva etapa histórica, los viejos errores reaparecen un instante para desaparecer poco después. Del mismo modo, la Internacional ha visto renacer en su seno grupos sectarios, aunque en una forma poco acentuada.

La Alianza, que considera un inmenso progreso la resurrección de las sectas, es por sí misma una prueba convincente de que el tiempo de las sectas ha pasado. Porque si, al surgir, eran un elemento de progreso, el programa de la Alianza, a remolque de un "Mahoma sin Corán"*, sólo representa un revoltijo de ideas hace mucho enterradas, encubiertas con frases sonoras y que únicamente pueden asustar a los cretinos burgueses o servir como pruebas contra los miembros de la Internacional a los fiscales de Bonaparte u otros**.

La Conferencia, en la que estuvieron representados todos los matices socialistas, aprobó por unanimidad la resolu-

---

* Bakunin *(N. de la Edit.)*

** Los escritos policíacos publicados últimamente en la prensa acerca de la *Internacional*, incluidos la circular de Julio Favre a las potencias extranjeras y el informe del rural Sacaze sobre el proyecto Dufaure, están repletos de citas tomadas de los pomposos manifiestos de la Alianza[49]. La fraseología de estos sectarios, cuyo radicalismo consiste sólo en pronunciar palabras altisonantes, sirve espléndidamente los designios de la reacción.

ción contra las secciones sectarias, plenamente convencida de que esta resolución, al recalcar de nuevo el verdadero carácter de la Internacional, marcará una nueva etapa en su desarrollo. Los partidarios de la Alianza, sintiéndose heridos de muerte por esta resolución, la consideraron simplemente como una victoria del Consejo General sobre la Internacional...

La anarquía: he ahí el gran caballo de batalla de su maestro Bakunin, el cual ha tomado de los sistemas socialistas solamente las etiquetas. Todos los socialistas entienden por anarquía lo siguiente: una vez alcanzado el objetivo del movimiento proletario —la abolición de las clases—, el poder del Estado, que existe para mantener la opresión de la inmensa mayoría de la sociedad, los productores, por una insignificante minoría explotadora, desaparece y las funciones de gobierno se transforman en simples funciones administrativas. La Alianza plantea la cuestión al revés. Proclama la anarquía en las filas proletarias como el medio más seguro para destruir la potente concentración de fuerzas sociales y políticas que los explotadores tienen en sus manos. Con este pretexto exige a la Internacional, en un momento en que el viejo mundo trata de aplastarla, que sustituya su organización con la anarquía...

Escrito por C. Marx y F. Engels entre mediados de enero y el 5 de marzo de 1872. Publicado en un folleto, en Ginebra, en 1872.

Se publica de acuerdo con el texto del folleto. Traducido del francés.

ENGELS A LUIS PIO

COPENHAGUE

[Londres], 7 de marzo de 1872.

... En Ginebra y Leipzig habrá usted oído hablar, probablemente, del intento de algunos disidentes dirigidos por Bakunin de juzgar al Consejo General en el Congreso extraordinario[50]. La esencia del asunto radica en la posición de la Internacional respecto a la política. Estos señores exigen *la abstención completa de toda acción política*, en particular *de todas las elecciones*, en tanto que la Internacional ha inscrito en su bandera, desde el primer momento, el lema de la conquista del poder político por la clase obrera como medio de emancipación social[51], y el Consejo General lo ha defendido. La resolución IX de la Conferencia* ha suscitado un estallido de esta lucha; y como las resoluciones de la Conferencia sobre cuestiones de principio no tienen carácter obligatorio en tanto no sean reconocidas por las federaciones, importa tener un acuerdo del Consejo Federal Danés que reconozca esta resolución. No digo nada del fondo de la cuestión, porque eso sería una ofensa para un pueblo tan desarrollado políticamente como el danés...

Publicado por vez primera en el N° 23 de la revista "Die Neue Zeit", Bd. I, Stuttgart, 1921.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del alemán.

* Véase la presente recopilación, págs. 33-34. *(N. de la Edit.)*

MARX A PABLO LAFARGUE

MADRID

Londres, 21 de marzo de 1872.

Querido Toole:

Le envío adjunto un extracto de nuestra misiva contra los disidentes* relacionado con las funciones del Consejo General.

Todo lo que puede hacer el Consejo General para aplicar en cada caso concreto los Estatutos Generales y las resoluciones de los Congresos es adoptar decisiones como un tribunal. Pero la ejecución en cada país depende por entero de la Internacional misma. Así, pues, en el momento en que el Consejo deje de funcionar como *el instrumento de los intereses generales de la Internacional*, será absolutamente nulo e impotente. De otra parte, el propio Consejo General es una de las fuerzas vivas de la Asociación, necesaria para mantener la unidad e impedir que elementos hostiles se apoderen de ella. La influencia moral que el Consejo actual ha sabido ganarse (a pesar de todos sus defectos) frente al enemigo común ha herido el amor propio de quienes no han visto nunca en la Internacional más que un instrumento de su ambición personal.

Ante todo, no debe olvidarse que nuestra Asociación es *la organización militante* del proletariado y en modo alguno una sociedad fundada para la promoción de doctrinarios aficionados. Romper nuestra organización en este momento sería abdicar. Los burgueses y los gobiernos combinados no desearían nada mejor. Lea usted el informe del rural Sacaze

* Véase la presente recopilación, págs. 54-56. *(N. de la Edit.)*

sobre el proyecto Dufaure[52]. ¿Qué es lo que más le admira y asusta en la Asociación? "Su organización".

Nuestro progreso desde la Conferencia de Londres es maravilloso. Se han fundado nuevas federaciones en Dinamarca, Nueva Zelandia y Portugal. Gran expansión en los *Estados Unidos*, en *Francia* (donde Malon y Cía., según su propia confesión, no poseen ni una sola sección), en *Alemania*, en Hungría y en Inglaterra (después de la formación del Consejo Federal inglés). Hace poco han surgido las secciones en Irlanda. En Italia, las únicas secciones serias —en Milán y Turín— nos pertenecen; las otras son dirigidas por abogados, periodistas y otros doctrinarios burgueses. (A propósito: una de las causas de la animadversión personal de Bakunin contra mí consiste en que ha perdido toda influencia en Rusia, donde la juventud revolucionaria marcha conmigo).

Las resoluciones de la Conferencia de Londres han sido reconocidas ya en Francia, América, Inglaterra, Irlanda, Dinamarca, Holanda, Alemania, Austria, Hungría, Suiza (salvo los jurasianos), las verdaderas secciones obreras en Italia y, finalmente, por los rusos y los polacos. Los que no las reconozcan no cambiarán nada con ello, pero se verán obligados a separarse de la inmensa mayoría de la Internacional...

Publicado por vez primera, en ruso, en 1962, en el N° 3 de "Voprosi istorii KPSS".

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del francés.

ENGELS A CARLOS CAFIERO

NAPOLES

[Notas del contenido de la carta]

Londres, 14 de junio de 1872.

Desde el 16 de mayo no he recibido de él* ni un solo periódico, aunque enviaba regularmente *Eastern Post* y otros. ¿Qué ocurre? ¿Será más que una simple casualidad que en ese mismo tiempo (10 de mayo), el *Bulletin jurassien* se jactara de poseer cartas privadas escritas por mí a mis amigos de Italia "plenas de odiosas calumnias"[53], etc., etc.? En todo caso, no he escrito cartas a Italia a nadie, excepto a usted, y deben ser estas cartas mías de las que se habla en el periódico schwitzguebeliano. Me debe usted una explicación a este respecto y espero que me la dará; me maravilla que no me la haya dado inmediatamente al publicarse eso.

Mis cartas no tienen por qué temer la publicidad, pero es una cuestión de honor *para usted* que yo sepa si han sido enviadas a mis enemigos con el consentimiento de usted o no. Si ha sido hecho con su consentimiento, sólo puedo concluir una cosa: que se ha dejado arrastrar a la *sociedad secreta bakuninista, la Alianza*, la cual, predicando a los profanos —bajo la máscara de la autonomía, anarquía y antiautoritarismo— la desorganización de la Internacional, practica con los iniciados un autoritarismo absoluto a fin de apoderarse de la dirección de la Asociación; esta sociedad trata a las masas obreras como un rebaño de borregos dirigido por unos cuantos iniciados, a los que sigue ciegamente, e imita en la Internacional el papel de los jesuitas en la Iglesia católica.

* Es decir, C. Cafiero. *(N. de la Edit.)*

Si mi conjetura es fundada, debo felicitarle por haber puesto a salvo para siempre su preciosa "autonomía", abdicando de ella absolutamente en manos del papa Bakunin. Pero no puedo creer que usted, anarquista y antiautoritario purísimo, haya renegado hasta tal punto de sus principios más queridos y menos aún que haya cometido semejante vileza conmigo, que le he tratado siempre con extrema sinceridad y confianza. Es necesario que aclare este punto, y sin demora.

Salud y emancipación.

Suyo, *F. E.*

Publicado por vez primera en el libro: M. Nettlau "Bakunin e L'Internazionale in Italia. Dal 1864 al 1872". Ginevra, 1928.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del alemán y del italiano.

F. Engels

De la circular "EL CONSEJO GENERAL A TODOS LOS MIEMBROS DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES"[54]

...Pues bien, más de tres años después, poseemos documentos que prueban de manera incontestable que esta misma Alianza de la Democracia Socialista, a despecho de su promesa formal, ha seguido y sigue existiendo como un cuerpo internacional en el seno de la Internacional y, además, bajo la forma de sociedad secreta; que es siempre el señor Bakunin el que la dirige; que su objetivo continúa siendo el mismo, y que todos los ataques lanzados desde hace un año, en apariencia contra la Conferencia de Londres y contra el Consejo General, pero en realidad contra toda nuestra organización, parten de la Alianza. Los mismos hombres que acusan al Consejo General de *autoritarismo*, sin haber podido especificar jamás ningún acto autoritario de su parte; que hablan a cada paso de *autonomía de las secciones* y de *libre federación de los grupos*; que acusan al Consejo General de haber querido imponer a la Internacional *su doctrina oficial y ortodoxa* y transformar la Internacional en una asociación organizada *jerárquicamente*; esos mismos hombres, en la práctica, se constituyen en sociedad secreta organizada jerárquicamente, bajo un régimen no sólo autoritario, sino absolutamente dictatorial, pisotean toda autonomía de las secciones y federaciones; por medio de esta organización secreta tratan de imponer a la Internacional la doctrina personal y ortodoxa del señor Bakunin. Ellos, que exigen que la Internacional se organice *de abajo arriba*, se someten con humildad como miembros de la Alianza a las órdenes que les llegan de *arrriba abajo*...

...Nos hallamos, por vez primera en la historia de las luchas de la clase obrera, ante una conspiración secreta urdida en el seno de la propia clase obrera con el fin de hacer saltar no el régimen explotador existente, sino la Asociación misma, que le combate con la mayor energía. Se trata de una conspiración contra el propio movimiento proletario. Así, en todas partes donde la encontramos, la vemos predicar la doctrina enervante de la abstención absoluta en materia política. Y mientras que los simples internacionalistas profanos son perseguidos y encarcelados en casi todos los países de Europa, los "valientes" miembros de la Alianza gozan de una inmunidad completamente excepcional.

Ciudadanos, debéis elegir. Lo que está en juego en este momento no es ni la autonomía de las secciones, ni la libre federación de los grupos, ni la organización de abajo arriba ni ninguna otra fórmula pretenciosa y sonora. La cuestión se reduce hoy a lo siguiente: ¿queréis órganos centrales compuestos de hombres que no reconozcan otro mandato que el vuestro, o los queréis compuestos de hombres elegidos por sorpresa, de hombres que aceptan vuestro mandato sólo con el propósito de conduciros como un rebaño de borregos de conformidad con las instrucciones secretas procedentes de un personaje misterioso en Suiza?

Denunciar la existencia de esta sociedad secreta de embaucadores significa destruir su potencia. Los hombres de la Alianza no son tan tontos para creer que la gran masa de internacionalistas se someterá conscientemente a una organización como la suya en cuanto conozcan su existencia. No puede haber nada de común entre los engañadores y los que ellos pretenden engañar, entre la Alianza y la Internacional.

Es preciso, de otra parte, poner fin de una vez para siempre a las luchas intestinas provocadas, una y otra vez, en el seno de nuestra Asociación por la presencia de este cuerpo parásito. Estas luchas no hacen más que malgastar las fuerzas destinadas a combatir al régimen burgués actual. La Alianza, al paralizar la acción de la Internacional contra los enemigos de la clase obrera, sirve admirablemente a la burguesía y a los gobiernos.

Por ello, el Consejo General pedirá al Congreso de La Haya que sean expulsados de la Internacional todos los miembros de la Alianza y que se le concedan los poderes necesarios para prevenir la repetición de conspiraciones semejantes.

El Consejo General

Escrito por Engels entre el 4 y el 6 de agosto de 1872.
Publicado por vez primera en ruso, en la 1ª ed., de las "Obras" de C. Marx y F. Engels. t. XIII, parte II, 1940.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito.
Traducido del francés.

C. Marx y F. Engels

DE LAS RESOLUCIONES DEL CONGRESO GENERAL CELEBRADO EN LA HAYA

2—7 de septiembre de 1872[55]

I

RESOLUCION RELATIVA A LOS ESTATUTOS

El artículo siguiente, que resume el contenido de la resolución IX de la Conferencia de Londres (septiembre de 1871)*, se insertará en los Estatutos después del art. 7°:

Artículo 7-a. En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase sino constituyéndose él mismo en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras.

Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la Revolución social y de su fin supremo: la abolición de las clases.

La coalición de las fuerzas obreras, obtenida ya por medio de la lucha económica, debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores.

Por cuanto los señores de la tierra y del capital se sirven siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos y sojuzgar el trabajo, la conquista del poder político pasa a ser el gran deber del proletariado.

Adoptado por 29 votos contra 5; abstenciones, 8.

Escrito por C. Marx y F. Engels.
Publicado en un folleto con el título de "Résolutions du congrès général tenu a la Haye du 2 au 7 septembre 1872", Londres 1872, así como en los periódicos "La Emancipación", N° 72, 2 de noviembre de 1872, y "The International Herald", N° 37, 14 de diciembre de 1872.

Se publica según el texto del folleto, cotejado con el manuscrito de Engels.
Traducido del francés.

* Véase la presente recopilación, págs. 33-34. *(N. de la Edit.)*

C. Marx

EL CONGRESO DE LA HAYA

Del discurso pronunciado el 8 de septiembre de 1872 en un mitin celebrado en Amsterdam[56]

INFORMACION PERIODISTICA

...El Congreso de La Haya ha hecho tres cosas principales:

Ha proclamado la necesidad para las clases obreras de combatir en el terreno político, como en el terreno oficial, la vieja sociedad que se hunde; y nos felicitamos de ver entrar ahora en nuestros Estatutos esta resolución de la Conferencia de Londres*.

En nuestros medios se ha formado un grupo que preconiza la abstención de los obreros en materia política. Hemos considerado nuestro deber declarar hasta qué punto consideramos estos principios peligrosos y funestos para nuestra causa.

El obrero deberá conquistar un día la supremacía política para asentar la nueva organización del trabajo; deberá dar al traste con la vieja política que sostienen las viejas instituciones, so pena, como los antiguos cristianos —que despreciaron y rechazaron la política—, de no ver jamás su reino de este mundo.

Pero nosotros jamás hemos pretendido que para lograr este objetivo sea preciso emplear en todas partes medios idénticos.

Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existen países como América, Inglaterra y, si yo conociera mejor vuestras instituciones, agregaría Holanda, en los que los trabajadores pueden llegar a su objetivo por medios pacíficos. Si bien esto es cierto, debemos reconocer también que en la mayoría de los países del continente es la fuerza la que deberá servir de palanca de nuestras revoluciones; es a la fuerza a la que habrá que recurrir por algún tiempo a fin de establecer el reino del trabajo*.

* Véase la presente recopilación, págs. 33-34. *(N. de la Edit.)*

Publicado en los periódicos "La Liberté", N° 37, 15 de septiembre de 1872, y "Der Volksstaat", N° 79, 2 de octubre de 1872.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico "La Liberté", cotejado con el de "Der Volksstaat". Traducido del francés.

* En el periódico *Der Volksstaat*, en vez de esta frase, se dice: "Sin embargo, no en todos los países se da precisamente esa situación". *(N. de la Edit.)*

F. Engels

Del artículo "LOS MANDATOS IMPERATIVOS EN EL CONGRESO DE LA HAYA"

...El mandato *jurasaico*[57] da lugar a otras reflexiones todavía. Este mandato descubre el conjunto de acción que reina en la Alianza, donde, a despecho de todas las frases sobre la *anarquía*, la *autonomía*, la *libre federación*, etc., no hay en realidad más que dos cosas: *la autoridad* y la *obediencia*. Algunas semanas antes del momento en que Schwitzguebel y Guillaume se redactaron su propio mandato, que abolía los Estatutos Generales, excepto los considerandos, sus amigos, los delegados no internacionales* de la Conferencia de Rimini, redactaron los Estatutos de la llamada Federación Italiana, que se componen de los considerandos de los Estatutos Generales y de un reglamento federal. Los Estatutos Generales quedaban, pues, *suprimidos* en la organización votada por la Conferencia de Rimini. Como se ve, los hombres de la Alianza obran siempre obedeciendo a órdenes secretas y uniformes. A esas mismas órdenes secretas obedecía, sin duda, *La Federación*[58], de Barcelona, al predicar de repente la desorganización de la Internacional; pues la fuerte organización de nuestra Asociación en España ha empezado a ser un peligro para los directores secretos de la Alianza. Esta organización da demasiada pujanza a la clase obrera, y por esto crea dificultades al gobierno secreto de los señores aliancistas, que saben perfectamente aquello de que "a río revuelto, ganancia de pescadores".

* En aquellos tiempos se denominaba internacionales a los miembros de las secciones de la Internacional. *(N. de la Edit.)*

Destruid la organización y tendréis el río tan revuelto como queráis. Destruid, sobre todo, las Uniones de oficio, declarad la guerra a las huelgas, reducid la solidaridad obrera a una palabra vana, y tendréis el campo libre para vuestras pomposas frases, huecas y doctrinarias. Esto es, si los obreros de nuestra región os dejan destruir la obra que les ha costado cuatro años de afanes, y que es, sin disputa, la mejor organización de toda la Internacional.

Escrito por F. Engels a comienzos de octubre de 1872.
Publicado en el N° 69 del periódico "La Emancipación", el 13 de octubre de 1872.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.

F. Engels

DE LA OBRA "CONTRIBUCION AL PROBLEMA DE LA VIVIENDA"[59]

Tercera parte

SUPLEMENTO SOBRE PROUDHON Y EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

En el núm. 86 del *Volksstaat*, A. Mülberger se declara autor de los artículos que he criticado en los núms. 51 y siguientes de este periódico[60]. En su contestación me abruma con tal serie de reproches y confunde hasta tal extremo los problemas de que se trata, que me veo en la necesidad de contestarle. Intentaré dar a mi réplica —la cual, a pesar mío, habrá de tomar el tono de la polémica personal, que en gran parte, me es impuesto por el propio Mülberger— un interés general, desarrollando otra vez, y a ser posible más claramente todavía, los puntos principales, aun so pena de oír decir a Mülberger que todo eso "no contiene nada esencialmente nuevo para él ni tampoco para los demás lectores del *Volksstaat*".

Mülberger se queja de la forma y del contenido de mi crítica. En lo que se refiere a la forma, me bastará contestar que en aquel momento ignoraba completamente de quién procedían los artículos en cuestión. No podía tratarse, pues, de una "prevención" personal contra su autor; pero sí estaba "prevenido" contra la solución del problema de la vivienda desarrollada en estos artículos, por cuanto la conocía desde hace mucho tiempo por Proudhon y mi opinión, en este aspecto, estaba firmemente establecida.

En cuanto al "tono" de mi crítica, no lo quiero discutir con el amigo Mülberger. Cuando se está en el movimiento desde hace tanto tiempo como lo estoy yo, se le acaba por endurecer a uno la epidermis contra los ataques, y se supone fácilmente que lo mismo les ocurre a los demás. Pero esta

vez, para indemnizar a Mülberger, intentaré poner mi "tono" en armonía con la sensibilidad de su epidermis.

Mülberger se queja sobre todo amargamente porque le he llamado proudhoniano, y protesta que no lo es. Naturalmente, he de creerle, pero aduciré pruebas que demuestran que los artículos en cuestión —y solamente a ellos me he referido— no contienen más que puro proudhonismo.

Pero, según Mülberger, también critico a Proudhon "a la ligera" y cometo con él una injusticia:

> "La teoría sobre el carácter pequeñoburgués de Proudhon se ha convertido en Alemania en un dogma corriente, que muchos profesan sin haber leído una sola línea suya".

Y cuando lamento que los obreros de los países latinos no tengan otro alimento intelectual, desde hace veinte años, que las obras de Proudhon, Mülberger me contesta que entre estos obreros "los principios, tales como los ha formulado Proudhon, constituyen en casi todas partes el alma viva del movimiento". Esto tengo que refutarlo. En primer lugar, el "alma viva" del movimiento obrero, en ningún sitio reside en los "principios", sino, en todas partes, en el desarrollo de la gran industria y en sus efectos, en la acumulación y concentración del capital por un lado, y del proletariado por otro. En segundo lugar, no es cierto que los pretendidos "principios" de Proudhon desempeñen entre los obreros de los países latinos el papel decisivo que les atribuye Mülberger, ni que "los principios de la anarquía, la organización de las *forces économiques** y de la *liquidation sociale***, etc., se han convertido entre ellos... en los verdaderos portadores del movimiento revolucionario". Sin hablar de España ni de Italia, donde la panacea universal de Proudhon ha ganado alguna influencia tan sólo en la forma todavía más desfigurada por Bakunin, es un hecho notorio, para quien conoce el movimiento obrero internacional, que en Francia los proudhonianos no forman más que una secta poco numerosa, mientras que la masa de los obreros no quiere saber nada del plan de reforma social proyectado por Proudhon con el título de *Liquidation sociale* y de *Organi-*

* Fuerzas económicas. *(N. de la Edit.)*
** Liquidación social. *(N. de la Edit.)*

sation des forces économiques. Se ha visto, entre otras circunstancias, durante la Comuna. Aunque los proudhonianos estaban poderosamente representados en ella, no se hizo ni el menor intento de liquidar a la vieja sociedad o de organizar las fuerzas económicas según los proyectos de Proudhon. Muy al contrario, es un honor para la Comuna, que el "alma viva" de todas sus medidas económicas no fueran algunos principios cualesquiera, sino... la simple necesidad práctica. Y ésta fue la razón de que dichas medidas —supresión del trabajo nocturno de los panaderos, prohibición de las multas en las fábricas, confiscación de las fábricas y talleres cerrados y su entrega a las asociaciones obreras— no tuviesen nada que ver con el espíritu proudhoniano, sino con el del socialismo científico alemán. La única medida social que los proudhonianos hicieron aceptar fue la de *no* confiscar el Banco de Francia, y ésta es, en parte, la razón por la cual cayó la Comuna. Los llamados blanquistas[61], en cuanto intentaron transformarse de simples revolucionarios políticos en una fracción obrera socialista con un programa determinado —como ocurrió con los blanquistas emigrados en Londres en su manifiesto *Internationale et Révolution**— no proclamaron los "principios" del plan proudhoniano para la salvación de la sociedad, sino —casi palabra por palabra— las concepciones del socialismo científico alemán sobre la necesidad de la acción política del proletariado y de su dictadura, como paso hacia la supresión de las clases y, con ellas, del Estado, tal como aparece indicado ya en el *Manifiesto Comunista* y como, desde entonces, ha sido repetido un número infinito de veces. Y si Mülberger deduce del desdén manifestado por los alemanes hacia Proudhon, que aquéllos comprenden mal el movimiento de los países latinos "incluyendo la Comuna de París", que nos cite, pues, para comprobar esta incomprensión, un texto en alguna lengua latina, que haya demostrado, siquiera sea aproximadamente, una comprensión tan acertada de la Comuna y la haya expuesto de una manera tan justa, como el *Manifiesto del Consejo General de la Internacional*

* Engels analiza este manifiesto en su artículo *Programa de los blanquistas de la Comuna en la emigración*. *(N. de la Edit.)*

sobre la guerra civil en Francia, escrito por el alemán Marx.

El único país donde el movimiento obrero está directamente bajo la influencia de los "principios" proudhonianos, es Bélgica. Y esto precisamente porque el movimiento belga va, como diría Hegel, "de la nada a la nada a través de la nada"[62].

Cuando considero una desgracia que durante veinte años los obreros de los países latinos no hayan tenido, directa o indirectamente, más alimento espiritual que las obras de Proudhon, no me refiero a la dominación verdaderamente mítica de las recetas reformadoras de Proudhon —lo que Mülberger llama los "principios"—, sino a que su crítica económica de la sociedad actual está contaminada por una fraseología proudhoniana completamente falsa, y su acción política, viciada por la influencia proudhoniana. Saber quiénes "están (stehen) más en la revolución", si los "obreros proudhonizados de los países latinos" o los obreros alemanes —los cuales, en todo caso, comprenden infinitamente mejor el socialismo científico alemán que los latinos comprenden a su Proudhon— es cosa que no podremos contestar mientras no sepamos lo que quiere decir "*estar* en la revolución". Se ha oído hablar de gente que "está en el cristianismo, en la verdadera fe, en la gracia de Dios", etc. Pero, ¡"estar" en la revolución, en el movimiento más violento! ¿Es, acaso, la "revolución" una religión dogmática, en la cual sea preciso creer?

Mülberger, me reprocha, además, el haber afirmado, contra los términos expresos de su trabajo, que él consideraba el problema de la vivienda como un problema exclusivamente obrero.

Esta vez Mülberger tiene verdaderamente razón. Se me había pasado el párrafo en cuestión. Y esto no tiene excusa, porque es de los más característicos de toda la tendencia del tema que trata. En efecto, Mülberger escribe lisa y llanamente.

"Como se nos ha hecho múltiples y repetidas veces la objeción *risible* de que hacemos una *política de clase*, de que aspiramos a una *dominación de clase* y otras cosas más del mismo tipo, afirmamos inmediata y expresamente que la cuestión de la vivienda no concierne en modo alguno al proletariado de manera exclusiva. Al *contrario*, interesa de *una manera primordial a las verdaderas clases medias*, a los

artesanos, a la pequeña burguesía, a toda la burocracia... La cuestión de la vivienda es precisamente el punto de las reformas sociales más apropiado para descubrir la *identidad intrínseca absoluta entre los intereses del proletariado*, por una parte, y los de las *verdaderas clases medias* de la sociedad, por otra. Las clases medias sufren tanto, *y quizá más todavía*, que el proletariado, las cadenas pesadas de la vivienda de alquiler... Las verdaderas clases medias de la sociedad están colocadas hoy ante la cuestión de saber si... encontrarán la suficiente fuerza... en alianza con las fuerzas jóvenes y llenas de energía del partido obrero, para participar en el proceso de transformación de la sociedad, *cuyos beneficios les corresponderán a ellas en primer lugar*".

El amigo Mülberger deja sentado, pues, lo siguiente:

1) "Nosotros" no hacemos ninguna "política de clase" y no aspiramos a la "dominación de clase". Sin embargo, el partido obrero socialdemócrata alemán, precisamente *porque* es un *partido obrero*, tiene por fuerza que hacer una "*política de clase*", la política de la clase obrera. Como todo partido político aspira a establecer su dominación dentro del Estado, el partido obrero socialdemócrata alemán aspira, pues, necesariamente, a *su* dominación, a la dominación de la clase obrera, es decir, a una "dominación de clase". Por lo demás, *cada* partido proletario verdadero, desde los cartistas ingleses, puso siempre como primera condición de su lucha la política de clase, la organización del proletariado en partido político independiente, y se asignó como objetivo inmediato de esta lucha la dictadura del proletariado. Al considerar esto como algo "risible", Mülberger se coloca fuera del movimiento obrero, en el campo del socialismo pequeñoburgués.

2) El problema de la vivienda tiene la ventaja de no ser un problema exclusivamente obrero; "interesa de modo primordial a la pequeña burguesía", porque "las verdaderas clases medias sufren tanto, quizá más todavía", que el proletariado, este problema. Cuando alguien declara que la pequeña burguesía sufre, aunque sea en un solo aspecto, "quizá más todavía que el proletariado", no tiene derecho, por cierto, a quejarse de que lo clasifiquen entre los socialistas pequeñoburgueses. Puede estar descontento Mülberger cuando digo:

"Son éstos, precisamente, los males comunes a la clase obrera y a las otras clases, en particular la pequeña burguesía, de los que prefiere ocuparse el socialismo pequeñoburgués, al que pertenece también Proudhon. Y no es por casualidad por lo que nuestro proudhoniano alemán toma de preferencia la cuestión de la vivienda, que, como hemos visto, no es en modo alguno una cuestión exclusivamente obrera".

3) Entre los intereses de las "verdaderas clases medias de la sociedad" y los del proletariado, hay una "identidad intrínseca absoluta", y no es al proletariado, sino a estas verdaderas clases medias, a quienes corresponderán en primer lugar los "beneficios" del próximo proceso de transformación de la sociedad.

Así, pues, los obreros harán la próxima revolución social "en primer lugar" en interés de los pequeños burgueses. Y además, hay una identidad intrínseca absoluta entre los intereses de la pequeña burguesía y los del proletariado. Si los intereses de la pequeña burguesía son intrínsecamente idénticos a los de los obreros, los intereses de los obreros son asimismo idénticos a los de los pequeños burgueses. El punto de vista pequeñoburgués tiene, por consiguiente, tanto derecho a la existencia en el movimiento, como el punto de vista proletario. Y la afirmación de esta igualdad de derecho es, precisamente, lo que se llama socialismo pequeñoburgués.

Así, pues, Mülberger es consecuente consigo mismo cuando en la pág. 25 de su folleto[63] celebra el "artesanado" como el "verdadero *pilar* de la sociedad", "porque por su propia naturaleza reúne en sí los tres factores: trabajo-adquisición-posesión, y porque con la reunión de estos elementos no pone ningún límite a la capacidad de desarrollo del individuo"; y también cuando reprocha en particular a la industria moderna el destruir este vivero de hombres normales y el "haber hecho de una *clase* vigorosa y que se reproduce siempre de nuevo, una *masa* inconsciente de gente que no sabe adonde dirigir sus miradas ansiosas". Por lo tanto, el pequeñoburgués es para Mülberger el hombre modelo, y la pequeña industria, el modo de producción ejemplar. ¿Puede decirse, pues, que le he calumniado al clasificarle entre los socialistas pequeñoburgueses?

Como Mülberger declina toda responsabilidad en cuanto se refiere a Proudhon, sería superfluo demostrar todavía más cómo los planes de reforma de éste tienden a trans-

formar todos los miembros de la sociedad en pequeños burgueses y en pequeños campesinos. Sería también superfluo insistir sobre la pretendida identidad de intereses entre los pequeños burgueses y los obreros. Lo necesario se encuentra ya en el *Manifiesto Comunista* (edición de Leipzig, 1872, págs. 12 y 21).

El resultado, pues, de nuestro examen es que, al lado de la "leyenda del pequeño burgués Proudhon", aparece la realidad del pequeño burgués Mülberger.

Escrito por F. Engels en enero de 1873. Publicado en el N° 12 del periódico "Der Volksstaat", el 8 de febrero de 1873.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición de 1887, cotejado con el del periódico.
Traducido del alemán.

C. Marx

EL INDIFERENTISMO EN MATERIA POLITICA

"La clase obrera no debe constituirse en partido político; no debe, bajo ningún pretexto, actuar en política, porque combatir el Estado significa reconocer el Estado, ¡y esto es contrario a los principios eternos! Los obreros no deben declarar huelgas, porque hacer esfuerzos para conseguir aumento de salario o por impedir su disminución es como reconocer *el salario*, ¡y esto es contrario a los principios eternos de la emancipación de la clase obrera!

"Si en la lucha política contra el Estado burgués los obreros sólo consiguen arrancar algunas concesiones, significa que aceptan compromisos, lo que es contrario a los principios eternos. Por eso se debe despreciar todo movimiento pacífico, como los que tienen la mala costumbre de hacer los obreros ingleses y americanos. Los obreros no deben esforzarse por establecer un límite legal de la jornada de trabajo, porque eso significaría llegar a un compromiso con los patronos, los cuales podrían entonces explotarles sólo 10 ó 12 horas, en lugar de 14 ó 16. No deben gastar tampoco fuerzas en prohibir legalmente el trabajo fabril de los niños menores de diez años, pues con ese medio no harán cesar la explotación de los niños menores de diez años: ¡con eso incurren solamente en un nuevo compromiso, que perjudica la pureza de los principios eternos!

"Los obreros deben procurar menos aún que el Estado, cuyo presupuesto se confecciona a costa de la clase obrera, esté obligado a dar enseñanza primaria a los hijos de los obreros, como en la República Americana, pues la instruc-

ción primaria no es la instrucción íntegra. Es mejor que los obreros y las obreras no sepan leer, ni escribir ni contar que recibir instrucción de un maestro de escuela del Estado ¡Es mejor que la ignorancia y un trabajo cotidiano de 16 horas embrutezcan a la clase obrera con tal de que no sean violados los principios eternos!

"Si la lucha política de la clase obrera asume formas violentas, si los obreros sustituyen la dictadura de la burguesía con su dictadura revolucionaria, cometen un terrible delito de leso principio, porque para satisfacer sus míseras necesidades vulgares de cada día, para vencer la resistencia de la burguesía, dan al Estado una forma revolucionaria y transitoria en vez de deponer las armas y abolirlo. Los obreros no deben formar ninguna sociedad profesional, porque con ello perpetúan la división del trabajo social, como la encuentran en la sociedad burguesa, y esta división, que desune a los obreros, es precisamente la base de la esclavitud actual.

"En una palabra, los obreros deben cruzarse de brazos y no perder su tiempo en movimientos políticos y económicos. Estos movimientos pueden darles solamente resultados inmediatos. Como hombres verdaderamente religiosos, deben gritar llenos de fe, despreciando sus necesidades cotidianas: "¡Que nuestra clase sea crucificada, que nuestra raza perezca, pero que sigan inmaculados los eternos principios!" Como cristianos piadosos, deben creer en la palabra del cura, despreciar los bienes de esta tierra y no pensar más que en ganarse el paraíso. —Poned en lugar del paraíso la *liquidación social*, que un buen día se realizará en un confín cualquiera del mundo, no se sabe cómo ni por obra de quién, y la mixtificación será idéntica en todo y por todo.

"En espera, pues, de esta famosa liquidación social, la clase obrera debe comportarse decentemente, como un rebaño de ovejas bien alimentadas; dejar en paz al gobierno; temer a la policía; respetar las leyes; suministrar sin rechistar la carne de cañón.

"En la vida práctica cotidiana, los obreros deben ser servidores obedientísimos del Estado; pero en su fuero interno deben protestar enérgicamente contra su existencia y testimoniarle su profundo desprecio teórico mediante la

adquisición y la lectura de tratados literarios sobre la abolición del Estado; deben guardarse muy bien de oponer al régimen capitalista otra resistencia que no sean las declamaciones sobre la futura sociedad, ¡en la cual ese régimen odioso habrá dejado de existir!"

No cabe la menor duda de que si los apóstoles del indiferentismo en materia política se expresaran de un modo tan claro, la clase obrera les mandaría a paseo; se sentiría insultada por estos doctrinarios burgueses y gentilhombres desequilibrados, estúpidos o ingenuos hasta el punto de prohibirle todo medio real de lucha porque todas las armas para combatir hay que tomarlas de la sociedad actual y porque las condiciones fatales de esta lucha tienen la desgracia de no adaptarse a la fantasía idealista, que estos doctores en *ciencias sociales* han divinizado con los nombres de *Libertad*, *Autonomía* y *Anarquía*. Pero el movimiento de la clase obrera es hoy tan potente que estos sectarios filántropos no osan ya repetir respecto a la lucha económica las *grandes verdades* que proclaman incesantemente sobre la lucha política. Son demasiado cobardes para aplicar estas verdades a las huelgas, las coaliciones, las sociedades de signo profesional, las leyes sobre el trabajo femenino e infantil, sobre la limitación de la jornada de trabajo, etc., etc.

Veamos ahora en qué grado pueden remitirse a las buenas tradiciones, al honor, a la buena fe y a los principios eternos.

Los primeros socialistas (Fourier, Owen, Saint-Simon, etc.), por cuanto las condiciones sociales no estaban bastante desarrolladas aún para permitir a la clase obrera constituirse en clase militante, debieron fatalmente circunscribirse a sueños sobre la *sociedad modelo* del porvenir y condenar todas las tentativas —como las huelgas, las coaliciones y los movimientos políticos— emprendidas por los obreros para mejorar un tanto su suerte. Pero si no podemos hoy renegar de estos patriarcas del socialismo, como los químicos no pueden renegar de sus padres, los alquimistas, debemos. en todo caso, evitar el reincidir en sus errores, ya que, cometidos por nosotros, serían imperdonables.

Sin embargo, más tarde —en 1839—, cuando la lucha económica y política de la clase obrera había adquirido en

Inglaterra un carácter ya bastante acentuado, Bray —uno de los discípulos de Owen y uno de los que habían descubierto el *mutualismo* mucho antes que Proudhon—, publicó un libro titulado *Labour's Wrongs and Labour's Remedy (Los males y los remedios del trabajo).*

En uno de los capítulos, sobre la ineficacia *de todas las mejoras que se quieren obtener con la lucha actual*, hace una crítica mordaz de todos los movimientos, tanto políticos como económicos, de los obreros ingleses; condena el movimiento político, las huelgas, la limitación de la jornada laboral y la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas, porque todo eso —según él—, en vez de contribuir a acabar con el estado actual de la sociedad, lo acentúa y hace más intensos los antagonismos.

Pasemos ahora al oráculo de estos doctores en ciencias sociales, a Proudhon. Aunque el maestro tuvo la valentía de pronunciarse enérgicamente contra todo movimiento económico (coaliciones, huelgas, etc.) que estuviera en contradicción con las teorías redentoras de su *mutualismo*, estimuló con sus escritos y con su participación personal el movimiento político de la clase obrera; sus discípulos no se atreven a pronunciarse abiertamente contra el movimiento. Ya en 1847, época en que apareció la gran obra del maestro, *Las contradicciones económicas*, yo refuté sus sofismas contra el movimiento obrero*. Sin embargo, en 1864, después de la ley Ollivier, que concedía a los obreros franceses, aunque de un modo muy limitado, el derecho de coalición, Proudhon volvió a la carga en su libro *Capacidad política de la clase obrera*, publicado a los pocos días de su muerte.

Los ataques del maestro fueron tan del agrado de los burgueses que el *Times*, con motivo de la gran huelga de sastres de Londres en 1866, hizo a Proudhon el honor de traducirlo y de condenar a los huelguistas con sus propias palabras. He aquí algunos ejemplos.

Los mineros de Rive-de-Gier se declaran en huelga; se envían allí soldados para hacerles entrar en razón.

---

* Véase la obra *Miseria de la Filosofía, Respuesta a la "Filosofía de la Miseria" del señor Proudhon* (Paris, 1847, Edit. Frank, cap. II, § V: *Las huelgas y las coaliciones obreras).*

"La autoridad —grita Proudhon— que hizo ametrallar a los mineros de Rive-de-Gier fue puesta en una situación muy difícil. Pero actuó como el antiguo Bruto, puesto en el trance de elegir entre su amor de padre y su deber de Cónsul: había que sacrificar a los hijos para salvar la República. Bruto no vaciló y la posteridad no se atreve a condenarle"*.

La memoria del proletario no recuerda un burgués que haya vacilado en sacrificar a sus obreros para salvar sus propios intereses. ¡Qué Brutos son estos burgueses!

"Así, pues, no existe el derecho de coalición, como no existe el derecho de fraude y de hurto, como no existe el derecho de incesto y de adulterio"**.

En cambio, habrá que reconocerlo, existe el derecho *a la estupidez.*

¿Cuáles son, entonces, los principios eternos, en nombre de los cuales el maestro fulmina sus abracadabrantes excomuniones?

Primer principio eterno:

"La tasa del salario determina el precio de las mercancías".

Incluso quienes no tienen ninguna noción de economía política e ignoran que el gran economista burgués Ricardo, en su libro *Principios de Economía Política,* publicado en 1817, refutó de una vez para siempre este error tradicional; incluso ésos, conocen la peculiaridad notabilísima de la industria inglesa, que puede vender sus productos a un precio muy inferior al de cualquiera otra nación mientras que los salarios en Inglaterra son relativamente más elevados que en cualquier otro país de Europa.

Segundo principio eterno:

"La ley que autoriza las coaliciones es altamente antijurídica, antieconómica, contraria a toda sociedad y orden".

En una palabra, "es contraria al *Derecho* económico de la libre competencia".

Si el maestro fuera un poco menos *chauvin****, se preguntaría cómo se explica que una ley tan contraria *al derecho*

---

* P. G. Proudhon. *De la capacidad política de la clase obrera.* París, Lacroix y Cía., pág. 327.

** Ibíd., pág. 383.

*** *Chovinista. (N. de la Edit.)*

económico de la libre competencia fuese promulgada en Inglaterra hace ya cuarenta años y por qué a medida que se desarrolla la industria, y con ella la *libre competencia*, esta ley tan contraria *a toda sociedad y orden* se impone como una necesidad hasta a los propios Estados burgueses. Entonces se convencería, quizá, de que este *Derecho* (con *D* mayúscula) existe únicamente en los *Manuales económicos*, redactados por los frailes Ignorantes de la economía política burguesa, manuales en los que encontramos perlas de sabiduría económica como la siguiente: *La propiedad es el fruto del trabajo... de los demás*, olvidan agregar.

Tercer principio eterno:

"Por consiguiente, con el pretexto de sacar a la clase obrera de la llamada inferioridad social, habrá que empezar por denigrar a toda una clase de ciudadanos: la clase de los señores, los empresarios, los patronos y los burgueses; habrá que atizar en la democracia obrera el desprecio y el odio a estos indignos representantes de la clase media; en vez de la represión legal, habrá que preferir la guerra mercantil e industrial, y en vez de la policía del Estado, el antagonismo de clases"*.

El maestro, para impedir a la clase obrera salir de su llamada *inferioridad social*, condena las coaliciones, que convierten a la clase obrera en clase antagónica a la respetable *categoría de los patronos, los empresarios y los burgueses*, los cuales prefieren ciertamente, como Proudhon, la *policía del Estado al antagonismo de clases*. Para evitar todo disgusto a esta respetable clase, el bueno de Proudhon recomienda a los obreros (como es natural, hasta el advenimiento del *régimen mutualista*) "la libertad o competencia, nuestra única garantía", a pesar de sus graves inconvenientes**.

El maestro predicaba el indiferentismo en materia económica *para proteger la libertad o competencia burguesa*, nuestra única garantía. Los discípulos predican el indiferentismo en materia política para proteger la libertad burguesa, su única garantía. Si los primeros cristianos, que predicaban también la indiferencia en materia política, necesitaban de la ayuda de un emperador para transformarse de

* P. G. Proudhon. *De la capacidad política de la clase obrera.* París, Lacroix y Cía., págs. 337-338.

** Ibíd., pág. 334.

oprimidos en opresores, los modernos apóstoles del indiferentismo político no creen que sus principios eternos les impongan la abstinencia de los placeres mundanos y de los privilegios temporales de la sociedad burguesa. ¡Sin embargo, debemos reconocer que soportan con un estoicismo digno de los mártires cristianos las 14 ó 16 horas de trabajo cuando éstas recaen sobre los obreros fabriles!

Londres, enero de 1873

Escrito por C. Marx.
Publicado en diciembre de 1873 en el "Almanacco Repubblicano per l'anno 1874".

Se publica de acuerdo con el texto del almanaque.
Traducido del italiano.

F. Engels

DE LA AUTORIDAD

Algunos socialistas han emprendido últimamente una verdadera cruzada contra lo que ellos llaman *principio de autoridad*. Basta con que se les diga que este o el otro acto es *autoritario* para que lo condenen. Hasta tal punto se abusa de este método sumario de proceder, que no hay más remedio que examinar la cosa un poco más de cerca. Autoridad, en el sentido de que se trata, quiere decir: imposición de la voluntad de otro a la nuestra; autoridad supone, por otra parte, subordinación. Ahora bien; por muy mal que suenen estas dos palabras y por muy desagradable que sea para la parte subordinada la relación que representan, la cuestión está en saber si hay medio de prescindir de ella, si —dadas las condiciones actuales de la sociedad— podemos crear otro régimen social en el que esta autoridad no tenga ya objeto y en el que, por consiguiente, deba desaparecer. Examinando las condiciones económicas, industriales y agrícolas, que constituyen la base de la actual sociedad burguesa, nos encontramos con que tienden a remplazar cada vez más la acción aislada por la acción combinada de los individuos. La industria moderna, con grandes fábricas y talleres, en los que centenares de obreros vigilan la marcha de máquinas complicadas movidas a vapor, ha venido a ocupar el puesto del pequeño taller del productor aislado; los coches y los carros para grandes distancias han sido sustituidos por el ferrocarril, como las pequeñas goletas y falúas lo han sido por los barcos a vapor. La misma agricultura va cayendo poco a poco bajo el dominio de la máquina y del vapor,

los cuales remplazan, lenta pero inexorablemente, a los pequeños propietarios por grandes capitalistas, que cultivan, con ayuda de obreros asalariados, grandes extensiones de tierra. La acción coordinada, la complicación de los procedimientos, supeditados los unos a los otros, desplaza en todas partes a la acción independiente de los individuos. Y quien dice acción coordinada dice organización. Ahora bien, ¿cabe organización sin autoridad?

Supongamos que una revolución social hubiera derrocado a los capitalistas, cuya autoridad dirige hoy la producción y la circulación de la riqueza. Supongamos, para colocarnos por entero en el punto de vista de los antiautoritarios, que la tierra y los instrumentos de trabajo se hubieran convertido en propiedad colectiva de los obreros que los emplean. ¿Habría desaparecido la autoridad, o no habría hecho más que cambiar de forma? Veamos.

Tomemos, a modo de ejemplo, una fábrica de hilados de algodón. El algodón, antes de convertirse en hilo, tiene que pasar, por lo menos, por seis operaciones sucesivas; operaciones que se ejecutan, en su mayor parte, en diferentes naves. Además, para mantener las máquinas en movimiento, se necesita un ingeniero que vigile la máquina de vapor, mecánicos para las reparaciones diarias y, además, muchos peones destinados a transportar los productos de un lugar a otro, etc. Todos estos obreros, hombres, mujeres y niños, están obligados a empezar y terminar su trabajo a la hora señalada por la autoridad del vapor, que se burla de la autonomía individual. Lo primero que hace falta es, pues, que los obreros se pongan de acuerdo sobre las horas de trabajo; a estas horas, una vez fijadas, quedan sometidos todos sin ninguna excepción. Después, en cada lugar y a cada instante surgen cuestiones de detalle sobre el modo de producción, sobre la distribución de los materiales, etc., cuestiones que tienen que ser resueltas al instante, so pena de que se detenga inmediatamente toda la producción. Bien se resuelvan por la decisión de un delegado puesto al frente de cada rama de producción o bien por el voto de la mayoría, si ello fuese posible, la voluntad de alguien tendrá siempre que subordinarse; es decir, que las cuestiones serán resueltas autoritariamente. El mecanismo automático de una

gran fábrica es mucho más tiránico que lo han sido nunca los pequeños capitalistas que emplean obreros. En la puerta de estas fábricas, podría escribirse, al menos en cuanto a las horas de trabajo se refiere: *Lasciate ogni autonomia, voi che entrate!**[64] Si el hombre, con la ciencia y el genio inventivo, somete a las fuerzas de la naturaleza, éstas se vengan de él sometiéndolo, mientras las emplea, a un verdadero despotismo, independientemente de toda organización social. Querer abolir la autoridad en la gran industria, es querer abolir la industria misma, es querer destruir las fábricas de hilados a vapor para volver a la rueca.

Tomemos, para poner otro ejemplo, un ferrocarril. También aquí es absolutamente necesaria la cooperación de una infinidad de individuos, cooperación que debe tener lugar a horas muy precisas, para que no se produzcan desastres. También aquí, la primera condición para que la empresa marche es una voluntad dominante que zanje todas las cuestiones secundarias. Esta voluntad puede estar representada por un solo delegado o por un comité encargado de ejecutar los acuerdos de una mayoría de interesados. Tanto en uno como en otro caso existe autoridad bien pronunciada. Más aún: ¿qué pasaría con el primer tren que arrancara, si se aboliese la autoridad de los empleados del ferrocarril sobre los señores viajeros?

Pero, donde más salta a la vista la necesidad de la autoridad, y de una autoridad imperiosa, es en un barco en alta mar. Allí, en el momento de peligro, la vida de cada uno depende de la obediencia instantánea y absoluta de todos a la voluntad de uno solo.

Cuando he puesto parecidos argumentos a los más furiosos antiautoritarios, no han sabido responderme más que esto:

"¡Ah! eso es verdad, pero aquí no se trata de que nosotros demos al delegado una autoridad, sino de un encargo!" Estos señores creen cambiar la cosa con cambiarle el nombre. He aquí cómo se burlan del mundo estos profundos pensadores.

Hemos visto, pues, que, de una parte, cierta autoridad,

* "¡Quien entre aquí, renuncia a toda autonomía!" *(N. de la Edit.)*

delegada como sea, y de otra, cierta subordinación, son cosas que, independientemente de toda organización social, se nos imponen con las condiciones materiales en las que producimos y hacemos circular los productos.

Y hemos visto, además, que las condiciones materiales de producción y de circulación se extienden inevitablemente con la gran industria y con la gran agricultura, y tienden cada vez más a ensanchar el campo de esta autoridad. Es, pues, absurdo hablar del principio de autoridad como de un principio absolutamente malo y del principio de autonomía como de un principio absolutamente bueno. La autoridad y la autonomía son cosas relativas, cuyas esferas varían en las diferentes fases del desarrollo social. Si los autonomistas se limitasen a decir que la organización social del porvenir restringirá la autoridad hasta el límite estricto en que la hagan inevitable las condiciones de la producción, podríamos entendernos; pero, lejos de esto, permanecen ciegos para todos los hechos que hacen necesaria la cosa y arremeten con furor contra la palabra.

¿Por qué los antiautoritarios no se limitan a clamar contra la autoridad política, contra el Estado? Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas, llamadas a velar por los verdaderos intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político autoritario sea abolido de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las condiciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad. ¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta auto-

ridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?

Así, pues, una de dos: o los antiautoritarios no saben lo que dicen, y en este caso no hacen más que sembrar la confusión; o lo saben, y en este caso traicionan el movimiento del proletariado. En uno y otro caso, sirven a la reacción.

Escrito por F. Engels entre octubre de 1872 y marzo de 1873.
Publicado en "Almanacco Repubblicano per l'anno 1874".

Se publica de acuerdo con el texto del almanaque.
Traducido del italiano.

C. Marx y F. Engels

Del folleto "LA ALIANZA DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA Y LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES"

Memoria y documentos publicados por acuerdo del Congreso de La Haya de la Internacional"[65]

I

INTRODUCCION

La Asociación Internacional de los Trabajadores, que se propone reunir en un solo haz las fuerzas dispersas del proletariado universal y transformarse así en la representante viva de la comunidad de intereses que une a los obreros, debe necesariamente abrir sus puertas a los socialistas de todos los matices. Sus fundadores y los representantes de las organizaciones obreras de los dos mundos, que aprobaron en el Congreso internacional los Estatutos Generales de la Asociación, perdieron de vista que la amplitud misma de su programa permitiría a los elementos desclasados penetrar en ella y fundar en su seno organizaciones secretas, cuyos esfuerzos, en vez de estar dirigidos contra la burguesía y los gobiernos existentes, se volverían contra la Internacional misma. Tal ha sido el caso de la *Alianza de la Democracia Socialista.*

En el Congreso de La Haya, el Consejo General pidió que se efectuara una investigación sobre esta organización secreta. El Congreso encargó a una comisión de cinco miembros (los ciudadanos Cuno, Lucain, Splingard, Vichard y Walter, que ha dimitido) que presentara su informe en la sesión del 7 de septiembre. El Congreso acordó:

1. Expulsar de la Internacional a Miguel Bakunin como fundador de la Alianza y por un acto personal[66];
2. Expulsar a James Guillaume como miembro de la Alianza;
3. Publicar los documentos relativos a la Alianza...

Nos encontramos ante una sociedad que, encubriéndose con el anarquismo más extremista, no dirige sus golpes contra los gobiernos existentes, sino contra los revolucionarios que no aceptan su ortodoxia y su dirección. Fundada por la minoría de un Congreso burgués[67], se infiltra en las filas de la organización internacional de la clase obrera e intenta al principio apoderarse de su dirección; pero cuando fracasa su plan, trata de desorganizarla. Esta sociedad remplaza descaradamente con su programa sectario y sus ideas estrechas el amplio programa y las grandes aspiraciones de nuestra Asociación; organiza en las secciones públicas de la Internacional sus pequeñas sectas secretas, que, obedeciendo a una misma consigna, consiguen en bastantes casos dominarlas por su acción, concertada de antemano; ataca públicamente en sus periódicos a todos los elementos que se niegan a someterse a su voluntad; provoca la guerra abierta —son sus propias palabras— en nuestras filas. Para conseguir sus fines no retrocede ante ningún medio, ante ninguna deslealtad; la mentira, la calumnia, la intimidación y las asechanzas le convienen por igual. Por último, en Rusia, esta sociedad sustituye enteramente a la Internacional y comete, encubriéndose con su nombre, crímenes de derecho común, estafas y un asesinato, de los que la prensa gubernamental y burguesa ha hecho responsable a nuestra Asociación. ¡Y la Internacional debe silenciar todos estos hechos porque la sociedad culpable de ellos es secreta! La Internacional tiene en sus manos los Estatutos de esta sociedad, su enemiga mortal; Estatutos en los cuales se proclama abiertamente Sociedad de Jesús moderna y declara que tiene el derecho y el deber de emplear todos los medios de acción jesuíticos; Estatutos que explican, de una vez, toda la serie de hostilidades de que la Internacional ha sido objeto por su parte; pero la Internacional no puede servirse de estos Estatutos porque eso sería ¡denunciar una sociedad secreta!

Contra todas estas intrigas no hay más que un medio, pero de una eficacia fulminante: es la publicidad más completa. Denunciar estas intrigas en todo su conjunto significa reducirlas a la impotencia. Protegerlas con nuestro silencio constituirá no sólo una ingenuidad, de la que los jefes de la Alianza serían los primeros en mofarse, sino una

cobardía. Sería algo más: un acto de traición para con los internacionales españoles que, perteneciendo a la Alianza secreta, no vacilaron en divulgar su existencia y su modo de acción en cuanto adoptó una actitud de hostilidad abierta contra la Internacional. Por lo demás, todo lo que contienen los Estatutos secretos se encuentra ya, y en una forma mucho más acentuada, en los documentos publicados en ruso por los propios Bakunin y Necháiev. Los Estatutos no son más que su confirmación.

Que los cabecillas de la Alianza hablen, pues, a gritos de denuncia. Nosotros los denunciamos para el desprecio de los obreros y la benevolencia de los gobiernos, a los que han prestado un servicio inapreciable desorganizando el movimiento proletario. El *Tagwacht*, de Zurich, tenía toda la razón para decir en una réplica a Bakunin:

"Si no es usted un agente a sueldo, lo cierto es que ningún agente a sueldo podría haber causado más daño que usted"[68].

II

LA ALIANZA SECRETA

...Hemos analizado la organización secreta destinada a perpetuar la dictadura del "ciudadano B."*; pasemos ahora a su programa[69].

"La asociación de hermanos internacionales quiere la revolución universal —social, filosófica, económica y política a la vez—, a fin de que no quede piedra sobre piedra primero en toda Europa y después en el resto del mundo, del orden de cosas actual, basado en la propiedad, la explotación y el principio de autoridad, ya sea religiosa, metafísica y doctrinaria burguesa o incluso revolucionaria jacobina; al grito de paz a los trabajadores, libertad a todos los oprimidos y muerte a los dominadores, explotadores y tutores de todo género, queremos destruir todos los Estados y todas las Iglesias con todas sus instituciones y sus leyes religiosas, políticas, financieras, policíacas, universitarias, económicas y sociales para que todos esos millones de pobres seres humanos, engañados, sojuzgados, atormentados y explotados respiren, al fin, con entera libertad, desembarazados de todos sus directores y bienhechores oficiales y oficiosos, asociaciones e individuos".

¡He ahí el revolucionarismo revolucionario! Para conseguir este objetivo abracadabrante, la primera condición es

* Bakunin. *(N. de la Edit.)*

no combatir a los Estados y gobiernos existentes con los medios habituales de los revolucionarios vulgares, sino, al contrario, atacar con frases sonoras y doctorales

"la institución del Estado y su consecuencia y, al mismo tièmpo, base: la propiedad individual".

Por consiguiente, no se trata de derribar el Estado bonapartista, prusiano o ruso, sino el Estado abstracto, el Estado como tal, Estado que no existe en ninguna parte. Pero si los hermanos internacionales[70] saben evitar, en su lucha encarnizada contra este Estado situado en las nubes, las porras policíacas, la prisión y las balas que los Estados reales emplean contra los revolucionarios vulgares, vemos, de otra parte, que se han reservado el derecho, sometido solamente a una bula papal*, de aprovechar todas las ventajas que ofrecen estos Estados burgueses reales. Fanelli, diputado italiano; Soriano, empleado del gobierno de Amadeo de Saboya, y quizá Alberto Richard y Gaspar Blanc, agentes policíacos bonapartistas, muestran hasta qué punto es transigente el papa en este sentido... Esa es la razón de que la policía no se sienta alarmada lo más mínimo por "la Alianza o, dicho francamente, por la conspiración" del ciudadano B. contra la idea abstracta del Estado.

Así, pues, el primer acto de la revolución debe ser decretar la abolición del Estado, como lo hizo Bakunin el 28 de septiembre en Lyon[71], aunque esta abolición del Estado sea necesariamente un acto autoritario. El entiende por Estado todo poder político, revolucionario o reaccionario,

"pues nos importa poco que esta autoridad se llame Iglesia, monarquía, Estado constitucional, república burguesa o incluso dictadura revolucionaria. Los detestamos y rechazamos a todos en igual medida como fuentes infalibles de explotación y de despotismo".

Y declara que todos los revolucionarios que, al día siguiente de la revolución, quieren "la construcción del Estado revolucionario" son mucho más peligrosos que todos los gobiernos existentes, y que

"nosotros, los hermanos internacionales, somos enemigos naturales de esos revolucionarios",

* De Bakunin. *(N. de la Edit.)*

pues desorganizar la revolución es el primer deber de los hermanos internacionales.

En la circular reservada de la Asociación Internacional de los Trabajadores *Las pretendidas escisiones en la Internacional* (marzo de 1872, pág. 37) se replicó ya a esas fanfarronadas sobre la abolición inmediata del Estado y el establecimiento de la anarquía:

"La anarquía: he aquí el gran caballo de batalla de su maestro Bakunin, el cual ha tomado de los sistemas socialistas solamente las etiquetas. Todos los socialistas entienden por anarquía lo siguiente: una vez alcanzado el objetivo del movimiento proletario —la abolición de las clases—, el poder del Estado, que existe para mantener la opresión de la inmensa mayoría de la sociedad, los productores, por una insignificante minoría explotadora, desaparece y las funciones de gobierno se transforman en simples funciones administrativas. La Alianza plantea la cuestión al revés. Proclama la anarquía en las filas proletarias como el medio más seguro para destruir la potente concentración de fuerzas sociales y políticas que los explotadores tienen en sus manos. Con este pretexto exige a la Internacional, en un momento en que el viejo mundo trata de aplastarla, que sustituya su organización con la anarquía'"*.

Sigamos, sin embargo, el evangelio anarquista hasta sus últimas consecuencias; supongamos que el Estado ha sido abolido por decreto. Según el artículo 6, las consecuencias de este acto serán: la bancarrota del Estado, el cese del pago de deudas privadas con intervención del Estado, el cese del pago de todos los impuestos y contribuciones, la disolución del ejército, de la magistratura, de la burocracia, de la policía y del clero (!); la abolición de la justicia oficial, acompañada de un auto de fe de todos los títulos de propiedad y de todos los papeluchos jurídicos y sociales, la confiscación de todos los capitales productivos y de todos los instrumentos de trabajo en provecho de las asociaciones obreras y la alianza de estas asociaciones, que "constituirá la Comuna". Esta Comuna dará a los individuos así despojados lo estrictamente necesario, dejándoles en libertad de ganar más con su propio trabajo.

* Véase la presente recopilàción, pág. 56. *(N. de la Edit.)*

Lo ocurrido en Lyon ha probado que el simple decreto de la abolición del Estado está lejos de ser suficiente para cumplir todas estas bellas promesas. Pero, en cambio, dos compañías de guardias nacionales burgueses fueron suficientes, para destruir este brillante sueño y obligar a Bakunin a emprender rápidamente el camino de Ginebra con su milagroso decreto en el bolsillo. Como es natural, no podía suponer tan estúpidos a sus acólitos para que no vieran la necesidad de darles algún plan de organización a fin de asegurar la puesta en práctica de su decreto. He aquí ese plan:

"Para organizar la Comuna, federación de barricadas permanentes y función de un Consejo de la Comuna revolucionaria mediante la delegación de uno o dos diputados por cada barricada, uno por cada calle o barrio, diputados investidos de mandatos imperativos, responsables en todos los aspectos y revocables en cualquier momento" (extrañas barricadas las de la Alianza, en las que se redactan mandatos en vez de pelear). "*El Consejo Comunal* así organizado podrá elegir de su seno *Comités ejecutivos* separados para cada rama de la administración revolucionaria de la Comuna".

La capital insurgente, constituida así en Comuna, declara entonces a las demás comunas del país que renuncia a toda pretensión de gobernarlas; las invita a reorganizarse revolucionariamente y a delegar después a sus diputados revocables, responsables y portadores de mandatos imperativos, a un lugar de reunión convenido para constituir la federación de asociaciones, comunas y provincias insurgentes y para organizar una *fuerza* revolucionaria capaz de triunfar sobre la reacción. Esta organización no se limitará a las comunas del país insurgente; podrán formar parte de ella otras provincias o países, en tanto que

"las provincias, comunas, asociaciones e individuos que se coloquen al lado de la reacción *serán excluidos de ella*".

Por tanto, la abolición de las fronteras marcha aquí a la par con la tolerancia más benigna respecto a las provincias reaccionarias, que no tardarán en recomenzar la guerra civil.

Tenemos, pues, en esta organización anárquica de barricadas-tribunas, en primer lugar, el Consejo Comunal; después, los comités ejecutivos, que para poder ejecutar lo que sea deben estar investidos de cierto poder y sostenidos por

la fuerza pública; tenemos luego todo un *parlamento* federal, cuyo objeto principal es organizar esa *fuerza pública*. Este parlamento, lo mismo que el Consejo Comunal, deberá delegar el *poder ejecutivo* en uno o varios *comités*, los cuales, por el hecho mismo, son investidos de un carácter autoritario que las necesidades de la lucha acentuarán cada día más. De esta forma habremos reconstituido paulatinamente todos los elementos del "Estado autoritario", y poco importa que denominemos a esta máquina "Comuna revolucionaria organizada de abajo arriba". El nombre no cambia en nada la cuestión; la organización de abajo arriba existe en toda república burguesa, y los mandatos imperativos eran conocidos ya en la Edad Media. Por cierto, el propio Bakunin lo reconoce cuando (art. 8) califica su organización de "Estado revolucionario nuevo".

En cuanto al valor práctico de este plan de revolución, según el cual se discute en lugar de pelear, no merece la pena hablar.

Ahora descubramos el secreto de todas las cajas de doble y triple fondo de la Alianza. Para que se cumpla el programa ortodoxo y la alianza marche por buen camino

"es necesario que en medio de la anarquía popular, que constituirá la vida misma y toda la energía de la revolución, *la unidad del pensamiento y de la acción revolucionaria encuentre un órgano*. Este órgano debe ser *la asociación secreta y universal de los hermanos internacionales*.

"Esta asociación parte del convencimiento de que las revoluciones jamás son hechas ni por los individuos ni por las sociedades secretas. Se hacen como por sí mismas, producidas por la fuerza de las cosas y por el movimiento de los acontecimientos y de los hechos. Se preparan largo tiempo en la profundidad de la conciencia instintiva de las masas populares y después estallan... Todo lo que puede hacer una sociedad secreta bien organizada es, ante todo, ayudar al nacimiento de una revolución, difundiendo entre las masas ideas que correspondan a los instintos de las masas, y organizar, no el ejército de la revolución —el ejército debe ser siempre el pueblo" (la carne de cañón)—, "*sino un Estado Mayor revolucionario*, compuesto de individuos abnegados, enérgicos, inteligentes y, sobre todo, amigos sinceros —y no ambiciosos ni vanidosos— del pueblo, capaces de servir de intermediarios entre la idea revolucionaria" (monopolizada por ellos) "y los instintos populares".

"El número de estos individuos no debe, por consiguiente, ser demasiado grande. Para la organización internacional en toda Europa *son suficientes cien revolucionarios seria y fuertemente unidos*. Dos o tres centenares de revolucionarios bastarán para la organización del país más grande".

Así, pues, todo se transforma. La anarquía, la "vida popular desencadenada", "las malas pasiones" y todo lo demás no es ya suficiente. Para asegurar el éxito de la revolución es necesaria *la unidad del pensamiento y de la acción*. Los miembros de la Internacional tratan de crear esta unidad por medio de la propaganda, la discusión y la organización pública del proletariado; a Bakunin le basta con una organización secreta de cien hombres, representantes privilegiados de la *idea revolucionaria*, Estado Mayor disponible de la revolución, nombrado por sí mismo y mandado por el permanente "ciudadano B." La unidad del pensamiento y de la acción no significa otra cosa que ortodoxia y obediencia ciega. *Perinde ac cadaver**. Nos encontramos en plena Compañía de Jesús.

Decir que los cien hermanos internacionales deben "servir de intermediarios entre la idea revolucionaria y los instintos populares" es abrir un abismo infranqueable entre la idea revolucionaria aliancista y las masas proletarias; es proclamar la imposibilidad de reclutar esos cien guardias en otros medios que no sean los de las clases privilegiadas.

VIII

LA ALIANZA EN RUSIA

... Bakunin descubre en las agitaciones estudiantiles[72] "el espíritu destructor del Estado... que brota de lo más hondo de la vida popular"**; felicita a sus jóvenes hermanos por sus tendencias revolucionarias... ¡Por consiguiente, está próximo el fin de este infame imperio de todas las Rusias!"...

El pueblo ruso, continúa Bakunin, se encuentra actualmente en condiciones semejantes a las que le forzaron a la

* *Como un cadáver*. Expresión con que Ignacio de Loyola formuló uno de los principios de los jesuitas, que prescribe la obediencia absoluta de los miembros inferiores de la Orden a los superiores. *(N. de la Edit.)*

** Es preciso señalar que estas *Palabras*[73] fueron publicadas justamente en el momento de las persecuciones y de los juicios, cuando la juventud hacía todo lo posible por atenuar su movimiento, que la policía estaba muy interesada en exagerar.

insurrección bajo el zar Alexéi, padre de Pedro el Grande. Entonces fue Stenka Razin, cosaco jefe de bandoleros, quien se puso a su cabeza y le indicó "la vía" de "la emancipación". Para alzarse hoy, el pueblo espera solamente a un nuevo Stenka Razin; pero esta vez

"será remplazado por la legión de jóvenes desclasados que viven ya la vida popular... Stenka Razin se siente detrás de ella no héroe personal, sino colectivo (!) y, por tanto, invencible. Ese héroe será toda esta magnífica juventud, sobre la cual flota ya su espíritu".

Para desempeñar debidamente este papel de Stenka Razin colectivo, la juventud debe prepararse por medio de la ignorancia:

"Por tanto, abandonad lo más rápidamente posible este mundo condenado a la destrucción. Abandonad sus universidades, sus academias, sus escuelas... ir al pueblo" para ser "la comadrona de su emancipación espontánea, el aglutinador y el organizador de sus esfuerzos y de todas las fuerzas populares. No os preocupéis en este momento de la ciencia, en nombre de la cual se os quisiera maniatar y castrar... Tal es la fe de los mejores hombres de Occidente... El mundo de los trabajadores de Europa y América os llama a una alianza fraternal..."

...Por vez primera, exalta al bandolero ruso como el tipo del verdadero revolucionario y predica a la juventud rusa el culto de la ignorancia con el pretexto de que la ciencia actual no es más que una ciencia oficial (¿acaso es posible imaginarse unas matemáticas, una física, una química oficiales?) y de que tal es la opinión de los mejores hombres de Occidente. Por último, termina su hoja insinuando que la Internacional, por conducto suyo, ofrece una alianza a esta juventud, a la que él prohíbe incluso la *ciencia* de los *Frères ignorantins*[74]...

Bakunin, por la ley de la asimilación anarquista, se asimila a la juventud instruida.

"El gobierno mismo nos muestra el camino por el que *nosotros* debemos marchar para alcanzar *nuestro* objetivo, es decir, el objetivo del pueblo. Nos expulsa de las universidades, de las academias, de las escuelas. Le expresamos nuestra gratitud por habernos situado así sobre un terreno tan glorioso, tan fuerte. Ahora pisamos tierra firme, ahora podemos actuar. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Enseñar al pueblo? Eso sería estúpido. El pueblo mismo sabe, y mejor que nosotros, lo que necesita" (comparad los Estatutos secretos, que atribuyen a las masas los "instintos

populares", y a los iniciados, "la idea revolucionaria"). "No debemos enseñar al pueblo, sino sublevarlo". Hasta ahora, "se ha sublevado siempre infructuosamente porque se sublevaba parcialmente... Podemos prestarle una ayuda importante en extremo, podemos darle lo que le ha faltado siempre y cuya ausencia ha sido la causa principal de todas sus derrotas: la unidad del movimiento ubicuo mediante la combinación de sus propias fuerzas"[75].

Como vemos, la doctrina de la Alianza —anarquía por abajo y disciplina por arriba— aparece aquí en toda su pureza. Primeramente, "el desencadenamiento de lo que hoy se llama malas pasiones" por medio del motín; pero "es necesario que en medio de la anarquía popular, que constituirá la vida misma y toda la energía de la revolución, la unidad del pensamiento y de la acción revolucionaria encuentre un órgano". Este órgano será la sección rusa de "la Alianza" universal: la Sociedad *"La justicia del Pueblo"*.

Pero Bakunin no tiene bastante con la juventud. Llama bajo la bandera de su Alianza, sección rusa, a todos los bandoleros.

"El bandolerismo es una de las formas más honorables de la vida popular rusa. El bandolero es el héroe, es el defensor, es el vengador popular: el enemigo irreconciliable del Estado y de todo orden social y civil establecido por el Estado; el luchador a vida o muerte contra toda esta civilización de funcionarios, de nobles, de curas y de la corona... Quien no comprenda el bandolerismo no comprenderá nada en la historia popular rusa. Quien no simpatiza con él, no puede simpatizar con la vida popular rusa y carece de corazón para los sufrimientos seculares e inconmensurables del pueblo; pertenece al campo de los enemigos, de los partidarios del Estado... Sólo con el bandolerismo se comprueba la vitalidad, la pasión y la fuerza del pueblo... El bandolero en Rusia es el verdadero y único revolucionario: el revolucionario sin frases, sin retórica tomada de los libros, el revolucionario infatigable, irreconciliable e irresistible en la acción, el revolucionario popular y social y no político o de clase... Los bandoleros dispersados en los bosques, en las ciudades y las aldeas de toda Rusia, y los bandoleros detenidos en las innumerables prisiones del Imperio, forman un mundo único e indivisible, fuertemente unido: el mundo de la revolución rusa. En él, sólo en él, existe desde hace mucho tiempo la verdadera conspiración revolucionaria. Quien quiera conspirar seriamente en Rusia, quien quiera la revolución popular, deberá ir a ese mundo... Siguiendo la vía que nos ha trazado el gobierno que nos expulsa de las academias, de las universidades y de las escuelas, lancémonos, hermanos, todos juntos, al pueblo, al movimiento popular, al motín de los bandoleros y de los campesinos y, conservando una fiel y firme amistad entre nosotros, combinemos en una sola masa esas insurrecciones desperdigadas de los mujiks (campesinos). Transformémoslas en una revolución popular reflexiva, pero implacable"*.

En la segunda hoja, *Los principios de la revolución*, se encuentra desarrollada la orden dada en los Estatutos secretos de hacer que "no quede... piedra sobre piedra". Hay que destruirlo todo para producir "el amorfismo perfecto", pues si se conserva "una sola forma vieja", se convertirá en "el embrión" del que renacerán todas las demás formas sociales viejas. La hoja acusa a los revolucionarios políticos, que no toman en serio este amorfismo, de engañar al pueblo. Les acusa de haber levantado

"nuevas horcas y nuevos cadalsos, en los que han ejecutado a los hermanos revolucionarios escapados de la matanza... Los pueblos no han visto hasta ahora una verdadera revolución... Para la verdadera revolución no hacen falta individuos que marchen al frente de la multitud y que la manden, sino hombres ocultos invisiblemente en ella, que liguen invisiblemente una muchedumbre con otra y den así invisiblemente una sola y misma dirección, un solo y mismo espíritu y carácter al movimiento. La organización secreta preparatoria no tiene más que este sentido y sólo para eso es necesaria".

Ahí tenemos, pues, denunciada al público y a la policía rusa la existencia de los *hermanos internacionales*, tan cuidadosamente ocultada en Occidente. Más adelante, la hoja predica el asesinato sistemático y declara que para los hombres de la obra revolucionaria práctica, todos los razonamientos acerca del porvenir son

"criminales, ya que impiden *la destrucción pura* y traban la marcha de la revolución. Sólo tenemos confianza en quienes manifiestan con hechos su fidelidad a la revolución, sin temer las torturas ni los encarcelamientos, y negamos todas las palabras que no van seguidas inmediatamente por la acción. No necesitamos más de la propaganda sin objeto, de la propaganda que no determina con precisión la hora y el

* Para embaucar a sus lectores, Bakunin confunde a los jefes de la insurrección popular de los siglos XVII y XVIII con los bandoleros y ladrones rusos de hoy. En cuanto a estos últimos, la lectura del libro de Flerovski *Situación de la clase obrera en Rusia* disiparía las ilusiones de las almas más románticas acerca de estos pobres diablos con los que Bakunin se propone formar la falange sagrada de la revolución rusa. El único bandolerismo que se practica aún en Rusia a gran escala —excepción hecha, bien entendido, del bandolerismo de la esfera gubernamental— es el robo de caballos, montado como una empresa comercial por los capitalistas, de los cuales son simples instrumentos y víctimas los "revolucionarios sin frases".

lugar en que debe realizarse el objetivo de la revolución. Antes al contrario, nos estorba y emplearemos todas nuestras fuerzas para contrarrestarla... Obligaremos a callar por la fuerza a todos los charlatanes que no comprendan esto".

Las mismas amenazas han sido dirigidas a los refugiados rusos que no se han inclinado ante el papado de Bakunin y que él ha calificado de doctrinarios.

"Rompemos todo vínculo con los emigrados políticos que no quieran volver a su país para incorporarse a nuestras filas, y mientras nuestras filas sigan siendo secretas, romperemos con todos los que no quieran ayudar a que aparezcan públicamente en el escenario de la vida rusa. *Hacemos una excepción con los emigrados que se han manifestado como obreros de la revolución europea.* No haremos más repeticiones ni llamamientos... Quienes tengan oídos y ojos oirán y verán a los hombres de acción, y si no se suman a sus filas, no seremos los culpables de que se pierdan; de la misma manera, no seremos los culpables de que todos los que se ocultan entre bastidores sean aniquilados fríamente, implacablemente, junto con los bastidores que les ocultan".

Bakunin es aquí perfectamente claro. Mientras que ordena a los refugiados, bajo pena de muerte, regresar a Rusia en calidad de agentes de su sociedad secreta —siguiendo el ejemplo de los espías rusos, que les ofrecieron pasaportes y dinero para ir allí a conspirar—, él se concede a sí mismo una bula papal para seguir tranquilamente en Suiza como "obrero de la revolución europea" y para trabajar en la redacción de manifiestos que comprometen a los desdichados estudiantes que la policía tiene encerrados en sus cárceles.

"No admitiendo ninguna otra actividad que no sea la destrucción, reconocemos que las formas en que debe expresarse esta actividad pueden ser extremadamente variadas: veneno, puñal, nudo corredizo, etc. La revolución lo santifica todo, sin distinción. ¡Así, pues, el campo está abierto!... Que todas las mentes sanas y jóvenes emprendan inmediatamente la santa obra de la destrucción del mal, de la depuración y la ilustración de la tierra rusa por el fuego y por la espada, uniéndose fraternalmente a quienes hacen lo mismo en toda Europa".

Agreguemos que, en esta proclamación sublime, el bandolero inevitable figura en la persona melodramática de Carlos Moor (de *Los Bandidos*, de Schiller) y que el número 2 de *La Justicia del Pueblo*[76], al citar un pasaje de esta hoja, la denomina textualmente "*una proclama de Bakunin*"...

Nadie se atreverá a poner en duda que estos panfletos rusos, los Estatutos secretos y los escritos publicados en francés por Bakunin desde 1869 provienen de la misma

fuente. Por el contrario, estas tres clases de escritos se completan mutuamente. Corresponden en cierto sentido a los tres grados de iniciación de la famosa organización pandestructiva. Los folletos franceses del ciudadano B. están escritos para los aliancistas vulgares, cuyos prejuicios se tratan con miramientos. Se les habla sólo de la anarquía pura, del antiautoritarismo, de la libre federación de grupos autónomos y de otras cosas igualmente anodinas: son simples galimatías. Los Estatutos secretos están destinados a los hermanos internacionales de Occidente; la anarquía se transforma en ellos en "el desencadenamiento completo de la vida popular... de las malas pasiones", pero en el seno de esta anarquía existe el elemento director secreto: estos mismos hermanos; se les dan únicamente algunas indicaciones vagas sobre la moral aliancista, plagiada de Loyola; sólo se menciona de pasada la necesidad de no dejar piedra sobre piedra, pues se trata de occidentales educados en los prejuicios filisteos y requieren ciertos miramientos. Se les dice que la verdad, demasiado deslumbradora para los ojos no acostumbrados aún al verdadero anarquismo, será revelada por entero en el programa de la sección rusa. El profeta osa hablar abiertamente sólo a los anarquistas innatos, al pueblo elegido, a su juventud de la santa Rusia. Allí, la anarquía es la pandestrucción universal; la revolución, una serie de asesinatos, primero individuales y después colectivos; la sola regla de acción, la moral jesuítica engrandecida; el tipo del revolucionario, el bandolero. Allí, el pensamiento y la ciencia son absolutamente prohibidos a la juventud como ocupaciones mundanas que pueden llevarla a dudar de la ortodoxia pandestructiva. A quienes se obstinen en las herejías teóricas o apliquen la crítica vulgar a los dogmas del amorfismo universal se les amenaza con la santa Inquisición. Ante la juventud rusa, el papa* no tiene ninguna necesidad de andarse con rodeos ni en el fondo ni en la forma. Da rienda suelta a su lengua. La ausencia absoluta de ideas se expresa en un galimatías tan grandilocuente que es imposible reproducirlo en francés sin debilitar su comicidad. Su propio lenguaje no es ruso, sino tártaro, como ha declarado un ruso.

* Bakunin. *(N. de la Edit.)*

Estos pequeños hombres de cerebros atrofiados se hinchan de frases horripilantes para parecer, ante sus propios ojos, gigantes revolucionarios. Es la fábula de la rana y el buey.

¡Qué terribles revolucionarios! Quieren aniquilar y hacer amorfo todo, "absolutamente todo"; confeccionan listas de proscripción, cuyas víctimas son entregadas a sus puñales, a su veneno, a sus horcas, a las balas de sus revólveres; a otros incluso les "arrancarán la lengua", pero ellos se inclinarán ante la majestad del zar. En efecto, el zar, los funcionarios, la nobleza, la burguesía pueden dormir tranquilos. La Alianza no hace la guerra a los Estados constituidos, sino a los revolucionarios que no quieren rebajarse a ser comparsas de esa tragicomedia. ¡Paz a los palacios, guerra a las cabañas! . . .

El tercer artículo se titula *"Bases principales del régimen social del porvenir"*[77]. Este artículo prueba que si los simples mortales son castigados, como si hubieran cometido un crimen, por todo pensamiento sobre la organización social del porvenir es porque los jefes lo han arreglado ya todo.

"El fin del orden social actual y la renovación de la vida con ayuda de nuevos principios pueden realizarse sólo *mediante la concentración de todos los medios de existencia social en manos de nuestro Comité y la proclamación del trabajo físico obligatorio para todos.*

El Comité, inmediatamente después de ser derribadas las instituciones actuales, proclama que todo es propiedad común, ordena el establecimiento de sociedades obreras (arteles) y publica al mismo tiempo cuadros estadísticos, confeccionados por expertos, que determinan las ramas de trabajo más necesarias en una localidad dada y las que encontrarán obstáculos.

Durante un cierto número de días fijados para el cambio revolucionario, y para los desórdenes que le seguirán inevitablemente, cada individuo debe entrar en uno u otro artel de acuerdo con su propia elección... Todos los que queden aislados y no se sumen a los grupos obreros sin causa justificada no tendrán derecho alguno de acceso ni a los comedores comunes, ni a los dormitorios comunes ni a ningún otro edificio destinado a satisfacer las diferentes necesidades de los hermanos-trabajadores o que contenga productos, materiales, víveres o útiles reservados a las ramas de la sociedad obrera establecida; en una palabra, quien no se adhiera al artel sin causa justificada, quedará sin medios de existencia. Todas las carreteras y todos los medios de comunicación estarán cerrados para él y no le quedará más salida que el trabajo o la muerte".

Cada artel elige su comisario-tasador ("otsénschik"), que reglamenta la marcha del trabajo, lleva la contabilidad de la producción y del consumo, así como de la productividad de cada obrero, y sirve de intermediario con la oficina común de la localidad. La oficina, compuesta de miembros elegidos en los arteles de la localidad, efectúa los intercambios entre estos arteles, administra todos los establecimientos sociales (dormitorios, comedores, escuelas, hospitales) y dirige todos los trabajos públicos: "Todos los trabajos comunes se hallan bajo la administración de la oficina, mientras que todos los trabajos individuales que requieren habilidad y destreza son realizados separadamente por los arteles". Viene después una larga reglamentación de la educación, las horas de trabajo, la lactación de los niños, las liberaciones del trabajo concedidas a los inventores, etc.

"Con la publicidad, el conocimiento y la actividad completas de cada uno, desaparecerán sin dejar rastro, se desvanecerán para siempre, toda ambición, como se la comprende ahora, y toda mentira... Entonces, cada cual tenderá a producir lo más posible para la comunidad y a consumir lo menos posible, y en la conciencia de su utilidad social estará contenido todo el orgullo, toda la ambición del obrero de entonces".

¡Qué bella muestra del comunismo cuartelero! En él hay de todo: comedores y dormitorios comunes, comisarios-tasadores y oficinas que reglamentan la educación, la producción, el consumo, en una palabra, toda actividad social, y a la cabeza de todo, *nuestro Comité*, anónimo y desconocido como dirección suprema. Indudablemente, se trata del más puro antiautoritarismo...

Ahora que el vulgo conoce el papel a que está predestinado "nuestro comité", se comprenderá fácilmente ese odio de tendero contra el Estado y contra toda centralización de las fuerzas obreras. En efecto, mientras la clase obrera tenga sus órganos representativos, los señores Bakunin y Necháiev, revolucionando de incógnito bajo la máscara de "nuestro comité", no podrán convertirse en detentadores de la riqueza social ni recoger los frutos de esa sublime ambición que ansían inculcar en los demás: ¡trabajar mucho para consumir poco! . . .

El mismo hombre que en 1870 predica a los rusos la ciega obediencia pasiva a las órdenes venidas de arriba, de un comité anónimo desconocido; que declara que la disciplina jesuítica es la condición *sine qua non* del triunfo,

la única capaz de vencer la formidable centralización del Estado —no del Estado ruso, sino de todo Estado—; que proclama un comunismo más autoritario que el comunismo más primitivo; este mismo hombre, en 1871, trama un movimiento separatista y desorganizador en el seno de la Internacional con el pretexto de combatir el autoritarismo y la centralización de los comunistas alemanes, de fundar la autonomía de las secciones y la libre federación de grupos autónomos y de hacer de la Internacional lo que debe ser: la imagen de la sociedad futura. Si la sociedad futura fuera calcada del modelo de la Alianza, sección rusa, sobrepasaría en mucho al Paraguay de los Reverendos Padres Jesuítas[78], tan caros a Bakunin.

IX

CONCLUSION

Al conceder la más completa libertad a los movimientos y las aspiraciones de la clase obrera en los diversos países, la Internacional ha sabido, a la vez, unir en un solo haz a la clase obrera y hacer sentir a las clases dirigentes y a sus gobiernos, por vez primera, la potencia internacional del proletariado. Las clases dirigentes y sus gobiernos han reconocido este hecho, concentrando todos sus ataques contra el órgano ejecutivo de nuestra Asociación: el Consejo General. Estos ataques se han acentuado cada día más después de la caída de la Comuna de París. ¡Y éste es el momento elegido por los aliancistas para declarar, por su parte, una guerra abierta al Consejo General! Según ellos, la influencia del Consejo, arma potente en manos de la Internacional, no es más que un arma dirigida contra ella. Es el precio de una lucha, no contra los enemigos del proletariado, sino contra la Internacional misma. A su juicio, las tendencias dominadoras del Consejo General le habían colocado por encima de la autonomía de las secciones y de las federaciones nacionales. Y para salvar la autonomía no quedaba otra cosa que decapitar la Internacional.

En efecto, los hombres de la Alianza sabían que si no aprovechaban este momento decisivo, podían despedirse para

siempre de la dirección secreta del movimiento proletario con que soñaban los cien hermanos internacionales de Bakunin. Sus invectivas han encontrado un eco aprobatorio en la prensa policíaca de todos los países.

Sus frases sonoras sobre la autonomía y la libre federación, en una palabra, sus gritos de guerra contra el Consejo General, no eran, pues, otra cosa que una maniobra para encubrir su verdadero objetivo: desorganizar la Internacional y, con ello, someterla al gobierno secreto, jerárquico y autocrático de la Alianza.

Autonomía de las secciones, libre federación de grupos autónomos, antiautoritarismo, anarquía: ¡son frases que van muy bien a una sociedad de "desclasados", "sin carrera, sin salida", que conspiran en el seno de la Internacional para someterla a una dictadura secreta e imponerle el programa del señor Bakunin!

Despojado de sus oropeles melodramáticos, este programa se reduce a lo siguiente:

1. Todas las ruindades que acompañan fatalmente la vida de los desclasados salidos de las capas sociales superiores son proclamadas virtudes ultrarrevolucionarias.

2. Se postula la necesidad de principio de corromper a una pequeña minoría bien escogida de obreros, a los que se halaga apartándoles de las masas mediante la iniciación misteriosa, haciéndoles participar en el juego de intrigas e imposturas del gobierno secreto y predicándoles que dar rienda suelta a sus "malas pasiones" significa sacudir hasta los cimientos la vieja sociedad.

3. Los principales medios de propaganda consisten en atraerse a la juventud por medio de ficciones —mentiras acerca de la extensión y la potencia de la sociedad secreta, profecías sobre la inminencia de la revolución preparada por ella, etc.— y en comprometer ante los gobiernos a los hombres más avanzados de las clases acomodadas para explotarlos pecuniariamente.

4. La lucha económica y política de los obreros por su emancipación es remplazada con actos *pandestructivos* de héroes de la delincuencia, última encarnación de la revolución. En una palabra, hay que soltar a los granujas, suprimidos por los propios trabajadores en "las revoluciones de

acuerdo con el modelo clásico de Occidente", y poner así gratuitamente a disposición de los reaccionarios una banda bien disciplinada de agentes provocadores.

Es difícil decir qué predomina en las elucubraciones teóricas y en las tentativas prácticas de la Alianza: lo grotesco o lo infame. Sin embargo, la Alianza ha conseguido provocar en el seno de la Internacional una lucha sorda que durante dos años ha dificultado la actividad de nuestra Asociación y que ha culminado en la separación de una parte de las secciones y federaciones. Por eso, las resoluciones aprobadas por el Congreso de La Haya contra la Alianza eran un deber estricto. El Congreso no podía dejar que la Internacional, esta gran creación del proletariado, cayera en las redes tendidas por los detritos de las clases explotadoras. En cuanto a quienes desean despojar al Consejo General de atribuciones sin las cuales la Internacional no sería más que una masa confusa, dispersa y, para decirlo en el lenguaje de la Alianza, "amorfa", sólo podemos ver en ellos traidores o majaderos.

Londres, 21 de julio de 1873.

La Comisión:

E. Dupont, F. Engels, Léo Frankel, G. Le Moussu, K. Marx, Aug. Serrailler

Escrito por C. Marx y F. Engels, con participación de P. Lafargue, de abril a julio de 1873.
Publicado en un folleto, en Londres y Hamburgo, en agosto de 1873.

Se publica de acuerdo con el texto del folleto.
Traducido del francés.

F. Engels

Del artículo "EN LA INTERNACIONAL"

...En Italia, donde los anarquistas del campo de los disidentes gritan ahora a voz en cuello, uno de ellos, Crescio (de Piacenza), ha enviado su nuevo periódico *Avvenire Sociale* ("El Porvenir Social") a Garibaldi, al que estos señores consideran en todo momento uno de los suyos. El periódico estaba lleno de gritos iracundos contra lo que ellos denominan "principio autoritario" y que, a su juicio, es el origen de todos los males. Garibaldi ha respondido:

"Querido Crescio: Gracias cordiales, etc. Queréis hacer la guerra en vuestro periódico a la mentira y la esclavitud. Es un programa magnífico. Pero considero que la lucha contra el principio de autoridad es uno de los errores de la Internacional que le impiden tener éxito. *La Comuna de París cayó porque en París no hubo ningún poder autoritario, sino únicamente la anarquía*".

El viejo luchador por la libertad, que sólo en 1860 hizo más que lo que se proponen hacer en su vida todos los anarquistas juntos, conoce el valor de la disciplina, tanto más que él mismo tuvo que disciplinar siempre sus fuerzas militares, y no mediante el amaestramiento autoritario, no mediante la amenaza constante de fusilamiento, como hace la camarilla militar oficial, sino cara a cara con el enemigo.

Todavía no hemos agotado, por desgracia, la lista de desventuras sufridas por los disidentes. La única que les faltaba acaba de caer sobre ellos. El periódico *Neuer Social-Demokrat*, cuyo olfato policíaco percibió hace ya mucho el conocido tufo de estos destructores tradicionales de la Internacional, se ha puesto ahora totalmente a su lado. En

el número 68, el periódico descubre que el proyecto de Estatutos redactado por los belgas —que de hecho han abandonado la Internacional— corresponde por entero a sus opiniones y promete sumarse a los disidentes. No podíamos desear nada mejor. Cuando Hasselmann y Hasenclever se presenten en el Congreso de los disidentes, la organización escisionista adquirirá su verdadero carácter. A la derecha, Bakunin; a la izquierda, Hasenclever, y en medio, los infortunados belgas, ¡que son embaucados con sus propias frases proudhonianas!

Escrito por F. Engels los días 19 y 20 de junio de 1873.
Publicado en el N° 53 del periódico "Der Volksstaat" el 2 de julio de 1873.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.
Traducido del alemán.

F. Engels

LOS BAKUNINISTAS EN ACCION[79]

DEL PREFACIO A LA RECOPILACION "ARTICULOS SOBRE TEMAS INTERNACIONALES DEL PERIODICO "VOLKSSTAAT" (1871-1875)"

...El segundo artículo, *Los bakuninistas en acción*, que describe la actividad de los anarquistas durante el alzamiento de julio de 1873 en España, se publicó ya antes en un folleto. Aunque el anarquismo, caricatura del movimiento obrero, superó hace ya mucho el punto culminante de su desarrollo, los gobiernos de Europa y América están profundamente interesados en que siga existiendo y gastan tanto dinero en apoyarlo que no podemos pasar por alto las hazañas de los anarquistas. Por eso reproducimos aquí este artículo...

Escrito por F. Engels el 3 de enero de 1894.
Publicado en el libro: F. Engels. "Internationales aus dem "Volksstaat" 1871-75"). Berlin, 1894.

Se publica de acuerdo con el texto del libro.
Traducido del alemán.

ADVERTENCIA PRELIMINAR AL ARTICULO "LOS BAKUNINISTAS EN ACCION"[80]

Para facilitar la comprensión de la siguiente Memoria, consignaremos aquí unos cuantos datos cronológicos.

El 9 de febrero de 1873, el rey Amadeo, harto ya de la corona de España, abdicó. Fue el primer rey huelguista. El 12 fue proclamada la República. Inmediatamente, estalló en las Provincias Vascongadas un nuevo levantamiento carlista.

El 10 de abril se eligió una Asamblea Constituyente, que se reunió a comienzos de junio, y el 8 de este mes se proclamó la República federal. El 11 se constituyó un nuevo ministerio bajo la presidencia de Pi y Margall. Al mismo tiempo, se eligió una comisión encargada de redactar el proyecto de la nueva Constitución, pero fueron excluidos de ella los republicanos extremistas, los llamados intransigentes. Cuando, el 3 de julio, se proclamó la nueva Constitución, ésta no iba tan lejos como los intransigentes pretendían en cuanto a la desmembración de España en "cantones independientes". Así, pues, los intransigentes organizaron al punto alzamientos en provincias. Del 5 al 11 de julio, los intransigentes triunfaron en Sevilla, Córdoba, Granada, Málaga, Cádiz, Alcoy, Murcia, Cartagena, Valencia, etc., e instauraron en cada una de estas ciudades un gobierno cantonal independiente. El 18 de julio dimitió Pi y Margall y fue sustituido por Salmerón, quien inmediatamente lanzó las tropas contra los insurrectos. Éstos fueron vencidos a los pocos días, tras ligera resistencia; ya el 26 de julio, con la caída de Cádiz, quedó restaurado el poder del gobierno en toda Andalucía y, casi al mismo tiempo, fueron sometidas Murcia y

Valencia; únicamente Valencia luchó con alguna energía.

Y sólo Cartagena resistió. Este puerto militar, el mayor de España, que había caído en poder de los insurrectos junto con la marina de guerra, estaba defendido por tierra, además de por la muralla, por trece fortines destacados y no era, por tanto, fácil de tomar. Y, como el gobierno se guardaba muy mucho de destruir su propia base naval, el "Cantón soberano de Cartagena" vivió hasta el 11 de enero de 1874, día en que por fin capituló, porque, en realidad, no tenía en el mundo nada mejor que hacer.

De esta ignominiosa insurrección, lo único que nos interesa son las hazañas todavía más ignominiosas de los anarquistas bakuninianos, las únicas que relatamos aquí con cierto detalle, para prevenir con este ejemplo al mundo contemporáneo.

Escrito a comienzos de enero de 1894.
Publicado en el libro:
F. Engels. "Internationales aus dem "Volksstaat" 1871-1875)".
Berlín, 1894.

Se publica de acuerdo con el texto del libro.
Traducido del alemán.

LOS BAKUNINISTAS EN ACCION

MEMORIA SOBRE EL LEVANTAMIENTO EN ESPAÑA EN EL VERANO DE 1873

I

El informe que acaba de publicar la Comisión de La Haya sobre la Alianza secreta de Miguel Bakunin* (ver el artículo *El Cagliostro Bakunin*[81] en los números 87-90 del *Volksstaat*) ha puesto de manifiesto ante el mundo obrero los manejos ocultos, las granujadas y la huera fraseología con que se pretendía poner el movimiento proletario al servicio de la presuntuosa ambición y los designios egoístas de unos cuantos genios incomprendidos. Entre tanto, estos megalómanos nos han dado ocasión en España de conocer también su actuación revolucionaria práctica. Veamos cómo llevan a los hechos sus frases ultrarrevolucionarias sobre la anarquía y la autonomía, sobre la abolición de toda autoridad, especialmente de la del Estado, sobre la emancipación inmediata y completa de los obreros. Por fin podemos hacerlo ya, pues ahora, además de la información de los periódicos sobre los acontecimientos de España, tenemos a la vista el informe enviado al Congreso de Ginebra por la Nueva Federación Madrileña de la Internacional[82].

Es sabido, que, en España, al producirse la escisión de los internacionales, sacaron ventaja los miembros de la Alianza secreta[83]; la gran mayoría de los obreros españoles se adhirió a ellos. Al ser proclamada la República, en febrero de 1873, los aliancistas españoles se vieron en un trance muy difícil. España es un país muy atrasado industrialmente y,

* *L'Alliance de la Démocratie Socialiste*, London 1873. El título de la edición en alemán es: *Ein Komplott gegen die Internationale* (Buchhandlung des *Vorwärts*). *(Nota de Engels a la edición de 1894).*

por lo tanto, no puede hablarse aún de una emancipación *inmediata* y completa de la clase obrera. Antes de ello, España tiene que pasar por varias etapas previas de desarrollo y quitar de en medio toda una serie de obstáculos. La República brindaba la ocasión para acortar en lo posible estas etapas y para barrer rápidamente estos obstáculos: Pero esta ocasión sólo podía aprovecharse mediante la intervención *política* activa de la clase obrera española. La masa obrera lo sentía así; en todas partes presionaba para que se interviniese en los acontecimientos, para que se aprovechase la ocasión de actuar, en vez de dejar a las clases poseedoras el campo libre para la acción y para las intrigas, como se había hecho hasta entonces. El gobierno convocó elecciones a las Cortes Constituyentes. ¿Qué posición debía adoptar la Internacional? Los jefes bakuninistas estaban sumidos en la mayor perplejidad. La prolongación de la inactividad política hacíase cada vez más ridícula y más insostenible; los obreros querían "hechos". Y, por otra parte, los aliancistas llevaban años predicando que no se debía intervenir en ninguna revolución que no fuese encaminada a la emancipación inmediata y completa de la clase obrera; que el emprender cualquier acción política implicaba el reconocimiento del Estado, el gran principio del mal; y que, por lo tanto, y muy especialmente, la participación en cualquier clase de elecciones era un crimen que merecía la muerte. El citado informe de Madrid nos dice cómo salieron del aprieto:

"Los mismos que desconociendo los acuerdos tomados en el Congreso general de La Haya sobre la acción política de la clase trabajadora, y rasgando los Estatutos de la Internacional, introdujeron la división, la lucha y el desorden en el seno de la federación española; los mismos que no vacilaron en presentarnos a los ojos de los trabajadores como unos políticos ambiciosos que, con el pretexto de colocar en el poder a la clase obrera, pugnaban por adueñarse del poder en beneficio propio; esos mismos hombres que se dan el título de revolucionarios, autónomos, anárquicos, etc., se han lanzado en esta ocasión a hacer política; pero la peor de las políticas, la política burguesa; no han trabajado para dar el poder político a la clase proletaria, idea que ellos miran con horror, sino para ayudar a que conquistase el gobierno una fracción de la burguesía, fracción compuesta de aventureros, postulantes y ambiciosos, que se denominan republicanos intransigentes.

Ya en vísperas de las elecciones generales para las Constituyentes, los obreros de Barcelona, Alcoy y otros puntos quisieron saber qué política debían seguir los internacionales, tanto en las luchas parlamenta-

rias como en las otras. Celebráronse con este objeto dos grandes asambleas, una en Barcelona y otra en Alcoy, y los separatistas* se opusieron con todas sus fuerzas a que se determinara cuál había de ser la actitud política de la Internacional (¡de la suya, nótese bien!), resolviéndose que *la Internacional, como Asociación, no debe ejercer acción política alguna; pero que los internacionales, como individuos, podrían obrar en el sentido que quisieran y afiliarse al partido que mejor les pareciese*, siempre en uso de la famosa autonomía. Y ¿qué resultó de la aplicación de una teoría tan bizarra? Que la mayoría de los internacionales, incluso los anárquicos, tomaron parte en las elecciones, sin programa, sin bandera, sin candidatos contribuyendo a que viniese a las Constituyentes una casi totalidad de republicanos burgueses, con excepción de dos o tres obreros, que nada representan, que no han levantado ni una sola vez su voz en defensa de los intereses de nuestra clase y que votan tranquilamente cuantos proyectos les presentan los reaccionarios de la mayoría".

A esto conduce el "abstencionismo político" bakuninista. En tiempos pacíficos, en que el proletariado sabe de antemano que a lo sumo conseguirá llevar al parlamento unos cuantos diputados y que la obtención de una mayoría parlamentaria le está por completo vedada, se conseguirá acaso convencer a los obreros en algún sitio que otro de que es una gran actuación revolucionaria quedarse en casa cuando haya elecciones, y, general, en vez de atacar al Estado concreto en el que vivimos y que nos oprime, atacar al Estado en abstracto, que no existe en ninguna parte y, por lo tanto, no puede defenderse. Es éste un procedimiento magnífico de hacerse el revolucionario, característico de gentes a quienes se les cae fácilmente el alma a los pies; y hasta qué punto los jefes de los aliancistas españoles se cuentan entre esta casta de gentes lo demuestra con todo detalle el escrito sobre la Alianza que citábamos al principio.

Pero, tan pronto como los mismos acontecimientos empujan al proletariado y lo colocan en primer plano, el abstencionismo se convierte en una absurdidad palpable y la intervención activa de la clase obrera en una necesidad inexcusable. Y éste fue el caso en España. La abdicación de Amadeo había desplazado del poder y de la posibilidad inmediata de recobrarlo a los monárquicos radicales[84]; los alfonsinos[85] estaban, por el momento, más imposibilitados aún; los carlistas[86] preferían, como casi siempre, la guerra

* Los aliancistas. (*N. de la Edit.*)

civil a la lucha electoral. Todos estos partidos se abstuvieron, a la manera española; en las elecciones sólo tomaron parte los republicanos federales, divididos en dos bandos, y la masa obrera. Dada la enorme fascinación que el nombre de la Internacional ejercía aún por aquel entonces sobre los obreros de España y dada la excelente organización que, al menos para los fines prácticos, conservaba aún su Sección española, era seguro que en los distritos fabriles de Cataluña, en Valencia, en las ciudades de Andalucía, etc. habrían triunfado brillantemente todos los candidatos presentados y apoyados por la Internacional, llevando a las Cortes una minoría lo bastante fuerte para decidir en cada votación el resultado de la lucha entre los dos bandos republicanos. Los obreros sentían esto; sentían que había llegado la hora de poner en juego su potente organización, pues por aquel entonces todavía lo era. Pero los señores jefes de la escuela bakuninista habían predicado, durante tanto tiempo, el evangelio del abstencionismo incondicional, que no podían dar marcha atrás repentinamente; y así, inventaron aquella lamentable salida, consistente en hacer que la Internacional se abstuviese como colectividad, pero dejando a sus miembros en libertad para votar individualmente *como se les antojase*. La consecuencia de esta declaración en quiebra política, fue que los obreros, como ocurre siempre en tales casos, votaran a la gente que se las daba de más radical, a los intransigentes, y que, sintiéndose con esto más o menos responsables de los pasos dados posteriormente por sus elegidos, acabaran por verse envueltos en su actuación.

II

Los aliancistas no podían en absoluto persistir en la ridícula situación en que se habían colocado con su astuta política electoral, a menos de querer dar al traste con el dominio que habían tenido sobre la Internacional en España. Tenían que aparentar, por lo menos, que hacían algo. Y su tabla de salvación fue la *huelga general*.

En el programa bakuninista, la huelga general es la palanca de que hay que valerse para desencadenar la revolu-

ción social. Una buena mañana, los obreros de todas las industrias de un país y hasta del mundo entero dejan el trabajo y, en cuatro semanas a los sumo, obligan a las clases poseedoras a darse por vencidas o a lanzarse contra los obreros, con lo cual dan a éstos el derecho a defenderse y a derribar, aprovechando la ocasión, toda la vieja sociedad. La idea dista mucho de ser nueva; primero los socialistas franceses y luego los belgas se han hartado, desde 1848, de montar este palafrén, que es, sin embargo, por su origen, un caballo de raza inglesa. Durante el rápido e intenso auge del cartismo entre los obreros británicos, que siguió a la crisis de 1837, se predicó, ya en 1839, el "mes sagrado", el paro en escala nacional (v. Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*[87], segunda edición, pág. 234); y la idea tuvo tanta resonancia, que los obreros fabriles del Norte de Inglaterra intentaron ponerla en práctica en julio de 1842. También en el Congreso de los aliancistas celebrado en Ginebra el 1 de septiembre de 1873[88] se atribuyó gran papel a la huelga general, si bien se reconoció por todo el mundo que para esto hacía falta una organización completa de la clase obrera y una caja bien repleta. Y aquí precisamente la dificultad del asunto. De una parte, los gobiernos, sobre todo si se les deja envalentonarse con el abstencionismo político, jamás permitirán que la organización ni los fondos de los obreros lleguen tan lejos; y, por otra parte, los acontecimientos políticos y los abusos de las clases gobernantes facilitarán la emancipación de los obreros mucho antes de que el proletariado llegue a reunir esa organización ideal y ese gigantesco fondo de reserva. Pero, si dispusiese de ambas cosas, no necesitaría dar el rodeo de la huelga general para llegar a la meta.

Para nadie que conozca, por poco que sea, el engranaje oculto de la Alianza puede ser dudoso que la propuesta de aplicar este bien experimentado procedimiento partió del centro suizo. El caso es que los dirigentes españoles encontraron en ello una salida para hacer algo sin volverse de una vez "políticos"; y se lanzaron encantados a ella. Por todas partes se predicaron los efectos milagrosos de la huelga general y en seguida se preparó todo para comenzarla en Barcelona y en Alcoy.

Entretanto, la situación política iba acercándose cada vez más a una crisis. Los viejos tragahombres del republicanismo federal, Castelar y comparsa, se echaron a temblar ante el movimiento, que les rebasaba; no tuvieron más remedio que ceder el poder a Pi y Margall, que intentó una transacción con los intransigentes. Pi era, de todos los republicanos oficiales, el único socialista, el único que comprendía la necesidad de que la República se apoyase en los obreros. También presentó en seguida un programa de medidas sociales de inmediata ejecución, que no sólo eran directamente ventajosas para los obreros, sino que, además, por sus efectos, tenían necesariamente que empujar a mayores avances y, de este modo, por lo menos poner en marcha la revolución social. Pero los internacionales bakuninistas, que tienen la obligación de rechazar hasta las medidas más revolucionarias, cuando éstas arrancan del "Estado", preferían apoyar a los intransigentes más extravagantes antes que a un ministro. Las negociaciones de Pi con los intransigentes se dilataban. Los intransigentes empezaron a perder la paciencia; los más fogosos de ellos comenzaron en Andalucía el levantamiento cantonal. Había llegado la hora de que los jefes de la Alianza actuasen también, si no querían seguir marchando a remolque de los intransigentes burgueses. En vista de esto, ordenaron la huelga general.

En Barcelona se pegó, entre otros, este cartel:

"¡Obreros! Declaramos la huelga general para demostrar la profunda repugnancia que nos causa ver cómo el gobierno echa a la calle el ejército para luchar contra nuestros hermanos trabajadores, mientras apenas se preocupa de la guerra contra los carlistas", etc.

Es decir, que se invitaba a los obreros de Barcelona —el centro fabril más importante de España, que tiene en su haber histórico más combates de barricadas que ninguna otra ciudad del mundo— a enfrentarse con el poder público armado, pero no con las armas que ellos tenían también en sus manos, sino... con un paro general, con una medida que sólo afecta directamente a los burgueses individuales, pero que no va contra su representación colectiva, contra el poder del Estado. Los obreros barceloneses habían podido, en la inactividad de los tiempos de paz, prestarle oído a las frases violentas de hombres tan mansos como Alerini, Farga

Pellicer y Viñas; pero cuando llegó la hora de actuar, cuando Alerini, Farga Pellicer y Viñas lanzaron, primero, su famoso programa electoral, luego se dedicaron a calmar los ánimos, y por fin, en vez de llamar a las armas, declararon la huelga general, los obreros acabaron por despreciarlos. El más débil de los intransigentes revelaba, con todo, más energía que el más enérgico de los aliancistas. La Alianza y las secciones de la Internacional engañadas por ella perdieron toda su influencia y, cuando estos caballeros proclamaron la huelga general, bajo el pretexto de paralizar con ello la acción del gobierno, los obreros se rieron sencillamente de ellos. Pero la actividad de la falsa Internacional había conseguido, por lo menos, que Barcelona se mantuviese al margen del alzamiento cantonal. Y Barcelona era la única ciudad cuya incorporación podía respaldar de un modo firme al elemento obrero —que desempeñaba en todas partes un papel importante dentro del alzamiento— y darle la perspectiva de hacerse dueño, en fin de cuentas, de todo el movimiento. Además, la incorporación de Barcelona puede decirse que habría decidido el triunfo. Pero Barcelona no movió un dedo; los obreros barceloneses, que conocían muy bien a los intransigentes y habían sido engañados por los aliancistas, se cruzaron de brazos y dieron con ello el triunfo final al gobierno de Madrid. Todo lo cual no impidió a los aliancistas Alerini y Brousse (acerca de cuyas personas da más detalles el informe sobre la Alianza) declarar en su periódico *Solidarité révolutionaire*[89]:

"El movimiento revolucionario se extiende como un reguero de pólvora por toda la península... En Barcelona *todavía no ha pasado nada, ¡pero en la plaza pública la revolución es permanente!*

Pero era la revolución de los aliancistas, que consiste en mantener torneos oratorios y, precisamente por esto, es "permanente" su estancamiento.

La huelga general se había puesto a la orden del día al mismo tiempo en Alcoy. Alcoy es un centro fabril de reciente creación, que cuenta actualmente unos 30.000 habitantes y en el que la Internacional, en forma bakuniniana, sólo logró penetrar hace un año, desarrollándose luego con gran rapidez. El socialismo, bajo cualquier forma, era bien recibido por estos obreros, que hasta entonces habían permanecido completamente al margen del movimiento, como ocurre en algunos lugares rezagados de Alemania, donde repentinamente la Asociación General de Obreros Alemanes[90] adquiere de momento gran número de adeptos efímeros. Alcoy fue elegido, por tanto, para sede de la Comisión federal bakunista española; y esta Comisión federal es, precisamente, la que vamos a ver aquí actuar.

El 7 de julio, una asamblea obrera toma el acuerdo de huelga general; y al día siguiente envía una comisión a entrevistarse con el alcalde, requiriéndole para que reúna en el término de veinticuatro horas a los patronos y les presente las reivindicaciones de los obreros. El alcalde, Albors, un republicano burgués, entretiene a los obreros, pide tropas a Alicante y aconseja a los patronos que no cedan, sino que se parapeten en sus casas. En cuanto a él, estará en su puesto. Después de celebrar una entrevista con los patronos —estamos siguiendo el informe oficial de la Comisión federal aliancista, que lleva la fecha de 14 de julio de 1873—[91], el alcalde, que en un principio había prometido a los obreros mantenerse neutral, lanza una proclama en la que "injuria y calumnia a los obreros y toma partido por los patronos, anulando así el derecho y la libertad de los huelguistas y retándolos a luchar". Cómo los piadosos deseos de un alcalde podían anular el derecho y la libertad de los huelguistas, es cosa que no se aclara en el informe. El caso es que los obreros, dirigidos por la Alianza, hicieron saber al concejo, por medio de una comisión, que, si no estaba dispuesto a mantener la neutralidad prometida respecto a la huelga, lo mejor que podía hacer era dimitir para evitar un conflicto. La comisión no fue recibida y, cuando salía del ayuntamiento, la fuerza pública disparó contra el pueblo, congregado en la plaza en actitud pacífica y sin armas. Así comenzó la lucha, según el informe aliancista. El pueblo se armó, y comenzó la batalla, que había de durar "veinte horas". De una parte, los obreros, que *Solidarité révolutionaire* cifra en 5.000; de otra parte, 32 guardias civiles concentrados en el ayuntamiento y algunas gentes armadas parapetadas en cuatro o cinco casas junto al mercado, casas a las que el pueblo pegó fuego a la manera prusiana. Por fin, a los guardias se les agotaron las municiones y tuvieron que capitular.

"No habría habido que lamentar tantas desgracias —dice el informe de la Comisión aliancista— si el alcalde Albors no hubiera engañado al pueblo simulando rendirse y haciendo luego asesinar alevosamente a los que entraron en el ayuntamiento fiándose de su palabra, y el mismo alcalde no habría perecido, como pereció a manos de la población legítimamente indignada, si no hubiese disparado su revólver a quemarropa contra los que iban a detenerle".

¿Cuántas bajas causó esta batalla?

"Si bien no es posible calcular con exactitud el número de muertos y heridos" (de parte del pueblo), "sí podemos decir que *no habrán bajado* seguramente de *diez*. De parte de los provocadores, no bajan de *quince* los muertos y los heridos".

Esta fue la primera batalla callejera de la Alianza. Durante veinte horas se batieron 5.000 hombres contra 32 guardias y algunos burgueses armados; los vencieron, después que ellos hubieron agotado las municiones y perdieron, en total, *diez hombres*, nada más. Se conoce que la Alianza inculca a sus iniciados aquella sabia sentencia de Falstaff de que "lo mejor de la valentía es la prudencia"[92].

Huelga decir que todas las noticias terroríficas de los periódicos burgueses, que hablan de fábricas incendiadas sin objeto alguno, de guardias fusilados en masa, de personas rociadas con petróleo y luego quemadas, son puras invenciones. Los obreros vencedores, aunque estén dirigidos por aliancistas, cuyo lema es: "No hay que reparar en nada", son siempre demasiado generosos con el enemigo vencido para obrar así, y éste les imputa todas las atrocidades que *él* no deja de cometer nunca cuando vence.

Eran, pues, vencedores.

"En Alcoy —dice, llena de júbilo, *Solidarité révolutionaire*—, nuestros amigos, en número de 5.000, son dueños de la situación".

Veamos cómo aprovecharon su "situación" esos "dueños". Al llegar aquí, el informe de la Alianza y el periódico aliancista nos dejan en la estacada; tenemos que contentarnos con la información general de la prensa. Por ésta, nos enteramos de que en Alcoy se constituyó inmediatamente un "Comité de Salud Pública", es decir, un gobierno revolucionario. Es cierto que en el congreso celebrado por ellos en Saint Imier (Suiza) el 15 de septiembre de 1872, los aliancistas habían acordado que "toda organización de un poder político, del poder llamado provisional o revolucionario no puede ser más que un nuevo engaño y resultaría tan peligrosa para el proletariado como todos los gobiernos que existen actualmente". Además, los miembros de la Comisión federal de España, residente en Alcoy, habían hecho lo indecible para conseguir que el congreso de la Sección española de la Internacional hiciese suyo este acuerdo. Pero, a pesar de todo esto, nos encontramos que Severino Albarracín, miembro de aquella Comisión, y, según ciertos informes, también Francisco Tomás, su secretario, forman parte de ese gobierno provisional y revolucionario que era el Comité de Salud Pública de Alcoy.

¿Y qué hizo este Comité de Salud Pública? ¿Cuáles fueron sus medidas para lograr la "emancipación inmediata y completa de los obreros"? Prohibir que ningún hombre saliese de la villa, autorizando en cambio para hacerlo a las mujeres, siempre y cuando que... ¡tuviesen *pase*! ¡Los enemigos de la autoridad restableciendo el régimen de pases! Por lo demás, la más completa confusión, la más completa inactividad, la más completa ineptitud.

Entretanto, el general Velarde avanzaba con sus tropas desde Alicante. El gobierno tenía razones de sobra para ansiar poner fin, sin ruido, a las insurrecciones locales de las provincias. Y los "dueños de la situación" de Alcoy tenían también las suyas para zafarse de una situación en la que no sabían qué hacer. Por eso, el diputado Cervera, que actuaba de mediador, encontró el camino llano. El Comité de Salud Pública resignó sus poderes, las tropas entraron en la villa el 12 de julio sin encontrar la menor resistencia y la única promesa que se hizo a cambio al Comité de Salud Pública fue... dar una amnistía general. Los aliancistas "dueños de la situación" habían salido realmente del aprieto una vez más. Y con esto terminó la aventura de Alcoy.

En Sanlúcar de Barrameda, junto a Cádiz,

"el alcalde —relata el informe aliancista— clausura el local de la Internacional y, con sus amenazas y sus incesantes atentados contra los derechos personales de los ciudadanos, provoca la cólera de los obreros. Una comisión reclama del ministro el respeto del derecho y la reapertura del local, arbitrariamente clausurado. El señor Pi accede a ello en principio..., pero denegándolo en la práctica; los obreros ven que el gobierno trata de colocar a su Asociación sistemáticamente fuera de

la ley; destituyen a las autoridades locales y ponen en su lugar a otras, que ordenan la reapertura del local de la Asociación".

"¡En Sanlúcar... el pueblo es dueño de la situación!", exclama triunfantemente *Solidarité révolutionaire*. Los aliancistas, que también aquí, en contra de sus principios anarquistas, instituyeron un gobierno revolucionario, no supieron por dónde empezar a servirse del poder. Perdieron el tiempo en debates vacuos y acuerdos sobre el papel, y el 5 de agosto, después de ocupar las ciudades de Sevilla y Cádiz, el general Pavía destacó a unas cuantas compañías de la brigada de Soria para tomar Sanlúcar y... no encontró la menor resistencia.

Esas son las hazañas heroicas llevadas a cabo por la Alianza donde nadie le hacía la competencia.

III

Inmediatamente después de la batalla librada en las calles de Alcoy, se levantaron los intransigentes en Andalucía. Pi y Margall estaba todavía en el poder y en continuas negociaciones con los jefes de este grupo político, para formar con ellos un nuevo ministerio. ¿Por qué, pues, echarse a la calle, sin esperar a que fracasaran las negociaciones? La razón de estas prisas no ha llegado a ponerse totalmente en claro. Lo único que puede asegurarse es que los señores intransigentes trataban ante todo de que se llevase a la práctica cuanto antes la República federal para, de este modo, escalar el poder, y los muchos cargos nuevos que habrían de crearse en los distintos cantones. En Madrid, las Cortes tardaban mucho en descuartizar a España; había que tomar cartas en el asunto y proclamar en todas partes cantones soberanos. La actitud que habían venido manteniendo hasta entonces los internacionales (bakuninistas), envueltos de lleno, desde las elecciones, en los manejos de los intransigentes, permitía contar con su colaboración; además, precisamente se habían apoderado de Alcoy por la violencia y estaban, por lo tanto, en lucha abierta con el gobierno. A esto se añadía el que los bakuninistas habían venido predicando durante muchos años que toda acción revolucionaria de arriba abajo era perniciosa y que todo debía organizarse

y llevarse a cabo de abajo arriba. Y he aquí que ahora se les deparaba la ocasión de implantar de abajo arriba, al menos en unas cuantas ciudades, el famoso principio de la autonomía. Ni que decir tiene que los obreros bakuninistas se tragaron el anzuelo y sacaron las castañas del fuego a los intransigentes, para luego verse recompensados por sus aliados, como siempre, con puntapiés y balas de fusil.

Veamos cuál fue la posición de los internacionales bakuninistas en todo este movimiento. Ayudaron a imprimirle el sello de la atomización federalista y realizaron su ideal de la anarquía en la medida de lo posible. Los mismos bakuninistas que, pocos meses antes, en Córdoba, habían anatemizado como una traición y una añagaza contra los obreros la instauración de gobiernos revolucionarios, formaban ahora parte de todos los gobiernos municipales revolucionarios de Andalucía, pero siempre en minoría, de modo que los intransigentes podían hacer cuanto les viniera en gana. Mientras éstos monopolizaban la dirección política y militar del movimiento, a los obreros se les despachaba con unos cuantos tópicos brillantes o con unos acuerdos sobre supuestas reformas sociales del carácter más tosco y absurdo y que, además, sólo existían sobre el papel. En cuanto los líderes bakuninistas pedían alguna concesión real y positiva, se les rechazaba desdeñosamente. Lo más importante que tenían siempre que declarar los intransigentes directores del movimiento a los corresponsales de los periódicos ingleses, era que ellos no tenían nada que ver con estos llamados internacionales y que declinaban toda responsabilidad por sus actos, aclarando bien que tenían estrictamente vigilados por la policía a sus jefes y a todos los emigrados presentes de la Comuna de París. Finalmente, en Sevilla, como veremos, los intransigentes, durante el combate contra las tropas del gobierno, dispararon también contra sus aliados bakuninistas.

Así sucedió que, en el transcurso de pocos días, toda Andalucía estuvo en manos de los intransigentes armados. Sevilla, Málaga, Granada, Cádiz, etc. cayeron en su poder casi sin resistencia. Cada ciudad se declaró cantón independiente y nombró una Junta revolucionaria de gobierno. Lo mismo hicieron después Murcia, Cartagena y Valencia. En Salamanca se hizo también un ensayo por el estilo, pero de

carácter más pacífico. Así estuvieron la mayoría de las grandes ciudades de España en poder de los insurrectos, con excepción de la capital, Madrid —simple ciudad de lujo, que casi nunca tiene importancia decisiva—, y de Barcelona. Si Barcelona se hubiese lanzado, el triunfo final habría sido casi seguro y, además, se habría asegurado un refuerzo firme al elemento obrero que tomaba parte en el movimiento. Pero ya hemos visto que en Barcelona los intransigentes no tenían apenas fuerza y que los internacionales bakuninistas, que por aquel entonces eran aún muy fuertes allí, tomaron la huelga general como pretexto para *escurrir el bulto*. Así, pues, esta vez, Barcelona no estuvo en su puesto.

No obstante, esta insurrección, aunque iniciada de un modo descabellado, tenía aún grandes perspectivas de éxito si se la hubiera dirigido con un poco de inteligencia, siquiera hubiese sido al modo de los pronunciamientos militares españoles, en que la guarnición de una plaza se subleva, va sobre la plaza más cercana, arrastra consigo a su guarnición, preparada de antemano, y, creciendo como un alud, avanza sobre la capital, hasta que una batalla afortunada o el paso a su campo de las tropas enviadas contra ella decide el triunfo. Tal método era especialmente adecuado en esta ocasión. Los insurrectos se hallaban organizados en todas partes desde hacía mucho tiempo en batallones de voluntarios, cuya disciplina era, a decir verdad, pésima, pero no peor, seguramente, que la de los restos del antiguo ejército español, descompuesto en su mayor parte. La única fuerza de confianza de que disponía el gobierno era la Guardia Civil, y ésta se hallaba desperdigada por todo el país. Ante todo había que impedir la concentración de los guardias civiles y, para ello, no existía más recurso que tomar la ofensiva y aventurarse a campo abierto; la cosa no era muy arriesgada, pues el gobierno sólo podía oponer a los voluntarios tropas tan indisciplinadas como ellos mismos. Y, si se quería vencer, no había otro camino.

Pero no. El federalismo de los intransigentes y de su apéndice bakuninista consistía, precisamente, en dejar que cada ciudad actuase por su cuenta y declaraba lo principal, no su cooperación con las otras ciudades, sino su separación de ellas, con lo cual cerraba el paso a toda posibilidad de

una ofensiva general. Lo que en la guerra campesina alemana[93] y en las insurrecciones alemanas de mayo de 1849 había sido un mal inevitable —la atomización y el aislamiento de las fuerzas revolucionarias—, que permitió a unas y las mismas tropas del gobierno ir aplastando un alzamiento tras otro [94] se proclamaba aquí como el principio de la suprema sabiduría revolucionaria. Bakunin tuvo esta satisfacción. Ya en septiembre de 1870 (en sus *Lettres à un français*[95]) había declarado que el único medio para expulsar de Francia a los prusianos con una lucha revolucionaria consistía en abolir toda dirección centralizada y dejar que cada ciudad, cada aldea, cada municipio, llevase la guerra por su cuenta. Si al ejército prusiano, con su dirección única, se oponía el desencadenamiento de las pasiones revolucionarias, el triunfo, según él, era seguro. Frente a la inteligencia colectiva del pueblo francés, reintegrado por fin a sus propios destinos, la inteligencia individual de Moltke se esfumaría, naturalmente. Entonces, los franceses no quisieron entenderlo así, pero en España se obsequió a Bakunin, como hemos visto y aún hemos de ver, con un triunfo resonante.

Entretanto, la puñalada trapera de este levantamiento, organizado sin motivo alguno, imposibilitó a Pi y Margall para seguir negociando con los intransigentes. Tuvo que dimitir; le sustituyeron en el poder los republicanos puros del tipo de Castelar, burgueses sin disfraz, cuyo primer designio era dar al traste con el movimiento obrero, del que antes se habían servido, pero que ahora les estorbaba. A las órdenes del general Pavía, se formó una división para mandarla contra Andalucía, y otra a las órdenes de Martínez Campos para enviarla contra Valencia y Cartagena. La flor de estas divisiones eran los guardias civiles traídos de todas partes de España, todos ellos antiguos soldados cuya disciplina se mantenía aún inconmovible. Como había ocurrido con los gendarmes en la marcha del ejército versallés sobre París, la misión de estos guardias civiles era reforzar las tropas de línea desmoralizadas e ir siempre a la cabeza de las columnas de ataque, cometido que, en ambos aspectos, cumplieron en la medida de sus fuerzas. Además de ellos, contenían las divisiones algunos regimientos de línea refundidos, de modo que cada una de ellas estaba compuesta por unos

3.000 hombres. Era todo lo que el gobierno podía movilizar contra los insurrectos.

El general Pavía se puso en marcha hacia el 20 de julio. El 24 fue ocupada Córdoba por una columna de guardias civiles y tropas de línea al mando de Ripoll. El 29, Pavía atacó a Sevilla cubierta de barricadas, la cual cayó en sus manos el 30 o el 31 (los telegramas no permiten fijar con seguridad las fechas). Dejó una columna móvil para someter los alrededores y avanzó sobre Cádiz, cuyos defensores no se batieron más que en el acceso a la ciudad, y aun aquí con pocos bríos; luego, el 4 de agosto, se dejaron desarmar sin resistencia. En los días siguientes desarmó, también sin resistencia, a Sanlúcar de Barrameda, San Roque, Tarifa, Algeciras y otra multitud de pequeñas ciudades, cada una de las cuales se había erigido en cantón independiente. Al mismo tiempo, envió columnas contra Málaga y Granada, que capitularon sin resistencia el 3 y el 8 de agosto respectivamente; y así, el 10 de agosto, en menos de dos semanas y casi sin lucha, había quedado sometida toda Andalucía.

El 26 de julio inició Martínez Campos el ataque contra Valencia. Aquí, la insurrección había partido de los obreros. Al escindirse en España la Internacional, en Valencia obtuvieron la mayoría los internacionales auténticos y el nuevo Consejo federal español fue trasladado a esta ciudad. A poco de proclamarse la República, cuando ya se vislumbraba la inminencia de combates revolucionarios, los obreros bakuninistas de Valencia, desconfiando de los líderes barceloneses, que disfrazaban su táctica de apaciguamiento con frases ultrarrevolucionarias, prometieron a los auténticos internacionales que harían causa común con ellos en todos los movimientos locales. Al estallar el movimiento cantonal, inmediatamente ambas fracciones se lanzaron a la calle, utilizando a los intransigentes, y desalojaron a las tropas. No se ha sabido cuál era la composición de la Junta de Valencia; sin embargo, de los informes de los corresponsales de la prensa inglesa se desprende que en ella, al igual que entre los voluntarios valencianos, tenían los obreros preponderancia decisiva. Estos mismos corresponsales hablaban de los insurrectos de Valencia con un respeto que distaban mucho de dispensar a los otros rebeldes, en su mayoría intransigentes; ensalzaban su disciplina y el orden reinante en la ciudad y pronosticaban una larga resistencia y una lucha encarnada. No se equivocaron. Valencia, ciudad abierta, se sostuvo contra los ataques de la división de Martínez Campos desde el 26 de julio hasta el 8 de agosto, es decir, más tiempo que toda Andalucía junta.

En la provincia de Murcia, las tropas ocuparon sin resistencia la capital, del mismo nombre. Después de tomar Valencia, Martínez Campos marchó sobre Cartagena, una de las fortalezas mejor defendidas de España, protegida por tierra por una muralla y una serie de fortines destacados en las alturas dominantes. Los 3.000 soldados del gobierno privados de artillería de sitio, eran, naturalmente, impotentes, con sus cañones ligeros, contra la artillería pesada de los fuertes y tuvieron que limitarse a poner cerco a la ciudad por el lado de tierra; pero esto no significaba gran cosa, mientras los cartageneros dominasen el mar con los barcos de guerra apresados por ellos en el puerto. Los sublevados, que, mientras se luchaba en Valencia y Andalucía, sólo se habían ocupado de ellos mismos, empezaron a pensar en el mundo exterior después de estar reprimidas las demás sublevaciones, cuando empezaron a escasearles a ellos el dinero y los víveres. Entonces hicieron primero una tentativa de marcha sobre Madrid, ¡que distaba de Cartagena, por lo menos, 60 millas alemanas, más del doble que, por ejemplo, Valencia o Granada! La expedición tuvo un fin lamentable no lejos de Cartagena; y el cerco cortó el paso a todo otro intento de salida por tierra. Se lanzaron, pues, a hacer salidas con la flota. ¡Y qué salidas! No podía ni hablarse de volver a sublevar, con los barcos de guerra cartageneros, los puertos de mar que acababan de ser sometidos. Por tanto, la marina de guerra del Cantón soberano de Cartagena se limitó a amenazar con que bombardearía a las demás ciudades del litoral marítimo desde Valencia hasta Málaga —también soberanas, según la teoría cartagenera—, y en caso necesario, a bombardearlas real y efectivamente, si no traían a bordo de sus buques los víveres exigidos y una contribución de guerra en moneda contante y sonante. Mientras estas ciudades habían estado levantadas en armas contra el gobierno como cantones soberanos, en Cartagena

regía el principio de ¡cada cual para sí! Ahora, que estaban derrotadas, tenía que regir el principio de ¡todos para Cartagena! Así entendían los intransigentes de Cartagena y sus secuaces bakuninistas el federalismo de los cantones soberanos.

Para reforzar las filas de los combatientes de la libertad, el gobierno de Cartagena dio suelta a los 1.800 reclusos del penal de aquella ciudad, los peores ladrones y asesinos de toda España. Que esta medida revolucionaria le fue sugerida por los bakuninistas, es cosa que no admite duda después de las revelaciones del informe sobre la "Alianza". En él se demuestra cómo Bakunin se entusiasmaba ante el "desencadenamiento de todas las malas pasiones" y cómo proclamaba al bandolero ruso modelo de verdaderos revolucionarios*. Lo que vale para los rusos, debe valer también para los españoles. Por tanto, el gobierno cartagenero se ajustaba por completo al espíritu de Bakunin cuando desencadenó las "malas pasiones" de los 1.800 matones embotellados, llevando con ello hasta el extremo la desmoralización entre sus tropas. Y cuando el gobierno español, en vez de deshacer a cañonazos sus propias fortificaciones, esperaba la sumisión de Cartagena de la descomposición interior de sus defensores, seguía una política totalmente acertada.

IV

Escuchemos ahora el informe de la Nueva Federación Madrileña acerca de todo este movimiento:

"Al Congreso que debía celebrarse en Valencia el segundo domingo de agosto estaba encomendada, como se ve, la importante misión de determinar la actitud de la Federación Española ante los graves acontecimientos políticos que se venían desenvolviendo en España desde el 11 de febrero último, día de la proclamación de la república; pero la descabellada sublevación cantonal, abortada miserablemente y en la cual tomaron parte activa los internacionales de casi todas las provincias sublevadas, ha venido, no sólo a paralizar la acción del Consejo federal, diseminando la mayor parte de sus miembros, sino que ha desorganizado casi por completo las federaciones locales, echando sobre sus individuos —que es lo más triste— todo el peso de la odiosidad, todas las persecuciones que trae siempre consigo una insurrección fracasada y torpemente urdida...

Al estallar el movimiento cantonal, al constituirse las juntas, o sea gobiernos de los cantones, aquellos mismos (los bakuninistas) que tanto vociferaban contra el poder político, que tan violentamente nos acusaban de autoritarios, se apresuraron a ingresar en aquellos gobiernos; y en ciudades tan importantes como Sevilla, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Granada y Valencia muchos internacionales de los que se titulan antiautoritarios formaban parte de las juntas cantonales, sin otra bandera que la de la autonomía de la provincia o cantón. Así consta oficialmente en las proclamas y demás documentos publicados por las referidas juntas donde internacionales muy conocidos estamparon sus nombres.

Tanta contradicción entre la teoría y la práctica, entre la propaganda y el hecho significaría muy poco si de semejante conducta resultara o hubiera podido resultar alguna ventaja para nuestra Asociación, algún progreso en el camino de la organización de nuestras fuerzas, algún paso dado hacia el cumplimiento de nuestra aspiración fundamental, la emancipación de la clase trabajadora. Pero ha sucedido todo lo contrario, como no podía menos de suceder, faltando la acción colectiva del proletariado español, tan fácil si se hubiera obrado en nombre de la Internacional, faltando el acuerdo de las federaciones locales y quedando por consecuencia abandonado el movimiento a la iniciativa individual o de localidad aislada, sin más dirección *que la que pudiera imprimirle la misteriosa Alianza, que por desgracia impera todavía en nuestra región**, y sin otro programa que el de nuestros naturales enemigos, los republicanos burgueses, el alzamiento cantonal sucumbió de una manera vergonzosa, casi sin resistencia, arrastrando en su caída el prestigio y la Organización de la Internacional en España. No hay exceso, crimen ni violencia que los republicanos de hoy no atribuyan a la Internacional, habiéndose dado el caso, según se nos asegura, de que en Sevilla, durante el combate, los mismos intransigentes hacían fuego a sus aliados los internacionales (bakuninistas). La reacción, aprovechándose hábilmente de nuestras torpezas, incita a los republicanos a que nos persigan, sublevando al mismo tiempo a los indiferentes contra nosotros, y lo que no pudieron lograr en tiempos de Sagasta lo consiguen ahora: hoy día en España el nombre de Internacional es un nombre aborrecido hasta para la generalidad de los obreros.

En Barcelona muchas secciones obreras se han separado de la Internacional, protestando contra los hombres del periódico *La Federación* (órgano principal de los bakuninistas) y contra su inexplicable conducta; en Jerez, Puerto de Santa María y otros puntos las federaciones se han declarado disueltas; en Loja (provincia de Granada) han sido expulsados los pocos internacionales que allí había; en Madríd, donde se disfruta de la mayor libertad, la Antigua federación (bakuninista) no da la más leve señal de vida, y la nuestra se ve forzada a permanecer inactiva y silenciosa por no cargar con culpas ajenas; en las localidades

* Véase la presente recopilación, págs. 97-99. *(N. de la Edit.)*

* Es decir, en la Sección española de la Internacional. *(N. de la Edit.)*

del Norte la guerra cada vez más encarnizada de los carlistas, impide toda clase de trabajos; y, por último, en Valencia, donde después de 15 días de sitio quedó vencedor el gobierno, los internacionales que no han huido tienen que permanecer ocultos, y el Consejo federal se halla hoy enteramente disuelto".

Hasta aquí, el informe de Madrid. Como vemos, coincide en un todo con el relato histórico hecho en las páginas anteriores.

Examinemos, pues, el resultado de toda nuestra investigación:

1. En cuanto se enfrentaron con una situación revolucionaria seria, los bakuninistas se vieron obligados a echar por la borda todo el programa que hasta entonces habían mantenido. En primer lugar, sacrificaron su doctrina del abstencionismo político y, sobre todo, del abstencionismo electoral obligatorio. Luego, le llegó el turno a la anarquía, a la abolición del Estado; en vez de abolir el Estado, lo que hicieron fue intentar erigir una serie de pequeños Estados nuevos. A continuación, abandonaron su principio de que los obreros no debían participar en ninguna revolución que no persiguiese la inmediata y completa emancipación del proletariado, y participaron en un movimiento cuyo carácter puramente burgués era evidente. Finalmente, pisotearon el principio que acababan de proclamar ellos mismos, principio según el cual la instauración de un gobierno revolucionario no es más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera, instalándose cómodamente en las juntas gubernamentales de las distintas ciudades, y además casi siempre como una minoría impotente, paralizada y políticamente explotada por los burgueses.

2. Al renegar de los principios que habían venido predicando siempre, lo hicieron de la manera más cobarde y más embustera y bajo la presión de una conciencia culpable, sin que los propios bakuninistas ni las masas acaudilladas por ellos se lanzasen al movimiento con ningún programa ni supiesen remotamente lo que querían. ¿Cuál fue la consecuencia natural de esto? Que los bakuninistas entorpeciesen todo movimiento, como en Barcelona, o se viesen arrastrados a levantamientos aislados, irreflexivos y estúpidos, como en Alcoy y Sanlúcar de Barrameda, o bien, que la

dirección de la insurrección cayera en manos de los burgueses intransigentes, como ocurrió en la mayoría de los casos. Así, pues, al pasar a los hechos, los gritos ultrarrevolucionarios de los bakuninistas se tradujeron en medidas apaciguadoras, en levantamientos condenados de antemano al fracaso o en la adhesión a un partido burgués, que, además de explotar ignominiosamente a los obreros para sus fines políticos, los trataba a patadas.

3. Lo único que ha quedado en pie de los llamados* principios de la anarquía, de la federación libre de grupos independientes, etc., ha sido la dispersión sin tasa y sin sentido de los medios revolucionarios de lucha, que permitió al gobierno dominar una ciudad tras otra con un puñado de tropas y sin encontrar apenas resistencia.

4. Fin de fiesta: No sólo la Sección española de la Internacional —lo mismo la falsa que la auténtica— se ha visto envuelta en el derrumbamiento de los instransigentes, y hoy esta Sección —en tiempos numerosa y bien organizada— está de hecho disuelta, sino que, además, se le atribuye todo el cúmulo de excesos imaginarios sin el cual los filisteos de todos los países no pueden concebir un levantamiento obrero; con lo que se ha hecho imposible, acaso por muchos años, la reorganización internacional del proletariado español.

5. En una palabra, los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de cómo *no* debe hacerse una revolución.

Escrito por F. Engels en septiembre y octubre de 1873.
Publicado en los números 105, 106 y 107 del periódico "Der Volksstaat", los días 31 de octubre y 2 y 5 de noviembre de 1873.
Publicado en un folleto, en Leipzig, en 1874 y reproducido en el libro: F. Engels. "Internationales aus dem Volksstaat 1871-1875)". Berlin, 1894.

Se publica de acuerdo con la edición de 1894, cotejada con el texto del periódico.
Traducido del alemán.

* En el periódico "*Volksstaat*", en vez de las palabras "de los llamados", se dice: "de los grandilocuentes". *(N. de la Edit.)*

C. Marx

ACOTACIONES AL LIBRO DE BAKUNIN "EL ESTADO Y LA ANARQUIA"[96]

(Fragmento)

"Ya hemos apuntado nuestra profunda repugnancia por la teoría de Lassalle y Marx, que recomienda a los obreros, si no como ideal supremo, por lo menos como objetivo inmediato y principal *la instauración de un Estado popular* (народного государства), el cual, según su expresión, no será sino el proletariado *erigido en clase dominante* (возведенный на степень господствующего сословия). Y uno se pregunta: cuando el proletariado sea la clase dominante, ¿sobre quién va a dominar? "Esto significa (значит) que quedará en pie otro proletariado, sometido a esta nueva dominación, a este nuevo "Estado" (государству)".

Esto significa que mientras subsistan las otras clases y especialmente la clase capitalista, mientras el proletariado luche contra ellas (pues con la subida del proletariado al poder no desaparecen todavía sus enemigos, ni desaparece la vieja organización de la sociedad) tendrá que emplear medidas de *violencia*, es decir, medidas de gobierno. Mientras el proletariado sea todavía una clase y no hayan desaparecido las condiciones económicas en que descansa la lucha de clases y la existencia de éstas, será preciso, por la violencia, quitarlas de en medio o transformarlas, será preciso acelerar por la violencia su proceso de transformación.

"Por ejemplo, la vulgar masa campesina, "la plebe campesina" (крестьянская чернь) que, como es sabido, no goza de las simpatías de los marxistas y que se halla en el más bajo nivel de cultura, será gobernada probablemente por el proletariado urbano y fabril".

Esto significa que allí donde el campesino existe todavía en masa como propietario privado, donde incluso forma una mayoría más a menos considerable, como en todos los Estados occidentales del continente europeo, donde este campesino no ha desaparecido, remplazado por jornaleros agrícolas, como en Inglaterra, ocurrirá lo siguiente: o se dedica a obstaculizar toda revolución obrera hasta hacerla fracasar, como ha ocurrido hasta ahora en Francia, o el proletariado (pues el campesino propietario de su tierra no pertenece al proletariado, y, si por su situación pertenece, no cree formar parte de él) tiene que adoptar como gobierno medidas encaminadas a mejorar inmediatamente la situación del campesino y que, por tanto, le ganen para la revolución; medidas que lleven ya en germen el tránsito de la propiedad privada sobre el suelo a la propiedad colectiva y que suavicen este tránsito, de modo que el campesino vaya a él impulsado por móviles económicos; pero no debe acorralar al campesino proclamando, por ejemplo, la abolición del derecho de herencia o la anulación de su propiedad; esto último sólo es posible allí donde el arrendatario capitalista ha desplazado al campesino y el verdadero labrador es tan proletario, tan obrero asalariado como el obrero de la ciudad y donde, por tanto, tiene *directamente*, no indirectamente, los mismos intereses que éste; aún menos se debe fortalecer el régimen de propiedad parcelaria, agrandando las parcelas por la simple anexión de las grandes fincas a las tierras de los campesinos, como en la campaña revolucionaria de Bakunin.

"O, si enfocamos el problema desde el punto de vista nacional, nos imaginamos, por la misma razón, que para los alemanes los eslavos seguirán hallándose, respecto a un proletariado alemán triunfante, en la misma sumisión servil en que éste se halla hoy respecto a su burguesía" (pág. 278).

¡Que estupidez de escolar! Una revolución social radical se halla sujeta a determinadas condiciones históricas de desarrollo económico; éstas son su premisa. Por tanto, sólo puede darse allí donde, con la producción capitalista, el proletariado industrial ocupe, por lo menos, una posición importante dentro de la masa del pueblo, y, para tener alguna probabilidad de triunfar, tiene que ser, por lo menos, capaz de hacer inmediatamente por los campesinos, *mutatis mutandis*, tanto como la burguesía francesa, en su revolución, hizo por los campesinos franceses de aquel entonces. ¡Hermosa idea la de que la dominación de los obreros lleva con-

sigo la esclavización del trabajo agrícola! Pero aquí es donde se revela el pensamiento íntimo del señor Bakunin. Decididamente, él no comprende nada de la revolución social; sólo conoce su fraseología política; para él, no existen las condiciones económicas de esta revolución. Como hasta aquí todas las formas económicas —desarrolladas o no— implicaban la esclavización del trabajador (sea obrero, campesino, etc.), cree que en todas ellas es igualmente posible *la revolución radical*. Más aún: pretende que la revolución social europea, basada en los fundamentos económicos de la producción capitalista, se lleve a efecto sobre el nivel de los pueblos rusos o eslavos dedicados a la agricultura y al pastoreo y no rebase este nivel aunque comprende que *la navegación marítima* establece una diferencia, entre hermanos, pero sólo la *navegación marítima*, por ser ésta una diferencia que todos los políticos conocen. La base de su revolución social es *la voluntad* y no las condiciones económicas.

Si existe el "Estado" (государство) se hace inevitable la "dominación" (господство) y la "esclavitud" (рабство); dominación sin esclavitud, manifiesta u oculta, no se concibe; he aquí por qué nosotros somos enemigos del "Estado" (государства) (pág. 278).

"¿Qué significa el proletariado "erigido en clase dominante" (возведенный в господствующее сословие)?"

Significa que el proletariado, en vez de luchar de un modo inconexo contra las clases económicamente privilegiadas, posee ya la fuerza y la organización suficientes para emplear, en su lucha contra ellas, medidas generales de coacción; pero, en el terreno económico, sólo puede emplear medidas que destruyan su propio carácter de asalariado y, por consiguiente, sus características de clase. Por consiguiente, con su triunfo completo cesará también su dominación, al cesar su carácter de clase.

"¿Acaso va a ponerse todo el proletariado a la cabeza del gobierno?"

¿Acaso en un sindicato (tradeunión), por ejemplo, se pone a todo el sindicato en la directiva? ¿Acaso va a cesar en la fábrica toda división del trabajo y las diversas funciones que de ella se derivan? En la construcción bakuninista de "abajo arriba" (снизу вверх), ¿acaso todos estarán

"arriba" (вверху)? Entonces no habría ninguno "abajo" (внизу).

¿Acaso todos los individuos de un municipio administrarán en el mismo grado los intereses comunes de la "provincia" (области)? Si así fuese, no habría diferencia alguna entre municipio y "provincia" (областью).

"Los alemanes son aproximadamente 40 millones. ¿Acaso todos estos 40 millones van a formar parte del gobierno?"

Certainly! [¡Indudablemente!] puesto que la cosa comienza por el gobierno autónomo del municipio.

"Si todo el pueblo gobierna, no habrá ya gobernados".

Cuando un hombre se gobierna a sí mismo, según estos principios no se gobierna, puesto que es él mismo y no otro.

"Entonces no habrá gobierno ni habrá Estado, pero si hay Estado habrá también gobernantes y habrá esclavos" (pág. 279).

Quiere decir, simplemente: sólo cuando desaparezca el régimen de dominación de clase, dejará de haber Estado en el actual sentido político de esta palabra. . .

"En la teoría de los marxistas, este dilema se resuelve fácilmente. Por gobierno popular, ellos (es decir, Bakunin) entienden el que el pueblo sea gobernado por medio de un puñado de representantes elegidos por él".

Asine! [¡Burro!] ¡Esto es una majadería democrática, una vaciedad política! Las elecciones son una forma política hasta en la más pequeña comuna rusa y en el artel. El carácter de las elecciones no depende del nombre, sino de la base económica, de las relaciones económicas de los electores entre sí, y tan pronto como las funciones dejan de ser políticas: 1) dejan de existir como funciones de gobierno, 2) la distribución de las funciones generales se convierte en un problema administrativo, que no encierra dominio alguno, 3) las elecciones no conservan nada de su carácter político actual.

"La elección, por sufragio universal de todo el pueblo—,

eso de todo el pueblo, en el sentido actual de la palabra, es una fantasía,

—de representantes del pueblo y gobernantes del Estado (правителей государства) es la última palabra, tanto de los marxistas como de la

escuela democrática; una mentira detrás de la cual se esconde el despotismo de una *minoría gobernante*, tanto más peligroso cuanto que se presenta como expresión de la llamada voluntad popular".

Sobre la base de la propiedad colectiva desaparece la llamada voluntad popular para ceder el puesto a la verdadera voluntad de la colectividad cooperativa.

En suma: "dirección de la gran mayoría de la masa popular por una minoría privilegiada. Pero esta minoría, dicen los marxistas",

¿Dónde?

"estará formada por trabajadores. Sí; permítaseme: por antiguos trabajadores, pero que apenas se conviertan en representantes o gobernantes del pueblo *dejarán de ser trabajadores*"

Ni más ni menos que hoy un fabricante deja de ser capitalista porque le hagan concejal de su ayuntamiento.

"y mirarán al vulgar mundo de los obreros desde las alturas "estatales" (государственной); ya no representarán al pueblo, sino a sí mismos y a sus "pretensiones" (притязания) de gobernar al pueblo. El que ponga esto en duda, es que no conoce nada de la naturaleza humana" (pág. 279).

Si el señor Bakunin conociese, por lo menos, la posición que ocupa el gerente de una cooperativa obrera, se irían al diablo todas sus fantasías sobre la dominación. Hubiera debido preguntarse: ¿Qué forma pueden asumir las funciones administrativas, sobre la base de este Estado obrero? (si le place llamarlo así).

(pág. 279) "Pero estos hombres escogidos serán socialistas ardientemente convencidos, y por tanto socialistas científicos".

Las denominaciones de "*socialismo culto*" que no aparece empleada jamás, "*socialismo científico*"

empleada solamente por oposición al socialismo utópico, que pretende atiborrar al pueblo con nuevos fantasmas cerebrales, en vez de limitar sus conocimientos al estudio del movimiento social desarrollado por el pueblo mismo; véase mi libro contra Proudhon,

"que se emplean constantemente en los libros y discursos de los lassalleanos y marxistas, "demuestran, por sí mismas", que el llamado Estado popular no será otra cosa que el gobierno más despótico de las masas del pueblo por una nueva y muy reducida aristocracia de sabios reales o supuestos. El pueblo no es científico, lo cual quiere decir que hay que descargarlo en absoluto de los cuidados del gobierno, que hay

que encerrarlo por completo en el establo gobernado. ¡Hermosa emancipación!" (págs. 279 y 280).

"Los marxistas advierten esta contradicción (!) y, dándose cuenta de que este gobierno de los sabios"

(quelle rêverie! [¡qué fantasía!])

"sería el más insoportable, el más odioso y el más despreciable del mundo, de que, pese a todas las formas democráticas, sería una verdadera dictadura, se consuelan pensando que esta dictadura sólo será pasajera y de corta duración".

Non, mon cher! [¡No, amigo!] La dominación de clase de los obreros sobre las capas del mundo viejo que ofrecen resistencia debe durar hasta que se destruya la base económica sobre que descansa la existencia de clase.

"Dicen que su única preocupación y su único objetivo será *educar y elevar al pueblo*" (¡politicastro de café!), "lo mismo económica que políticamente, a tal altura, que pronto no haga falta ningún gobierno y el Estado pierda todo carácter político, es decir, "de dominación" (господствующий) y se convierta por sí mismo en una libre organización de intereses económicos y de comunas. Aquí hay una contradicción manifiesta. Si su Estado ha de ser verdaderamente popular, ¿para qué abolirlo? Y si hace falta destruirlo para liberar realmente al pueblo, ¿cómo se atreve a llamarlo popular?" (pág. 280).

Prescindiendo de la insistencia con que se refiere al *Estado popular*[97] de Liebknecht, que es una majadería, dirigida contra el *Manifiesto Comunista,* etc., ello sólo significa: como el proletariado mientras lucha por derrocar la vieja sociedad, todavía actúa sobre la base de esta vieja sociedad, y por tanto se mueve aún bajo formas políticas hasta cierto punto propias de ella, durante este período de lucha no ha alquirido aún su organización definitiva y aplica para su emancipación medidas que después de ésta no tienen aplicación; de donde el señor Bakunin infiere que al proletariado le valdría más no hacer nada y... esperar el *día de la liquidación general:* del juicio final.

"Con nuestra polémica (полемика) (polémica que, naturalmente, vio la luz antes que mi libro contra Proudhon y antes que el *Manifiesto Comunista* y hasta antes de Saint-Simon) contra ellos (¡hermoso ὕστερον πρότερου*!)les hemos obligado a hacer *la confesión* (сознания) de que la liber-

* Consecuencia presentada como premisa. *(N. de la Edit.)*

tad o la anarquía (el señor Bakunin no ha hecho más que traducir la anarquía de Proudhon y de Stirner al tosco idioma tártaro), es decir, la libre organización de las masas obreras de abajo arriba (¡qué majadería!),

"es la meta última del progreso social y que todo "Estado" (государство), sin excluir el Estado popular, es un yugo, que engendra de un lado despotismo y de otro lado esclavitud" (pág. 280).

Escrito por Carlos Marx entre 1874 y comienzos de 1875.
Publicado por vez primera en 1926, en el número 11 de la revista "Létopisi Marksizma".

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito.
Traducido del alemán.

F. Engels

DE UNA CARTA A AUGUSTO BEBEL

Londres, 18-28 de marzo de 1875.

...El Estado popular libre se ha convertido en el Estado libre. Gramaticalmente hablando, Estado libre es un Estado que es libre respecto a sus ciudadanos, es decir, un Estado con un gobierno despótico. Habría que abandonar toda esa charlatanería acerca del Estado, sobre todo después de la Comuna*, que no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra. Los anarquistas nos han echado en cara más de la cuenta esto del "*Estado popular*", a pesar de que ya la obra de Marx contra Proudhon, y luego el *Manifiesto Comunista*[98] dicen claramente que, con la implantación del régimen socialista, el Estado se disuelve por sí mismo [sich auflöst] y desaparece. Siendo el Estado una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para aplastar por la violencia a los adversarios, es un absurdo hablar de Estado popular libre: mientras el proletariado *necesite* todavía del Estado no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir. Por eso nosotros propondríamos decir siempre, en vez de la palabra *Estado*, la palabra "Comunidad" (Gemeinwesen), una buena y antigua palabra alemana que equivale a la palabra francesa "Commune".

Escrita el 18-28 de marzo de 1875.
Publicada por vez primera en el libro: A. Bebel. "Aus meinem Leben", t. II, Stuttgart. 1911.

Se publica de acuerdo con el texto del libro.
Traducido del alemán.

* Engels se refiere a la Comuna de París. *(N. de la Edit.)*

F. Engels

EN ITALIA

Por último, el movimiento socialista se asienta en terreno firme también en Italia y promete un desarrollo rápido y triunfal. Mas para que el lector comprenda plenamente el viraje iniciado, deberemos recordar la historia del surgimiento del socialismo italiano.

El nacimiento del movimiento en Italia está vinculado a las influencias bakuninistas. Mientras que entre las masas obreras predominaba un odio de clase apasionado, pero confuso en extremo, contra sus explotadores, en todos los lugares en que actuaba el elemento obrero revolucionario se apoderó de la dirección un puñado de abogados, doctores, literatos, empleados, etc., bajo el mando personal de Bakunin. Todos ellos eran miembros iniciados en distinto grado en los misterios de la Alianza secreta bakuninista, cuyo objetivo era someter a su dirección todo el movimiento obrero europeo y, de este modo, conseguir la dominación de la secta bakuninista en la futura revolución social. En el folleto *Un complot contra la Internacional* (Brunswick, Edit. Bracke)[99] se exponen en detalle datos más exactos sobre esta cuestión.

Mientras el movimiento entre los obreros se hallaba aún en estado embrionario, eso se conseguía a las mil maravillas. Las furiosas frases revolucionarias bakuninistas despertaban por doquier los deseados aplausos; incluso los elementos surgidos de los anteriores movimientos político-revolucionarios eran arrastrados por este torrente; a la par con España, Italia se convirtió, según palabras del propio Bakunin, en "el país más revolucionario de Europa"[100]. Revolucionario en

el sentido de que había mucho ruido y pocas nueces. En oposición a la lucha, en esencia política, gracias a la cual creció y se fortaleció el movimiento obrero inglés, después el francés y, por último, el alemán, aquí se condenó toda actividad política por llevar implícita el reconocimiento del "Estado" y ser el "Estado" la encarnación de todo mal. En resumen: se prohíbe la fundación del *partido* obrero; se prohíbe la lucha en pro de toda medida de defensa contra la explotación —por ejemplo, en pro de la jornada de trabajo normal, de la limitación del trabajo femenino e infantil—, y, lo que es principal, se prohíbe la participación en todas las *elecciones*. Y a cambio de eso se pide agitación, organización y conspiración con vistas a la revolución futura, la cual, en cuanto caiga del cielo, deberá realizarse sin ningún gobierno provisional, con la destrucción total de todas las instituciones del Estado o semejantes a ellas, por medio únicamente de la iniciativa de las masas (dirigida en secreto por la Alianza)... "¡Pero no preguntéis cómo!"[101]

Mientras el movimiento se encontró, como decíamos antes, en la edad pueril, todo eso salía muy bien. La inmensa mayoría de las ciudades italianas se encuentra todavía, en cierto grado, al margen de las relaciones mundiales, que conocen en una sola forma: las visitas de extranjeros. Estas ciudades abastecen a los campesinos de los alrededores con objetos de fabricación artesana y hacen de intermediarias en la venta de productos agrícolas a mayor escala; además, en ellas vive la nobleza propietaria de tierras, que se come allí sus rentas; por último, multitud de extranjeros llevan allí su dinero. En estas ciudades, los elementos oposicionistas no son numerosos, están muy poco desarrollados y, además, se hallan diluidos en grado notable entre personas sin ocupación sistemática o permanente, a lo que contribuyen el trato con los extranjeros y el clima benigno. Aquí encontró antes que en ningún otro sitio un terreno propicio la frase ultrarrevolucionaria, que hablaba al oído del puñal y el veneno. Pero en Italia hay también ciudades industriales, principalmente en el Norte; y en cuanto el movimiento echó raíces entre las masas auténticamente proletarias de *estas* ciudades, semejante bazofia no podía ya satisfacer y *estos* obreros no podían seguir tolerando que hicieran de tutores suyos los

dos jóvenes burgueses que se habían lanzado al socialismo porque, según palabras de Bakunin, "su carrera había entrado en un callejón sin salida".

Y así ocurrió. El descontento de los obreros del Norte de Italia por la prohibición de toda actividad política, es decir, de toda actividad *auténtica* que rebase los límites de la huera charlatanería y de la conspiración, fue aumentando de día en día. La victoria electoral de los alemanes en 1874 y el resultado alcanzado por ellos —la unificación de los socialistas alemanes— fueron conocidos también en Italia. Los elementos salidos del viejo movimiento republicano, que sólo en contra de su voluntad se subordinaban al chillido "anarquista" empezaron a aprovechar la ocasión, con creciente frecuencia, para recalcar la necesidad de la lucha política e hicieron del periódico *La Plebe*[102] el portavoz de la naciente oposición. Este semanario, republicano en sus primeros años, se adhirió poco después al movimiento socialista y se mantuvo lo más lejos posible de todo sectarismo "anarquista". Cuando, por fin, las masas obreras del Norte de Italia aventajaron a sus importunos dirigentes y en vez de un movimiento fantástico crearon un movimiento verdadero, encontraron en *La Plebe* un órgano que publicaba con agrado de cuando en cuando alusiones heréticas a la necesidad de la lucha política.

Si Bakunin hubiera estado vivo, habría arremetido contra esta herejía con su método habitual. Habría atribuido a los colaboradores de *La Plebe* "autoritarismo", ansias de poder, ambición, etc.; habría lanzado contra ellos mezquinas acusaciones personales de todo género y las habría repetido una y otra vez en todos los órganos de la Alianza en Suiza, Italia y España. Sólo en segundo lugar habría señalado que todos esos pecados no eran más que la consecuencia ineluctable del pecado mortal original: el reconocimiento herético de la acción política. Porque, según él la acción política presupone el reconocimiento del Estado, el cual es la encarnación del autoritarismo, de la dominación; y, por consiguiente, cuantos propugnan la acción política de la clase obrera deben tratar consecuentemente de conseguir el poder para sí mismos, por lo que son enemigos de la clase obrera y ¡hay que apedrearlos! Bakunin dominaba a la perfección este

método, copiado de Maximiliano Robespierre, de inefable memoria; pero abusó excesivamente de él y lo empleó de una manera demasiado uniforme. Sin embargo, era el único método que le prometía éxitos, aunque fueran efímeros.

Pero Bakunin murió y la gobernación secreta del mundo pasó a manos del señor James Guillaume, de Neuchâtel (Suiza). El lugar del hombre mundano que había visto de todo fue ocupado por un pedante despiadado, que introdujo en la doctrina de la anarquía el fanatismo del calvinista suizo. Debía ser observada a toda costa la fe verdadera, y tenía que ser reconocido papa de esta fe verdadera, costara lo que costara, el mediocre maestro de escuela de Neuchâtel. El *Bulletin de la Federation jurassienne*[103] —federación que, como es del dominio público, no llegaba a 200 miembros, frente a los 5.000 de la Asociación Obrera Suiza— fue proclamado órgano gubernamental de la secta y empezó simplemente a "reprender" a los vacilantes de la fe. Pero los obreros lombardos, organizados en la Federación de la Alta Italia, no estaban ya dispuestos a escuchar estos sermones. Y cuando el "boletín jurasiano" se permitió el otoño pasado *ordenar* simplemente al periódico *La Plebe* que destituyera a su corresponsal en París, indeseable para el señor Guillaume, se acabó la amistad. El boletín siguió acusando de herejía a *La Plebe* y a los italianos del Norte. Mas éstos sabían ya de qué se trataba; sabían que tras la prédica de la anarquía y de la autonomía se ocultaba la aspiración de unos cuantos intrigantes de mandar dictatorialmente en todo el movimiento obrero.

"Cuatro pequeños e inocentes renglones en una nota a pie de página han tocado en lo vivo al "boletín jurasiano" y quiere hacer creer que estábamos enfurecidos con él, cuando la realidad es que sólo nos ha *divertido*. En efecto, sería pueril picar en el anzuelo de quienes llaman con envidia morbosa a todas las puertas y, recurriendo a la calumnia, mendigan aunque sólo sea una gota de cólera contra nosotros y nuestros amigos. — La mano que actúa desde hace mucho, *sembrando disputas y discordias*, es conocida demasiado bien para que sus intrigas jesuíticas (loyolanas) puedan engañar aún a alguien" (*La Plebe*, 21 de enero de 1877).

Y en el número del 26 de febrero, esos mismos hombres son definidos como "algunas mentes limitadas *anarquistas* y, al mismo tiempo —¡monstruosa contradicción!— *dictato-*

riales". Esta es la mejor demostración de que en Milán han comprendido perfectamente a estos señores y que allí no pueden ya causar más infortunios.

Las elecciones alemanas del 10 de enero y el viraje, vinculado a ellas, en el movimiento belga —el abandono de la anterior política abstencionista y su sustitución con la agitación en favor del sufragio universal y de la legislación fabril— han hecho el resto. Los días 17 y 18 de febrero se ha celebrado en Milán un Congreso de la Federación de la Alta Italia, que en sus resoluciones se abstiene de toda hostilidad, inoportuna e innecesaria, contra los grupos bakuninistas de miembros italianos de la Internacional. En las resoluciones se expresa incluso la disposición a participar en el Congreso convocado en Bruselas, que deberá tratar de unir las distintas fracciones del movimiento obrero europeo. Pero, al mismo tiempo, formulan con extraordinaria exactitud tres puntos que tienen importancia decisiva para el movimiento italiano:

1) que para asegurar el éxito del movimiento deben emplearse *todos* los medios posibles, es decir, también los políticos;

2) que los obreros socialistas deben constituirse en *partido* socialista, independiente de todo otro partido político o religioso, y

3) que la Federación de la Alta Italia, conservando su autonomía y sobre la base de los Estatutos *provisionales*, de la Internacional, se considera miembro de esta gran Asociación, *independiente* de todas las demás asociaciones italianas, a las que, sin embargo, seguirá dando pruebas de su solidaridad.

En resumen: lucha política, organización del partido político y ruptura con los anarquistas. Con estas resoluciones, la Federación de la Alta Italia se ha separado definitivamente de la secta bakuninista y se ha asentado en el terreno común del gran movimiento obrero europeo. Y como comprende la parte de Italia más desarrollada en el aspecto industrial —Lombardía, Piamonte, Venecia—, sus éxitos no se harán esperar mucho. Ante el empleo de esos medios sensatos de agitación, comprobados con la experiencia de otros países, la verborrea de los curanderos anarquistas patentizará muy pronto su impotencia, y el proletariado italiano se sacudirá no tardando, también en el Sur del país, el yugo de unos hombres que deducen su vocación de dirigentes del movimiento obrero de su propia situación de burgueses arruinados.

Escrito por F. Engels entre el 6 y el 14 de marzo de 1877. Publicado en el N° 32 del periódico "Vorwärts" el 16 de marzo de 1877.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico. Traducido del alemán.

F. Engels

Del artículo
"LOS OBREROS EUROPEOS EN 1877"

II

Por grande que fuera el efecto causado por las elecciones alemanas en el propio país, fue mucho más fuerte en el extranjero[104]. En primer lugar, restableció en el movimiento obrero europeo la armonía perturbada durante los seis años últimos por las pretensiones de una secta pequeña, pero activa en extremo.

Nuestros lectores que hayan seguido la historia de la Asociación Internacional de los Trabajadores recordarán que, inmediatamente después de la caída de la Comuna de París, surgieron disensiones en el seno de la gran organización obrera, que en el Congreso de La Haya de 1872 condujeron a una franca escisión y, más tarde, a la desintegración. El culpable de las disensiones fue un ruso, Bakunin con sus adeptos, que sin reparar en medios trataron de implantar su supremacía en una organización en la que constituían sólo una minoría insignificante. Su principal medio patentado fue la oposición por principio a *toda* acción política de la clase obrera; y fueron tan lejos en este terreno que, a sus ojos, la participación en las elecciones significaba cometer una traición a los intereses del proletariado. No admitían ningún otro medio de acción que no fuera la revolución directa y violenta. Después de Suiza, donde arraigaron en primer lugar estos "anarquistas", como se llamaban, extendieron su actividad a Italia y España, donde, en efecto, dominaron algún tiempo en el movimiento de la clase obrera. Dentro de la "Internacional" encontraron cierto apoyo en los belgas, los cuales se declaraban también, aunque por otros motivos.

a favor de la abstención política. Después de la escisión, los bakuninistas conservaron una apariencia de organización y celebraron congresos, en los que unas dos docenas de hombres, siempre los mismos, pretendían representar a la clase obrera de toda Europa y proclamaban en nombre de ella sus propios dogmas. Pero las elecciones alemanas de 1874 y el gran provecho que reportó al movimiento alemán la presencia de nueve de sus más activos miembros en el Parlamento sembraron ya elementos de duda en los medios "anarquistas". En el curso de los acontecimientos políticos en España, el movimiento fue reprimido y desapareció casi sin dejar rastro. En Suiza, el partido que se pronunciaba a favor de la acción política, y que actuaba mano a mano con los alemanes, se fortaleció de día en día y superó pronto numéricamente al puñado de anarquistas en la proporción de 300 a 1. En Italia, después del intento pueril de "revolución social" (Bolonia, 1874)[105], en el que los "anarquistas" se revelaron no en el mejor sentido, tanto en lo que se refiere a inteligencia como a valentía, los elementos verdaderamente obreros empezaron a buscar medios de acción más racionales. En Bélgica, el movimiento entró en un callejón sin salida como consecuencia de la política abstencionista de sus líderes, que privó a la clase obrera de todo campo de acción real. En efecto, mientras que la acción política de los alemanes les llevó de éxito en éxito, la clase obrera de los países en los que la consigna de abstención estuvo a la orden del día sufrió derrota tras derrota, hasta que se hartó de un movimiento que no daba ningún resultado; sus organizaciones fueron dadas al olvido y sus órganos de prensa desaparecieron uno tras otro. La parte más sensata de estos obreros no pudo dejar de ver semejante contraste. En Italia, lo mismo que en Bélgica, se produjo una rebelión contra la doctrina "anarquista" y abstencionista, y los hombres empezaron a preguntarse y a preguntar a los demás por qué debían, en aras de un estúpido dogmatismo, dejar de emplear los medios de acción que habían demostrado ser los más eficaces. Tal era el estado de cosas cuando la gran victoria electoral de los alemanes puso fin a todas las dudas y superó todas las vacilaciones. Ante hecho tan tozudo era imposible toda resistencia. Italia y Bélgica se declararon a favor de la acción

política. Los restos de los abstencionistas italianos intentaron desesperadamente una nueva insurrección en Nápoles[106]; unos treinta anarquistas proclamaron la "revolución social", pero la policía se encargó de ellos con rapidez. Todo lo que consiguieron fue la completa bancarrota de su movimiento sectario en Italia. De este modo, la organización anarquista, que aspiraba a dirigir el movimiento de la clase obrera de un confín de Europa a otro, se vio reducida de nuevo a su núcleo original, a unos doscientos hombres del distrito del Jura, en Suiza, que desde su aislado refugio montañoso siguen protestando contra la victoriosa herejía del resto del mundo y conservando la verdadera ortodoxia que les ha legado el emperador Bakunin, ya fallecido. Y cuando en septiembre del año pasado se celebró en Gante (Bélgica) el Congreso Socialista Universal —Congreso que ellos mismos habían convocado—, se encontraron en insignificante minoría cara a cara con los delegados de la gran organización unida y unánime de la clase obrera europea. El Congreso, tras rechazar enérgicamente sus ridículas doctrinas e insolentes pretensiones y patentizar que repudiaba solamente a una pequeña secta, dio muestras al final de una generosa tolerancia para con ellos.

Así, al cabo de cuatro años de lucha intestina, se ha restablecido por completo la unidad de acción de la clase obrera europea, y los acontecimientos han confirmado plenamente la política proclamada por la mayoría del último Congreso de la Internacional. Ahora vuelve a existir la base sobre la cual pueden actuar de nuevo juntos y con decisión, los obreros de los diferentes países europeos, prestándose el apoyo mutuo que constituye la fuerza principal del movimiento. La existencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores se ha hecho imposible. . .* que impedían a los trabajadores de estos países ingresar en semejante agrupación internacional. Los gobiernos podrían dejar de preocuparse con este motivo. El movimiento de la clase obrera ha rebasado no sólo la necesidad, sino incluso la posibilidad de una unión formal de este tipo. Pero la gran organización

* En el texto inglés del artículo faltan una o dos líneas. *(N. de la Edit.)*

proletaria, además de haber cumplido plenamente su tarea, sigue viviendo más poderosa que nunca en la agrupación, mucho más fuerte aún, de unidad y solidaridad, en la comunidad de acción y de política que anima hoy a la clase obrera de toda Europa y constituye su propia y grandiosa conquista. Entre los obreros de los distintos países, e incluso de cada país, existe gran variedad de puntos de vista; pero no hay ya sectas, no existen ya pretensiones de ortodoxia dogmática y de supremacía doctrinaria; lo que sí existe es un plan común de acción, trazado originalmente por la Internacional y reconocido hoy por todos, porque ha surgido en todas partes, de manera consciente o espontánea, de la lucha, de las necesidades del movimiento; este plan, que se adapta libremente a las distintas condiciones de cada nación y de cada localidad y conserva, sin embargo, por doquier sus rasgos fundamentales, asegura la unidad de objetivos y la congruencia general de los medios empleados para alcanzar el fin común: la emancipación de la clase obrera por la propia clase obrera.

III

En el artículo precedente hemos señalado ya los principales hechos de interés relacionados con la historia del movimiento de la clase obrera en Italia, España, Suiza y Bélgica. Sin embargo, es necesario hablar de algo más.

En España, el movimiento se extendió con rapidez entre 1868 y 1872, cuando la Internacional podía vanagloriarse de tener allí más de 30.000 miembros cotizantes. Pero todo eso era más aparente que real, era más bien resultado de la excitación momentánea originada por la inestabilidad de la situación política del país que por el verdadero progreso intelectual. Al mezclarse en el levantamiento cantonalista (republicano-federalista) de 1873*, la Internacional española fue aplastada junto con él. Durante algún tiempo siguió existiendo como una sociedad secreta, cuyo núcleo se ha conservado, sin duda, hasta hoy. Ahora bien, por cuanto esta sociedad no ha dado nunca señales de vida, salvo el envío de

* Véase la presente recopilación, págs. 109-131. *(N. de la Edit.)*

tres delegados al Congreso de Gante[107], debemos llegar involuntariamente a la conclusión de que estos tres delegados representan a la clase obrera española en la misma medida, aproximadamente, en que los tres sastres de Tooley-street representaron en su tiempo al pueblo de Inglaterra[108]. Y podemos predecir sin temor a equivocarnos que en cuanto una convulsión política cualquiera brinde la posibilidad a los obreros españoles de desempeñar nuevamente un papel activo, la nueva lucha no será iniciada por esos charlatanes "anarquistas", sino por la pequeña organización de obreros conscientes y enérgicos que en 1872 permanecieron fieles a la Internacional[109] y que hoy esperan su momento, en vez de jugar a las conspiraciones secretas.

En Portugal, el movimiento ha estado siempre libre del contagio "anarquista" y se ha desarrollado sobre la misma base racional que en la mayoría de los demás países. Los obreros portugueses tenían numerosas secciones de la Internacional y organizaciones sindicales. En enero de 1877 celebraron con gran éxito un Congreso y empezaron a publicar un excelente semanario: *O Protesto* ("La Protesta")[110]. No obstante, también se vieron maniatados por la legislación enfilada contra ellos, que restringía la libertad de prensa y el derecho de asociación y de reunión. Pese a todo, continúan luchando y ahora celebran en Oporto un nuevo Congreso, que les brindará la oportunidad de demostrar al mundo que la clase obrera de Portugal hace su aportación a la gran lucha universal por la emancipación del trabajo.

Los obreros de Italia ven asimismo obstaculizada su acción en gran medida por la legislación burguesa. Numerosas leyes especiales, promulgadas con el pretexto de suprimir el bandidaje y las organizaciones secretas de bandoleros, extendidas en el país —leyes que conceden al gobierno inmensos poderes arbitrarios—, son aplicadas sin el menor escrúpulo a las asociaciones obreras; sus miembros más destacados están sujetos, igual que los bandidos, a la vigilancia policíaca y a la deportación sin formación de causa. De todos modos, el movimiento avanza y el mejor síntoma de su vitalidad es que el centro de gravedad se ha desplazado de las ciudades venerables, pero semimuertas, de Romaña a las ciudades industriales y fabriles del Norte, cambio que ha asegurado el

predominio de los auténticos elementos obreros sobre el puñado de "anarquistas" de origen burgués infiltrados en el movimiento, que detentaban antes la dirección. Los clubs obreros y los sindicatos, clausurados y disueltos constantemente por el gobierno, resurgen con nuevos nombres. La prensa proletaria, a pesar de que muchos de sus órganos tienen una vida efímera a causa de las persecuciones, las multas y las condenas de cárcel dictadas contra sus editores, después de cada derrota vuelve a restablecerse y, a despecho de todos los obstáculos, cuenta con varios periódicos de existencia relativamente duradera. Algunos de estos órganos, la mayor parte de publicación efímera, predican aún doctrinas "anarquistas"; pero esta fracción ha renunciado a las pretensiones de dirigir el movimiento y se extingue gradualmente junto con el partido republicano burgués de Mazzini. Y cada pulgada perdida por ambas facciones es una pulgada conquistada por el movimiento auténtico y consciente de la clase obrera.

En Bélgica, el centro de gravedad de la acción de la clase obrera se ha desplazado también, debido a lo cual la propia acción ha experimentado un cambio sustancial. Hasta 1875, este centro se hallaba en la parte del país de habla francesa, incluida la Bruselas semifrancesa y semiflamenca. Durante dicho período, el movimiento estaba muy influenciado por las doctrinas proudhonistas, que prescribían igualmente la abstención en política y, de manera especial, la no participación en las elecciones. Quedaban, por tanto, sólo las huelgas, reprimidas de ordinario con la sangrienta intervención de las tropas, y los mítines, en los que se repetía sin cesar la vieja colección de frases. Los obreros se hartaron de eso y todo el movimiento fue paralizándose paulatinamente. Pero a partir de 1875 se sumaron al combate las ciudades fabriles de la parte flamenca del país, que sostuvieron la lucha con mayor entusiasmo y, como se demostró muy pronto, con un nuevo espíritu. En Bélgica no existen leyes fabriles que limiten las horas de trabajo de las mujeres o de los niños; y la primera reivindicación de los electores de Gante y de sus alrededores fue la protección de sus esposas y sus hijos, obligados a trabajar como esclavos en las hilanderías durante quince horas e incluso más. La oposición de

los doctrinarios proudhonistas, que consideraban semejantes minucias indignas de la atención de los hombres dedicados al revolucionarismo quimérico, resultó inútil y fue vencida gradualmente. La demanda de protección legal del trabajo infantil en las fábricas pasó a ser uno de los puntos de la plataforma de la clase obrera belga; junto con ello, perdieron toda su fuerza los exorcismos mágicos que imponían un tabú a la acción política. El ejemplo de los alemanes hizo lo demás, y los obreros belgas, como los de Alemania, Suiza, Dinamarca, Portugal, Hungría, Austria y parte de Italia se constituyen hoy en partido político, distinto y opuesto a todos los demás partidos políticos, que se señala como fin conquistar la emancipación de los obreros por medio de cualquier acción política que requieran las condiciones del momento.

La gran masa de obreros suizos —la parte de ellos que habla en alemán— se unió hace algunos años en la "Confederación Obrera", que a fines de 1876 contaba en sus filas con 5.000 miembros cotizantes. A la par con ella existía otra organización, la "Sociedad Grütli", formada al principio por radicales burgueses para difundir el radicalismo entre los obreros y los campesinos; pero las ideas socialdemócratas penetraron poco a poco en esta asociación, muy extendida, y acabaron por apoderarse de ella. En 1877, ambas sociedades formaron una alianza, casi equivalente a la fusión, con el propósito de organizar un partido político obrero suizo; y actuaron con tal energía que hicieron aprobar, en referéndum nacional, la nueva Ley Fabril Suiza, la más favorable para los obreros entre todas las existentes. Ahora organizan una atenta vigilancia para asegurar su debida ejecución a pesar del descontento, vivamente manifestado, de los fabricantes. Por cierto, los "anarquistas", con su punto de vista archirrevolucionario, se opusieron furiosamente a toda esta actividad, denunciándola como una traición flagrante a lo que ellos llaman "Revolución". Pero por cuanto su número no pasa, como máximo, de 200 y sólo representan, igual que en todas partes, un Estado Mayor de oficiales sin ejército, su labor no desempeña ningún papel.

El programa del partido obrero suizo coincide casi por entero con el del partido alemán, incluso coincide demasiado, conteniendo también algunos de sus pasajes imperfectos y confusos. Pero las fórmulas del programa no tienen de por sí gran importancia si el espíritu dominante en el movimiento es justo.

Los obreros daneses emprendieron la lucha alrededor de 1870 y al principio conquistaron éxitos muy rápidos. En alianza con el partido de los pequeños campesinos propietarios, entre los que divulgaron con éxito sus opiniones, alcanzaron una influencia política tan considerable que la "izquierda unida", cuyo núcleo era este partido campesino, conservó durante varios años la mayoría en el Parlamento. Pero en este rápido crecimiento del movimiento había más apariencia exterior que solidez verdadera. Un buen día se descubrió que dos de sus líderes habían desaparecido con el dinero recaudado entre los obreros para necesidades del partido. El escándalo provocado por este hecho fue grande en extremo, y el movimiento danés no se ha repuesto todavía de las consecuencias de esta desilusión. Sea como fuere, a pesar de que el partido obrero danés procede ahora con mayor discreción que antes, existe todo fundamento para suponer que su perdida dominación efímera y aparente sobre las masas será sustituida de manera gradual por una influencia más real y más duradera.

En Austria y Hungría, la clase obrera se ve obligada a luchar con las mayores dificultades. La libertad política, en lo que concierne a la prensa, las reuniones y las asociaciones, ha sido reducida al más bajo nivel que corresponde a una monarquía seudoconstitucional. El código, que se distingue por una elasticidad inaudita, permite al gobierno conseguir condenas incluso en los casos de más tímida expresión de las reivindicaciones e intereses de la clase obrera. Y, no obstante, el movimiento se desarrolla allí, como en todas partes, de manera incontenible. Los centros principales son los distritos industriales de Bohemia, Viena y Budapest. Los periódicos obreros se publican en alemán, checo y húngaro. Desde Hungría, el movimiento se ha extendido a Servia, donde hasta la guerra se editaba un semanario en servio[111]; pero en cuanto estalló la guerra, el periódico fue simplemente suspendido.

Por consiguiente, en toda Europa, se mire adonde se mire, el movimiento obrero progresa, no sólo con éxito y

rapidez, sino, lo que es más importante aún, con el mismo espíritu en todas partes. Se ha restablecido la completa armonía y, junto con ella, se organiza la ligazón constante y regular, por unos u otros medios, entre los obreros de los diferentes países. Los hombres que en 1864 fundaron la Asociación Internacional de los Trabajadores; que mantuvieron en alto su bandera durante los años de lucha, primero contra los enemigos externos y después contra los internos, hasta que la necesidad política condujo, en mayor grado aún que las discordias intestinas, a la escisión y al aparente repliegue, estos hombres pueden ahora proclamar con orgullo: "La Internacional cumplió su misión; alcanzó plenamente su gran objetivo: ¡la unión del proletariado del mundo entero en la lucha contra sus opresores!".

Escrito por F. Engels entre mediados de febrero y mediados de marzo de 1878.
Publicado en el periódico "The Labor Standard" (New York) los días 3, 10, 17, 24, y 31 de marzo de 1878.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico.
Traducido del inglés.

F. Engels

Del folleto "DEL SOCIALISMO UTOPICO AL SOCIALISMO CIENTIFICO"

III

. . . El modo capitalista de producción, al convertir más y más en proletarios a la inmensa mayoría de los individuos de cada país, crea la fuerza que, si no quiere perecer, está obligada a hacer esa revolución. Y, al forzar cada vez más la conversión en propiedad del Estado de los grandes medios socializados de producción, señala ya por sí mismo el camino por el que esa revolución ha de producirse. *El proletariado toma en sus manos el poder del Estado y comienza por convertir los medios de producción en propiedad del Estado.* Pero con este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado, y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clases, y con ello mismo, el Estado como tal. La sociedad, que se había movido hasta el presente entre antagonismos de clase, ha necesitado del Estado, o sea de una organización de la correspondiente clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción, y, por tanto, particularmente, para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre o el vasallaje y el trabajo asalariado), determinadas por el modo de producción existente. El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo social visible; pero lo era sólo como Estado de la clase que en su época representaba a toda la sociedad: en la antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media, el de la nobleza feudal; en nuestros tiempos es el de la burguesía. Cuando el Estado se convierte finalmente en representante efectivo de toda la sociedad será por sí mismo su-

perfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener sometida; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y los excesos resultantes de esto, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión que es el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad: la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad, es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y cesará por sí misma. El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será "abolido"; se *extingue*. Partiendo de esto es como hay que juzgar el valor de esa frase del "Estado popular libre" en lo que toca a su justificación provisional como consigna de agitación y en lo que se refiere a su falta de fundamento científico. Partiendo de esto es también como debe ser considerada la exigencia de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana...

III. *Revolución proletaria,* solución de las contradicciones: el proletariado toma el poder político, y, por medio de él, convierte en propiedad pública los medios sociales de producción, que se le escapan de las manos a la burguesía. Con este acto, redime a los medios de producción de la condición de capital que hasta allí tenían y da a su carácter social plena libertad para imponerse. A partir de ahora, es ya posible una producción social con arreglo a un plan trazado de antemano. El desarrollo de la producción convierte en un anacronismo la subsistencia de diversas clases sociales. A medida que desaparece la anarquía de la producción social, va languideciendo también la autoridad política del Estado. Los hombres, dueños por fin de su propia existencia social, se convierten en dueños de la naturaleza, en dueños de sí mismos, en hombres libres.

La realización de este acto que redimirá al mundo, es la misión histórica del proletariado moderno. Y el socialismo

científico, expresión teórica del movimiento proletario, es el llamado a investigar las condiciones históricas y, con ello, la naturaleza misma de este acto, infundiendo de este modo a la clase llamada a hacer esta revolución, a la clase hoy oprimida, la conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción.

Escrito por F. Engels de enero de 1880 a la primera mitad de marzo del mismo año.
Publicado en los números 3, 4 y 5 de la revista "La revue socialiste", los días 20 de marzo, 20 de abril y 5 de mayo de 1880 y como folleto aparte en francés:
F. Engels. "Socialisme utopique et socialisme scientifique", Paris, 1880.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición francesa de 1880, cotejada con la edición alemana de 1891.
Traducido del alemán.

ENGELS A JUAN FELIPE BECKER

GINEBRA

Londres, 16 de diciembre de 1882.

...Los anarquistas se suicidan cada año y cada año renacen de entre las cenizas. Y así seguirá ocurriendo hasta que, por fin, se empiece a perseguir en serio el anarquismo. Es la única secta socialista que se puede aniquilar efectivamente por medio de persecuciones. Porque la resurrección constante del anarquismo se basa en que siempre se encuentran advenedizos que buscan una popularidad barata. El anarquismo parece creado especialmente para eso. Pero exponerse al peligro, ¡ni mucho menos! Por eso, las actuales persecusiones de anarquistas en Francia perjudicará a esta banda sólo en el caso de que dichas persecuciones no sean simplemente una apariencia y una trapacería policíaca. En todo caso, las verdaderas víctimas serán los pobres mineros de Montceau[112]. Por otra parte, estoy tan acostumbrado a los payasos anarquistas que me parece completamente natural que esta caricatura burlesca mariposee tras el movimiento verdadero. Son peligrosos nada más que en países como Austria y España, y sólo temporalmente. También el Jura, con su industria relojera y sus casas desperdigadas, es terreno abonado para esta tontería, y tus golpes ahí serán útiles.

Publicado por vez primera en el libro: F. Engels. "Uergessene Briefe (Briefe Friedrich Engels an Johann Philipp Becker)". Berlin, 1920.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del alemán.

Del artículo "CON MOTIVO DE LA MUERTE DE CARLOS MARX"

II

...La muerte de un gran hombre ofrece un magnífico pretexto para que los hombres insignificantes amasen un capital político, literario e incluso en metálico. Citaré solamente unos cuantos ejemplos, que deben ser dados a la publicidad; de otros muchos, que figuran en el ámbito de la correspondencia particular, no merece la pena hablar.

Felipe Van Patten, secretario de la Unión Obrera Central de Nueva York[113], me escribió (el 2 de abril de este año) lo siguiente:

"Con motivo de la reciente manifestación en honor de Carlos Marx, en la que se unieron todas las fracciones para expresar su respeto al pensador fallecido, *Johann Most* y sus amigos declararon a los cuatro vientos que *él*, Most había sido íntimo de Marx, que *él* había divulgado en Alemania su obra *El Capital* y que Marx había aprobado la propaganda hecha por Most. Tenemos un alto juicio del talento y de la actividad de Marx y no podemos creer que simpatizara con el modo de pensar y de obrar anarquista y desorganizador de Most. Por ello, ¿no podríamos conocer su opinión sobre la actitud de Marx ante el problema de anarquía y socialdemocracia? Las habladurías inoportunas y absurdas de Most han provocado ya gran confusión y para nosotros es desagradable en extremo oír decir que una persona de tanta autoridad como Marx aprobaba semejante táctica".

El 18 de abril contesté a esto con la siguiente carta, que traduzco aquí al alemán[114]:

"Mi respuesta a su pregunta del 2 de abril sobre la actitud de Carlos Marx ante los anarquistas en general y ante Johann Most en particular será breve y clara.

A partir de 1845[115], Marx y yo sustentamos la opinión de que *uno* de los resultados finales de la futura revolución proletaria será la extinción gradual de la organización política que lleva el nombre de *Estado*. El objetivo principal de esta organización ha sido siempre asegurar, con ayuda de la fuerza armada, la opresión económica de la mayoría trabajadora por una minoría especialmente privilegiada. Con la desaparición de esta minoría especialmente privilegiada desaparecerá también la necesidad de la fuerza armada de opresión, del poder del Estado. Pero, al mismo tiempo, hemos mantenido siempre la opinión de que para conseguir este objetivo —y otros mucho más importantes— de la revolución socialista, la clase obrera debe conquistar el poder político organizado del Estado y, con su ayuda, aplastar la resistencia de la clase de los capitalistas y organizar la sociedad de una manera nueva. Esto podía leerse ya en el *Manifiesto Comunista*, escrito en 1847, capítulo segundo, parte final.

Los anarquistas plantean todo al revés. Declaran que la revolución proletaria debe *empezar* por suprimir la organización política del Estado. Pero la única organización que el proletariado encuentra ya preparada después de su victoria es precisamente el Estado. Es cierto que este Estado requiere cambios muy considerables antes de que pueda cumplir sus nuevas funciones. Pero destruirlo en tal momento significaría destruir la única arma con que el proletariado victorioso puede utilizar el poder que acaba de conquistar, aplastar a sus enemigos capitalistas y llevar a cabo la revolución económica de la sociedad, sin la cual toda la victoria debería terminar en una nueva derrota y en el asesinato en masa de los obreros, como ocurrió después de la Comuna de París.

¿Es necesario, acaso, que yo declare especialmente que Marx combatió este absurdo anarquista desde el primer día, en cuanto lo expuso Bakunin en la forma actual? Testimonio de ello es toda la historia interior de la Asociación Internacional de los Trabajadores. A partir de 1867, los anarquistas pretendieron con los medios más abyectos apoderarse de la dirección de la Internacional; Marx fue el obstáculo

principal que se alzó en su camino. En el Congreso de La Haya, en septiembre de 1872, la lucha sostenida durante cinco años terminó con la expulsión de los anarquistas de la Internacional; y el hombre que más contribuyó a esta expulsión fue Marx. Nuestro viejo amigo F. A. Sorge, de Hoboken, allí presente como delegado, puede darles a conocer, si lo desean, más detalles.

Ahora, acerca de Johann Most.

Quien afirme que Most, desde que se hizo anarquista, tuvo cualquier relación con Marx o recibió de Marx algún apoyo, o ha sido engañado o miente a sabiendas. Después de aparecer el primer número del *Freiheit*[116] londinense, Most vino a vernos a Marx o a mí una o dos veces, no más. Nosotros tampoco le visitamos ni nos entrevistamos con él de ninguna manera y en ningún sitio, ni siquiera casualmente. En fin de cuentas, dejamos incluso de suscribirnos a su periódico porque en él no había "absolutamente nada". Tratamos su anarquismo y su táctica anarquista con el mismo desprecio con que a los hombres de los que había aprendido una cosa y otra".

Escrito por F. Engels
el 12 de mayo de 1883.
Publicado en el N° 21 del periódico "Der Sozialdemokrat" el 17 de mayo de 1883.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico, cotejado con los manuscritos de la carta.
Traducido del alemán.

F. Engels

De la obra "LUDWIG FEUERBACH Y EL FIN DE LA FILOSOFIA CLASICA ALEMANA"

... Hasta que, por último, vino Stirner, el profeta del anarquismo moderno —Bakunin ha tomado muchísimo de él...

... Stirner siguió siendo una curiosidad, aun después que Bakunin lo amalgamó con Proudhon y bautizó este acoplamiento con el nombre de "anarquismo".

Escrito a comienzos de 1886.
Publicado en los números 4 y 5 de 1886 de la revista "Die Neue Zeit" y en un libro, en Stuttgart, en 1888.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición de 1888.
Traducido del alemán.

F. Engels

DEL PREFACIO A LA SEGUNDA EDICION DEL LIBRO "CONTRIBUCION AL PROBLEMA DE LA VIVIENDA"*

... Para esta nueva edición he revisado el texto, he hecho algunas adiciones, puse algunas notas y rectifiqué en la primera parte un pequeño error económico que, desgraciadamente, el Dr. Mülberger, mi adversario, no había descubierto.

Al hacer esta revisión, me he dado cuenta claramente de los progresos considerables realizados por el movimiento obrero internacional en el curso de los catorce años últimos. En aquel tiempo, era todavía un hecho que "los obreros de los países latinos no tenían otro alimento intelectual, desde hace veinte años, que las obras de Proudhon" y, a lo sumo, el proudhonismo aún más estrecho de Bakunin, el padre del "anarquismo" que veía en Proudhon al "maestro de todos nosotros" (*nôtre maitre à nous tous*"). Aunque los proudhonianos no constituían en Francia más que una pequeña secta entre los obreros, eran, sin embargo, los únicos que tenían un programa concretamente formulado y los únicos que, bajo la Comuna, podían tomar la dirección de los asuntos económicos. En Bélgica, el proudhonismo dominaba sin disputa entre los obreros valones, y en España y en Italia, con pocas excepciones, todo lo que no era anarquista en el movimiento obrero, era decididamente proudhoniano. ¿Y hoy? En Francia, los obreros se han apartado por completo de Proudhon, y éste ya no cuenta con partidarios más que entre los burgueses radicales y los pequeños burgueses, quienes, como proudhonianos, se llaman también "socialistas",

* Véase la presente recopilación, págs. 70-76. *(N. de la Edit.)*

pero son combatidos del modo más violento por los obreros socialistas. En Bélgica, los flamencos han arrebatado a los valones la dirección del movimiento, han rechazado el proudhonismo y han dado mucho empuje al movimiento. En España, como en Italia, la gran oleada anarquista de la década del 70 ha refluido, llevándose los restos del proudhonismo; si en Italia el nuevo partido está todavía por clarificarse y constituirse, en España, el pequeño núcleo, que como Nueva Federación Madrileña había permanecido fiel al Consejo General de la Internacional, se ha desarrollado en un partido poderoso[117]. Este, como se puede juzgar por la misma prensa republicana, está destruyendo la influencia de los republicanos burgueses sobre los obreros con mucha más eficacia que pudieron hacerlo nunca sus predecesores anarquistas, tan alborotadores. En vez de las obras olvidadas de Proudhon, se encuentran hoy en manos de los obreros de los países latinos *El Capital*, el *Manifiesto Comunista* y una serie de otros escritos de la escuela de Marx. Y la demanda más importante de Marx —apropiación de todos los medios de producción, en nombre de la sociedad, por el proletariado elevado a la dirección política exclusiva— se ha convertido hoy, también en los países latinos, en la demanda de toda la clase obrera revolucionaria.

Si el proudhonismo ha sido rechazado definitivamente por los obreros, incluso en los países latinos; si ahora sólo sirve, de acuerdo con su verdadero destino, a la burguesía radical francesa, española, italiana y belga, como expresión de sus veleidades burguesas y pequeñoburguesas, ¿por qué, pues, hoy todavía, volver a él? ¿Por qué combatir otra vez con la reimpresión de estos artículos a un adversario desaparecido?

Primero, porque estos artículos no se limitan a una sencilla polémica contra Proudhon y sus representantes alemanes. A consecuencia de la división del trabajo que existía entre Marx y yo, me ha tocado defender nuestras opiniones en la prensa periódica, lo que, en particular, significaba luchar contra las ideas opuestas, a fin de que Marx tuviera tiempo de acabar su gran obra principal. Esto me condujo a exponer nuestra concepción, en la mayoría de los casos en forma polémica, contraponiéndola a las otras concepciones. Lo mismo aquí. La primera y la tercera parte no solamente contienen una crítica de la concepción proudhoniana del problema, sino también una exposición de la nuestra propia.

En segundo lugar, Proudhon representó en la historia del movimiento obrero europeo un papel demasiado importante para que haya podido caer sin más ni más en el olvido. Teóricamente refutado y prácticamente excluido, conserva todavía su interés histórico. Quien se dedique con cierto detalle al estudio del socialismo moderno, debe también conocer los "puntos de vista superados" del movimiento. La *Miseria de la Filosofía*, de Marx, se publicó varios años antes de que Proudhon hubiera expuesto sus proyectos prácticos de reforma social; entonces, Marx podía solamente descubrir en germen y criticar el Banco de Cambio de Proudhon. En este aspecto, su libro será completado por el mío, aunque, por desgracia, de un modo harto insuficiente. Marx lo hubiera hecho mucho mejor y de una manera más convincente.

Por último, aun hoy día el socialismo burgués y pequeño burgués está poderosamente representado en Alemania. De una parte, por los socialistas de cátedra[118] y por filántropos de toda clase, entre los cuales el deseo de transformar a los obreros en propietarios de sus viviendas desempeña todavía un papel importante; contra ellos mi trabajo sigue, pues, siendo oportuno. Por otra parte, se encuentra representado en el partido socialdemócrata mismo, comprendida la fracción del Reichstag, cierto socialismo pequeñoburgués. Y esto en tal forma que, a pesar de reconocer la exactitud de los conceptos fundamentales del socialismo moderno y de la demanda de que todos los medios de producción sean transformados en propiedad social, se declara que su realización es solamente posible en un futuro lejano, prácticamente imprevisible. Así, pues, por ahora se limitan a simples remiendos sociales, y hasta pueden, según las circunstancias, simpatizar con las aspiraciones más reaccionarias que pretenden "elevar a las clases laboriosas". La existencia de tal orientación es completamente inevitable en Alemania, país pequeñoburgués por excelencia, y sobre todo en una época en la cual el desarrollo industrial desarraiga por la violencia y en gran escala a esta pequeña burguesía tan profundamente arrai-

gada desde tiempos inmemoriales. Esto tampoco presenta el menor peligro para el movimiento, gracias al admirable sentido común de nuestros obreros, del que tan brillantes pruebas dieron precisamente en el transcurso de los ocho años últimos, en la lucha contra la ley antisocialista[119], contra la policía y contra los magistrados. Pero es indispensable saber claramente que tal orientación existe. Y si, como es necesario y hasta deseable, esta orientación llega más tarde a tomar una forma más sólida y contornos más precisos, deberá entonces volverse hacia sus predecesores para formular su programa, y no podrá prescindir de Proudhon.

Escrito por F. Engels el 10 de enero de 1887. Publicado en los números 3 y 4 del periódico "Der Sozialdemokrat" los días 15 y 22 de enero de 1887 y en el libro: F. Engels. "Zur Wohnungsfrage". Hottingen-Zürich. 1887.

Se publica de acuerdo con el texto del libro. Traducido del alemán.

ENGELS A MAX HILDEBRAND

BERLIN

Londres, 22 de octubre de 1889.

... Durante los últimos tiempos de mi estancia en Berlín me entrevistaba con Stirner más de tarde en tarde; es probable que ya entonces empezara a desarrollarse en él esa mentalidad que le llevó más tarde a su obra fundamental. Cuando se publicó su libro[120], nuestros caminos se habían separado ya mucho; los dos años que pasé en Manchester[121] influyeron sobre mí. Cuando después, en Bruselas[122], Marx y yo sentimos la necesidad de ajustar las cuentas a los epígonos de la escuela hegeliana, nos ocupamos también, entre otras cosas, de la crítica a Stirner: esta crítica, por su volumen, no es inferior al libro criticado. El manuscrito, jamás publicado[123], continúa en mi poder, si no lo han roído los ratones.

El renacimiento de Stirner se ha visto facilitado por Bakunin, el cual, dicho sea de pasada, también se encontraba entonces en Berlín y en las conferencias de Werder sobre Lógica estaba sentado, con otros cuatro o cinco rusos, en un banco delante de mí (1841-1842). La anarquía inofensiva, puramente etimológica (es decir, la ausencia de poder del Estado), de Proudhon jamás habría conducido a las doctrinas actuales del anarquismo si Bakunin no hubiera insuflado en ella una buena parte de la "rebelión" stirneriana[124]. Como consecuencia de ello, los anarquistas se convirtieron también en completos "Unicos", hasta tal punto únicos que entre ellos es imposible encontrar dos capaces de convivir en buena armonía.

Publicado por vez primera, en ruso, en el N° 6 de la revista "Pod Známenem Marksizma" 1927.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del alemán.

F. Engels

Del artículo "EL CONGRESO DE BRUSELAS Y LA SITUACION EN EUROPA"

(De una carta a P. Lafargue)

Londres, 2 de septiembre de 1891.

EL CONGRESO DE BRUSELAS

Tenemos todo fundamento para estar satisfechos del Congreso de Bruselas[125].

El Congreso ha hecho bien en votar la expulsión de los anarquistas: con ello ha terminado la vieja Internacional, con ello comienza la nueva. Es la confirmación pura y simple, diecinueve años después, de las resoluciones del Congreso de La Haya.

No menos importante ha sido la puerta abierta de par en par a las Tradeuniones inglesas. La medida prueba cuánto se ha comprendido la situación. Y los votos que han vinculado las Tradeuniones a "la lucha de clases y a la abolición del salariado" muestran que eso no ha sido una concesión por nuestra parte.

El incidente Domela Nieuwenhuys ha demostrado que los obreros europeos han dejado atrás definitivamente el período de dominación de la frase sonora y que tienen conciencia de las responsabilidades que les incumben: ser una clase constituida en partido de "lucha," en partido que tiene en cuenta los "hechos". Y los hechos toman un giro cada día más revolucionario.

Publicado en el N° 51 del periódico "Le Socialiste" el 12 de septiembre de 1891.

Se publica de acuerdo con el texto del periódico. Traducido del francés.

ENGELS A PABLO IGLESIAS

MADRID

(Borrador) Londres, 26 de marzo de 1894.

. . . En cuanto a los anarquistas, no están, quizá, lejos de acabar consigo mismos. Esta fiebre violenta, esta salva de atentados, insensatos y, en última instancia, pagados y provocados por la policía, no puede dejar de abrir los ojos hasta a los burgueses sobre la naturaleza de esa propaganda de locos y de agentes provocadores[126]. Incluso la burguesía considerará a la larga que es absurdo pagar a la policía —y a través de la policía a los anarquistas— para que hagan saltar por los aires a los mismos burgueses que les pagan. Y si ahora corremos el riesgo de sufrir, también nosotros, la reacción burguesa, ganaremos a la larga, pues esta vez conseguiremos demostrar a todos que entre nosotros y los anarquistas hay todo un abismo. . .

Publicado por vez primera en la primera edición en ruso de las "Obras" de C. Marx y F. Engels, t. XXIX, 1946.

Se publica de acuerdo con el texto del manuscrito. Traducido del francés.

V. I. LENIN

ANARQUISMO Y SOCIALISMO

Tesis:

1) El anarquismo en 35-40 años (Bakunin y *la Internacional* 1866) de existencia (y con Stirner muchos más años) no ha dado nada, excepto frases generales contra *la explotación.*

Estas frases están en uso desde hace más de 2.000 años. Falta (α) concepción de *las causas* de la explotación; (β) concepción *del desarrollo* de la sociedad, que conduce al socialismo; (γ) concepción de *la lucha de clases* como fuerza creadora de la realización del socialismo.

2) Concepción de *las causas* de la explotación. La propiedad *privada* como base de la economía *mercantil.* La propiedad social de los medios de producción. *Nil** en el anarquismo.

El anarquismo es *el individualismo* burgués vuelto del revés. El individualismo como base de toda la concepción del mundo del anarquismo.

{ Defensa de la pequeña propiedad y de *la pequeña hacienda* en la tierra.
*Keine Majorität***.
Negación de la fuerza unificadora y organizadora del poder. }

---

* *Nihil:* nada. *(N. de la Edit.)*

** Ninguna mayoría (es decir, negación por los anarquistas de la subordinación de la minoría a la mayoría). *(N. de la Edit.)*

3) Incomprensión del desarrollo de la sociedad —papel de la gran producción— transformación del capitalismo en socialismo.

(El anarquismo es fruto de *la desesperación*. Es la sicología del intelectual o del desclasado desequilibrado, pero no del proletario.)

4) Incomprensión de la lucha *de clase* del proletariado. Negación absurda de la política en la sociedad burguesa. Incomprensión del papel de la organización y de la educación de los obreros.

Panacea compuesta de medios unilaterales, sin conexión.

5) ¿Qué ha dado el anarquismo, dominante en otros tiempos en los países latinos, en la historia contemporánea de Europa?

— Ninguna doctrina, ninguna enseñanza revolucionaria, ninguna teoría.

— Fraccionamiento del movimiento obrero.

— *Fiasco* completo en las experiencias del movimiento revolucionario (el proudhonismo* en 1871, el bakuninismo** en 1873).

— Subordinación de la clase obrera a la política *burguesa* bajo la apariencia de negación de la política.

Escrito en 1901.
Publicado por vez primera en 1836, en el N° 7 de la revista "Proletárskaya Revolutsiia".

*"Obras Completas", ed. en ruso***, t. 5, págs. 377-378.*

* Véase la presente recopilación, págs. 71-72. *(N. de la Edit.)*
** Véase la presente recopilación, págs. 175-176. *(N. de la Edit.)*
*** En lo sucesivo, al final de cada obra de V. I. Lenin se indican, a la derecha, el tomo y las páginas correspondientes de esta edición *(N. de la Edit.)*

DEL INFORME SOBRE LA PARTICIPACION DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN EL GOBIERNO PROVISIONAL REVOLUCIONARIO, PRONUNCIADO EN EL III CONGRESO DEL POSDR EL 18 DE ABRIL (1 DE MAYO) DE 1905

... ¿Quizá pueda encontrarse en las obras de Marx y Engels respuesta a la pregunta, no sobre la situación concreta de Rusia, sino sobre los principios generales de la lucha revolucionaria del proletariado? *Iskra*[127], por lo menos, ha planteado una cuestión general de este tipo.

En el N° 93 dice: "El mejor camino para la organización del proletariado en un partido de oposición al Estado democrático burgués es el del desarrollo de la revolución burguesa *desde abajo* mediante la presión del proletariado sobre la democracia que se encuentra en el poder". *Iskra* dice: "*Uperiod* quiere que la presión del proletariado sobre la revolución (?) no sea sólo desde abajo, que no sea únicamente desde la calle, sino también desde arriba, desde los aposentos del Gobierno Provisional". Esta fórmula es exacta; *Uperiod*[128] quiere eso, efectivamente. Nos encontramos, en efecto, ante una cuestión general de principios: ¿es admisible la acción revolucionaria desde abajo o también desde arriba? En las obras de Marx y Engels se puede encontrar respuesta a esta cuestión general.

Me refiero al interesante artículo de Engels *Los bakuninistas en acción** (1873). Engels describe brevemente la revolución española de 1873, cuando el país se vio abarcado por el levantamiento de los intransigentes, es decir, de los republicanos extremistas. Engels subraya que entonces no podía ni hablarse de la emancipación inmediata de la clase obrera.

* Véase la presente recopilación, págs. 109-131. *(N. de la Edit.)*

La tarea consistía en hacer que el proletariado recorriera más de prisa las etapas previas que preparan la revolución social, en eliminar los obstáculos que se alzan en su camino. La República brindaba la oportunidad de alcanzar ese objetivo. La clase obrera española podía aprovechar esa oportunidad sólo participando activamente en la revolución. Mas la influencia de los bakuninistas y, por cierto, su idea de la huelga general —criticada por Engels con gran exactitud— dificultaba entonces semejante participación. Engels describe, entre otros, los acontecimientos en la ciudad de Alcoy, con 30.000 habitantes. El proletariado quedó dueño de la situación. ¿Y qué hizo entonces? En contra de los principios del bakuninismo, tuvo que participar en un gobierno provisional revolucionario. "Los bakuninistas —dice Engels— habían venido predicando durante muchos años que toda acción revolucionaria de arriba abajo era perniciosa y que todo debía organizarse y llevarse a cabo de abajo arriba".

He ahí, pues, cómo respondía Engels a la cuestión general planteada por *Iskra* sobre "desde arriba y desde abajo". *El principio de "Iskra" —"sólo desde abajo y en modo alguno desde arriba"— es un principio anarquista.* Y al sacar conclusiones de los acontecimientos de la revolución española, Engels dice que los bakuninistas "pisotearon el principio que acababan de proclamar ellos mismos, principio según el cual la instauración de un gobierno revolucionario no es más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera" (como quiere hacernos creer ahora Plejánov), "instalándose cómodamente en las juntas gubernamentales de las distintas ciudades, y, además, casi siempre como una minoría impotente, paralizada y políticamente explotada por los burgueses". *Así, pues, lo único que no le gusta a Engels es que los bakuninistas estuvieran en minoría, y no que se instalasen allí.* Al final del folleto, Engels dice que el ejemplo de los bakuninistas muestra "cómo no debe hacerse una revolución".

Publicado en 1905 en el libro "Tercer Congreso Ordinario del POSDR. Actas taquigráficas completas". Ginebra, Edic. del CC.

T. 10, págs. 135-137.

Del folleto "ACERCA DEL GOBIERNO PROVISIONAL REVOLUCIONARIO"

ARTICULO SEGUNDO

¿SOLO DESDE ABAJO O DESDE ABAJO Y DESDE ARRIBA?

En el artículo anterior, al analizar la referencia histórica de Plejánov, hacíamos ver que éste saca sin fundamento alguno conclusiones generales y de principio apoyándose en unas palabras de Marx que se refieren por completo y exclusivamente a la situación concreta de Alemania en 1850. Esta situación concreta explica perfectamente el motivo de que Marx no plantease ni pudiera plantear entonces el problema de la participación de la Liga de los Comunistas en un gobierno provisional revolucionario. Ahora pasaremos a examinar el problema general y de principio de si esa participación es admisible.

Lo primero de todo, hace falta plantear exactamente el problema objeto de la controversia. Afortunadamente, en este sentido podemos aprovechar una de las fórmulas dadas por nuestros contradictores, para evitar así las disputas acerca del fondo del asunto. En el N° 93 de *Iskra* se dice: "El mejor camino para esa organización (para la organización del proletariado en un partido de oposición al Estado democrático-burgués) es el del desarrollo de la revolución burguesa *desde abajo* (la cursiva es de *Iskra*), mediante la presión del proletariado sobre la democracia que se encuentra en el poder". Y más adelante, refiriéndose a *Uperiod*, añade que éste "quiere que la presión del proletariado sobre la revolución no sea sólo "desde abajo", que no sea únicamente desde la calle, sino también desde arriba, desde los aposentos del Gobierno Provisional".

Por tanto, el problema está planteado claramente. *Iskra* quiere la presión desde abajo; *Uperiod* la quiere "no sólo desde abajo, sino también desde arriba". La presión desde abajo es la que los ciudadanos ejercen sobre el Gobierno revolucionario. La presión desde arriba es la que el gobierno revolucionario ejerce sobre los ciudadanos. Los unos *limitan* su actividad a la presión desde abajo. Los otros no se muestran conformes con tal limitación y piden que la presión desde abajo *se complemente* con la presión desde arriba. La discusión se concentra, pues, en la interrogante que nosotros hemos tomado como título: ¿sólo desde abajo o desde abajo y desde arriba? Desde el punto de vista de los principios, dicen los unos, para el proletariado no es admisible que, en la época de la revolución democrática, se ejerza presión desde arriba, "desde los aposentos del Gobierno Provisional". Desde el punto de vista de los principios, dicen los otros, no puede admitirse que, en la época de la revolución democrática, el proletariado renuncie incondicionalmente a la presión desde arriba, a la participación en el Gobierno Provisional revolucionario. No se trata, pues, de si, en una coyuntura concreta, atendida una determinada correlación de fuerzas, es probable y realizable la presión desde arriba. No, nosotros no examinamos ahora en absoluto ninguna situación concreta, y, atendidos los repetidos intentos de suplantar un problema en litigio por otro, pedimos encarecidamente al lector que lo tenga en cuenta. Ante nosotros figura el problema general de principio de si *es admisible* el paso de la presión desde abajo a la presión desde arriba en la época de la revolución democrática.

A fin de aclarar el problema, acudiremos lo primero de todo a la historia de las opiniones tácticas de los fundadores del socialismo científico. ¿Hay en esta historia alguna discusión acerca del problema general de si es admisible la presión desde arriba? Sí que la hay. De motivo para ella sirvió la insurrección española del verano de 1873. Engels analizó las lecciones que el proletariado socialista debía extraer de este levantamiento en el artículo *Los bakuninistas en acción**, publicado en 1873 en el periódico socialdemócrata alemán *Volksstaat* y reimpreso en 1894 en el folleto *Internationales aus dem Volksstaat**. Veamos las conclusiones generales a que Engels llegaba.

* Véase la presente recopilación, págs. 109-131. *(N. de la Edit.)*

El 9 de febrero de 1873, el rey de España, Amadeo, abdicó. "Fue el primer rey huelguista", ironiza Engels. El 12 de febrero fue proclamada la República. Inmediatamente, estalló en las Provincias Vascongadas un nuevo levantamiento carlista. El 10 de abril fue elegida una Asamblea Constituyente, que el 8 de junio proclamó la República federal. El 11 de junio se constituyó un nuevo ministerio bajo la presidencia de Pi y Margall. Los republicanos extremistas, los llamados intransigentes, no fueron incluidos en la comisión encargada de redactar el proyecto de la nueva Constitución. Y cuando el 3 de julio la nueva Constitución fue proclamada, los intransigentes organizaron alzamientos. Del 5 al 11 de julio triunfaron en Sevilla, Granada, Alcoy, Valencia y otros puntos. El gobierno de Salmerón, formado después de la dimisión de Pi y Margall, lanzó la fuerza militar contra las provincias insurreccionadas. El levantamiento fue vencido tras una resistencia más o menos tenaz: Cádiz cayó el 26 de julio de 1873, Cartagena, el 11 de enero de 1874. Tales son, resumidos, los datos cronológicos que Engels cita antes de su exposición.

Al analizar las lecciones del acontecimiento, Engels subraya en primer lugar que la lucha por la República no era ni podía ser en España lucha por la revolución socialista. "España —dice él— es un país muy atrasado industrialmente y, por lo tanto, no puede hablarse aún de una emancipación *inmediata* y completa de la clase obrera. Antes de esto, España tiene que pasar por varias etapas previas de desarrollo y quitar de en medio toda una serie de obstáculos. La República brindaba la ocasión para acortar en lo posible estas etapas y para barrer rápidamente estos obstáculos: Pero esta ocasión sólo podía aprovecharse mediante la intervención *política* activa de la clase obrera española. La masa obrera lo sentía así; en todas partes presionaba para que se interviniese en los acontecimientos, para que se aprovechase

* "Temas internacionales del "Estado del Pueblo"" *(N. de la Edit.)*.

la ocasión de actuar en vez de dejar a las clases poseedoras el campo libre para la acción y para las intrigas, como se había hecho hasta entonces".

Así, pues, se trataba de luchar por la República, de una revolución democrática, y no de una revolución socialista. El problema de la intervención de los obreros en los acontecimientos se planteaba entonces de dos formas: por un lado, los bakuninistas (o "aliancistas", fundadores de la "Alianza" para la lucha contra la "Internacional" marxista) negaban la actuación política, la participación en las elecciones, etc. Por otro lado, eran contrarios a sumarse a una revolución que no persiguiese la emancipación completa e inmediata de la clase obrera, eran contrarios a participar en el gobierno revolucionario. Y este último aspecto de la cuestión es lo que para nosotros ofrece interés particular desde el punto de vista del problema que debatimos. Este aspecto de la cuestión es lo que, entre otras cosas, dio motivo para formular la diferencia de *principios* entre las dos consignas tácticas.

"Los bakuninistas —dice Engels— habían venido predicando durante muchos años que *toda acción revolucionaria de arriba abajo era perniciosa y que todo debía organizarse y llevarse a cabo de abajo arriba*".

Así, pues, el principio "Sólo desde abajo" es un principio *anarquista.*

Engels señala el gran absurdo que significa este principio en la época de la revolución democrática. De él se desprende, como algo natural e inevitable, la conclusión práctica de que la instauración de gobiernos revolucionarios es una traición a la clase obrera. Y a esa conclusión llegaron precisamente los bakuninistas, al proclamar en calidad de principio que "*la instauración de un gobierno revolucionario no es más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera*".

Según ve el lector, ante nosotros tenemos precisamente los dos "principios" hasta los cuales ha descendido también la nueva *Iskra,* o sea: 1) únicamente se puede admitir la acción revolucionaria desde abajo, en contraposición a la táctica de "desde abajo y desde arriba"; 2) la participación en el Gobierno Provisional revolucionario es una traición a la clase obrera. Estos dos principios de la nueva *Iskra* son

principios anarquistas. El curso real de la lucha por la República en España demostró precisamente todo lo absurdo y reaccionario de ambos principios.

Engels lo hace ver así en los distintos episodios de la revolución española. Por ejemplo, estalla la revolución en Alcoy, que era una ciudad fabril de reciente creación, con una población de 30.000 habitantes. La insurrección de los obreros vence, a pesar de que la dirigen los bakuninistas, que por principio rehuyen la idea de organizar la revolución. Pasadas las cosas, los bakuninistas se alabaron de que habían quedado "dueños de la situación". Veamos qué hicieron de su "situación" los tales "dueños", dice Engels. Lo primero de todo formaron en Alcoy un "Comité de Salud Pública", es decir, un gobierno revolucionario. Y eso lo hacían los aliancistas (bakuninistas), los mismos que en su Congreso del 15 de septiembre de 1872, sólo diez meses antes de la revolución, habían acordado: "toda organización de un poder político, del poder llamado provisional o revolucionario no puede ser más que un nuevo engaño y resultaría tan peligrosa para el proletariado como todos los gobiernos que existen actualmente". En vez de refutar estas frases anarquistas, Engels se limitó a la observación sarcástica de que precisamente los partidarios de la resolución hubieron de "formar parte de ese Gobierno Provisional revolucionario" de Alcoy. Engels censura a estos señores, con el desprecio que se merecen, el que, al verse en el poder, demostraran "la más completa confusión, la más completa inactividad, la más completa ineptitud". Con ese mismo desprecio hubiera respondido Engels a las acusaciones de "jacobinismo", a las que tan aficionados son los girondinos de la socialdemocracia. Según él hace ver, en algunas otras ciudades, por ejemplo, en Sanlúcar de Barrameda (puerto de 26.000 habitantes cerca de Cádiz), "los aliancistas, en contra de sus principios anarquistas, instituyeron un gobierno revolucionario" reprochándoles que "no supieron por dónde empezar a servirse de su poder". Engels, muy al corriente de que los jefes bakuninistas de los obreros habían figurado en los gobiernos provisionales *junto a los intransigentes,* es decir, junto a los republicanos representantes de la pequeña burguesía, no reprocha a los bakuninistas su participación en el gobierno (como

correspondería según los "principios" de la nueva *Iskra*), sino *la falta de organización, la falta de energía en la participación*, el haberse subordinado a la dirección de los señores republicanos burgueses. El demoledor sarcasmo con que Engels habría colmado a las gentes que en una época de revolución quitan importancia a la dirección "técnica" y militar, nos lo indican, entre otras cosas, sus reproches a los jefes bakuninistas de los obreros en el sentido de que, habiendo entrado en el gobierno revolucionario, dejaron la "dirección política y *militar*" a los señores republicanos burgueses, mientras ellos se dedicaban a alimentar a los obreros con tópicos brillantes y con proyectos de reformas "sociales" que sólo existían sobre el papel.

Como auténtico jacobino de la socialdemocracia, Engels no sólo sabía calibrar la importancia de la acción desde arriba, no sólo admitía plenamente la participación en el gobierno revolucionario junto a la burguesía republicana, sino que *reclamaba* esta participación y la enérgica iniciativa militar del poder revolucionario. Además, se consideraba obligado a dar consejos *militares* acerca de la dirección *práctica*.

"No obstante —dice—, esta insurrección, aunque iniciada de un modo descabellado, tenía aún grandes perspectivas de éxito *si se la hubiera dirigido con un poco de inteligencia**, siquiera hubiese sido al modo de los pronunciamientos militares españoles, en que la guarnición de una plaza se subleva, va sobre la plaza más cercana, arrastra consigo a su guarnición, preparada de antemano, y, creciendo como un alud, avanza sobre la capital, hasta que una batalla afortunada o el paso a su campo de las tropas enviadas contra ella decida el triunfo. Tal método era especialmente adecuado en esta ocasión. Los insurrectos se hallaban organizados en todas partes desde hacía mucho tiempo en batallones de voluntarios, cuya disciplina era, a decir verdad, pésima, pero no peor, seguramente, que la de los restos del antiguo ejército español, descompuesto en su mayor parte. La única

* *Wäre er nur mit einigem Verstand geleitet worden.* ¡Pobre Engels! ¡Lástima que no llegase a conocer la nueva *Iskra*! ¡Entonces habría sabido el carácter funesto, pernicioso, utópico y burgués, la estrechez técnica y conspirativa de la idea "jacobina" de la *dirección (geleitet worden)* de la insurrección!

fuerza de confianza de que disponía el gobierno era la Guardia Civil, y ésta se hallaba desperdigada por todo el país. Ante todo había que impedir la concentración de los guardias civiles y, para ello, no existía más recurso que tomar la ofensiva y aventurarse a campo abierto; la cosa no era muy arriesgada, pues el gobierno sólo podía oponer a los voluntarios tropas tan indisciplinadas como ellos mismos. Y, si se quería vencer, no había otro camino".

¡Así es cómo razonaba un fundador del socialismo científico cuando tuvo ocasión de tratar de las tareas de la insurrección y de la lucha directa en una época de estallido revolucionario! A pesar de que la insurrección la iniciaron los republicanos pequeñoburgueses; a pesar de que para el proletariado no se planteaba el problema ni de la revolución socialista ni de la libertad política imprescindible y elemental, Engels tuvo palabras apasionadas de gran alabanza para la activísima participación de los obreros en la lucha por la República, exigiendo de los jefes del proletariado que subordinasen toda su actuación a los imperativos de la victoria en la lucha iniciada; Engels, personalmente, como uno de los jefes del proletariado, se ocupó incluso de los detalles de la organización militar, sin desdeñar, puesto que eran necesarios para el triunfo, ni los caducos modos de lucha de los pronunciamientos militares y poniendo en el vértice de todo la ofensiva y la centralización de las fuerzas revolucionarias. Sus reproches más amargos son para los bakuninistas por haber elevado a la categoría de principio "lo que en la guerra campesina alemana y en las insurrecciones alemanas de mayo de 1849 había sido un mal inevitable—*la atomización y el aislamiento de las fuerzas revolucionarias*, que permitió a unas y las mismas tropas del gobierno ir aplastando un alzamiento tras otro". Las ideas de Engels sobre la dirección de la insurrección, sobre la organización de la revolución, sobre la utilización del poder revolucionario se diferencian como el cielo de la tierra de las ideas seguidistas que sustenta la nueva *Iskra*.

Haciendo un balance de las enseñanzas de la revolución española, Engels señala ante todo que "en cuanto se enfrentaron con una situación revolucionaria seria, los bakuninistas se vieron obligados a echar por la borda todo el programa

que hasta entonces habían mantenido". Concretamente: en primer lugar, hubo que echar por la borda el principio del apoliticismo, de la abstención en las elecciones, el principio de la "abolición del Estado". En segundo lugar, "abandonaron su principio de que los obreros no debían participar en ninguna revolución que no persiguiese la inmediata y completa emancipación del proletariado, y participaron en un movimiento cuyo carácter puramente burgués era evidente". En tercer lugar —y esta conclusión da respuesta precisamente al problema objeto de nuestra polémica—, "pisotearon el principio que acababan de proclamar ellos mismos, principio según el cual la instauración de un gobierno revolucionario no es más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera, instalándose cómodamente en las juntas gubernamentales de las distintas ciudades, y además casi siempre como una minoría impotente, neutralizada y políticamente explotada por los burgueses". Con su incapacidad para dirigir la insurrección, al dispersar las fuerzas revolucionarias en lugar de centralizarlas, al ceder la dirección de la revolución a los señores burgueses, al disolver la sólida y fuerte organización de la Internacional, "los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de cómo *no* debe hacerse una revolución".

* * *

Resumiendo lo anterior, llegamos a las siguientes conclusiones:

1) Reducir por principio la acción revolucionaria a la presión desde abajo y renunciar a la presión desde arriba también es *anarquismo*.

2) Quien no comprenda las nuevas tareas en una época de revolución, las tareas de la acción desde arriba, quien no sepa determinar las condiciones y el programa de tal acción, no tiene idea de las tareas del proletariado en cualquier revolución democrática.

3) El principio de que la socialdemocracia no debe participar con la burguesía en un gobierno provisional revolucionario, que toda participación de esa índole es una traición a la clase obrera, es un principio del *anarquismo*.

4) Toda "situación revolucionaria seria" plantea ante el partido del proletariado la tarea de la *dirección* consciente de la revolución, de la organización de la revolución, de la centralización de todas las fuerzas revolucionarias, de la arrojada ofensiva militar, de la más enérgica utilización del poder revolucionario*.

5) Marx y Engels no habrían podido aprobar ni habrían aprobado jamás la táctica de la nueva *Iskra* en el actual momento revolucionario, pues no es sino una repetición de todos los errores antes enunciados. Marx y Engels hubieran dicho que la posición de principios de la nueva *Iskra* significaba contemplar la espalda del proletariado y repetir las equivocaciones anarquistas**.

Publicado en los números 2 y 3 del periódico "Proletari", el 3 y 9 de junio (21 y 27 de mayo) de 1905.

T. 10, págs. 241-250.

---

* En el manuscrito, después de la palabra "poder", se dice: "El proletariado deberá arrojar por la borda implacablemente a los dirigentes de la clase obrera que no comprendan estas tareas o que las rebajen sistemáticamente. *(N. de la Edit.)*

** En el manuscrito se dice: "vulgaridad anarquista". *(N. de la Edit.)*

Del folleto
"DOS TACTICAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN LA REVOLUCION DEMOCRATICA"

2. ¿QUE NOS DA LA RESOLUCION DEL III CONGRESO DEL POSDR SOBRE EL GOBIERNO PROVISIONAL REVOLUCIONARIO?

...¿Cuál debe ser la posición del proletariado en general con respecto al gobierno provisional revolucionario? La resolución del Congreso contesta a esto, ante todo, con el consejo directo al partido de difundir entre la clase obrera el convencimiento de la necesidad de constituir un gobierno provisional revolucionario. La clase obrera debe tener conciencia de esta necesidad. Mientras que la burguesía "democrática" deja en la sombra la cuestión del derrocamiento del gobierno zarista, nosotros debemos colocarla en primer plano e insistir en la necesidad de un gobierno provisional revolucionario. Es más, debemos indicar el programa de acción de dicho gobierno, programa que corresponda a las condiciones objetivas del momento histórico por que estamos atravesando y a las tareas de la democracia proletaria. Dicho programa es *todo* el programa mínimo de nuestro partido, el programa de las transformaciones políticas y económicas inmediatas, completamente realizables, por una parte, a base de las relaciones económico-sociales actuales, y necesarias, por otra, para dar el paso siguiente, para realizar el socialismo.

Así, pues, la resolución aclara completamente el carácter y el fin del Gobierno Provisional revolucionario. Por su origen y por su carácter fundamental, dicho gobierno debe ser el órgano de la insurrección popular. Por su destino formal, debe ser un instrumento para convocar la Asamblea Constituyente de todo el pueblo. Por el contenido de su actuación, debe realizar el programa mínimo de la democracia proletaria, como único capaz de garantizar los intereses del pueblo alzado contra la autocracia.

Se puede objetar que el gobierno provisional, por ser provisional, no puede realizar un programa positivo no aprobado aún por todo el pueblo. Semejante objeción no sería más que un sofisma de reaccionarios y "autocratófilos". No realizar ningún programa positivo significa tolerar la existencia del régimen feudal de la autocracia podrida. Sólo podría tolerar tal orden de cosas un gobierno de traidores a la causa de lá revolución y no un gobierno que fuera el órgano de la insurrección popular. ¡Sería una burla que alguien propusiese renunciar a la realización práctica de la libertad de reunión hasta que sea reconocida por la Asamblea Constituyente, so pretexto de que la Asamblea Constituyente puede no reconocer la libertad de reunión! Una burla análoga es la objeción contra la aplicación inmediata del programa mínimo por el gobierno provisional revolucionario.

Señalemos por último, que, al fijar como tarea del gobierno provisional revolucionario la aplicación del programa mínimo, la resolución elimina con ello las absurdas ideas semianárquicas sobre la realización inmediata del programa máximo, sobre la conquista del poder para llevar a cabo la revolución socialista. El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y de organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada a la objetiva) hacen imposible la absoluta liberación inmediata de la clase obrera. Sólo la gente más ignorante puede no tomar en consideración el carácter burgués de la revolución democrática que se está desarrollando; sólo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras los fines del socialismo y los procedimientos para realizarlo. Pero todos nosotros estamos persuadidos de que la emancipación de los obreros puede ser obra sólo de los obreros mismos; sin la conciencia y la organización de las masas, sin su preparación y su educación por medio de la lucha de clases abierta contra toda la burguesía, no se puede ni hablar de revolución socialista. Y como contestación a las objeciones anárquicas de que aplazamos la revolución socialista, diremos: no la aplazamos, sino que damos el primer paso hacia

la misma por el único procedimiento posible, por la única senda certera, a saber: por la senda de la república democrática. Quien quiera ir al socialismo por otro camino que no sea el de la democracia política, llegará infaliblemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político. Si en un momento determinado tales o cuales obreros nos preguntan por qué no realizamos nuestro programa máximo, les contestaremos indicándoles cuán ajenas son aún al socialismo las masas del pueblo, impregnadas de espíritu democrático, cuán poco desarrolladas se hallan aún las contradicciones de clase, cuán inorganizados están aún los proletarios. ¡Organizad a centenares de miles de obreros en toda Rusia, difundid entre millones la simpatía hacia vuestro programa! Probad a hacer esto, no limitándoos a frases anárquicas sonoras, pero huecas, y veréis inmediatamente que llevar a cabo esta organización, difundir esta educación socialista depende de la realización más completa posible de las transformaciones democráticas.

Continuemos. Una vez aclarada la significación del gobierno provisional revolucionario y la actitud del proletariado con respecto al mismo, surge la siguiente pregunta: ¿es admisible, y en qué condiciones, nuestra participación en dicho gobierno (acción desde arriba)? ¿Cuál debe ser nuestra acción desde abajo? La resolución da respuestas exactas a estas dos preguntas: declara resueltamente que, en principio, la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario (en la época de la revolución democrática, en la época de la lucha por la república) *es admisible*. Con esta declaración nos separamos irremisiblemente tanto de los anarquistas, que contestan a esta pregunta negativamente en principio, como de los seguidistas de la socialdemocracia (tales como Martínov y los neoiskristas), que nos *intimidaban* con la perspectiva de una situación en la cual dicha participación pudiera resultar indispensable para nosotros. Con esta declaración, el III Congreso del POSDR ha rechazado irremisiblemente la idea de la nueva *Iskra*, según la cual, la participación de los socialdemócratas en el gobierno provisional revolucionario es una variedad de millerandismo[129] y es inadmisible desde el punto de vista de los

principios, por significar una consagración del régimen burgués, etc.

Pero la cuestión de la admisibilidad desde el punto de vista de los principios no resuelve aún, naturalmente, la cuestión de la conveniencia práctica. ¿En qué condiciones es conveniente esa nueva variedad de la lucha, la lucha "desde arriba", aceptada por el Congreso del Partido? Cae de su peso que ahora no es posible hablar de condiciones concretas, tales como la correlación de fuerzas y otras, y la resolución, naturalmente, renuncia a definir previamente dichas condiciones. Ningún hombre razonable se decidirá a pronosticar nada en el momento actual con respecto a la cuestión que nos interesa. Se puede y se debe definir el carácter y los fines de nuestra participación. Es lo que hace la resolución al indicar dos fines de la participación: 1) lucha implacable frente a los intentos contrarrevolucionarios, y 2) defensa de los intereses propios de la clase obrera.

6. ¿DE QUE LADO AMENAZA AL PROLETARIADO EL PELIGRO DE VERSE CON LAS MANOS ATADAS EN LA LUCHA CONTRA LA BURGUESIA INCONSECUENTE?

Los marxistas están absolutamnte convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Esto significa que las transformaciones democráticas en el régimen político y las transformaciones económico-sociales, que se han convertido en una necesidad para Rusia, no sólo no implican de por sí el socavamiento del capitalismo, el socavamiento de la dominación de la burguesía, sino que, por el contrario, desbrozarán por primera vez el terreno como es debido para un desarrollo vasto y rápido, europeo y no asiático, del capitalismo; por primera vez harán posible la dominación de la burguesía como clase. Los socialistas revolucionarios[130] no pueden comprender esta idea porque desconocen el abecé de las leyes de desarrollo de la producción mercantil y capitalista, no ven que aun el éxito completo de la insurrección campesina, aun la redistribución de toda la tierra en interés de los campesinos y de acuerdo con sus

deseos ("reparto negro" o algo en este sentido) no destruiría ni en un ápice al capitalismo, sino que, al contrario, daría un impulso a su desenvolvimiento y aceleraría la diferenciación de clase de los campesinos mismos. La incomprensión de esta verdad convierte a los socialistas revolucionarios en ideólogos inconscientes de la pequeña burguesía. Insistir sobre esta verdad tiene para la socialdemocracia una importancia inmensa, no sólo en teoría, sino también en política práctica, pues de aquí se desprende el carácter obligatorio de la independencia completa de clase del partido del proletariado en el presente movimiento "democrático general".

Pero de esto no se desprende, ni mucho menos, que la revolución *democrática* (burguesa por su contenido económico-social) no represente un interés *enorme* para el proletariado. De esto no se desprende, ni mucho menos, que la revolución democrática no se pueda producir, tanto en forma ventajosa sobre todo para el gran capitalista, para el magnate financiero, para el terrateniente "ilustrado", como en forma ventajosa para el campesino y para el obrero.

Los neoiskristas interpretan de un modo radicalmente erróneo el sentido y la significación de la categoría "revolución burguesa". En sus razonamientos se desliza constantemente la idea de que la revolución burguesa es una revolución que puede dar únicamente lo que beneficia a la burguesía. Y, sin embargo, no hay nada más erróneo que esta idea. La revolución burguesa es una revolución que no va más allá del marco del régimen económico-social burgués, esto es, capitalista. La revolución burguesa expresa las necesidades del desarrollo del capitalismo no sólo sin destruir sus bases, sino, al contrario, ensanchándolas y profundizándolas. Esta revolución expresa, por tanto, no sólo los intereses de la clase obrera, sino también los de toda la burguesía. Por cuanto la dominación de la burguesía sobre la clase obrera es inevitable bajo el capitalismo, se puede decir con pleno derecho que la revolución burguesa expresa los intereses no tanto del proletariado como de la burguesía. Pero es completamente absurda la idea de que la revolución burguesa no expresa en lo más mínimo los intereses del proletariado. Esta idea absurda se reduce, bien a la ancestral teoría populista de que la revolución burguesa se halla en pugna con

los intereses del proletariado, de que no tenemos necesidad, por este motivo, de libertad política burguesa, o bien esta idea se reduce al anarquismo, el cual niega toda participación del proletariado en la política burguesa, en la revolución burguesa, en el parlamentarismo burgués. Teóricamente, esta idea representa en sí un olvido de las tesis elementales del marxismo, relativas a la inevitabilidad del desarrollo del capitalismo sobre el terreno de la producción mercantil. El marxismo enseña que una sociedad fundada en la producción mercantil y que tiene establecido el cambio con las naciones capitalistas civilizadas, al llegar a un cierto grado de desarrollo, se coloca inevitablemente ella misma en la senda del capitalismo. El marxismo ha roto irremisiblemente con las elucubraciones de los populistas[131] y anarquistas, según las cuales, Rusia, por ejemplo, podría evitar el desarrollo capitalista, saltar del capitalismo o por encima de él por algún medio que no fuese el de la lucha de clases sobre el terreno y en los límites de ese mismo capitalismo...

Escrito en junio-julio de 1905.
Publicado por vez primera como folleto en julio de 1905, en Ginebra, por el CC del POSDR.

T. 11, págs. 14-15, 35-37.

SOCIALISMO Y ANARQUISMO

El Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros acordó ayer, 23 de noviembre, rechazar la petición de los anarquistas de que fueran admitidos representantes suyos en el Comité Ejecutivo y en el Soviet de diputados obreros[132]. Los motivos de este acuerdo han sido expuestos por el propio Comité Ejecutivo del siguiente modo: "1) en toda la práctica internacional, en los congresos y conferencias socialistas no hay representantes de los anarquistas, ya que no reconocen la lucha política como medio de conseguir sus ideales; 2) puede haber representación de un partido, pero los anarquistas no son un partido".

Consideramos que el acuerdo del Comité Ejecutivo es un paso justo en grado sumo, de magna importancia en el aspecto de los principios y de la actividad política práctica. Naturalmente, si se considerara al Soviet de diputados obreros como un parlamento de obreros o como un órgano de autogestión del proletariado, la negativa a admitir a los anarquistas sería una equivocación. Por insignificante que sea (afortunadamente) la influencia de los anarquistas en nuestros medios obreros, sin embargo, cierto número de obreros están, sin duda, a su lado. El que los anarquistas constituyan un partido, o una organización, o un grupo, o una unión libre de correligionarios es una cuestión formal que no tiene gran importancia de principios. Por último, si los anarquistas, que niegan la lucha política, solicitan ellos mismos la entrada en una organización que sostiene esa lucha,

tan escandalosa inconsecuencia muestra una vez más, claro está, toda la inconsistencia de las concepciones y de la táctica de los anarquistas. Pero, como es natural, no se puede excluir de un "parlamento" o de un "órgano de autogestión" por falta de consistencia.

Nos parece que el acuerdo del Comité Ejecutivo es completamente justo y no contradice lo más mínimo las tareas de esta institución, su carácter y su composición. El Soviet de diputados obreros no es un parlamento obrero ni un órgano de autogestión proletaria, no es en general un órgano de autogestión, sino una organización de combate para lograr fines concretos.

De esta organización de combate forman parte, sobre la base de un acuerdo de lucha, temporal y no formalizado, representantes del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (partido del socialismo proletario), del partido de los "socialistas-revolucionarios" (representantes del socialismo pequeñoburgués, o extrema izquierda de la democracia burguesa revolucionaria) y, finalmente, numerosos obreros "sin partido". Estos últimos, sin embargo, no son en general "sin partido", sino sólo revolucionarios no adheridos a ningún partido, pues sus simpatías están por entero con la revolución, por cuya victoria luchan con entusiasmo, energía y abnegación ilimitadas. Por eso, será completamente natural incluir también en el Comité Ejecutivo representantes del campesinado revolucionario.

En el fondo, el Soviet de diputados obreros es una amplia alianza de combate, no formalizada, de socialistas y demócratas revolucionarios; aunque, como es lógico, el "revolucionarismo sin partido" encubre toda una serie de grados de transición entre unos y otros. Es evidente la necesidad de semejante alianza para sostener huelgas políticas y otras formas más activas de lucha por las reivindicaciones democráticas vitales, que reconoce y aprueba la mayoría gigantesca de la población. En esa alianza, los anarquistas no serán un factor positivo, sino negativo; llevarán a ella solamente la desorganización, con lo cual debilitarán la fuerza del embate general; todavía "podrán discutir" acerca de la urgencia e importancia de las transformaciones políticas. La exclusión de los anarquistas de una alianza de combate que

realiza, digámoslo así, nuestra revolución democrática es absolutamente indispensable también desde el punto de vista de los intereses de esta revolución. En la alianza de combate hay lugar únicamente para quienes luchan por el objetivo de esta alianza. Y si, por ejemplo, los "demócratas-constitucionalistas"[133] o el "Partido del Orden Jurídico"[134] reclutaran incluso varios centenares de obreros para sus organizaciones de Petersburgo, no es probable que el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros abriera sus puertas a los representantes de tales organizaciones.

Al explicar su decisión, el Comité Ejecutivo se remite a la práctica de los congresos socialistas internacionales. Aplaudimos calurosamente esta declaración, este reconocimiento de la dirección ideológica de la socialdemocracia internacional por el órgano del Soviet de diputados obreros de Petersburgo. La revolución rusa ha adquirido ya significación internacional. Los enemigos de la revolución en Rusia traman ya conspiraciones con Guillermo II, con todos los oscurantistas, verdugos, espadones y explotadores de Europa contra la Rusia libre. No olvidemos tampoco nosotros que la victoria completa de nuestra revolución requiere la alianza del proletariado revolucionario de Rusia con los obreros socialistas de todos los países.

Los congresos socialistas internacionales no acordaron en vano no admitir en ellos a los anarquistas. Entre el socialismo y el anarquismo media todo un abismo, que en vano intentan declarar inexistente los agentes provocadores de la policía secreta o los lacayos periodísticos de los gobiernos reaccionarios. La concepción del mundo de los anarquistas es la concepción burguesa vuelta del revés. Sus teorías individualistas y su ideal individualista están en oposición directa con el socialismo. Sus opiniones no expresan el futuro del régimen burgués, que marcha con fuerza incontenible hacia la socialización del trabajo, sino el presente e incluso el pasado de ese régimen, el dominio de la ciega casualidad sobre el pequeño productor aislado y solitario. Su táctica, que se reduce a negar la lucha política, desune a los proletarios y los transforma de hecho en participantes pasivos de una u otra política burguesa, pues para los obreros es imposible e irrealizable apartarse de verdad de la política.

En la actual revolución en Rusia se abre camino de manera imperiosa en extremo la tarea de cohesionar las fuerzas del proletariado, de organizarlo, de instruir y educar políticamente a la clase obrera. Cuanto más atrocidades cometa el gobierno ultrarreaccionario, cuanto más celosamente trabajen sus agentes provocadores para atizar las malas pasiones de las masas, cuanto más desesperadamente se aferren los defensores de la autocracia, podrida en vida, a los intentos de desacreditar la revolución mediante la organización de asaltos, pogromos y asesinatos por la espalda, mediante el emborrachamiento de los descamisados; cuanto más ocurra todo eso, tanto más importancia tendrá la tarea de organizar, que recae en primer término sobre el partido del proletariado socialista. Y por eso, emplearemos todos los medios de lucha ideológica para que la influencia de los anarquistas sobre los obreros rusos siga siendo tan insignificante como hasta ahora.

T. 12, págs. 129-132.

Escrito el 24 de noviembre (7 de diciembre) de 1905.
Publicado el 25 de noviembre de 1905 en el N° 21 del periódico "Nóvaya Zhizn".
Firmado: N. Lenin.

Del folleto "LA SOCIALDEMOCRACIA Y LOS PACTOS ELECTORALES"

La socialdemocracia considera el parlamentarismo (la participación en las asambleas representativas) como un medio de ilustración, educación y organización del proletariado en un partido clasista independiente, como uno de los medios de lucha política por la emancipación de los obreros. Este punto de vista marxista diferencia profundamente a la socialdemocracia, por una parte, de la democracia burguesa y, por otra, del anarquismo. Los liberales y radicales burgueses ven en el parlamentarismo el único modo "natural" y normal, el único modo legítimo de gobernar los asuntos del Estado, negando la lucha de clases y el carácter de clase del parlamentarismo actual. La burguesía trata con todas sus fuerzas, por todos los medios y con cualquier pretexto de poner anteojeras a los obreros para que no vean que el parlamentarismo es un instrumento de opresión burguesa, para que no comprendan la significación histórico-condicional del parlamentarismo. Los anarquistas tampoco saben valorar el parlamentarismo en su significación histórico-concreta, renunciando en general a este medio de lucha. Por ello, los socialdemócratas luchan en Rusia resueltamente contra el anarquismo y contra la aspiración de la burguesía de *terminar* la revolución lo más rápidamente posible mediante un arreglo con el viejo poder sobre la base del parlamentarismo. Los socialdemócratas subordinan íntegra y absolutamente su actividad parlamentaria a los intereses generales del movimiento obrero y a las tareas especiales del proletariado en la actual revolución democrática burguesa.

Escrito en la segunda quincena de octubre de 1906.
Publicado en noviembre de 1906 en un folleto en Petersburgo, por la Editorial "Uperiod".

T. 14, págs. 75-76.

DE LOS PROYECTOS DE RESOLUCIONES PARA EL V CONGRESO DEL POSDR

5. SOBRE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS SIN PARTIDO EN RELACION CON LA CORRIENTE ANARCOSINDICALISTA EN EL SENO DEL PROLETARIADO

Considerando:

1) que en el POSDR ha surgido, en relación con la agitación hecha por el camarada Axelrod en pro de un Congreso obrero[135] sin partido, una corriente (Larin, Schegló, El, Ivanovski, Mírov, la edición de Odesa de *Osvobozhdenie Trudá*[136], dirigida a destruir el Partido Obrero Socialdemócrata y a sustituirlo por una organización política del proletariado sin partido;

2) que, a la vez, fuera del partido y directamente contra el partido se realiza entre el proletariado una agitación anarcosindicalista que airea esa misma consigna de un Congreso obrero sin partido y de unas organizaciones independientes del partido *(Soyúznoie Dielo* y su grupo en Moscú, la prensa anarquista de Odesa, etc.);

3) que, a pesar de la resolución de la Conferencia de toda Rusia de noviembre del POSDR[137], se observan una serie de actos desorganizadores en nuestro partido, encaminados a crear organizaciones sin partido;

4) que, por otro lado, el POSDR no ha renunciado nunca a utilizar en momentos de mayor o menor auge revolucionario determinadas organizaciones sin partido, como los Soviets de diputados obreros, para reforzar la influencia de la socialdemocracia en la clase obrera y afianzar el movimiento obrero socialdemócrata (véanse las resoluciones de septiembre del Comité de Petersburgo y del Comité de Moscú sobre el Congreso obrero, en los números 3 y 4 de *Proletari*[138];

5) que sobre la base del auge iniciado surge la posibilidad de organizar o de aprovechar, a los fines del desarrollo de la socialdemocracia, entidades representativas sin partido de la clase obrera, tales como los Soviets de diputados obreros, los Consejos de delegados obreros, etc.; bien entendido que las organizaciones del Partido Socialdemócrata deben tener en cuenta que, con una acertada, firme y amplia organización de la labor socialdemócrata entre las masas del proletariado, semejantes entidades pueden ser de hecho superfluas;

tomando esto en consideración, la asamblea reconoce:

1) que es necesaria la más enérgica lucha de principios contra el movimiento anarcosindicalista en el seno del proletariado y contra las ideas axelrodianas y larinianas en el seno de la socialdemocracia;

2) que es necesaria la lucha más decidida contra todos los intentos desorganizadores y demagógicos, hechos dentro del POSDR con el fin de debilitar la organización del partido o de utilizarla para sustituir la socialdemocracia por organizaciones políticas sin partido del proletariado;

3) que es admisible, en caso de necesidad, la participación de las organizaciones del Partido Socialdemócrata en los Consejos de delegados obreros de distintos partidos, en los Soviets de diputados obreros y en los Congresos de sus representantes, así como también la organización de entidades de este tipo a condición de que esta tarea se plantee desde un punto de vista rigurosamente partidista con el fin de desarrollar y reforzar el Partido Obrero Socialdemócrata;

4) que con el fin de ampliar y acentuar la influencia de la socialdemocracia entre las amplias masas del proletariado es necesario, de un lado, reforzar el trabajo de organización de sindicatos y la propaganda y agitación socialdemócratas dentro de ellos, y, de otro lado, atraer a capas cada vez más amplias de la clase obrera a la participación en todo género de organizaciones del partido.

Escrito del 15 al 18 de febrero (28 de febrero-3 de marzo) de 1907. Publicado en el N° 14 del periódico "Proletari" el 4 de marzo de 1907.

T. 15, págs. 9-11.

CARTA A A. LUNACHARSKI

Querido Anatoli Vasílievich:

He recibido, por fin, su folleto[139]; la primera parte llegó hace bastante tiempo. Esperaba impaciente el final para leerlo completo, pero he dejado de esperar. No ha llegado hasta ahora el tercer suplemento ("Cómo consideraba Marx", etc.) Es lamentable en extremo, pues no teniéndolo todo entero tememos entregárselo al editor para componerlo. Si no han remitido todavía este tercer suplemento, preocúpese, por favor, de enviarlo lo antes posible. El dinero (200 rublos) le ha sido girado; ¿lo ha recibido?

En cuanto al contenido de su folleto, me ha gustado muchísimo, igual que a todo nuestro público. Es una cosa muy interesante y está escrita magníficamente. Una sola observación: muchas imprudencias, por decirlo así, aparentes, es decir, imprudencias con las que especularán todos esos eseristas, mencheviques[140], sindicalistas, etc. Hemos examinado colectivamente si convendría retocarlas o hacer una salvedad en el prólogo. Hemos decidido lo último, pues da lástima retocar; ello significaría violar demasiado la integridad de la exposición.

Por supuesto, el lector concienzudo y atento sabrá comprenderle correctamente, pero, no obstante, debería usted *protegerse especialmente* contra los seudoexégetas, pues sus nombres forman legión. Por ejemplo, a Bebel debemos criticarle, como es natural, y yo no apruebo a Trotski, que nos ha enviado hace poco un escrito lleno de loas a Essen y a la socialdemocracia alemana en general. Está usted en lo justo al señalar que Bebel no tenía razón en Essen ni en cuanto al militarismo ni en cuanto a la política colonial (más

exactamente, en cuanto al carácter de la lucha de los radicales en Stuttgart en torno a este punto[141]). Pero es preciso advertir que se trata de errores de un hombre con el que seguimos el mismo camino y que son corregibles sólo en ese camino, en el camino marxista, socialdemócrata. Pues hay mucha gente entre nosotros (usted, probablemente, no ve sus publicaciones) que se ríen maliciosamente de Bebel *para glorificar* el eserismo, el sindicalismo (a lo Ezerski, Kozlovski, Krichevski —véase *Obrazovanie*[142]—, etc.) y el anarquismo.

A mi juicio, *todos* sus pensamientos pueden y deben ser expuestos siempre de tal modo que la crítica esté dirigida no contra la ortodoxia, no contra los alemanes en general, sino contra *el oportunismo*. Entonces será *imposible* interpretar torcidamente sus palabras. Entonces estará clara la conclusión: el bolchevismo, aprendiendo no sólo de los alemanes sino *en* los alemanes (¡esta demanda de usted es mil veces justa!), sabrá tomar *todo lo vivo* del sindicalismo *para matar el sindicalismo y el oportunismo rusos*. Precisamente a nosotros, los bolcheviques, nos es más fácil y natural hacer eso, pues somos los que más hemos luchado en la revolución contra el cretinismo parlamentario y el oportunismo plejanoviano. Y únicamente nosotros podemos rechazar el sindicalismo —que lleva implícito un embrollo infinito (especialmente peligroso para Rusia)— desde el punto de vista revolucionario, y no desde el punto de vista democonstitucionalista pedante de Plejánov y Cía.

Ha salido el N° 17 de *Proletari* y le ha sido enviado. Ha salido *Zarnitsi*[143], que también se le ha enviado. ¿Los ha recibido? ¿Lee usted *Továrisch*?[144] ¿Qué le parece ahora? ¿No le gustaría recordar otros tiempos y reírse de ellos en verso? Escriba, por favor.

Un fuerte apretón de manos. Suyo

Lenin

Escrita entre el 2 y el 11 de noviembre de 1907. Enviada desde Kuokkala (Finlandia) a Italia. Publicada por vez primera en 1934, en la "Recopilación Leninista XXVI".

T. 47, págs. 114-116.

DEL PROLOGO AL FOLLETO DE VOINOV (A. V. LUNACHARSKI) SOBRE LA ACTITUD DEL PARTIDO ANTE LOS SINDICATOS

...En cuanto a la cuestión de los sindicatos, es necesario subrayar igualmente de manera rotunda que el bolchevismo aplica la táctica de la socialdemocracia revolucionaria en todas las esferas de la lucha, en todos los campos de la actividad. El bolchevismo no se diferencia del menchevismo en que el primero "niegue" el trabajo en los sindicatos o en las cooperativas, etc., sino en que el primero *sigue otra orientación* en la labor de propaganda, de agitación y de organización de la clase obrera. Ahora la actividad dentro de los sindicatos adquiere, sin duda, una enorme importancia. En oposición al neutralismo de los mencheviques, debemos desplegar esta actividad en el espíritu del acercamiento de los sindicatos al Partido, del desarrollo de la conciencia socialista y de la comprensión de las tareas revolucionarias del proletariado. En Europa Occidental, el sindicalismo revolucionario ha sido en muchos países un resultado directo e inevitable del oportunismo, del reformismo y del cretinismo parlamentario[145]. En nuestro país, los primeros pasos de la "actividad de la Duma" han acentuado también en enormes proporciones el oportunismo, han llevado a los mencheviques al servilismo ante los demócratas-constitucionales. Plejánov, por ejemplo, en su trabajo político corriente *se ha fundido* de hecho con los señores Prokopóvich y Kuskova. En 1900 los combatió por su bernsteinianismo[146], por contemplar sólo "la parte trasera" del proletariado ruso (*Vademécum para la Redacción de Rabócheie Dielo*[147], Ginebra, 1900). En 1906-1907, las primeras papeletas electorales arrojaron a Plejánov en brazos de estos señores, que ahora contemplan "la parte trasera" del liberalismo ruso. El sindicalismo tiene

que desarrollarse por fuerza en tierra rusa como una reacción contra esta vergonzosa conducta de "eminentes" socialdemócratas.

Por eso, el camarada Vóinov se atiene con todo acierto a su línea, exhortando a los socialdemócratas rusos a aprender *en* el ejemplo del oportunismo y *en* el ejemplo del sindicalismo. La labor revolucionaria en los sindicatos, el traslado del centro de gravedad de los trucos parlamentarios a la educación del proletariado, a la cohesión de organizaciones puramente de clase y a la lucha extraparlamentaria, la capacidad de utilizar (y la preparación de las masas para que puedan utilizar con fruto) la huelga general, así como las "formas de lucha de diciembre" en la revolución rusa[148], todo esto se plantea con singular fuerza, como tarea de la orientación bolchevique. Y la experiencia de la revolución rusa nos facilita esta tarea en proporciones enormes, nos da valiosísimas indicaciones prácticas, nos brinda un copioso material histórico, que permite aquilatar del modo más concreto los nuevos procedimientos de lucha; la huelga de masas y el empleo de la violencia directa. Estos procedimientos de lucha no son "nuevos", ni mucho menos, para los bolcheviques rusos, para el proletariado ruso. Son "nuevos" para los oportunistas, que en Occidente pretenden a todo trance borrar de la memoria de los obreros la Comuna, y en Rusia, las jornadas de diciembre de 1905. La tarea de mantener vivos estos recuerdos, de estudiar científicamente esta gran experiencia* y de difundir entre las masas las enseñanzas de la misma y la convicción de que es inevitable que se repita esta experiencia en una nueva escala, esta tarea de los socialdemócratas revolucionarios de Rusia abre ante nosotros perspectivas incomparablemente más ricas de contenido que

* Es natural que los demócratas-constitucionalistas estudien ahora con todo celo la historia de ambas Dumas[149]. Es natural que vean un dechado de iniciativa creadora en las bajezas y traiciones del liberalismo a lo Ródichev y a lo Kútler. Es natural que falseen la historia, silenciando sus negociaciones con la reacción, etc. Pero no es natural que los socialdemócratas no estudien con afán la experiencia de octubre a diciembre de 1905, aunque cada jornada de este período tuvo cien veces más importancia para los destinos de todos los pueblos de Rusia y, en particular, de la clase obrera, que las peroratas de Ródichev en la Duma haciendo alarde de "lealtad".

el "antioportunismo" y el "antiparlamentarismo" unilateral de los sindicalistas.

Contra el sindicalismo, como tendencia peculiar, el camarada Vóinov formula cuatro inculpaciones (págs. 19 y siguientes de su folleto), que ponen de manifiesto con todo relieve la falsedad del mismo: 1) "dispersión anárquica en materia de organización"; 2) hipertensión nerviosa de los obreros en lugar de crear una sólida "fortaleza de la organización de clase"; 3) rasgos individualistas pequeñoburgueses del ideal y de la teoría proudhoniana; 4) absurda "aversión a la política".

Hay aquí no pocos rasgos de afinidad con el viejo "economismo"[150] de una parte de los socialdemócratas rusos. Por eso, yo no soy tan optimista como el camarada Vóinov en cuanto a que los economistas que se han pasado al sindicalismo "se reconcilien" con la socialdemocracia revolucionaria. Creo también que están privados por completo de sentido práctico los proyectos del camarada Vóinov relativos a un "Consejo Obrero Central" como super-árbitro, en el que participen los eseristas. Es una amalgama de la "música del futuro" con las formas orgánicas del presente. Pero no temo en absoluto la perspectiva del camarada Vóinov: "subordinación de las organizaciones políticas a la organización social de clase"... "*únicamente cuando* (continúo citando al camarada Vóinov y subrayo las palabras esenciales)... *sean socialistas todos los afiliados a los sindicatos*". El instinto de clase de las masas proletarias ha comenzado *ya* ahora a manifestarse con toda fuerza en Rusia. Ya ahora este instinto de clase proporciona enormes garantías tanto contra la imprecisión pequeñoburguesa de los eseristas como contra el servilismo de los mencheviques ante los demócratas-constitucionalistas. Ya ahora podemos decir sin temor a equivocarnos que la organización *obrera* de masas en Rusia (si se crease, y siempre que se cree por un momento en ocasión de unas elecciones, de huelgas, de manifestaciones, etc.) ha de estar *seguramente* más cerca del bolchevismo, de la socialdemocracia revolucionaria.

T. 16, págs. 188-191.

Escrito en noviembre de 1907.
Publicado por vez primera en 1933 en la "Recopilación Leninista XXV".

Del artículo
"MARXISMO Y REVISIONISMO"

El carácter inevitable del revisionismo está condicionado por sus raíces de clase en la sociedad actual. El revisionismo es un fenómeno internacional. Para ningún socialista un poco enterado y reflexivo puede existir ni la más pequeña duda de que la relación entre los ortodoxos[151] y los bernsteinianos en Alemania, entre los guesdistas[152] y los jauresistas (ahora, en particular, los broussistas) en Francia[153], entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra[154], entre De Brouckère y Vandervelde en Bélgica, los integralistas[155] y los reformistas en Italia, los bolcheviques y los mencheviques en Rusia, es, en todas partes, sustancialmente, una y la misma, pese a la gigantesca diversidad de las condiciones nacionales y de los factores históricos en la situación actual de todos estos países. La "división" en el seno del socialismo internacional contemporáneo se desarrolla ya, ahora, en los diversos países del mundo, esencialmente, en una *misma* línea, lo cual muestra el formidable paso adelante que se ha dado en comparación con lo que ocurría hace 30 ó 40 años, cuando en los diversos países luchaban tendencias heterogéneas dentro del socialismo internacional único. Y ese "revisionismo de izquierda" que se perfila hoy en los países latinos con el nombre de "sindicalismo revolucionario", se adapta también al marxismo "enmendándolo": Labriola en Italia, Lagardelle en Francia apelan a cada paso del Marx mal comprendido al Marx bien comprendido.

No podemos detenernos a examinar aquí el contenido ideológico de *este* revisionismo, que dista mucho de estar tan

desarrollado como el revisionismo oportunista, y que no se ha internacionalizado, que no ha afrontado ni una sola batalla práctica importante con el partido socialista de ningún país. Por eso, nos limitaremos a ese "revisionismo de derecha", que hemos dejado esbozado más arriba.

T. 17, págs. 24-25.

Escrito en la segunda quincena de marzo, no más tarde del 3 (16) de abril de 1908.
Publicado entre el 25 de septiembre y el 2 de octubre (8 y 15 de octubre) de 1908 en la recopilación "Carlos Marx (1818-1883)". S. Petersburgo, Edit. O. y M. Kédrov.
Firmado: Vl. Ilín.

Del artículo
"APRECIACION DE LA REVOLUCION RUSA"

Si Marx, que seis meses antes de la Comuna declaró que la insurrección sería una locura, supo, no obstante, apreciar esa "locura" como el más grandioso movimiento de masas del proletariado del siglo XIX, los socialdemócratas rusos deben con mil veces más razón llevar ahora a las masas la convicción de que la lucha de diciembre fue el movimiento proletario más necesario, más legítimo y más grande después de la Comuna. La clase obrera de Rusia se educará, precisamente, en esos puntos de vista, digan lo que digan y lloren cuanto lloren unos u otros intelectuales en la socialdemocracia.

Quizá sea necesario hacer aquí una advertencia, si tenemos en cuenta que el presente artículo se escribe para los camaradas polacos. Como, por desgracia, no sé polaco, conozco sólo de oídas las condiciones de Polonia. Y podrá objetárseme con facilidad que, precisamente en Polonia, todo un partido (la llamada "prawica" del PSP[156]) se rompió la cerviz en una lucha guerrillera impotente, en el terror y los fuegos de artificio, en aras de las tradiciones insurreccionales y de la lucha conjunta del proletariado y el campesinado. Es muy probable que, desde este punto de vista, las condiciones polacas se diferencien, en efecto, radicalmente de las condiciones del resto de Rusia. No puedo juzgar sobre ello. Debo advertir, sin embargo, que en ningún sitio, a excepción de Polonia, hemos visto un apartamiento tan insensato de la táctica revolucionaria, apartamiento que suscita justa resistencia y lucha. Y en este caso acude por sí mismo este pen-

samiento: ¡pero si precisamente en Polonia no hubo esa lucha armada de masas en diciembre de 1905! ¿Y acaso el hecho de que precisamente en Polonia, y sólo en Polonia, haya prendido la táctica adulterada e insensata del anarquismo, que "hace" la revolución, no se debe a que las condiciones no permitieron desarrollar allí, aunque fuese por breves instantes, la lucha armada de masas? ¿Acaso la tradición precisamente de *esa* lucha, la tradición de la insurrección armada de diciembre, no es a veces el único medio serio para superar las tendencias anarquistas en el seno del partido obrero, no con la moral estereotipada, filistea, pequeñoburguesa, sino pasando de la violencia sin objetivo, absurda y diseminada, a la violencia con un objetivo, de masas, vinculada al amplio movimiento y a la exacerbación de la lucha proletaria directa?

Publicado en abril de 1908 en el N° 2 de la revista "Przeglad Socjaldemokratyczny". Firmado: N. Lenin.
Publicado en ruso en el N° 30 del periódico "Proletari" el 23 (10) de mayo de 1908.

T. 17, págs. 48-50.

Del artículo
"EL MILITARISMO BELICOSO Y LA TACTICA ANTIMILITARISTA DE LA SOCIALDEMOCRACIA"

II

Así, pues, la conexión de principio entre el militarismo y el capitalismo ha sido establecida con firmeza entre los socialistas y en este punto no hay discrepancias. Mas el reconocimiento de esta conexión no determina por sí solo de una manera concreta *la táctica* antimilitarista de los socialistas, no resuelve el problema práctico de cómo luchar contra la carga del militarismo y cómo impedir las guerras. Y es precisamente en las respuestas a estas interrogantes en las que se observa una considerable disparidad de opiniones entre los socialistas. En el Congreso de Stuttgart[157] pudo comprobarse con tangibilidad especial estas discrepancias.

En un polo se hallan los socialdemócratas alemanes del tipo de Vollmar. Puesto que el militarismo es hijo del capitalismo y las guerras son un satélite inexcusable del desarrollo capitalista, razonan, no es necesaria ninguna actividad antimilitarista especial. Así lo ha declarado literalmente Vollmar en el congreso del partido celebrado en Essen. En el problema de la conducta a seguir en caso de declaración de guerra, la mayoría de los socialdemócratas alemanes, con Bebel y Vollmar a la cabeza, mantienen tercamente la posición de que los socialdemócratas deben defender a su patria frente a la agresión, de que están obligados a tomar parte en una guerra "defensiva". Esta tesis condujo a Vollmar a declarar en Stuttgart que "todo el amor a la humanidad no puede impedirnos ser buenos alemanes" y al diputado socialdemócrata Noske a proclamar en el Reichstag que, en caso de guerra contra Alemania, "los socialdemócratas no

se quedaran atrás de los partidos burgueses y se echarán el fusil al hombro". A Noske no le ha faltado más que un paso para decir: "Deseamos que Alemania esté armada lo más posible".

En el otro polo se encuentra un reducido grupo de partidarios de Hervé. El proletariado no tiene patria, razonan los herveístas. Por tanto, todas las guerras se hacen en interés de los capitalistas; por tanto, el proletariado debe luchar contra cada guerra. El proletariado debe responder a toda declaración de guerra con la huelga militar y la insurrección. En esto debe consistir, principalmente, la propaganda antimilitarista. Por eso, Hervé presentó en Stuttgart el siguiente proyecto de resolución: "...El congreso invita a responder *a toda declaración de guerra, parta de donde parta,* con la huelga militar y la insurrección".

Tales son las dos posiciones "extremas" sobre esta cuestión en las filas de los socialistas occidentales. En ellas se reflejan, "como el sol en una gota de agua", las dos enfermedades que siguen perjudicando la actividad del proletariado socialista en Occidente: las tendencias oportunistas, de un lado, y la charlatanería anarquista, de otro.

Ante todo, unas cuantas observaciones acerca del patriotismo. Es cierto que en el *Manifiesto Comunista*[158] se dice que "los proletarios no tienen patria"; es cierto también que la posición de Vollmar, Noske y Cía. "azota el rostro" de esta tesis fundamental del socialismo *internacional.* Mas de esto no se desprende que sea justa la afirmación de Hervé y de sus partidarios de que al proletariado le es indiferente en qué patria vive: en la Alemania monárquica, en la Francia republicana o en la Turquía despótica. La patria, es decir, el medio político, cultural y social dado, es el factor más poderoso en la lucha de clase del proletariado. Y si Vollmar no tiene razón al fijar una actitud "auténticamente alemana" del proletariado ante la "patria", no más razón tiene Hervé con su intolerable posición no crítica con respecto a un factor tan importante de la lucha emancipadora del proletariado. El proletariado no puede permanecer indiferente e insensible ante las condiciones políticas, sociales y culturales de su lucha; por tanto, tampoco pueden serle indiferentes los destinos de su país. Pero los destinos del

país le interesan únicamente *en cuanto* afectan a su lucha de clase, y no en virtud de un "patriotismo" burgués, indecoroso en absoluto en labios de un socialdemócrata.

Más compleja es la otra cuestión: la actitud ante el militarismo y la guerra. A primera vista es evidente que Hervé mezcla de modo intolerable estas dos cuestiones, olvida la relación causal entre la guerra y el capitalismo; si el proletariado adoptase la táctica de Hervé, se condenaría a una labor estéril: utilizaría toda su combatividad (porque se habla de la insurrección) para luchar contra el efecto (la guerra), dejando que siguiese existiendo la causa (el capitalismo).

El método discursivo anarquista se revela aquí en plena medida. Son evidentes la fe ciega en la fuerza milagrosa de toda *action directe*, la captación de esa "acción directa" de la coyuntura político-social general sin el menor análisis de ésta; en una palabra, "la arbitraria comprensión mecánica de los fenómenos sociales", según la expresión de C. Liebknecht.

El plan de Hervé es "muy sencillo": el día en que se declare la guerra, los soldados socialistas desertarán, los reservistas declararán la huelga y se quedarán en casa. Sin embargo, "la huelga de reservistas no es una resistencia pasiva: la clase obrera pasaría rápidamente a la resistencia abierta, a la insurrección, y esta última tendría mayores posibilidades de triunfo definitivo por cuanto el ejército de operaciones se encontraría en las fronteras del país" (G. Hervé. *Leur patrie**).

En eso consiste este "plan auténtico, directo y práctico"; y, seguro de su éxito, Hervé propone que se responda con la huelga militar y la insurrección a toda declaración de guerra.

Como se desprende claramente, no se trata aquí de si el proletariado, cuando lo estime conveniente, puede responder con la huelga y la insurrección a la declaración de guerra. El motivo de la disputa consiste en si debe imponerse al proletariado la obligación de responder con la insurrección a *cada* guerra. Resolver la cuestión en este último sentido significaría privar al proletariado de la posibilidad de elegir el momento del combate decisivo y cedérsela a sus enemigos;

* G. Hervé. *Su patria. (N. de la Edit.)*

no sería el proletariado el que eligiese el momento de la lucha en consonancia con sus intereses, cuando es elevada su conciencia socialista general, fuerte su organización, favorable el pretexto, etc.; no, los gobiernos burgueses podrían provocarle a la insurrección incluso cuando las condiciones para ella fuesen desfavorables, por ejemplo, declarando una guerra singularmente capaz de despertar en las vastas masas populares sentimientos patrióticos y chovinistas, que, de este modo, aislaría al proletariado insurreccionado. Además, no debe perderse de vista que la burguesía —que desde la Alemania monárquica hasta la Francia republicana y la Suiza democrática persigue con tanta saña la labor antimilitarista en tiempo de paz— se lanzaría con terrible furia sobre todo en tiempo de huelga militar en caso de guerra, en el momento de vigencia de las leyes militares, de los estados de guerra, de los tribunales militares de campaña, etc.

Tiene razón Kautsky al decir de la idea de Hervé: "La idea de la huelga militar ha nacido bajo el influjo de "buenos" motivos, es noble y está henchida de heroísmo, pero es una tontería heroica".

El proletariado, si lo considera oportuno y conveniente, puede responder con la huelga militar a la declaración de guerra; entre otros medios para conseguir la revolución social, puede recurrir también a la huelga militar. Mas atarse las manos con esta "receta táctica" no corresponde a sus intereses.

Así respondió, precisamente, a esta cuestión litigiosa el Congreso Internacional de Stuttgart.

Nº 3 de "Proletari",
23 de julio (5 de agosto) de 1908.

T. 17, págs. 188-192.

Del artículo "UNA CARICATURA DEL BOLCHEVISMO"[159]

Punto (a)... "La Duma, como... arreglo... e instrumento de la contrarrevolución"... ¡Exacto!... "únicamente consolida a la autocracia"... Ese "únicamente" es erróneo. La autocracia ha prorrogado su muerte al haber tenido tiempo de organizar esa Duma, pero eso no la consolida, sino que la *descompone*. La Duma es una "cobertura" que bien vale otro "descubrimiento", pues en mil cuestiones revela abiertamente por primera vez la dependencia del zarismo respecto de los sectores contrarrevolucionarios, muestra por primera vez *en grand* la alianza inmanente de Románov y Purishkévich, del zarismo y de la "Unión del Pueblo Ruso"[160], de la autocracia y de los Dubrovin-Iliodórov-Polovniov[161].

Es indudable que la Duma avala los crímenes del zarismo, mas se trata de un aval de determinadas clases en aras de determinados intereses de clase, y la misión de la socialdemocracia consiste, precisamente, en explicar desde la tribuna de la Duma estas verdades aleccionadoras de la lucha de clases.

..."En ocho meses de actividad, la III Duma de Estado ha mostrado que la socialdemocracia no puede utilizarla"...

Ahí está la médula del otzovismo, cuyo error no hacen más que encubrir nuestros "ultimatistas", embrollando el asunto con su ridículo subterfugio: ¡puesto que hemos gastado energías en crear una minoría parlamentaria, no se la puede retirar fácilmente!

La cuestión está planteada con claridad y los subterfugios no ayudarán. ¿Qué han demostrado ocho meses de actividad: la posibilidad o la imposibilidad de utilizar la tribuna de la Duma? La respuesta de los otzovistas es errónea. A pesar de las inmensas dificultades que presenta la labor del partido *sobre* la minoría, esa labor *ha demostrado* de manera indudable *la posibilidad* de utilizar la tribuna de la Duma. Desanimarse con motivo de las dificultades y de los errores es pusilanimidad, significa sustituir la labor proletaria paciente, firme y tenaz por "chillidos" propios de intelectuales. Otros partidos socialistas europeos tropezaron con muchas más dificultades al comienzo de su actividad parlamentaria y cometieron muchos más errores, pero no se desentendieron de la tarea y supieron vencer las dificultades y rectificar los errores.

(b)... "nuestra minoría... ha seguido obstinadamente una táctica oportunista, no ha podido ni puede ser un representante firme y consecuente del proletariado revolucionario"...

Las más grandes verdades pueden ser convertidas en vulgaridades, camaradas otzovistas; las más grandes tareas pueden ser convertidas en una *frase,* y eso es lo que hacéis vosotros. Habéis convertido en una frase la lucha contra el oportunismo, haciendo con ello el juego exclusivamente al oportunismo. Nuestra minoría en la Duma ha cometido y comete errores, pero precisamente la experiencia de su labor demuestra que "ha podido y puede" representar al proletariado de modo firme y consecuente; *ha podido y puede* cuando nosotros, el partido, la orientamos, le ayudamos, le entregamos nuestras mejores fuerzas como dirigentes, confeccionamos directrices y proyectos de discursos, le explicamos el carácter nocivo y funesto de los consejos de la intelectualidad pequeñoburguesa, que *siempre y en todo el mundo*, y no sólo en Rusia, tiene el más fácil acceso a todas las instituciones circumparlamentarias.

Tened la valentía, camaradas, de reconocer que estamos muy lejos aún de haber hecho todo lo necesario para orientar de *verdad* la labor de la minoría, para ayudarla *con hechos*. Tened la valentía de reconocer que *podemos* hacer diez veces más en este terreno si sabemos robustecer nuestras organizaciones, cohesionar nuestro partido, vincularlo más estrechamente a las masas, crear órganos del partido que in-

fluyan de modo permanente sobre los amplios sectores proletarios. A eso están dirigidos nuestros esfuerzos, a eso deben estar dirigidos los esfuerzos de cuantos quieran luchar contra el oportunismo de verdad y no de palabra.

Los otzovistas han convertido en una frase la lucha contra el oportunismo de la minoría, pues se han aprendido de memoria las palabras sin comprender la diferencia que existe entre la crítica anarquista del oportunismo y la socialdemócrata. Tomad a los anarquistas: todos ellos captan cada error de cada parlamento socialdemócrata y gritan que *incluso* Bebel pronunció en tiempos un discurso casi en el espíritu del patriotismo, que adoptó en tiempos una posición errónea en la cuestión del programa agrario, etc., etc. Y es cierto que incluso Bebel cometió errores oportunistas en su carrera parlamentaria. Mas ¿qué conclusión se desprende de eso? Para los anarquistas, la conclusión de que debe retirarse a todos los diputados obreros. Los anarquistas increpan a los parlamentarios socialdemócratas para romper con ellos, les increpan y se niegan a trabajar en la formación de un partido proletario, de una política proletaria, de parlamentarios proletarios. Y de hecho, su frase transforma a los anarquistas en los más fieles auxiliares del oportunismo, en su reverso.

Para los socialdemócratas, la conclusión que se desprende de los errores es distinta. Consiste en que *incluso* Bebel no pudo llegar a ser Bebel sin un prolongado trabajo de partido para crear una verdadera representación socialdemócrata. Que no se nos diga: "En nuestra minoría no hay Bebel". Los Bebel no nacen, los Bebel se hacen. Los Bebel no salen preparados, como Minerva de la cabeza de Júpiter, sino que son creados por el partido y por la clase obrera. Quienes dicen que entre nosotros no hay Bebel desconocen la historia del partido alemán, desconocen que hubo un tiempo en que, bajo la ley de excepción, Augusto Bebel cometió errores oportunistas, y el partido subsanó esos errores, el partido orientó a Bebel*.

c) "la participación ulterior de la minoría socialdemócrata en la Duma de Estado... sólo puede perjudicar al proletariado... menoscabar la dignidad y la influencia de la socialdemocracia"... Para aclarar que en estas inmensas exageraciones "la cantidad se convierte en calidad", para aclarar que de una inmensa exageración *crece* (independientemente de la voluntad y la conciencia de los camaradas otzovistas) la frase anarquista, basta recordar el discurso de Beloúsov durante los debates presupuestarios de 1909. Si se considera que *semejantes* discursos "perjudican" y no demuestran la posibilidad y la necesidad de utilizar la tribuna de la Duma, las discrepancias rebasarán los límites de la apreciación de un discurso, se convertirán en discrepancia de principio sobre las cuestiones fundamentales de la táctica socialdemócrata.

... (I) "Emprender una amplia agitación... en apoyo de la consigna de "¡Abajo la III Duma de Estado!"...

Hemos dicho ya en el número 39 de *Proletari* que esta consigna, que ha seducido durante algún tiempo a ciertos obreros antiotzovistas, es *errónea*[162]. O es una consigna demócrata constitucionalista de reforma electoral bajo la autocracia, o es la repetición de una palabra aprendida de memoria de la época en que las Dumas liberales encubrían al zarismo contrarrevolucionario, tratando de impedir al pueblo que viese con claridad a su verdadero enemigo.

(II) "retirar... a la minoría, lo que realzará tanto... el carácter de la Duma como la táctica revolucionaria socialdemócrata".

Eso es parafrasear la tesis de los otzovistas moscovitas de que la retirada de la minoría destacará que la revolución no ha sido enterrada. Semejante conclusión —repetiremos las palabras del N° 39 de *Proletari*— "destaca" únicamente los *funerales* de los socialdemócratas capaces de razonar así. Con ello *se entierran* como socialdemócratas, pierden el sentido de la verdadera labor proletaria revolucionaria y, por ello, se arrancan de sí mismos el "realce" de la frase revolucionaria.

(III) "consagrar todas nuestras fuerzas a la organización y preparación... de la lucha... abierta" (¡y por eso, renunciar a la propaganda abierta desde la tribuna de la Duma!)... "y de la propaganda", etc.

* Tenemos la esperanza de ocuparnos en un artículo especial de esta aleccionadora historia y de la reprobación *por ella* de las tendencias alemanas afines a nuestro otzovismo.

Los otzovistas han olvidado que es indigno de la socialdemocracia renunciar a la *propaganda* desde la tribuna de la Duma.

Presentan aquí un argumento repetido por algunos ultimatistas: "no es ventajoso gastar energías en la inútil labor en la Duma; empleemos *todas las energías* con mayor rendimiento". Eso no es un argumento de cálculo, sino un sofisma, que engendra de modo ineludible —de nuevo independientemente de la voluntad y la conciencia de los autores— conclusiones anarquistas, pues los anarquistas de *todos* los países, al señalar los errores de los parlamentarios socialdemócratas, exhortan a abandonar "el tráfago desventajoso del parlamentarismo burgués" y a concentrar "todas esas energías" en la "acción directa" de la organización. Pero eso conduce a desorganizar y sustituir la labor amplia y múltiple por un griterío de "consignas" impotentes por su falta de ligazón con la realidad. Sólo a los otzovistas y ultimatistas les parece que ese argumento es nuevo y aplicable *únicamente* a la III Duma. No es cierto, se trata de un argumento corriente *no* socialdemócrata, esgrimido en toda Europa.

Suplemento al N° 44 del periódico "Proletari", 4 (17) de abril de 1909.

T. 17, págs. 401-406.

Del artículo "ACTITUD DEL PARTIDO OBRERO ANTE LA RELIGION"

El marxismo es materialismo. En calidad de tal, es tan implacable enemigo de la religión como el materialismo de los enciclopedistas del siglo XVIII o el materialismo de Feuerbach. Esto es indudable. Pero el materialismo dialéctico de Marx y Engels va más lejos que los enciclopedistas y que Feuerbach al aplicar la filosofía materialista a la historia y a las ciencias sociales. Debemos luchar contra la religión. Esto es el abecé *de todo* el materialismo y, por tanto, del marxismo. Pero el marxismo no es un materialismo que se detenga en el abecé. El marxismo va más allá. Afirma: hay que *saber* luchar contra la religión, y para ello es necesario explicar *desde el punto de vista materialista* los orígenes de la fe y de la religión entre las masas. La lucha contra la religión no se puede limitar ni reducir a la prédica ideológica abstracta; hay que vincular esta lucha a la actividad práctica concreta del movimiento de clases, que tiende a eliminar las raíces sociales de la religión. ¿Por qué persiste la religión entre los sectores atrasados del proletariado urbano, entre las vastas capas semiproletarias y entre la masa campesina? Por la ignorancia del pueblo, responderán el progresista burgués, el radical o el materialista burgués. En consecuencia, ¡abajo la religión y viva el ateísmo!; la difusión de las concepciones ateístas es nuestra tarea principal. El marxista dice: No es cierto. Semejante opinión es una ficción cultural superficial, burguesa, limitada. Semejante opinión no es profunda y explica las raíces de la religión de un

modo no materialista, sino idealista. En los países capitalistas contemporáneos, estas raíces son, principalmente, *sociales*. La raíz más profunda de la religión en nuestros tiempos es la opresión social de las masas trabajadoras, su aparente impotencia total frente a las fuerzas ciegas del capitalismo, que cada día, cada hora causa a los trabajadores sufrimientos y martirios mil veces más horrorosos y salvajes que cualquier acontecimiento extraordinario, como las guerras, los terremotos, etc. "El miedo creó a los dioses". El miedo a la fuerza ciega del capital —ciega porque no puede ser prevista por las masas del pueblo—, que a cada paso amenaza con aportar y aporta al proletariado o al pequeño propietario la perdición, la ruina "inesperada", "repentina", "casual" convirtiéndolo en mendigo, en indigente, arrojándole a la prostitución, acarreándole la muerte por hambre: he ahí *la raíz* de la religión contemporánea que el materialist debe tener en cuenta antes que nada, y más que nada, si no quiere quedarse en aprendiz de materialista. Ningún folleto educativo será capaz de desarraigar la religión entre las masas aplastadas por los trabajos forzados del régimen capitalista, y que dependen de las fuerzas ciegas y destructivas del capitalismo, mientras dichas masas no aprendan a luchar unidas y organizadas, de modo sistemático y consciente, contra esa *raíz* de la religión, contra el dominio de capital en todas sus formas.

¿Debe deducirse de esto que el folleto educativo antirreligioso es nocivo o superfluo? No. De esto se deduce otra cosa muy distinta. Se deduce que la propaganda atea de la socialdemocracia debe estar *subordinada* a su tarea fundamental: el desarrollo de la lucha de clases de las masas explotadas contra los explotadores.

Es posible que quien no haya reflexionado sobre las bases del materialismo dialéctico, es decir, de la filosofía de Marx y Engels, no comprenda (o, por lo menos, no comprenda en seguida) esta tesis. Se preguntará: ¿Cómo es posible subordinar la propaganda ideológica, la prédica de ciertas ideas, la lucha contra un enemigo milenario de la cultura y del progreso (es decir, contra la religión) a la lucha de clases, es decir, a la lucha por objetivos prácticos determinados en el terreno económico y político?

Esta objeción figura entre las que se hacen corrientemente al marxismo y que testimonian la incomprensión más completa de la dialéctica de Marx. La contradicción que sume en la perplejidad a quienes objetan de este modo es una contradicción real de la vida misma, es decir, una contradicción dialéctica y no verbal ni inventada. Separar con una barrera absoluta, infranqueable, la propaganda teórica del ateísmo —es decir, la destrucción de las creencias religiosas entre ciertos sectores del proletariado— y el éxito, la marcha, las condiciones de la lucha de clase de estos sectores significa discurrir de modo no dialéctico, convertir en barrera absoluta lo que es sólo una barrera móvil y relativa; significa desligar por medio de la violencia lo que está indisolublemente ligado en la vida real. Tomemos un ejemplo. El proletariado de determinada región y de determinada rama industrial se divide, supongamos, en un sector avanzado de socialdemócratas bastante conscientes —que, naturalmente, son ateos— y en otro de obreros bastante atrasados, vinculados todavía al campo y a los campesinos, que creen en Dios, van a la iglesia e incluso se encuentran bajo la influencia directa del cura local, quien, admitámoslo, crea una organización obrera cristiana. Supongamos, que la lucha económica en dicha localidad haya llevado a la huelga. El marxista tiene el deber de colocar en primer plano el éxito del movimiento huelguístico, de oponerse resueltamente en esa lucha a la división de los obreros en ateos y cristianos y de combatir resueltamente esa división. En tales condiciones, la prédica ateísta puede resultar superflua y nociva, no desde el punto de vista de las consideraciones filisteas de que no se debe espantar a los sectores atrasados o perder un acta en las elecciones, etc., sino desde el punto de vista del progreso efectivo de la lucha de clases, que, en las circunstancias de la sociedad capitalista moderna, llevará a los obreros cristianos a la socialdemocracia y al ateísmo cien veces mejor que la mera propaganda atea. En tal momento y en semejante situación, el predicador del ateísmo sólo *favorecería* al cura y a los curas, quienes lo único que desean es sustituir la división de los obreros en huelguistas y no huelguistas por la división en creyentes y ateos. El anarquista, al predicar la guerra contra Dios a toda costa, ayudaría. de

hecho, a los curas y a la burguesía (de la misma manera que los anarquistas ayudan siempre, *de hecho*, a la burguesía). El marxista debe ser materialista, o sea, enemigo de la religión; pero debe ser un materialista dialéctico, es decir, debe plantear la lucha contra la religión no en el terreno abstracto, puramente teórico, de prédica siempre igual, sino de modo concreto, sobre la base de la lucha de clases que se libra *de hecho* y que educa a las masas más que nada y mejor que nada. El marxista debe saber tener en cuenta toda la situación concreta, encontrando siempre el límite entre el anarquismo y el oportunismo (este límite es relativo, móvil, variable, pero existe), y no caer en el "revolucionarismo", abstracto, verbal, y en realidad, vacuo del anarquista, ni en el filisteísmo y el oportunismo del pequeñoburgués o del intelectual liberal, que teme la lucha contra la religión, olvida esta tarea suya, se resigna con la fe en Dios y no se orienta por los intereses de la lucha de clases, sino por el mezquino y mísero cálculo de no ofender, no rechazar ni asustar, ateniéndose a la máxima ultrasabia de "Vive y deja vivir a los demás", etc., etc.

... Analicemos ahora las condiciones que han engendrado en Occidente la interpretación oportunista de la tesis "Declarar la religión un asunto privado". En ello han influido, naturalmente, las causas comunes que engendran el oportunismo en general como sacrificio de los intereses fundamentales del movimiento obrero en aras de las ventajas momentáneas. El Partido del proletariado exige *del Estado* que declare la religión un asunto privado; pero no considera, ni mucho menos, "asunto privado" la lucha contra el opio del pueblo, la lucha contra las supersticiones religiosas, etc. ¡Los oportunistas tergiversan la cuestión como si el Partido *Socialdemócrata considerase* la religión un asunto privado!

Pero, además de la habitual deformación oportunista (no explicada en absoluto durante los debates que sostuvo nuestra minoría de la Duma al analizarse la intervención sobre la religión), existen condiciones históricas especiales que han suscitado, si se me permite la expresión, la excesiva indiferencia actual de los socialdemócratas europeos ante la cuestión religiosa. Son condiciones de dos géneros. Primero, la

tarea de la lucha contra la religión es históricamente una tarea de la burguesía revolucionaria, y la democracia burguesa de Occidente, en la época de *sus* revoluciones o de sus ataques al feudalismo y al espíritu medieval, la cumplió (o cumplía) en grado considerable. Tanto en Francia como en Alemania existe la tradición de la guerra burguesa contra la religión, guerra iniciada mucho antes de aparecer el socialismo (los enciclopedistas, Feuerbach). En Rusia, de acuerdo con las condiciones de nuestra revolución democrático-burguesa, también esta tarea recae casi por entero sobre los hombros de la clase obrera. En nuestro país la democracia pequeñoburguesa (populista) ha hecho en este terreno no muchísimo (como creen los demócratas-constitucionalistas ultrarreaccionarios de nuevo cuño o los ultrarreaccionarios demócratas-constitucionalistas de *Veji*[163]), sino poquísimo en comparación con Europa.

Por otra parte, la tradición de la guerra burguesa contra la religión creó en Europa *una deformación* específicamente burguesa de esta guerra por parte del anarquismo, el cual, como han explicado hace ya mucho y reiteradas veces los marxistas, se sitúa en el terreno de la concepción burguesa del mundo, a pesar de toda la "furia" de sus ataques a la burguesía. Los anarquistas y los blanquistas en los países latinos, Most (que, dicho sea de paso, fue discípulo de Dühring) y Cía. en Alemania y los anarquistas de la década del 80 en Austria llevaron hasta el *nec plus ultra* la frase revolucionaria en su lucha contra la religión. No es de extrañar que, ahora, los socialdemócratas europeos *caigan en el extremo opuesto* de los anarquistas. Esto es comprensible y, en cierto modo, legítimo; pero nosotros, los socialdemócratas rusos, no podemos olvidar las condiciones históricas especiales de Occidente.

Segundo, en Occidente, *después* de haber terminado las revoluciones burguesas nacionales, *después* de haber sido implantada la libertad de conciencia más o menos completa, la cuestión de la lucha democrática contra la religión quedó tan relegada históricamente a segundo plano por la lucha de la democracia burguesa contra el socialismo que los gobiernos burgueses intentaron *conscientemente* desviar la atención de las masas del socialismo, organizando "cruzadas"

quasi-liberales contra el clericalismo. Este carácter tenían también el *Kulturkampf* en Alemania y la lucha de los republicanos burgueses de Francia contra el clericalismo. El anticlericalismo burgués como medio de desviar la atención de las masas obreras del socialismo, precedió en Occidente a la difusión entre los socialdemócratas de su actual "indiferencia" ante la lucha contra la religión. Y también esto es comprensible y legítimo, pues los socialdemócratas debían oponer al anticlericalismo burgués y bismarckiano precisamente la *subordinación* de la lucha contra la religión a la lucha por el socialismo.

"Proletari", Nº 45,
18 (26) de mayo de 1909.

T. 17, págs. 418-421, 423-425.

Del artículo "LA FRACCION DE LOS PARTIDARIOS DEL OTZOVISMO Y DE LOS CONSTRUCTORES DE DIOS"[164]

II

Para todo marxista que haya reflexionado, por poco que sea, sobre la concepción de Marx y Engels, para todo socialdemócrata que conozca algo la historia del movimiento socialista internacional, esta transformación de una forma inferior de lucha en arma específica de combate en un momento histórico determinado no tiene nada de sorprendente. Los anarquistas jamás pudieron en absoluto comprender esta cosa tan simple. Ahora, nuestros otzovistas y sus voceros separados intentan trasladar al ámbito socialdemócrata ruso los métodos del pensamiento anarquista, gritando (como lo hacen Maxímov y Cía.) que en *Proletari* domina la teoría del "*parlamentarismo a toda costa*".

Para explicar hasta qué punto son estúpidos y antisocialdemócratas estos gritos de Maxímov y Cía nos vemos obligados a repetir el abecé. Reflexionad, ¡oh, injustamente separados!: ¿en qué consiste la diferencia específica entre la política y la táctica de la socialdemocracia alemana y la de los partidos socialistas obreros de otros países? En la utilización del parlamentarismo, en la transformación del parlamentarismo junker-burgués (en ruso, aproximadamente, octubrista-ultrarreaccionario[165]) en instrumento de educación y de organización socialista de las masas obreras. ¿Significa esto que el parlamentarismo es la forma superior de lucha del proletariado socialista? Los anarquistas del mundo entero así lo creen. ¿Significa esto que los socialdemócratas alemanes sustentan el punto de vista de un parlamentarismo a toda costa? Los anarquistas del mundo entero creen que sí,

y por eso no tienen enemigo más odiado que la socialdemocracia alemana, por eso su blanco predilecto son los socialdemócratas alemanes. También en Rusia, cuando nuestros socialrevolucionarios coquetean con los anarquistas y hacen gala de su "revolucionarismo" intentan sin falta sacar a relucir alguna equivocación de los socialdemócratas alemanes, real o imaginaria, y hacer de ella deducciones contra la socialdemocracia.

Sigamos adelante. ¿En qué estriba el error del razonamiento anarquista? En que los anarquistas, a consecuencia de sus ideas absolutamente equivocadas sobre el desarrollo social, no saben tener en cuenta las peculiaridades de una situación política (y económica) concreta en los distintos países, peculiaridades que condicionan la importancia específica de uno o de otro método de lucha *en un período determinado*. En realidad, la socialdemocracia alemana está lejos de propugnar el parlamentarismo a toda costa, está lejos de subordinarlo todo al parlamentarismo; por el contrario, es precisamente ella la que mejor ha desarrollado en el ejército internacional del proletariado medios extraparlamentarios de lucha como la prensa socialista, los sindicatos, el aprovechamiento sistemático de las asambleas populares, la educación de la juventud en el espíritu socialista, etc., etc.

¿En qué radica, entonces, el quid de la cuestión? En que toda una serie de circunstancias históricas ha hecho que el parlamentarismo haya sido para la Alemania de *cierto período* un medio *específico* de lucha; no el principal, no el superior, no el más importante y esencial si se le compara con los demás, sino precisamente el medio específico, el más peculiar en comparación con otros países. Por eso, la habilidad para aprovechar el parlamentarismo *ha sido* un *síntoma* (no una condición, sino un síntoma) del enfoque ejemplar de toda la causa socialista, en *todas* sus ramificaciones, que hemos enumerado antes.

Pasemos de Alemania a Rusia. Quien pretendiera equiparar el conjunto de condiciones de uno y otro país incurriría en toda una serie de gravísimos errores. Pero intentad plantear el problema en la forma obligada para todo marxista: ¿cuál es la peculiaridad específica de la política y la táctica de los socialdemócratas rusos en este momento? Debemos

conservar y fortalecer el partido ilegal, lo mismo que antes de la revolución. Debemos preparar con firmeza a las masas para una nueva crisis revolucionaria, como en 1897-1903. Debemos reforzar por todos los medios la ligazón del partido con las masas y desarrollar y utilizar en beneficio del socialismo toda clase de organizaciones obreras, como hacen siempre y por doquier todos los partidos socialdemócratas. La peculiaridad específica del momento consiste, precisamente, en la tentativa (tentativa, por cierto, desafortunada) de la vieja autocracia de resolver los nuevos problemas históricos con ayuda de la Duma octubrista-ultrarreaccionaria. Por eso, también para los socialdemócratas, la tarea específica de su táctica consiste en utilizar la Duma *con sus propios* fines: difundir las ideas de la revolución y las ideas del socialismo. No se trata de que esta tarea específica sea singularmente elevada, de que abra grandes perspectivas, de que equivalga o, al menos, se aproxime por su significación a las tareas que surgieron ante el proletariado, por ejemplo, en 1905-1906. No. Se trata de que constituye la peculiaridad de la táctica del momento actual, su diferencia del período pasado y del período venidero (porque el período venidero nos traerá, *probablemente*, tareas específicas más complejas, más elevadas y más interesantes que la de utilizar la III Duma). Es imposible dominar el momento actual, es imposible resolver el conjunto de problemas que este momento plantea al Partido Socialdemócrata sin cumplir esta tarea específica del momento, sin transformar la Duma ultrarreaccionaria-octubrista en un *instrumento* de agitación socialdemócrata.

Los charlatanes otzovistas, por ejemplo, hablan —siguiendo a los bolcheviques— de tomar en consideración las experiencias de la revolución. Pero no comprenden lo que dicen. No comprenden que en la consideración de la experiencia revolucionaria *entra* la defensa de los ideales, de las tareas y de los métodos revolucionarios *desde dentro de la Duma*. No saber *defender* estos ideales, tareas y métodos desde dentro de la Duma —a través de los obreros de nuestro partido que han podido entrar y entrarán en ella — significa no saber dar el *primer* paso en la tarea de tomar en consideración la experiencia política de la revolución (por-

que aquí, como es natural, no se trata de tomar en consideración la experiencia teóricamente, en libros e investigaciones). Pero nuestra tarea no se limita, en modo alguno y de ninguna manera, a este primer paso. El segundo y tercer paso —es decir, la transformación de la experiencia ya asimilada por las masas en bagaje ideológico para una nueva acción histórica serán incomparablemente más importantes que el primero. Pero si los propios charlatanes otzovistas hablan de una época "interrevolucionaria", deberían comprender (si fueran capaces de pensar, si fueran capaces de razonar como socialdemócratas) que una época "interrevolucionaria" significa precisamente una época *que plantea a la orden del día tareas elementales, previas*. "Interrevolucionaria" es la peculiaridad de una situación inestable, incierta, en la que el antiguo poder, convencido de que le es imposible gobernar exclusivamente con sus viejos instrumentos, intenta emplear uno *nuevo* en el ambiente general del viejo régimen. Se trata de un intento imposible, con contradicciones internas, que volverá a conducir inevitablemente a la autocracia, a la bancarrota y nos llevará a nosotros a la repetición de la gloriosa época y de las gloriosas batallas de 1905. Pero no se presenta del *mismo modo* que en 1897-1903, *lleva* al pueblo a la revolución de *una manera distinta* que antes de 1905. Y este "de manera distinta" es lo que hay que saber comprender; hay que saber modificar la táctica, *agregando* a las tareas fundamentales, generales, primordiales e importantísimas de la socialdemocracia una tarea más, no muy grande, pero específica del momento, de este nuevo momento: la utilización revolucionario-socialdemócrata de la Duma ultrarreaccionaria.

Como toda nueva tarea, ésta parece más difícil que las demás, porque exige de la gente no la simple repetición de consignas aprendidas de memoria (la inteligencia de los otzovistas y Maxímov no va más allá de esta repetición), sino cierta iniciativa, flexibilidad mental, inventiva y trabajo independiente en una tarea histórica *original*. Pero, en realidad, esta tarea puede parecer especialmente difícil sólo a quienes no saben pensar y trabajar con independencia: en la práctica, como toda tarea específica de un momento, es más fácil que las otras, pues la posibilidad de cumplirla

reside cabalmente en las condiciones del momento dado. En una época de "aguda y creciente reacción" *es imposible en absoluto* cumplir la tarea de organizar verdaderamente en serio "escuelas y grupos de instructores", es decir, una organización en la que éstos estén vinculados de una manera real al movimiento de masas y se hallen subordinados de verdad a él. Porque la tarea ha sido planteada tontamente por hombres que *han copiado* su fórmula de algún buen folleto, que tenía en cuenta las condiciones de *otro* momento. Pero lo que sí *se puede* cumplir es la tarea de subordinar los discursos, las intervenciones y la política de los socialdemócratas en la III Duma al partido de las masas y a los intereses de las masas. No es fácil, si se entiende por "fácil" lo aprendido de memoria, pero es *realizable*. Por mucho que pusiéramos ahora en tensión todas las fuerzas del partido, no podríamos cumplir la tarea de organizar "escuelas de instructores" a la manera socialdemócrata (y no anarquista) en este período "interrevolucionario", pues para hacer eso se precisan condiciones históricas completamente diferentes. Al contrario, tensando todas nuestras fuerzas cumpliremos la tarea (y estamos ya *empezando a cumplirla*) de utilizar la III Duma en forma revolucionario-socialdemócrata; la cumpliremos, ¡oh, otzovistas y ultimatistas ofendidos por la separación y por Dios!, no para colocar el parlamentarismo en un alto pedestal, ni para proclamar el "parlamentarismo a toda costa", sino para que, *después* de cumplir la tarea "interrevolucionaria" que corresponde al presente período interrevolucionario, *pasar* a cumplir tareas revolucionarias más altas, que corresponderán al momento de mañana, más elevado, es decir, más revolucionario.

III

Estos gritos estúpidos de Maxímov y Cía. sobre el "parlamentarismo a toda costa" de los bolcheviques son singularmente curiosos, cuando se los considera desde el punto de vista de la verdadera historia del otzovismo. ¡Es curioso que hablen a gritos de la exageración del parlamentarismo *precisamente* quienes han creado y crean una corriente particular fundada *exclusivamente* en su actitud frente al parlamentarismo! ¿Cómo os denomináis vosotros mismos, carísi-

mos Maxímov y Cía? Os denomináis "otzovistas", "ultimatistas", "boicotistas". Maxímov sigue admirándose hasta hoy de sí mismo como boicoteador de la III Duma, y sus intervenciones de tarde en tarde en el partido van acompañadas sin falta de la siguiente firma: "Informante por los boicoteadores en la Conferencia de julio de 1907"[166]. Antaño, cierto escritor solía firmar: "Consejero de Estado y caballero". Maxímov firma: "informante por los boicoteadores"; ¡pues también él es caballero!

En la situación política de junio de 1907, cuando Maxímov defendía el boicot, el error era todavía muy pequeño, pequeñísimo, pero cuando en julio de 1909, al presentar esa especie de manifiesto, sigue admirándose por su "boicotismo" contra la III Duma, eso es ya completamente estúpido. Boicotismo, otzovismo, ultimatismo; estos términos indican por sí mismos que se ha creado una *tendencia* basada en el problema de la actitud frente al parlamentarismo, y *sólo* en este problema, pero separarse por este problema y continuar la separación (¡dos años después de que el partido resolviera en principio el problema!) es indicio de una estrechez mental infinita. Precisamente quienes proceden así, es decir, los "boicotistas", (¡del año 1909!), los otzovistas y los ultimatistas, demuestran *con eso mismo* que no piensan como socialdemócratas, que colocan el parlamentarismo en un pedestal especial, que de una manera análoga por completo a la de los anarquistas crean una *tendencia* con recetas diversas: boicotear la Duma, retirar los diputados de la Duma, presentar un ultimátum a la minoría de la Duma. Proceder así significa ser bolchevique caricaturesco. Entre los bolcheviques, la tendencia se determina por su concepción *general* de la revolución rusa, y los bolcheviques han subrayado mil veces (como para prevenir anticipadamente a los bisoños en política) que identificar el bolchevismo con el "boicotismo" o el "boevismo"* es una deformación absurda y una vulgariza-

* *Boevismo:* en condiciones de lucha revolucionaria, táctica de acciones armadas con el fin de autodefensa, liberación de los presos políticos, expropiación de los medios públicos para las necesidades revolucionarias, etc.

En condiciones de reacción, el *boevismo* se hace sinónimo de aventurerismo típico de los anarquistas, socialistas-revolucionarios, otzovistas y ultimatistas.

ción de las opiniones de la socialdemocracia revolucionaria. Nuestra opinión de que es obligatoria la participación de los socialdemócratas en la III Duma, por ejemplo, dimana *ineluctablemente* de nuestros puntos de vista sobre el momento actual, sobre las tentativas de la autocracia de dar un paso adelante hacia la creación de una monarquía burguesa, sobre el significado de la Duma como organización de las clases contrarrevolucionarias en una institución representativa a escala nacional. De la misma manera que los anarquistas dan pruebas de cretinismo parlamentario al revés cuando *separan* la cuestión del parlamento de todo el problema de la sociedad burguesa en general e intentan crear una tendencia con gritos dirigidos contra el parlamentarismo burgués (aunque la crítica del parlamentarismo burgués es similar en principio a la crítica de la prensa burguesa o del sindicalismo burgués, etc.) de la misma manera nuestros otzovistas, ultimatistas-boicotistas revelan el mismo menchevismo al revés cuando se *separan* formando una tendencia en torno a la cuestión de la actitud ante la Duma y al problema de cómo luchar contra las desviaciones de la minoría socialdemócrata de la Duma (y no contra las desviaciones de los literatos burgueses, aves de paso en la socialdemocracia, etc.).

Publicado en el Suplemento al N° 47-48 del periódico "Proletari", el 11 (24) de septiembre de 1909.

T. 19, págs. 78-85.

LAS DIVERGENCIAS EN EL MOVIMIENTO OBRERO EUROPEO

I

Las fundamentales divergencias tácticas en el movimiento obrero de nuestros días, en Europa y en América, se reducen a la lucha contra dos importantes corrientes que se desvían del marxismo, el cual es hoy, de hecho, la doctrina dominante del movimiento obrero. Estas dos corrientes son: el revisionismo (el oportunismo, el reformismo) y el anarquismo (el anarco-sindicalismo, el anarco-socialismo). Ambas desviaciones respecto de la teoría marxista y de la táctica marxista, que son la teoría y la táctica dominantes en el movimiento obrero, las observamos, con diversas formas y distintos matices, en todos los países civilizados en el medio siglo largo de la historia del movimiento obrero de masas.

Este solo hecho testimonia ya que no es posible explicarse dichas desviaciones como meras casualidades o equivocaciones de tales o cuales personas o grupos y ni siquiera por la influencia de las particularidades o tradiciones nacionales, etc. Tiene que haber motivos fundamentales, inherentes al régimen económico y al carácter del desarrollo de todos los países capitalistas, que engendren constantemente estas desviaciones. Un pequeño libro del marxista holandés Antón Pannekoek, aparecido el año pasado con el título de *Las divergencias tácticas en el movimiento obrero (Die taktischen Differenzen in der Arbeiterbewegung*. Hamburg, Erdmann Dubber, 1909), es un intento interesante de analizar científicamente dichos motivos. En la exposición que sigue daremos a conocer al lector las conclusiones a las que ha llegado Pannekoek, conclusiones que han de ser reconocidas como completamente justas

Una de las causas más profundas que engendran periódicamente divergencias en cuanto a la táctica es el propio hecho del incremento del movimiento obrero. Si no lo medimos con el rasero de algún ideal fantástico, sino que lo consideramos como un movimiento práctico de hombres corrientes, evidenciaremos que el enrolamiento de nuevos y nuevos "reclutas" y la incorporación de nuevas capas de las masas trabajadoras deben verse acompañados inevitablemente por las vacilaciones en el terreno de la teoría y de la táctica, por la repetición de viejos errores, la vuelta provisional a conceptos y métodos anticuados, etc. El movimiento obrero de cada país invierte periódicamente más o menos energía, atención y tiempo para la "instrucción" de los reclutas.

Prosigamos. El ritmo de desarrollo del capitalismo no es el mismo en los diversos países y en las distintas ramas de la economía nacional. La clase obrera y sus ideólogos asimilan el marxismo de modo más fácil, más rápido, más completo y más firme en las condiciones de máximo desarrollo de la gran industria. Las relaciones económicas atrasadas o las que se van rezagando en su desarrollo conducen siempre a la aparición de partidarios del movimiento obrero que han asimilado sólo algunos aspectos del marxismo, algunas partes aisladas de la nueva concepción del mundo o consignas y reivindicaciones aisladas, sin sentirse capaces de romper decididamente con todas las tradiciones de la concepción burguesa en general y de la democrático-burguesa en particular.

Además, el carácter dialéctico del desarrollo social, que se produce en medio de contradicciones y a través de contradicciones, constituye una fuente permanente de discrepancias. El capitalismo es un fenómeno progresivo, porque destruye los viejos modos de producción y desarrolla las fuerzas productivas; pero, al mismo tiempo, al llegar a un cierto grado de su desarrollo, comienza a frenar el incremento de las fuerzas productivas. El capitalismo desarrolla, organiza, disciplina a los obreros, pero también aplasta, oprime, causa la degeneración, la miseria, etc. El propio capitalismo crea a su sepulturero, él mismo crea los elementos del nuevo régimen, pero, al propio tiempo, sin un "salto", estos elementos aislados no cambian en nada el estado general de las cosas,

no afectan en nada al dominio del capital. El marxismo, como doctrina del materialismo dialéctico, sabe explicar estas contradicciones de la vida real, de la historia palpitante del capitalismo y del movimiento obrero. Ahora bien, es evidente que las masas no aprenden de los libros, sino de la vida, por lo que algunas personas o grupos siempre suelen exagerar y erigir en doctrina unilateral, en sistema táctico unilateral tal o cual rasgo del desarrollo capitalista, tal o cual "enseñanza" derivada de este desarrollo.

Los ideólogos burgueses, los liberales y los demócratas, que no comprenden el marxismo ni el movimiento obrero de nuestros días, saltan constantemente de un extremismo impotente a otro. Ya pretenden explicarlo todo diciendo que gentes malignas "azuzan" a una clase contra otra, ya se quieren consolar con la idea de que el partido obrero es "un partido pacífico de reformas". Producto directo de esta concepción burguesa y de su influencia son, a la vez, el anarco-sindicalismo y el reformismo, que se aferran a *uno* de los aspectos del movimiento obrero, que elevan ese procedimiento unilateral al nivel de doctrina, declarando incompatibles entre sí las tendencias o rasgos del movimiento obrero que forman la peculiaridad específica de tal o cual período o de unas u otras condiciones en que actúa la clase obrera. Pero la vida real, la historia real, *abarca* a estas distintas tendencias, del mismo modo que la vida y el desarrollo de la naturaleza comprenden tanto la lenta evolución como los saltos bruscos, las interrupciones en el proceso gradual del desarrollo.

Los revisionistas consideran como fraseología todos los razonamientos acerca de los "saltos" y del antagonismo de principio entre el movimiento obrero y toda la vieja sociedad. Ellos consideran las reformas como una realización parcial del socialismo. El anarco-sindicalista rechaza la "labor menuda", sobre todo la utilización de la tribuna parlamentaria. De hecho, esta última táctica se reduce a la espera de los "grandes días", sin capacidad para concentrar las fuerzas que crean los grandes acontecimientos. Unos y otros frenan la obra principal, la más apremiante: la agrupación de los obreros en organizaciones grandes, poderosas, que funcionen bien y sean capaces de funcionar bien en *todas* las circunstancias, en organizaciones que estén penetradas del espíritu de la lucha de clases, que tengan una visión clara de sus objetivos y estén educadas en una verdadera concepción marxista del mundo.

Aquí nos permitiremos una pequeña digresión y diremos entre paréntesis, a fin de evitar cualquier equívoco posible, que Pannekoek ilustra su análisis con ejemplos tomados *exclusivamente* de la historia de la Europa Occidental, sobre todo de Alemania y Francia, *sin* tener en cuenta *para nada* a Rusia. Si alguna vez pudiera parecer que hace una alusión a Rusia, esto sólo se debe a que las tendencias principales que engendran determinadas desviaciones respecto de la táctica marxista se manifiestan también en nuestro país, a pesar de las enormes diferencias que en cuanto a la cultura, al modo de vida y al aspecto económico-histórico existen entre Rusia y el Occidente.

Finalmente, una causa muy importante de discrepancias entre los militantes del movimiento obrero reside en los cambios de táctica de las clases dominantes en general y de la burguesía en particular. Si la táctica de la burguesía fuese siempre igual, o por lo menos, del mismo tipo, la clase obrera aprendería rápidamente a responder a ella con una táctica también igual y del mismo tipo. Pero, de hecho, la burguesía en todos los países establece, inevitablemente, dos sistemas de gobierno, dos métodos de lucha por sus intereses y en defensa de su dominio, métodos que van alternándose o que se entrelazan en distintas combinaciones. Es, en primer término, el método de la violencia, el método que no admite concesión alguna al movimiento obrero, el método que apoya a todas las instituciones viejas y ya caducas, el método que rechaza rotundamente las reformas. Esta es la esencia de la política conservadora, que, en la Europa Occidental, deja de ser, cada vez más, la política de las clases terratenientes para convertirse en una de las variedades de la política general burguesa. El segundo método es el del "liberalismo", el de dar pasos en el sentido del desarrollo de los derechos políticos, en el sentido de las reformas, de las concesiones, etc.

Cuando la burguesía pasa al empleo de uno u otro método, no lo hace obedeciendo a las alevosas intenciones de per-

sonas aisladas, ni tampoco por mera casualidad, sino en virtud del carácter profundamente contradictorio de su propia situación. Una sociedad capitalista normal no puede desarrollarse con éxito sin un régimen representativo consolidado, sin conceder ciertos derechos políticos a la población, que no puede dejar de distinguirse por sus exigencias "culturales" relativamente elevadas. Esta exigencia de un nivel cultural mínimo es originada por las condiciones del propio modo capitalista de producción, con su técnica elevada, su complejidad, flexibilidad, movilidad, rapidez en el desarrollo de la competencia mundial, etc. Las oscilaciones en la táctica de la burguesía, su paso del sistema de la violencia al de las supuestas concesiones, son propias, por lo mismo, de la historia de todos los países europeos durante estos últimos cincuenta años, con la particularidad de que, en determinados períodos, los distintos países acuden con preferencia a uno u otro método. Por ejemplo, Inglaterra era en las décadas del 60 y 70 del siglo XIX el país clásico de la política "liberal" burguesa; Alemania, en las décadas del 70 y 80, aplicaba el método de la violencia, etc.

Cuando en Alemania imperaba dicho método, el eco unilateral de este sistema de gobierno burgués se manifestó en el incremento del anarco-sindicalismo, o, como lo llamaban entonces, del anarquismo en el movimiento obrero (los "jóvenes" al principio de la década del 90[167], Johann Most a comienzos de la del 80). Cuando en 1890 se produjo el viraje hacia las "concesiones", éste resultó ser, como siempre, aún más peligroso para el movimiento obrero, engendrando un eco igualmente unilateral de la política burguesa "de reformas": el oportunismo en el movimiento obrero. "La finalidad positiva, real, que persigue la política liberal de la burguesía —dice Pannekoek— es la de desorientar a los obreros, sembrar la escisión en sus filas, transformar su política en un apéndice impotente de la impotente, de la siempre impotente y efímera política de supuestas reformas".

No son pocas las veces en que la burguesía logra sus objetivos, durante cierto tiempo, por medio de una política "liberal", que es, como observa con razón Pannekoek, una política "más astuta". Parte de los obreros, parte de sus representantes, se deja engañar a veces por las aparentes concesiones. Los revisionistas declaran "anticuada" la doctrina de la lucha de clases o comienzan a aplicar una política que, de hecho, significa una renuncia a la lucha de clases. Los zigzags de la táctica burguesa originan un reforzamiento del revisionismo en el movimiento obrero y muchas veces provocan en el seno de éste discrepancias que suelen llevar hasta la escisión.

Todas las causas de este género originan divergencias en cuanto a la táctica dentro del movimiento obrero, dentro del medio proletario. Pero entre el proletariado y las capas de la pequeña burguesía que contactan con él —comprendido también el campesinado— no hay ni puede haber ninguna muralla China. Se entiende que el paso de algunas que otras personas, grupos y capas de la pequeña burguesía a las filas del proletariado no puede dejar de engendrar, por su parte, oscilaciones en la táctica de éste.

La experiencia del movimiento obrero de los diversos países ayuda a explicarnos, con ejemplos concretos y prácticos, la esencia de la táctica marxista, contribuyendo a que los países más jóvenes sepan distinguir con mayor claridad la verdadera significación clasista de las desviaciones respecto del marxismo y puedan luchar contra ellas con mayor éxito.

T. 20, págs. 62-68.

"Zvezdá", N° 1,
16 de diciembre de 1910.
Firmado: V. I l i n.

Del artículo "AUGUSTO BEBEL"

Bebel fue elegido Diputado al Parlamento alemán desde la fundación de éste. Era entonces muy joven: tenía sólo 27 años. Y las bases de la táctica parlamentaria de la socialdemocracia alemana (e internacional), que no cede un palmo de terreno a los enemigos, que no deja escapar la menor posibilidad de conseguir una mejora, aunque sea pequeña, para los obreros y que, al mismo tiempo, es intransigente en el terreno de los principios y tiende siempre a conseguir el objetivo final; las bases de esta táctica, fueron obra de Bebel o se elaboraron con su participación directa y bajo su dirección.

Unificada al estilo bismarckiano, renovada al modo prusiano y de los junkers, Alemania replicó a los éxitos del partido obrero con la ley de excepción contra los socialistas. Desaparecieron las condiciones legales de existencia del partido de la clase obrera y éste fue declarado fuera de la ley. Llegaron tiempos difíciles. A las persecuciones de los enemigos se sumó una crisis interna, manifestada en vacilaciones respecto a las cuestiones de táctica fundamentales. Los primeros que levantaron cabeza fueron los oportunistas, que se asustaron de la destrucción de la legalidad y entonaron la cantilena del abatimiento, de la abjuración de las consignas completas y de la autoacusación de que los socialdemócratas habían ido demasiado lejos, etc. Dicho sea de pasada, Hochberg, uno de los representantes de esta corriente oportunista, prestó ayuda económica al partido, débil aún e incapaz de valerse de golpe por sus propios medios.

Desde Londres, Marx y Engels arremetieron furiosamente contra las ignominiosas vacilaciones oportunistas. Bebel se portó como verdadero dirigente del partido. Vislumbró a tiempo el peligro, comprendió la justedad de la crítica de Marx y Engels y supo orientar el partido por la senda de la lucha sin cuartel. Se fundó el periódico ilegal *Der Sozial-demokrat*, publicado primero en Zurich y luego en Londres, que era enviado todas las semanas a Alemania y tenía 10.000 suscritores. Se puso fin resueltamente a las vacilaciones oportunistas.

Otra vacilación de entonces fue el entusiasmo por Dühring a fines de la década del setenta del siglo pasado. Bebel compartió también ese entusiasmo durante poco tiempo. Los adeptos de Dühring —el más destacado de los cuales fue Most—, jugando al "izquierdismo", cayeron rápidamente en el anarquismo. La crítica mordaz y demoledora que hizo Engels de las teorías de Dühring fue mal acogida en muchos medios del partido, y en un congreso del mismo se propuso incluso que dicha crítica fuera retirada de las páginas del órgano central.

Pero todos los elementos vivos del socialismo —a cuya cabeza estaba, naturalmente, Bebel— comprendieron en seguida toda la podredumbre de las "nuevas" teorías, rompieron con ellas y con todas las pretensiones anarquistas. Dirigido por Bebel y Liebknecht, el partido aprendió a combinar la labor ilegal y legal. Cuando la minoría parlamentaria socialdemócrata legal adoptó, en su mayoría, una posición oportunista en la célebre cuestión de votar *en pro* de los subsidios a la compañía naviera, el periódico ilegal *Der Sozial-demokrat* se pronunció *contra* la minoría y, tras una lucha de cuatro semanas, obtuvo la victoria.

En 1890 cayó la ley de excepción contra los socialistas, mantenida en vigor durante doce años. En el partido volvió a repetirse la crisis, aproximadamente del mismo carácter que a mediados de la década del setenta. Por un lado, los oportunistas, encabezados por Vollmar, estaban dispuestos a aprovechar la legalidad para abjurar de las consignas completas y la de la táctica irreconciliable. Por otro lado, los llamados "jóvenes" jugaban al "izquierdismo" y caían en el anarquismo. Si esta crisis del partido resultó muy corta

y no grave en ello correspondió un gran mérito precisamente a Bebel y a Liebknecht, que combatieron con la mayor firmeza ambas desviaciones.

Empezó para el partido un período de rápido crecimiento en amplitud y profundidad, de desarrollo de la organización no sólo política, sino sindical, cooperativa, cultural, etc., de las fuerzas del proletariado. La gigantesca labor práctica efectuada en todos estos ámbitos por Bebel como parlamentario, agitador y organizador es incalculable. Precisamente por esa labor conquistó Bebel la posición de guía indiscutible del partido, de guía reconocido por todos, de dirigente más próximo a las masas obreras y más querido por ellas.

Publicado en el Nº 6 de "Sévernaya Pravda" el 8 de agosto de 1913. Firmado: V. I.

T. 23, págs. 366-368.

Del artículo "COMO ANIQUILA V. ZASULICH EL LIQUIDACIONISMO"[168]

V

"Para ser una fuerza útil —escribe V. Zasúlich en la frase final de su singular artículo—, la clandestinidad, aun suponiendo que fuese sólo ella la que se llamara partido, debe observar con respecto a esta socialdemocracia obrera" (es decir, la amplia capa en la que V. Zasúlich ve "todas las fuerzas" y de la que dice: "pensaremos en ella y hablaremos de ella como si fuera el partido") "la misma actitud que los funcionarios del partido observan con éste".

Reflexionad en esta apreciación, que es la perla de las perlas del artículo, rico en perlas, de V. Zasúlich. En primer lugar, V. Zasúlich comprende perfectamente a qué se llama *partido* en la Rusia actual. En cambio, decenas de escritores liquidacionistas aseguraban y aseguran a la gente que no comprenden esto, como resultado de lo cual estos señores embrollan hasta el absurdo las discusiones sobre la liquidación del *partido*. Que en oposición a los vulgares y mediocres liquidadores, los lectores a quienes interesan los destinos del movimiento obrero examinen el artículo de V. Zasúlich y extraigan de él respuesta a la cuestión, que se oscurecía y oscurece, de qué es el partido.

En segundo lugar, reparad en la conclusión de V. Zasúlich. La clandestinidad, nos dice, debe observar con respecto a la amplia capa la misma actitud que los funcionarios del partido observan con éste. Cabe preguntar: ¿cuál es la esencia de la actitud de los funcionarios de cualquier sociedad con respecto a esa sociedad? Es, sin duda, que los funcionarios no cumplen su voluntad personal (o la de un grupo o círculo), sino la voluntad de esta sociedad.

¿De qué modo se puede determinar la voluntad de la amplia capa de varios cientos de miles o de unos millones

de personas? *Es de todo punto imposible determinar la voluntad de la amplia capa si no está agrupada en una organización.* Esto lo comprenderá hasta un niño. La desgracia de V. Zasúlich, como de los demás liquidadores, consiste precisamente en que, al colocarse en el plano inclinado del oportunismo en las cuestiones de organización, se hunden constantemente en la ciénaga del peor anarquismo.

Pues no es ni más ni menos que anarquismo, en el sentido más completo y exacto de la palabra, que V. Zasúlich, después de reconocer ella misma que la "amplia capa" "carece de la posibilidad de ingresar formalmente en el partido" y que, por ello, "carece de la posibilidad" de "*formar el partido*", declare paralelamente que los liquidadores *pensarán* en esta amplia capa y *hablarán* de ella como si fuera el partido, y que la clandestinidad debe observar con respecto a ella la misma actitud que con respecto a una instancia superior, al árbitro supremo de la cuestión de los "funcionarios", etcétera, etcétera.

Cuando se apela a las amplias capas o a las masas *contra* la organización, *reconociendo* la imposibilidad de organizar a estas amplias capas o a estas masas, eso es el más puro anarquismo. Los anarquistas son uno de los elementos más perniciosos del movimiento obrero precisamente porque, hablando siempre a gritos de las masas de las clases oprimidas (o incluso de las masas de oprimidos, en general) y destruyendo siempre el buen nombre de toda organización socialista, ellos mismos no pueden contraponer y crear *ninguna* otra organización.

Los marxistas entienden de una manera completamente distinta la actitud de las masas no organizadas (y que se resisten a la organización durante largo tiempo, y a veces durante decenios) con respecto al partido, a la organización. Cabalmente, para que las masas de *determinada clase* puedan aprender a comprender sus intereses y su situación, aprender a aplicar su política, es necesaria, cuanto antes y por encima de todo, la organización de los elementos avanzados de la clase, aunque al principio sólo constituyan una parte ínfima de la misma. A fin de servir a las masas y expresar *sus* intereses justamente comprendidos, el destacamento de vanguardia, la organización, debe realizar toda su actividad entre las masas, ganándose entre ellas a todas las mejores fuerzas sin excepción, comprobando a cada paso, de manera escrupulosa y objetiva, si se mantiene y es vivo el contacto con las masas. Así, y *sólo* así, el destacamento de vanguardia educa e instruye a las masas, expresando *sus* intereses, enseñándoles a organizarse y orientando *toda* su acción por la vía de una política consciente de clase.

Si como consecuencia de la acción política de todas las masas, atraídas directa o indirectamente a las elecciones o participantes en ellas, resulta que *todos* los representantes electos de los obreros son partidarios de la clandestinidad y de su línea política, adictos al partido, nos encontramos ante un hecho objetivo que *demuestra* el vigor del contacto con las masas y el derecho de esta organización a ser y denominarse representante e intérprete *único* de los intereses de clase de las masas. *Todo* obrero políticamente consciente o, mejor dicho, todo grupo de obreros *pudo* participar en las elecciones, encauzándolas de una u otra manera; y si, como resultado de ello, precisamente la organización ridiculizada, injuriada y tratada despectivamente por los liquidadores *llevó tras ella* a las masas, eso significa que la actitud de nuestro partido ante las masas es justa por principio, es marxista.

La teoría de la "*amplia capa* que para constituir un partido *sólo* carece de la posibilidad de ingresar formalmente en él" es anarquismo. La clase obrera de Rusia no podrá fortalecer y desarrollar su movimiento si no lucha del modo más implacable contra esta teoría, que corrompe a las masas y destruye el propio concepto de organización, su propio principio.

La teoría de la "amplia capa" *en vez* del partido es la justificación de la mayor arbitrariedad y *vejación* sobre el movimiento obrero de masas (siendo de notar que los vejadores, a cada cinco palabras, mencionan sin falta a las "masas" y declinan el término "masivo"). Todo el mundo sabe que por medio de esta teoría los liquidadores se hacen pasar *a sí mismos*, hacen pasar a su círculo de intelectuales, por representantes y portavoces de la "amplia capa". ¡Qué significa para nosotros, dicen, un partido "estrecho" cuando representamos a la "amplia capa"! ¡Qué significa para nosotros

una clandestinidad cualquiera, que lleva tras de sí a las elecciones a un millón de obreros, cuando representamos a la amplia capa, o sea, probablemente, a millones y decenas de millones!

Los hechos objetivos —las elecciones a la IV Duma, la aparición de los periódicos obreros, las colectas para ellos, el Sindicato de Metalúrgicos de Petersburgo y el Congreso de Empleados de Comercio e Industria[169]— demuestran de modo evidente que los liquidadores constituyen un círculo de intelectuales desgajados de la clase obrera. Y la "teoría de la amplia capa" permite soslayar todos los hechos objetivos y colmar los corazones de los liquidadores del altivo sentimiento de su grandeza no reconocida...

Publicado en el N° 9 de "Prosveschenie", en septiembre de 1913. Firmado: V. Ilín.

T. 24, págs. 35-38.

DEL MANIFIESTO DEL CC DEL POSDR "LA GUERRA Y LA SOCIALDEMOCRACIA DE RUSIA"[170]

Los oportunistas han hecho fracasar los acuerdos de los Congresos de Stuttgart[171], Copenhague[172] y Basilea[173], que obligaban a los socialistas de todos los países a luchar contra el chovinismo, cualesquiera que fuesen las condiciones, que obligaban a los socialistas a responder a toda guerra iniciada por la burguesía y los gobiernos con la prédica redoblada de la guerra civil y de la revolución social. La bancarrota de la II Internacional es la bancarrota del oportunismo, que se ha desarrollado sobre la base de las particularidades de la época histórica pasada (la llamada época "pacífica") y ha obtenido durante los últimos años un predominio efectivo en la Internacional. Los oportunistas venían preparando hace ya tiempo esta bancarrota, al negar la revolución socialista y sustituirla por el reformismo burgués; al negar la lucha de clases y su indispensable transformación, en determinados momentos, en guerra civil y al propugnar la colaboración de clases; al preconizar el chovinismo burgués bajo el nombre de patriotismo y de defensa de la patria y al pasar por alto o negar la verdad fundamental del socialismo, expuesta ya en el *Manifiesto Comunista*, según la cual los obreros no tienen patria[174], al limitarse en la lucha contra el militarismo al punto de vista sentimental filisteo, en lugar de reconocer la necesidad de la guerra revolucionaria de los proletarios de todos los países contra la burguesía de todos los países; al convertir la utilización ineludible del parlamentarismo burgués y de la legalidad burguesa en una fetichización de esta legalidad y en el olvido de la necesidad

obligatoria de las formas ilegales de organización y agitación en las épocas de crisis. El "complemento" natural del oportunismo, la corriente anarcosindicalista —concepción igualmente burguesa y hostil al punto de vista proletario, es decir, marxista—, se ha manifestado no menos ignominiosamente por una repetición fatua de las consignas del chovinismo durante la presente crisis.

Escrito en septiembre u octubre de 1914.
Publicado en el N° 33 del periódico "Sotsial-Demokrat" el 1 de noviembre de 1914.

T. 26, págs. 20-21.

Del folleto "EL SOCIALISMO Y LA GUERRA"

Capítulo I
LOS PRINCIPIOS DEL SOCIALISMO Y LA GUERRA DE 1914-1915

LA ACTITUD DE LOS SOCIALISTAS ANTE LA GUERRA

Los socialistas han condenado siempre las guerras entre los pueblos por ser algo bárbaro y feroz. Pero nuestra actitud ante la guerra es, por principio, diferente de la de los pacifistas burgueses (partidarios y predicadores de la paz) y de los anarquistas. Diferimos de los primeros porque comprendemos la inevitable ligazón de las guerras con la lucha de clases dentro de cada país, porque comprendemos la imposibilidad de poner fin a las guerras sin suprimir antes las clases y sin instaurar el socialismo. Diferimos también de ellos porque reconocemos plenamente que las guerras civiles, es decir, las guerras llevadas a cabo por la clase oprimida contra la clase opresora —las guerras de los esclavos contra los esclavistas, de los campesinos siervos contra los señores feudales, de los obreros asalariados contra la burguesía— son legítimas, progresivas y necesarias. Diferimos tanto de los pacifistas como de los anarquistas en que nosotros, los marxistas, reconocemos la necesidad de un estudio histórico (desde el punto de vista del materialismo dialéctico de Marx) de cada guerra por separado. En el curso de la historia ha habido muchas guerras que, a pesar de los horrores, ferocidades, calamidades y sufrimientos que toda guerra lleva inevitablemente aparejados, fueron progresivas, es decir, favorecieron el progreso del género humano, contribuyendo a destruir las instituciones más nocivas y reaccionarias (como la autocracia o el feudalismo), las formas de despotismo más bárbaras de Europa (la turca y la rusa).

T. 26, pág. 311

Escrito en julio-agosto de 1915.
Publicado en agosto de 1915 en un folleto, en Ginebra, por la Editorial de la Redacción del periódico "Sotsial-Demokrat".

De la carta
"LAS TAREAS DE LA OPOSICION EN FRANCIA
(Carta al camarada Safárov)"

...En Francia ha perjudicado siempre mucho la frase anarquista. Pero ahora, los anarquistas-patrioteros, los anarquistas-*chauvins*, del tipo de Kropotkin, Grave, Cornelissen y demás caballeros de la "Bataille *Chauviniste*"*, ayudarán a muchísimos y muchísimos obreros, a curarse de la frase anarquista. ¡Abajo los socialistas-patrioteros y los socialistas-*chauvins*!, y lo mismo, "¡Abajo los anarquistas-patrioteros" y los anarquistas-*chauvins*!: este grito *encontrará* eco en los corazones de los obreros de Francia. No frases anarquistas sobre la revolución, sino una labor larga, seria, tenaz, persistente y sistemática para crear *en todas partes* organizaciones clandestinas entre los *obreros,* para difundir las publicaciones *libres,* es decir, ilegales, para preparar el movimiento de *l a s m a s a s* contra sus gobiernos. ¡Eso es lo que necesita la clase obrera de todos los países!

No es cierto que "los franceses son incapaces" de realizar una labor clandestina sistemática. ¡No es cierto! Los franceses aprendieron rápidamente a esconderse en las trincheras. Aprenderán también rápidamente a actuar en las *nuevas* condiciones de trabajo ilegal y a preparar de manera sistemática el movimiento *revolucionario de las masas.*

Escrito el 10 de febrero de 1916.
Publicado en 1916 en Ginebra, en una hoja en francés.
Publicado en ruso por vez primera en 1924, en el N° 4 de la revista "Proletárskaya Revoliutsia".

T. 27, págs. 238-239.

---

* *"La Batalla Chovinista"*[175]. *(N. de la Edit.)*

Del artículo
"LA INTERNACIONAL DE LA JUVENTUD"

2) Sobre la cuestión de la diferencia entre socialistas y anarquistas en su actitud frente al Estado, se ha cometido un error muy grueso en el artículo del camarada Nota Bene (N° 6)[176] (así como sobre algunas otras cuestiones: por ejemplo, la *argumentación* de nuestra lucha contra la consigna de "defensa de la patria"). El autor quiere dar una "idea clara acerca del Estado en general" (junto con la idea de un Estado imperialista de bandidos). Cita algunas declaraciones de Marx y Engels. Llega, entre otras, a las dos conclusiones siguientes:

a) ..."Es completamente erróneo buscar la diferencia entre socialistas y anarquistas en el hecho de que los primeros sean partidarios y los segundos adversarios del Estado. En realidad, la diferencia consiste en que la socialdemocracia revolucionaria quiere organizar una nueva producción social, centralizada, es decir, técnicamente más progresista, mientras que la producción anárquica descentralizada tan sólo implicaría un paso atrás hacia la vieja técnica, hacia una vieja forma de empresa". Esto es inexacto. El autor pregunta cuál es la diferencia de actitud entre socialistas y anarquistas *frente al Estado;* pero *no* contesta a esta pregunta, sino *a otra* referente a la actitud de ellos frente a la base económica de la sociedad futura. Es un problema muy importante y necesario, por cierto. Pero ello no implica que se deba olvidar lo *principal* en las diferentes actitudes de socialistas y anarquistas ante el Estado. Los socialistas defienden la utilización del Estado contemporáneo y de sus instituciones en la lucha por la liberación de la clase obrera, y también para realizar una forma singular de transición

del capitalismo al socialismo. Esta forma transitoria, que *también* es un Estado, es la dictadura del proletariado.

Los anarquistas quieren "suprimir" el Estado, "hacerlo saltar" ("sprengen"), como expresa en alguna parte el camarada Nota Bene, atribuyendo equivocadamente ese punto de vista a los socialistas. Los socialistas —el autor cita en una forma muy incompleta, por desgracia, las palabras de Engels alusivas— reconocen la "extinción", el "adormecimiento" gradual del Estado, *después* de la expropiación de la burguesía.

T. 30, págs. 227-229.

Publicado en el N° 2 de "Sbórnik "Sotsial-Demokrat" " en diciembre de 1916.
Firmado: N. Lenin.

DE LAS "CARTAS DESDE LEJOS"[177]

Tercera carta

ACERCA DE LA MILICIA PROLETARIA

...Pero surge una pregunta: ¿qué deben hacer los Soviets de diputados obreros? "Deben ser considerados como órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario", escribimos nosotros en el número 47 de *Sotsial-Demokrat* de Ginebra el 13 de octubre de 1915[178].

Este postulado teórico, deducido de la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, debe ser aclarado y desarrollado con mayor concreción, basándose en las indicaciones prácticas precisamente de la etapa actual, precisamente de la revolución actual de Rusia.

Necesitamos un *poder* revolucionario, necesitamos (para cierto período de transición) un *Estado.* En esto nos distinguimos de los anarquistas. La diferencia entre los marxistas revolucionarios y los anarquistas no sólo consiste en que los primeros son partidarios de la gran producción comunista centralizada, y los segundos, de la pequeña producción dispersa. No, la diferencia precisamente en la cuestión del poder, del Estado, consiste en que nosotros estamos *por* la utilización revolucionaria de las formas revolucionarias de Estado en la lucha por el socialismo, y los anarquistas están *en contra.*

Necesitamos un Estado. Pero *no como* el Estado que ha creado por doquier la burguesía, empezando por las monarquías constitucionales y acabando por las repúblicas más democráticas. Precisamente en ello nos distinguimos de los oportunistas y los kautskianos de los viejos partidos socialistas en proceso de putrefacción, que han deformado u olvi-

dado las enseñanzas de la Comuna de París y el análisis que de estas enseñanzas hicieron Marx y Engels*.

Necesitamos un Estado, pero *no* como el que necesita la burguesía, con los órganos de Poder —en forma de policía, ejército, burocracia— separados del pueblo y en contra de él. Todas las revoluciones burguesas se han limitado a perfeccionar *esta* máquina del Estado, a hacer pasar *esta máquina* de manos de un partido a las de otro.

Si quiere salvaguardar las conquistas de la presente revolución y seguir adelante, si quiere conquistar la paz, el pan y la libertad, el proletariado debe, empleando la palabra de Marx, "*demoler*" esa máquina del Estado "ya hecha" y sustituirla por otra, *fundiendo* la policía, el ejército y la burocracia con *todo el pueblo en armas*. Siguiendo la ruta indicada por la experiencia de la Comuna de París de 1871 y de la revolución rusa de 1905, el proletariado debe organizar y armar a *todos* los elementos pobres y explotados de la población, a fin de que ellos *mismos* tomen directamente en sus manos los organismos del poder del Estado y *formen ellos mismos* las instituciones de ese poder.

Los obreros de Rusia *han emprendido* ya esa ruta en la primera etapa de la primera revolución, en febrero-marzo de 1917. Ahora todo estriba en comprender claramente cuál es esta nueva ruta, en seguirla con audacia, firmeza y tenacidad.

Escrito el 11 (24) de marzo de 1917.
Publicado por vez primera en 1924, en el N° 3-4 de la revista "La Internacional Comunista".

T. 31, págs. 39-40.

* En una de las cartas siguientes o en un artículo especial me detendré con detalle en este análisis, en particular, en *La guerra civil en Francia* de Marx, en el prefacio de Engels a la tercera edición de esta obra, en las cartas de Marx del 12 de abril de 1871 y de Engels del 18-28 de marzo de 1875, así como en la forma en que Kautsky tergiversó por completo el marxismo en la polémica que sostuvo en 1912 contra Panneckoek sobre el problema de la "destrucción del Estado". (Véase la presente recopilación págs. 273-276.) *(N. de la Edit.)*

DE LAS "CARTAS SOBRE TACTICA"

Carta 1
APRECIACION DEL MOMENTO

... ¿Pero quizá corremos el peligro de caer en el subjetivismo, de querer "saltar por encima" de la revolución de carácter democrático-burgués, aún no terminada —que todavía no ha llevado a su fin al movimiento campesino—, a la revolución socialista?

Si yo hubiese dicho: "sin el zar, pero un gobierno *obrero*"[179] me amenazaría semejante peligro. Pero yo *no* he dicho eso, sino que he dicho algo distinto. Yo he afirmado que *fuera* de los Soviets de diputados obreros, jornaleros, soldados y campesinos *no puede* haber otro gobierno en Rusia (sin contar el gobierno burgués). Yo he afirmado que el poder en Rusia puede pasar, ahora, de Guchkov y Lvov *únicamente* a estos Soviets, y en ellos *justamente* prevalecen los campesinos, prevalecen los soldados, prevalece la pequeña burguesía, para expresarlo en términos científicos, marxistas, y no empleando una caracterización habitual, filistea, ni profesional, sino una caracterización de clase.

En mis tesis, me aseguré completamente de todo salto por encima del movimiento campesino o, en general, pequeñoburgués aún latente, de todo *juego* a la "toma del poder" por parte de un gobierno obrero, de cualquier aventura blanquista, puesto que me refería directamente a la experiencia de la Comuna de París. Como se sabe, y como lo indicaron detalladamente Marx en 1871 y Engels en 1891[180], esta experiencia excluía totalmente el blanquismo, asegurando completamente el dominio directo. inmediato e incondicional de

la mayoría y la actividad de las masas, sólo en la medida de la intervención *consciente* de la mayoría misma.

En las tesis reduje la cuestión, con plena claridad, a la *lucha por la influencia dentro* de los Soviets de diputados obreros, jornaleros, campesinos y soldados. Para no dejar ni asomo de duda a este respecto, subrayé *dos veces*, en las tesis, la necesidad de un trabajo de paciente e insistente "explicación", "que se adapte a las necesidades *prácticas de las masas*".

Gente ignorante o renegados al marxismo, como el señor Plejánov y otros, pueden gritar sobre anarquismo, blanquismo, etc. Quien quiera meditar y estudiar no dejará por menos de comprender que el blanquismo significa la toma del poder por una minoría, mientras que los Soviets de diputados obreros, etc., constituyen *evidentemente* una organización directa e inmediata *de la mayoría* del pueblo. La lucha por la influencia *dentro* de tales Soviets no puede, sencillamente *no puede*, desviarse al pantano del blanquismo. Y tampoco puede caer en el pantano del anarquismo, puesto que el anarquismo es la negación de la *necesidad del Estado y del Poder estatal* en la época de *transición* del dominio de la burguesía al dominio del proletariado. Mientras que yo *defiendo*, con una claridad que excluye toda posibilidad de confusión, la necesidad del Estado en esta época, pero —de acuerdo con Marx y con la experiencia de la Comuna de París—, no de un Estado parlamentario burgués de tipo corriente, sino de un Estado *sin* un ejército permanente, *sin* una policía opuesta al pueblo, *sin* una burocracia situada por encima del pueblo.

Si el señor Plejánov, en su *Edinstvo*, grita a voz en cuello sobre el anarquismo, con ello sólo demuestra, una vez más, que ha roto con el marxismo. Al reto, lanzado por mí en *Pravda* (N° 26), de exponer lo que en 1871, 1872, y 1875[181] nos enseñaron Marx y Engels acerca del Estado, el señor Plejánov se ve obligado a responder, y no tendrá más remedio que responder, sólo con el silencio respecto a la esencia de la cuestión y con gritos al estilo de la burguesía enfurecida.

El ex marxista señor Plejánov no ha comprendido *en absoluto* la doctrina del marxismo sobre el Estado. De paso

sea dicho, los gérmenes de esta incomprensión se ven ya, también, en su folleto sobre el anarquismo, editado en alemán[182].

Escrito entre el 8 y el 13 (21 y 26) de abril de 1917. Publicado en 1917 en un folleto, en Petrogrado, por la Editorial "Pribói".

T. 37, págs. 137-139.

Del folleto
"LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN NUESTRA REVOLUCION

(Proyecto de denominación del partido proletario)"

¿COMO DEBE DENOMINARSE NUESTRO PARTIDO PARA QUE SU NOMBRE, ADEMAS DE SER CIENTIFICAMENTE EXACTO, CONTRIBUYA POLITICAMENTE A ESCLARECER LA CONCIENCIA DEL PROLETARIADO?

19. Paso al punto final: al nombre que debe ostentar nuestro partido. Debemos llamarnos *Partido Comunista,* como se llamaban Marx y Engels.

Debemos repetir que somos marxistas y que nos basamos en el *Manifiesto Comunista,* desfigurado y traicionado por la socialdemocracia en dos puntos sustanciales: 1. Los obreros no tienen patria: la "defensa de la patria" en la guerra imperialista es una traición al socialismo. 2. La teoría marxista del Estado ha sido desnaturalizada por la II Internacional.

El nombre de "socialdemocracia" es *científicamente* inexacto, como demostró Marx reiteradas veces, entre otras, en *Crítica del Programa de Gotha* en 1875, y como repitió Engels, en un lenguaje más popular, en 1894[183]. La humanidad sólo puede pasar del capitalismo directamente al socialismo, es decir, a la propiedad común de los medios de producción y a la distribución de los productos según el trabajo de cada cual. Nuestro partido ve más allá: afirma que el socialismo deberá transformarse inevitablemente y de modo gradual en comunismo, en cuya bandera campea este lema: "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades".

He ahí mi primer argumento.

Segundo argumento: la segunda parte de la denominación de nuestro Partido *(socialdemócrata)* tampoco es exacta desde el punto de vista científico. La democracia es una de

las formas del Estado, y nosotros, los marxistas, somos enemigos de *todo* Estado.

Los líderes de la II Internacional (1889-1914), los señores Plejánov, Kautsky y consortes han envilecido y desnaturalizado el marxismo.

El marxismo se distingue del anarquismo en que reconoce *la necesidad del Estado* para el paso al socialismo, pero —y esto lo distingue también de Kautsky y Cía.— *no de un Estado* al modo de la república democrática parlamentaria burguesa corriente, sino de un Estado como la Comuna de París de 1871, como los Soviets de diputados obreros de 1905 y 1917.

Mi tercer argumento es éste: *La realidad,* la revolución, han creado *ya prácticamente* en nuestro país, aunque en forma débil y embrionaria ese nuevo "Estado", que no es un Estado en el sentido estricto de la palabra.

Esto es *ya* un problema práctico de las masas y no sólo una teoría de los líderes.

El Estado, en el sentido estricto de la palabra, es un poder de mando sobre las masas ejercido por destacamentos de hombres armados alejados del pueblo.

Nuestro nuevo Estado *naciente* es también un Estado, pues necesitamos de destacamentos de hombres armados, necesitamos del orden *más severo,* necesitamos recurrir a la violencia para reprimir *despiadadamente* todos los intentos de la contrarrevolución, ya sea zarista o burguesa, a la manera de Guchkov.

Pero nuestro nuevo Estado *naciente no es* ya un Estado en el sentido estricto de la palabra, pues en muchas regiones de Rusia los destacamentos armados están integrados por la *propia masa,* por todo el pueblo, y no por alguien entronizado sobre él, aislado de él, dotado de privilegios y prácticamente inamovible.

Hay que mirar hacia adelante y no hacia atrás, no hacia la democracia de tipo burgués habitual, que afianzaba la dominación de la burguesía con ayuda de los viejos órganos de administración *monárquicos,* de la policía, el ejército y la burocracia.

Hay que mirar hacia adelante, hacia la nueva democracia naciente, que va dejando ya de ser una democracia, pues

democracia significa dominación del pueblo, y el propio pueblo armado no puede dominar sobre sí mismo.

La palabra "democracia", aplicada al Partido Comunista, no es sólo científicamente inexacta. Después de marzo de 1917, es una *anteojera* puesta al pueblo revolucionario que le *impide* emprender con libertad, intrepidez y propia iniciativa la edificación de lo nuevo: los Soviets de diputados obreros, campesinos, etc., etc., como *único* poder dentro del "Estado", como precursor de la "extinción" de *todo* Estado.

Mi cuarto argumento consiste en que hay que tener en cuenta la situación objetiva del socialismo en el mundo entero.

Esta situación no es ya la misma que en la época de 1871 a 1914 en la que Marx y Engels se resignaron a admitir conscientemente el término inexacto y oportunista de "socialdemocracia". Porque *entonces*, después de derrotada la Comuna de París, la historia había puesto al orden del día una labor lenta de organización y educación. No cabía otra. Los anarquistas no sólo no tenían ninguna razón teóricamente (y siguen sin tenerla), sino tampoco desde el punto de vista económico y político. Apreciaban erróneamente el momento, sin comprender la situación internacional: el obrero inglés corrompido por las ganancias imperialistas, la Comuna de París aplastada, el movimiento nacional-burgués que acababa de triunfar (1871) en Alemania, la Rusia semifeudal sumida en un letargo secular...

Marx y Engels tuvieron en cuenta certeramente el momento, comprendieron la situación internacional y las tareas de la aproximación *lenta* hacia el comienzo de la revolución social.

Sepamos también ahora comprender nosotros las tareas y peculiaridades de la nueva época. No imitemos a aquellos malhadados marxistas de quienes decía Marx: "He sembrado dragones y he cosechado pulgas"[184].

La necesidad objetiva del capitalismo, que al crecer se ha convertido en imperialismo, ha engendrado la guerra imperialista. Esta guerra ha llevado a toda la humanidad al *borde del abismo*, casi a la ruina de toda la cultura, al embrutecimiento y a la muerte de nuevos millones y millones de hombres.

No hay más salida que la revolución del proletariado.

Y en un momento así, en que esta revolución comienza, en que da sus primeros pasos, tímidos, inseguros, inconscientes, demasiado confiados en la burguesía; en un momento así, la mayoría (y esto es verdad, es un hecho) de los líderes "socialdemócratas", de los parlamentarios "socialdemócratas", de los periódicos "socialdemócratas" —y son precisamente éstos los *órganos* creados para influir sobre las masas—, traiciona al socialismo, *vende* al socialismo y deserta al campo de "su" burguesía nacional.

Esos líderes han confundido a las masas, desorientado, las han engañado.

¡Y se pretende que nosotros fomentemos ahora ese engaño, que lo facilitemos, aferrándonos a esa vieja y caduca denominación, tan podrida ya como la II Internacional!

No importa que "muchos" obreros *interpreten* honradamente el nombre de socialdemocracia. Pero es hora ya de aprender a distinguir lo subjetivo de lo objetivo.

Subjetivamente, esos obreros socialdemócratas son guías fidelísimos de las masas proletarias.

Pero la situación objetiva internacional es tal que la vieja denominación de nuestro Partido *facilita* el engaño de las masas, *frena* el avance, pues a cada paso, en cada periódico, en cada grupo parlamentario, la masa ve a los *líderes*, es decir, a hombres cuyas palabras tienen más resonancia y cuyos hechos se ven desde más lejos, y observa que todos ellos "son socialdemócratas por añadidura", que todos ellos abogan "por la unidad" con los traidores al socialismo, con los socialchovinistas, que todos ellos presentan al cobro las viejas letras firmadas por la "socialdemocracia"...

¿Cuáles son los argumentos en contra?... "Se nos confundirá con los anarcocomunistas"...

¿Y por qué no tememos que se nos confunda con los social-nacionales y social-liberales, con los radicales socialistas, con ese partido burgués, el más avanzado y más hábil de cuantos engañan a las masas en la República Francesa?... "Las masas se han habituado, los obreros "se han encariñado" con *su* Partido Socialdemócrata"...

Es el único argumento que se invoca; pero es un argumento que rechaza la ciencia marxista, las tareas de mañana

na en la revolución, la situación objetiva del socialismo mundial, la bancarrota ignominiosa de la II Internacional y el perjuicio que causan a la labor práctica los enjambres de elementos, "socialdemócratas por añadidura", que rondan en torno al proletariado.

Es un argumento de rutina, de aletargamiento, de inercia.

Pero nosotros queremos transformar el mundo. Queremos poner término a la guerra imperialista mundial, en la que se ven envueltos centenares de millones de hombres, en la que están mezclados los intereses de muchos cientos de miles de millones de capital y a la que no se podrá poner fin con una paz verdaderamente democrática sin la más grandiosa revolución que conoce la historia de la humanidad: la revolución proletaria.

Y tenemos miedo de nosotros mismos. No nos decidimos a quitarnos la camisa sucia a que estamos "habituados" y a la que hemos tomado "apego"...

Mas ha llegado la hora de quitarse la camisa sucia, ha llegado la hora de ponerse ropa limpia.

Petrogrado, 10 de abril de 1917.

Publicado en septiembre de 1917 en un folleto en Petrogrado, por la Editorial "Priboi".

T. 31, págs. 179-188.

Del libro
"EL ESTADO Y LA REVOLUCION
LA DOCTRINA MARXISTA DEL ESTADO Y LAS TAREAS DEL PROLETARIADO EN LA REVOLUCION"

Capítulo III
EL ESTADO Y LA REVOLUCION. LA EXPERIENCIA DE LA COMUNA DE PARIS DE 1871. EL ANALISIS DE MARX

3. LA ABOLICION DEL PARLAMENTARISMO

"La Comuna —escribió Marx— no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo...

...En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar *(ver- und zertreten)* al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo, organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios"[185].

Esta notable crítica del parlamentarismo, hecha en 1871, también figura hoy, gracias al predominio del socialchovinismo y del oportunismo, entre las "palabras olvidadas" del marxismo. Los ministros y parlamentarios profesionales, los traidores al proletariado y los "mercachifles" socialistas de nuestros días han dejado por entero a los anarquistas la crítica del parlamentarismo, y sobre esta base asombrosamente juiciosa han declarado que *toda* crítica del parlamentarismo es ¡¡"anarquismo"!! No tiene nada de extraño que el proletariado de los países parlamentarios "adelantados", lleno de asco al ver a "socialistas" como los Scheidemann, los David, los Legien, los Sembat, los Renaudel, los Henderson, los Vandervelde, los Stauning, los Branting, los Bissolati y Cía., haya puesto cada vez más sus simpatías en el anarcosindicalismo, a pesar de que éste es hermano carnal del oportunismo.

Mas para Marx la dialéctica revolucionaria no fue nunca esa vacua frase de moda, esa bagatela en que la han convertido Plejánov, Kautsky y otros. Marx sabía romper implacablemente con el anarquismo por su incapacidad para aprovechar hasta el "establo" del parlamentarismo burgués —sobre todo cuando se sabe que no se está ante situaciones revolucionarias—, pero, al mismo tiempo, sabía también hacer una crítica auténticamente revolucionaria, proletaria, del parlamentarismo.

Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el Parlamento: he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no sólo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino en las repúblicas más democráticas...

4. ORGANIZACION DE LA UNIDAD DE LA NACION

"...En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña"... Las comunas enviarían también "diputados a la Asamblea Nacional de delegados" de París.

"...Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central no se suprimirían como se ha dicho, falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables...

...No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria"... "Mientras que los órganos puramente represivos del viejo Poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad

que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirlas a los servidores responsables de esta sociedad"[186].

Hasta qué punto los oportunistas de la socialdemocracia actual no han comprendido —tal vez fuera más exacto decir que no han querido comprender— estos razonamientos de Marx, lo revela mejor que nada el libro herostráticamente célebre del renegado Bernstein *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Refiriéndose a las citadas palabras de Marx, Bernstein escribía que en ellas se desarrolla un programa "que, por su contenido político, presenta, en todos los rasgos esenciales, grandísima semejanza con el federalismo de Proudhon... Pese a todas las demás diferencias que separan a Marx y al "pequeño burgués" Proudhon (Bernstein pone "pequeño burgués" entre comillas, queriendo darle una intención irónica), en estos puntos el curso de sus pensamientos es lo más afín que cabe". Naturalmente, prosigue Bernstein, la importancia de las municipalidades va en aumento, pero "a mí me parece dudoso que la primera tarea de la democracia sea esta abolición (*Auflösung* —literalmente: disolución) de los Estados modernos y la transformación completa (*Umwandlung:* cambio radical) de su organización, tal como Marx y Proudhon la conciben (formación de la Asamblea Nacional con delegados de las asambleas provinciales o regionales, integradas a su vez por delegados de las comunas), desapareciendo completamente todas las formas anteriores de las representaciones nacionales" (Bernstein *Las premisas*, págs. 134 y 136, edición alemana de 1899).

Esto es sencillamente monstruoso: ¡confundir las concepciones de Marx sobre la "destrucción del poder estatal, del parásito", con el federalismo de Proudhon! Pero esto no es casual, pues al oportunista no se le pasa siquiera por las mientes que aquí Marx no habla en manera alguna del federalismo por oposición al centralismo, sino de la destrucción de la vieja máquina burguesa del Estado, existente en todos los países burgueses.

Al oportunista sólo se le viene a las mientes lo que ve en torno suyo, en medio del filisteísmo mezquino y del estancamiento "reformista", a saber: ¡sólo las "municipalidades"!

El oportunista ha perdido la costumbre de pensar siquiera en la revolución del proletariado.

Esto es ridículo. Pero lo curioso es que nadie haya discutido con Bernstein acerca de este punto. Bernstein fue refutado por muchos, especialmente por Plejánov en la literatura rusa y por Kautsky en la europea, pero *ni* el uno *ni* el otro han hablado de *esta* tergiversación de Marx por Bernstein.

El oportunista se ha desacostumbrado hasta tal punto de pensar en revolucionario y de reflexionar acerca de la revolución, que atribuye a Marx el "federalismo", confundiéndole con Proudhon, el fundador del anarquismo. Y Kautsky y Plejánov, que pretenden pasar por marxistas ortodoxos y defender la doctrina del marxismo revolucionario, ¡guardan silencio acerca de esto! Aquí encontramos una de las raíces de ese extraordinario envilecimiento de las ideas acerca de la diferencia entre marxismo y anarquismo, bastardeamiento característico tanto de los kautskianos como de los oportunistas y del que habremos de hablar todavía.

En los citados pasajes de Marx sobre la experiencia de la Comuna, no hay ni rastro de federalismo. Marx coincide con Proudhon precisamente en algo que no ve el oportunista Bernstein. Marx discrepa de Proudhon precisamente en aquello en que Bernstein ve una afinidad.

Marx coincide con Proudhon en que ambos abogan por la "destrucción" de la máquina moderna del Estado. Esta coincidencia del marxismo con el anarquismo (tanto con el de Proudhon como con el de Bakunin) no quieren verla ni los oportunistas ni los kautskianos, pues los unos y los otros han desertado del marxismo en este punto.

Marx discrepa de Proudhon y de Bakunin precisamente en la cuestión del federalismo (no hablando ya de la dictadura del proletariado). El federalismo es una derivación de principio de las concepciones pequeñoburguesas del anarquismo. Marx es centralista. En los pasajes suyos citados más arriba no se aparta lo más mínimo del centralismo. ¡Sólo quienes se hallen poseídos de la "fe supersticiosa" del filisteo en el Estado pueden confundir la destrucción de la máquina estatal burguesa con la destrucción del centralismo!

Y bien, si el proletariado y los campesinos pobres toman

el poder del Estado, se organizan de un modo absolutamente libre en comunas y *unifican* la acción de todas las comunas para dirigir los golpes contra el capital, para aplastar la resistencia de los capitalistas, para entregar a *toda* la nación, a toda la sociedad, la propiedad privada sobre los ferrocarriles, las fábricas, la tierra, etc., ¿acaso esto no será el centralismo? ¿Acaso esto no será el más consecuente centralismo democrático y, además, un centralismo proletario?

A Bernstein no le cabe, sencillamente, en la cabeza que sea posible el centralismo voluntario, la unión voluntaria de las comunas en la nación, la fusión voluntaria de las comunas proletarias para aplastar la dominación burguesa y la máquina estatal burguesa. Para Bernstein, como para todo filisteo, el centralismo es algo que sólo puede venir de arriba, que sólo puede ser impuesto y mantenido por la burocracia y el militarismo.

Marx subraya intencionadamente, como previendo la posibilidad de que sus ideas fuesen tergiversadas, que el acusar a la Comuna de querer destruir la unidad de la nación, de querer suprimir el poder central, es una falsedad consciente. Marx usa intencionadamente la expresión "organizar la unidad de la nación" para contraponer el centralismo consciente, democrático, proletario, al centralismo burgués, militar, burocrático...

Capítulo IV

CONTINUACION. ACLARACIONES COMPLEMENTARIAS DE ENGELS

1. "EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA"

Hablando de cómo los blanquistas después de la Comuna e impulsados por la experiencia de ésta, adoptaron la posición de principio del marxismo, Engels formula de pasada esta posición en los siguientes términos:

"... Necesidad de la acción política del proletariado y de su dictadura, como paso hacia la supresión de las clases y, con ellas, del Estado..." (pág. 55)*.

* Véase la presente recopilación, pág. 72. *(N. de la Edit.)*

Algunos aficionados a la crítica liberal o ciertos "exterminadores" burgueses del marxismo encontrarán quizá una contradicción entre este *reconocimiento* de la "supresión del Estado" y la negación de semejante fórmula, por anarquista, en el pasaje del *Anti-Dühring* citado más arriba. No tendría nada de extraño que los oportunistas clasificasen también a Engels entre los "anarquistas", ya que hoy se va generalizando cada vez más entre los socialchovinistas la tendencia a acusar de anarquismo a los internacionalistas.

El marxismo ha enseñado siempre que a la par con la supresión de las clases se producirá la supresión del Estado. El tan conocido pasaje del *Anti-Dühring* acerca de la "extinción del Estado" no acusa a los anarquistas simplemente de abogar por la supresión del Estado, sino de predicar la posibilidad de suprimir el Estado "de la noche a la mañana".

Como la doctrina "socialdemócrata" imperante hoy ha tergiversado completamente la actitud del marxismo ante el anarquismo en lo tocante a la destrucción del Estado, será muy útil recordar aquí una polémica de Marx y Engels con los anarquistas.

2. POLEMICA CON LOS ANARQUISTAS

Esta polémica tuvo lugar en 1873. Marx y Engels escribieron para un almanaque socialista italiano unos artículos contra los proudhonianos, "autonomistas" o "antiautoritarios," artículos que sólo en 1913 fueron publicados en alemán, en la revista *Neue Zeit*[187].

> "... Si la lucha política de la clase obrera —escribió Marx, ridiculizando a los anarquistas y su negación de la política —asume formas violentas, si los obreros sustituyen la dictadura de la burguesía con su dictadura revolucionaria, cometen un terrible delito de leso principio, porque para satisfacer sus míseras necesidades vulgares de cada día, para vencer la resistencia de la burguesía, dan al Estado una forma revolucionaria y transitoria en vez de deponer las armas y abolirlo... (*Neue Zeit*, 1913-1914, año 32, t. 1, pág. 40)*

* Véase la presente recopilación, págs. 77-78. *(N. de la Edit.)*

¡He aquí contra qué "abolición" del Estado se manifestaba exclusivamente Marx al refutar a los anarquistas! No es, ni mucho menos, contra el hecho de que el Estado desaparezca con la desaparición de las clases o sea suprimido al suprimirse éstas, sino contra el hecho de que los obreros renuncien al empleo de las armas, a la violencia organizada, *es decir, al Estado*, que ha de servir para "vencer la resistencia de la burguesía".

Marx subraya intencionadamente —para que no se tergiverse el verdadero sentido de su lucha contra el anarquismo— la "forma revolucionaria y *transitoria*" del Estado que el proletariado necesita. El proletariado sólo necesita el Estado temporalmente. No discrepamos en modo alguno de los anarquistas en cuanto a la abolición del Estado, como *meta*. Lo que afirmamos es que, para alcanzar esta meta, es necesario el empleo temporal de los instrumentos, de los medios, de los métodos del Poder estatal *contra* los explotadores, igual que para destruir las clases es necesaria la dictadura temporal de la clase oprimida. Marx elige contra los anarquistas el planteamiento más tajante y más claro del problema: al derrocar el yugo de los capitalistas, ¿deberán los obreros "deponer las armas" o emplearlas contra los capitalistas para vencer su resistencia? Y el empleo sistemático de las armas por una clase contra otra clase, ¿qué es si no una "forma transitoria" de Estado?

Que cada socialdemócrata se pregunte si es *así como* él ha planteado la cuestión del Estado en su polémica con los anarquistas, si es *así* como ha planteado esta cuestión la inmensa mayoría de los partidos socialistas oficiales de la II Internacional.

Engels expone estas ideas de un modo todavía más detallado y más popular, ridiculizando, ante todo, el embrollo ideológico de los proudhonianos, quienes se llamaban "antiautoritarios", es decir, negaban toda autoridad, toda subordinación, todo poder. Tomad una fábrica, un ferrocarril, un barco en alta mar, dice Engels: ¿Acaso no es evidente que sin una cierta subordinación y, por consiguiente, sin una cierta autoridad o poder será imposible el funcionamiento de ninguna de estas complejas empresas técnicas, basadas en el empleo de máquinas

y en la cooperación de muchas personas con arreglo a un plan?

"... Cuando he puesto parecidos argumentos a los más furiosos antiautoritarios —escribe Engels—, no han sabido responderme más que esto: "¡Ah! eso es verdad, pero aquí no se trata de que nosotros demos al delegado una autoridad, *sino ¡de un encargo!*" Estos señores creen cambiar la cosa con cambiarle el nombre..."*

Después de demostrar, de tal modo, que autoridad y autonomía son conceptos relativos, que su radio de aplicación cambia con las distintas fases del desarrollo social y que es absurdo aceptar estos conceptos como algo absoluto, y añadiendo que el campo de la aplicación de las máquinas y de la gran industria se ensancha cada vez más, Engels pasa de las consideraciones generales sobre la autoridad al problema del Estado.

"... Si los autonomistas —prosigue— se limitasen a decir que la organización social del porvenir restringirá la autoridad hasta el límite estricto en que la hagan inevitable las condiciones de la producción, podríamos entendernos; pero lejos de esto, permanecen ciegos para todos los hechos que hacen necesaria la cosa y arremeten con furor contra la palabra.

¿Por qué los antiautoritarios no se limitan a clamar contra la autoridad política, contra el Estado? Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas, llamadas a velar por los verdaderos intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político autoritario sea abolido de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las condiciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad.

¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella? Así, pues, una de dos: o los antiautoritarios no saben lo que dicen, y en este caso no hacen más que sembrar la confusión; o lo saben, y en este caso traicionan el movimiento del proletariado. En uno y otro caso sirven a la reacción" (pág. 39)*.

* Véase la presente recopilación, pág. 86. *(N. de la Edit.)*

En este pasaje se abordan cuestiones que conviene examinar en conexión con el tema de la correlación entre la política y la economía en el período de extinción del Estado (tema al que consagramos el capítulo siguiente). Son cuestiones como la de la transformación de las funciones públicas de funciones políticas en funciones simplemente administrativas y la del "Estado político". Esta última expresión, tan capaz de provocar equívocos, alude al proceso de extinción del Estado: el Estado moribundo, al llegar a una cierta fase de su extinción, puede calificarse de Estado no político.

También en este pasaje de Engels la parte más notable es su razonamiento contra los anarquistas. Los socialdemócratas que pretenden ser discípulos de Engels han discutido millones de veces con los anarquistas desde 1873, pero han discutido precisamente *no* como pueden y deben discutir los marxistas. El concepto anarquista de la abolición del Estado es confuso y *no revolucionario:* así es cómo plantea la cuestión Engels. Los anarquistas no quieren ver precisamente la revolución en su nacimiento y en su desarrollo, en sus tareas específicas con relación a la violencia, a la autoridad, al poder y al Estado.

* Véase la presente recopilación, págs. 87-88. *(N. de la Edit.)*

La crítica corriente del anarquismo en los sociademócratas de nuestros días ha degenerado en la más pura vulgaridad pequeñoburguesa: "¡Nosotros reconocemos el Estado; los anarquistas, no!" Es evidente que semejante vulgaridad no puede por menos de repugnar a los obreros, por poco reflexivos y revolucionarios que sean. Engels dice otra cosa: subraya que todos los socialistas reconocen la desaparición del Estado como consecuencia de la revolución socialista. Luego plantea de manera concreta el problema de la revolución, precisamente el problema que los socialdemócratas suelen soslayar por razones de oportunismo, cediendo, por decirlo así, la exclusiva de su "estudio" a los anarquistas. Y al plantear este problema, Engels agarra al toro por los cuernos: ¿No hubiera debido la Comuna emplear *más* el Poder *revolucionario del Estado*, es decir, del proletariado armado, organizado como clase dominante?

Por lo general, la socialdemocracia oficial imperante elude la cuestión de las tareas concretas del proletariado en la revolución, bien con simples burlas de filisteo, bien, en el mejor de los casos, con la frase sofística y evasiva de "¡Ya veremos!" Y los anarquistas tenían derecho a decir que esta socialdemocracia traicionaba su misión de educar revolucionariamente a los obreros. Engels se vale de la experiencia de la última revolución proletaria precisamente para estudiar del modo más concreto cuál debe ser la actitud del proletariado y cómo debe actuar tanto con relación a los bancos como en lo que respecta al Estado.

3. UNA CARTA A BEBEL

Uno de los razonamientos más notables, si no el más notable, de las obras de Marx y Engels respecto al Estado se contiene en el siguiente pasaje de una carta de Engels a Bebel del 18-28 de marzo de 1875. Carta que —dicho sea entre paréntesis— fue publicada por vez primera, que nosotros sepamos, por Bebel en el segundo tomo de sus memorias *(De mi vida)*, que vio la luz en 1911, es decir, 36 años después de escrita y enviada aquella carta.

Engels escribió a Bebel criticando aquel mismo proyecto de programa de Gotha, que Marx criticó en su célebre carta a Bracke. Y, por lo que se refiere especialmente a la cuestión del Estado, le decía lo siguiente:

> "... El Estado popular libre se ha convertido en el Estado libre. Gramaticalmente hablando, Estado libre es un Estado que es libre respecto a sus ciudadanos, es decir, un Estado con un gobierno despótico. Habría que abandonar toda esa charlatanería acerca del Estado, sobre todo después de la Comuna, que no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra. Los anarquistas nos han echado en cara más de la cuenta esto del *"Estado popular"*, a pesar de que ya la obra de Marx contra Proudhon[188] y luego el *Manifiesto Comunista* dicen claramente que, con la implantación del régimen social socialista, el Estado se disuelve por sí mismo *(sich auflöst)* y desaparece. Siendo el Estado una institución meramente transitoria que se utiliza en la lucha, en la revolución, para aplastar por la violencia a los adversarios, es un absurdo hablar de Estado popular libre: mientras el proletariado *necesite* todavía del Estado, no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir. Por eso, nosotros propondríamos decir siempre, en vez de la palabra *Estado*, la palabra "comunidad" *(Gemeinwesen)*, una buena y antigua palabra alemana que equivale a la palabra francesa *"Commune"* " (págs. 321-322 del texto alemán)*.

Hay que tener en cuenta que esta carta se refiere al programa del Partido, criticado por Marx en una carta escrita solamente varias semanas después de aquélla (carta de Marx del 5 de mayo de 1875[189]), y que Engels vivía por aquel entonces en Londres, con Marx. Por eso, al decir en las últimas líneas de la carta "nosotros", Engels, indudablemente, en su nombre y en el de Marx, propone al jefe del Partido Obrero Alemán *borrar del programa* la palabra "Estado" y sustituirla por la palabra *"comunidad"*.

¡Qué bramidos sobre "anarquismo" lanzarían los cabecillas del "marxismo" de hoy, un "marxismo" falsificado para

* Véase la presente recopilación, pág. 139. *(N. de la Edit.)*

uso de oportunistas, si se les propusiese semejante enmienda en su programa!

Que bramen cuanto quieran. La burguesía les elogiará por ello.

Pero nosotros continuaremos nuestra obra. Cuando revisemos el programa de nuestro partido deberemos tomar en consideración, sin falta, el consejo de Engels y Marx para acercarnos más a la verdad, para restaurar el marxismo, purificándolo de tergiversaciones, para orientar más certeramente la lucha de la clase obrera por su liberación. Entre los bolcheviques no habrá, de seguro, quien se oponga al consejo de Engels y Marx. La dificultad estribará tan sólo, si acaso, en el término. Para expresar el concepto "comunidad" hay en alemán dos palabras, de las cuales Engels eligió la que *no* indica una comunidad por separado, sino el conjunto de ellas, el sistema de comunas. En ruso no existe un vocablo semejante, y tal vez tendremos que emplear el francés "*commune*", aunque esto tenga también sus inconvenientes.

"La Comuna no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra": he aquí la afirmación más importante de Engels, desde el punto de vista teórico. Después de lo expuesto más arriba, esta afirmación resulta absolutamente lógica. La Comuna *iba dejando* de ser un Estado, toda vez que su papel no consistía en reprimir a la mayoría de la población, sino a la minoría (a los explotadores); había roto la máquina del Estado burgués; en vez de una fuerza *especial* para la represión, entró en escena la población misma. Todo esto significa apartarse del Estado en su sentido estricto. Y si la Comuna se hubiera consolidado, habrían ido "extinguiéndose" en ella por sí mismas las huellas del Estado, no habría sido necesario "suprimir" sus instituciones: éstas habrían dejado de funcionar a medida que no tuviesen nada que hacer.

"Los anarquistas nos han echado en cara más de la cuenta lo del "Estado popular" ". Al hablar así, Engels se refiere, principalmente, a Bakunin y a sus ataques contra los socialdemócratas alemanes. Engels reconoce que estos ataques son justos *en tanto* en cuanto el "Estado popular" es un absurdo y un concepto tan divergente del socialismo como el "Estado

popular libre". Engels se esfuerza por corregir la lucha de los socialdemócratas alemanes contra los anarquistas, por hacer de esta lucha una justa lucha de principios, por depurarla de los prejuicios oportunistas relativos al "Estado". Pero, ¡ay!, la carta de Engels se pasó 36 años en el fondo de un cajón. Y más abajo veremos que, aun después de publicada, Kautsky sigue repitiendo tenazmente, en esencia, los mismos errores contra los que precavía Engels.

Bebel contestó a Engels el 21 de septiembre de 1875 con una carta en la que decía, entre otras cosas, estar "completamente de acuerdo" con sus juicios acerca del proyecto de programa y que había reprochado a Liebknecht su transigencia (pág. 334 de la edición alemana de las memorias de Bebel, tomo II). Pero si abrimos el folleto de Bebel titulado *Nuestros objetivos* encontramos en él consideraciones absolutamente falsas acerca del Estado:

"El Estado debe convertirse de un Estado basado en la *dominación de clase en un Estado popular*" (*Unsere Ziele*, ed. alemana de 1886, pág. 14).

¡Así aparece impreso en la *novena* (¡novena!) edición del folleto de Bebel! No es de extrañar que tan pertinaz repetición de los juicios oportunistas sobre el Estado haya sido asimilada por la socialdemocracia alemana, sobre todo cuando las explicaciones revolucionarias de Engels se mantenían ocultas y todas las circunstancias de la vida la habían "desacostumbrado" de la revolución para mucho tiempo.

Capítulo VI

EL ENVILECIMIENTO DEL MARXISMO POR LOS OPORTUNISTAS

El problema de la actitud del Estado hacia la revolución social y de ésta hacia aquél, como en general el problema de la revolución, ha preocupado muy poco a los más notables teóricos y publicistas de la II Internacional (1889-1914). Pero lo más característico del proceso de desarrollo gradual del oportunismo, que llevó a la bancarrota de la II Internacional en 1914, es que incluso cuando han abordado de lleno esta cuestión *se han esforzado por eludirla* o no la han advertido.

En términos generales puede decirse que de este *enfoque evasivo* ante el problema de actitud de la revolución proletaria hacia el Estado, enfoque evasivo favorable para el oportunismo y del que se nutría éste, surgió la *tergiversación* del marxismo y su completo envilecimiento.

Para caracterizar, aunque sea brevemente, este proceso lamentable, fijémonos en los teóricos más destacados del marxismo, en Plejánov y Kautsky.

1. La polémica de Plejánov con los anarquistas

Plejánov consagró a la actitud del anarquismo hacia el socialismo un folleto titulado *Anarquismo y socialismo*, que se publicó en alemán en 1894.

Plejánov se las ingenió para tratar este tema eludiendo en absoluto lo más actual, lo más candente y lo más esencial desde el punto de vista político en la lucha contra el anarquismo: ¡precisamente la actitud de la revolución hacia el Estado y la cuestión del Estado en general! En su folleto descuellan dos partes. Una, histórico-literaria, con valiosos materiales referentes a la historia de las ideas de Stirner, Proudhon, etc. Otra, filistea, con torpes razonamientos en torno al tema de que un anarquista no se distingue de un bandido.

La combinación de estos temas es en extremo curiosa y característica de toda la actuación de Plejánov en vísperas de la revolución y en el transcurso del período revolucionario en Rusia. En efecto, en los años de 1905 a 1917, Plejánov se reveló como un semidoctrinario y un semifilisteo que en política marchaba a la zaga de la burguesía.

Hemos visto cómo Marx y Engels, polemizando con los anarquistas, aclaraban con el máximo celo sus puntos de vista acerca de la actitud de la revolución hacia el Estado. Al editar en 1891 la *Crítica del Programa de Gotha*, de Marx, Engels escribió "Nosotros (es decir, Engels y Marx) nos encontrábamos entonces en pleno apogeo de la lucha contra Bakunin y sus anarquistas: desde el Congreso de La Haya de la (Primera) Internacional apenas habían transcurrido dos años"[190].

Los anarquistas intentaban reivindicar como "suya", por decirlo así, precisamente la Comuna de París, como una confirmación de su doctrina, sin comprender en absoluto las enseñanzas de la Comuna y el análisis de estas enseñanzas hecho por Marx. El anarquismo no ha aportado nada que se acerque siquiera a la verdad en punto a estas cuestiones políticas concretas: ¿Hay que *destruir* la vieja máquina del Estado? ¿Y *con qué* sustituirla?

Pero hablar de "anarquismo y socialismo", eludiendo toda la cuestión del Estado, no advirtiendo todo el desarrollo del marxismo antes y después de la Comuna, significaba deslizarse inevitablemente hacia el oportunismo, pues no hay nada que tanto interese al oportunismo como que *no* se planteen en modo alguno las dos cuestiones que acabamos de señalar. Esto es *ya* una victoria del oportunismo.

3. La polémica de Kautsky con Pannekoek

Pannekoek se manifestó contra Kautsky como uno de los representantes de la tendencia "radical de izquierda", que contaba en sus filas a Rosa Luxemburgo, a Karl Rádek y a otros y que, defendiendo la táctica revolucionaria, tenía como elemento aglutinador la convicción de que Kautsky se pasaba a la posición del "centro", el cual, vuelto de espaldas a los principios, vacilaba entre el marxismo y el oportunismo. Que esta apreciación era acertada vino a demostrarlo plenamente la guerra, cuando la corriente del "centro" (erróneamente denominado marxista) o del "kautskismo" se reveló en toda su repugnante miseria.

En el artículo *Las acciones de masas y la revolución* (*Neue Zeit*, 1912, XXX, 2), donde se tocaba la cuestión del Estado, Pannekoek caracterizó la posición de Kautsky como una posición de "radicalismo pasivo", como la "teoría de la espera inactiva". "Kautsky no quiere ver el proceso de la revolución" (pág. 616). Planteando la cuestión en estos términos, Pannekoek abordó el tema que nos interesa aquí, o sea, el de las tareas de la revolución proletaria respecto al Estado.

"La lucha del proletariado —escribió— no es sencillamente una lucha contra la burguesía por el Poder estatal, sino una lucha *contra* el Poder estatal... El contenido de la revolución proletaria es la destrucción y eliminación (literalmente: disolución, *Auflösung*) de los medios de fuerza del Estado por los medios de fuerza del proletariado...

La lucha cesa únicamente cuando se produce, como resultado final, la destrucción completa de la organización estatal. La organización de la mayoría demuestra su superioridad al destruir la organización de la minoría dominante" (pág. 548).

La formulación que da a sus pensamientos Pannekoek adolece de defectos muy grandes. Pero, apesar de todo, la idea está clara, y es interesante ver *cómo* la refuta Kautsky...

"Hasta aquí —escribe— la diferencia entre los socialdemócratas y los anarquistas consistía en que los primeros querían conquistar el poder del Estado, y los segundos, destruirlo. Pannekoek quiere las dos cosas (pág. 724).

Si en Pannekoek la exposición adolece de nebulosidad y no es lo bastante concreta (para no hablar aquí de otros defectos de su artículo, que no interesan al tema de que tratamos), Kautsky, en cambio, toma precisamente la esencia de *principio* del asunto, sugerida por Pannekoek, y en esta cuestión *cardinal* y *de principio* abandona enteramente la posición del marxismo y se pasa con armas y bagajes al oportunismo. La diferencia entre los socialdemócratas y los anarquistas aparece definida en él de un modo falso por completo, y el marxismo se ve definitivamente tergiversado y envilecido.

La diferencia entre los marxistas y los anarquistas consiste en lo siguiente: 1) En que los primeros, proponiéndose como fin la destrucción completa del Estado, reconocen que este fin sólo puede alcanzarse después de que la revolución socialista haya destruido las clases, como resultado de la instauración del socialismo, que conduce a la extinción del Estado, mientras que los segundos quieren destruir completamente el Estado de la noche a la mañana, sin comprender las condiciones bajo las que puede lograrse esta destrucción. 2) En que los primeros reconocen la necesidad de que el proletariado, después de conquistar el poder político, destruya totalmente la vieja máquina del Estado, sustituyéndola por otra nueva, formada por la organización de los obreros armados, según el tipo de la Comuna, mientras que los segundos, abogando por la destrucción de la máquina del Estado, tienen una idea absolutamente confusa respecto al punto de *con qué* ha de sustituir esa máquina el proletariado y *cómo* éste ha de emplear el poder revolucionario. Los anarquistas rechazan incluso el empleo del poder estatal por el proletariado revolucionario, su dictadura revolucionaria. 3) En que los primeros propugnan que el proletariado se prepare para la revolución utilizando el Estado moderno, mientras que los anarquistas lo rechazan.

En esta controversia es Pannekoek quien representa al marxismo contra Kautsky, pues precisamente Marx nos enseñó que el proletariado no puede limitarse a conquistar el poder del Estado en el sentido de que el viejo aparato estatal pase a nuevas manos, sino que debe destruir, romper dicho aparato y sustituirlo por otro nuevo.

Kautsky se pasa del marxismo al oportunismo, pues en él desaparece en absoluto precisamente esta destrucción de la máquina del Estado, de todo punto inaceptable para los oportunistas, y se les deja a éstos un portillo abierto en el sentido de interpretar la "conquista" como una simple adquisición de la mayoría...

Con su genial inteligencia crítico-analítica, Marx vio en las medidas prácticas de la Comuna aquel *viraje* que temen y no quieren reconocer los oportunistas por cobardía, para no romper irrevocablemente con la burguesía, y que los anarquistas no quieren ver o por precipitación, o por incomprensión de las condiciones en que se producen las transformaciones sociales de masas en general. "No cabe ni pensar en destruir la vieja máquina del Estado, pues ¿cómo vamos a arreglárnoslas sin ministerios y sin burócratas?", razona el oportunista impregnado de filisteísmo hasta el tuétano y que, en el fondo, no sólo no cree en la revolución, en la capacidad creadora de la revolución, sino que la teme como a la muerte (como la temen nuestros mencheviques y eseristas).

"*Sólo* hay que pensar en destruir la vieja máquina del Estado, no hay por qué ahondar en las enseñanzas *concretas* de las anteriores revoluciones proletarias ni analizar *con qué* y *cómo* sustituir lo destruido", razonan los anarquistas (los mejores anarquistas, naturalmente, no los que van a la zaga de la burguesía tras los señores Kropotkin y Cía.); de donde resulta en los anarquistas la táctica de la *desesperación* y no la táctica de una labor revolucionaria, implacable y audaz que persiga objetivos concretos y, al mismo tiempo, tenga en cuenta las condiciones prácticas del movimiento de masas.

Marx nos enseña a evitar ambos errores, nos enseña a ser de una intrepidez sin límites en la destrucción de toda la vieja máquina del Estado, pero, a la vez, nos enseña a plantear la cuestión de un modo concreto: la Comuna pudo en unas cuantas semanas *comenzar* a construir una *nueva* máquina, una máquina estatal proletaria, de tal y tal modo, aplicando las medidas señaladas para ampliar la democracia y desarraigar el burocratismo. Aprendamos de los comuneros la intrepidez revolucionaria, veamos en sus medidas prácticas un *esbozo* de las medidas prácticamente urgentes e inmediatamente aplicables, y entonces, *siguiendo este camino*, llegaremos a la destrucción completa del burocratismo. . .

Escrito en agosto-septiembre de 1917; el § 3 del cap. II, antes del 17 de diciembre de 1918.
Publicado en 1918 en un folleto, en Petrogrado, por la Editorial "Zhizn y Znanie".

T. 33, págs. 45-46, 51-54, 59-67, 103-104, 111-113, 116-117.

Del artículo
"LAS TAREAS INMEDIATAS DEL PODER SOVIETICO"

IMPORTANCIA DE LA LUCHA POR UNA CONTABILIDAD Y UN CONTROL POPULARES

El Estado, que durante siglos ha sido un órgano de opresión y expoliación del pueblo, nos ha dejado en herencia un enorme odio y desconfianza de las masas hacia todo lo estatal. Vencerlos es una tarea ardua, únicamente al alcance del Poder soviético, pero que también requiere de éste largo tiempo y gran perseverancia. Sobre el problema de la contabilidad y del control —problema cardinal con que la revolución socialista se enfrenta ya al día siguiente del derrocamiento de la burguesía—, esta "herencia" se refleja de una manera particularmente aguda. Pasará inevitablemente cierto tiempo hasta que las masas, que por vez primera se sintieron libres después del derrocamiento de los terratenientes y de la burguesía, comprendan —no por los libros, sino por su propia experiencia *soviética*— y *sientan* que sin una contabilidad y un control muy amplios y ejercidos por el Estado sobre la producción y distribución de productos, el Poder de los trabajadores, la libertad de los trabajadores *no* puede sostenerse y que el retorno al yugo del capitalismo *es ineludible*.

Todos los hábitos y todas las tradiciones de la burguesía y, especialmente, de la pequeña burguesía, se oponen también al control *estatal* y defienden la intangibilidad de la "sacrosanta propiedad privada", de la "sacrosanta" empresa privada. Hoy es cuando vemos con la mayor claridad hasta qué grado es exacta la tesis marxista según la cual el anarquismo y el anarcosindicalismo son corrientes *burguesas*; en qué contradicción irreconciliable se hallan con respecto al socialismo, a la dictadura del proletariado, al comunismo. La lucha por inculcar a las masas la idea de la contabilidad y del control ejercidos por el Estado, de la conta-

bilidad y del control *soviéticos*, la lucha por llevar a la práctica dicha idea, por romper con el maldito pasado que ha acostumbrado a la gente a considerar la conquista del pan y del vestido como un asunto "privado", la compraventa como un negocio que "sólo a mí me incumbe" : esta lucha es la lucha grandiosa, de importancia histórico-mundial, de la conciencia socialista contra la espontaneidad anárquico-burguesa.

El control obrero está implantado entre nosotros como una ley, pero en la práctica cotidiana y aun en la conciencia de las amplias masas proletarias no hace más que empezar a penetrar. En nuestra agitación hablamos de un modo harto insuficiente, y nuestros obreros y campesinos avanzados piensan y hablan poco de que la falta de rendición de cuentas y de control en el dominio de la producción y distribución de los productos representa la muerte para los gérmenes del socialismo, equivale a una malversación del Tesoro público (ya que todos los bienes pertenecen al Tesoro y el Tesoro es precisamente el Poder soviético, el poder de la mayoría de los trabajadores), y que la negligencia en la contabilidad y en el control significa una complicidad directa con los Kornílov alemanes y rusos, que *sólo* pueden derrocar el poder de los trabajadores en caso de que no logremos resolver el problema de la contabilidad y del control, y que con la ayuda de toda la burguesía campesina, con ayuda de los demócratas constitucionalistas, mencheviques y eseristas de derecha nos "acechan", en espera del momento propicio. Pero en tanto el control obrero no sea un hecho, en tanto los obreros avanzados no hayan organizado y llevado a efecto su cruzada victoriosa e implacable contra los infractores de este control o contra los que muestren negligencia a este respecto, hasta entonces no podremos, después de haber dado este primer paso (el del control obrero), dar el segundo paso en el camino hacia el socialismo, es decir, pasar a la regulación de la producción por los obreros. . .

"ORGANIZACION ARMONICA" Y DICTADURA

La resolución del último Congreso de los Soviets, celebrado en Moscú, señala como tarea primordial del momento crear una "organización armónica" y fortalecer la disciplina[191]. Hoy todos "votan" y "suscriben" gustosos resoluciones de este género; pero, por lo común, no se detienen a pensar que su aplicación requiere el empleo de la coerción, y precisamente de una coerción bajo la forma de dictadura. Sin embargo, sería la mayor torpeza y la más absurda utopía suponer que se puede pasar del capitalismo al socialismo sin coerción y sin dictadura. La teoría marxista se ha pronunciado hace mucho, y del modo más rotundo, contra este absurdo democrático-pequeñoburgués y anarquista. Y la Rusia de 1917-1918 confirma con tal evidencia, de un modo tan palpable y convincente la teoría de Marx sobre el particular, que sólo hombres rematadamente torpes o empeñados en volverse de espaldas a la verdad pueden todavía desorientarse en este terreno. O dictadura de Kornílov (si le tomamos como el tipo ruso del Cavaignac burgués) o dictadura del proletariado: *no puede ni hablarse de* otra salida para un país que se desarrolla con extraordinaria rapidez, con virajes excepcionalmente bruscos y en medio de la terrible ruina económica originada por la más penosa de las guerras. Todas las soluciones intermedias serán o un fraude al pueblo, cometido por la burguesía, que no puede decir la verdad, que no puede declarar que necesita a Kornílov; o una manifestación de la estupidez de los demócratas pequeñoburgueses, de los Chernov, Tsereteli y Mártov, con su charlatanería acerca de la unidad de la democracia, de la dictadura de la democracia, del frente democrático general y demás tonterías por el estilo. Hay que considerar irremediablemente perdidos a quienes no han aprendido siquiera en el curso de la revolución rusa de 1917-1918 que las soluciones intermedias son imposibles.

Por otra parte, no es difícil convencerse de que, en toda transición del capitalismo al socialismo, la dictadura es imprescindible por dos razones esenciales o en dos aspectos fundamentales. En primer término, es imposible vencer y desarraigar el capitalismo sin aplastar de manera implacable la resistencia de los explotadores, que no pueden ser privados de golpe de sus riquezas, de las ventajas que les proporcionan su organización y sus conocimientos y que, en consecuencia, se esforzarán inevitablemente, durante un período bastante prolongado, por derrocar el odiado poder de los

pobres. En segundo término, toda gran revolución, especialmente una revolución socialista, es inconcebible sin guerra interior, es decir, sin guerra civil, incluso si no existe una guerra exterior. Y la guerra civil lleva implícita una ruina mayor aún que la ocasionada por la guerra exterior; significa millares y millones de vacilaciones y de deserciones de un campo a otro, un estado de terrible incertidumbre, de desequilibrio y de caos. Como es natural, todos los elementos de descomposición de la sociedad vieja, fatalmente numerosísimos y ligados, sobre todo, a la pequeña burguesía (pues es la primera en quedar arruinada y aniquilada por toda guerra y toda crisis), no pueden dejar de "manifestarse" en una conmoción tan profunda. Y los elementos de descomposición *sólo pueden* "manifestarse" en un aumento de la delincuencia, de la golfería, del soborno, de la especulación y de toda clase de escándalos. Para acabar con todo eso se requiere tiempo y *hace falta una mano de hierro.*

La historia no conoce ninguna gran revolución en la que el pueblo no haya sentido instintivamente esto y no haya revelado una firmeza salvadora, fusilando a los ladrones en el acto. La desgracia de las revoluciones precedentes ha consistido en que duraba poco el entusiasmo revolucionario de las masas, que las mantenía en estado de tensión y les daba energías para reprimir implacablemente a los elementos de descomposición. La causa social, es decir, de clase, de esta inestabilidad del entusiasmo revolucionario de las masas residía en la debilidad del proletariado, *único* capaz (cuando es bastante numeroso, consciente y disciplinado) de atraerse a *la mayoría* de los trabajadores y explotados (a la mayoría de los pobres, empleando un término más sencillo y popular) y de conservar el poder en sus manos el tiempo suficiente para aplastar por completo a todos los explotadores y a todos los elementos de descomposición.

Esta experiencia histórica de todas las revoluciones, esta enseñanza —económica y política— de alcance histórico universal, ha sido resumida por Marx en su fórmula breve, tajante, precisa y brillante: dictadura del proletariado. Y la marcha triunfal de la organización soviética a través de todos los pueblos y nacionalidades de Rusia *ha demostrado* que la revolución rusa ha abordado con acierto esta tarea de alcance histórico universal. Pues el Poder soviético no es otra cosa que la forma de organización de la dictadura del proletariado, de la dictadura de la clase de vanguardia, que eleva a una nueva democracia y a la participación efectiva en el gobierno del Estado a decenas y decenas de millones de trabajadores y explotados, los cuales aprenden en su misma experiencia a considerar como su jefe más seguro a la vanguardia disciplinada y consciente del proletariado.

Pero la palabra dictadura es una gran palabra. Y las grandes palabras no deben ser lanzadas a voleo. La dictadura es un poder férreo, de audacia y rapidez revolucionarias, implacable en la represión tanto de los explotadores como de los malhechores. Sin embargo, nuestro poder es excesivamente blando y, en infinidad de ocasiones, se parece más a la gelatina que al hierro. No debe olvidarse ni por un instante que el elemento burgués y pequeñoburgués lucha contra el Poder soviético de dos maneras: por un lado, actuando desde fuera con los métodos de los Sávinkov, Gots, Gueguechkori y Kornílov, con conspiraciones y alzamientos, con su inmundo reflejo "ideológico", con torrentes de mentiras y calumnias difundidas en la prensa de los demócratas constitucionalistas, de los eseristas de derecha y de los mencheviques; por otro lado, este elemento actúa desde dentro, aprovechando todo factor de descomposición y toda flaqueza, a fin de practicar el soborno y aumentar la indisciplina, el libertinaje y el caos. Cuanto más nos acercamos al total aplastamiento militar de la burguesía, más peligroso se hace para nosotros el elemento de la anarquía pequeñoburguesa. Y contra este elemento no se puede luchar únicamente por medio de la propaganda, la agitación, la organización de la emulación o la selección de organizadores; hay que luchar también por medio de la coerción...

Escrito entre el 13 y el 26 de abril de 1918.
Publicado el 28 de abril de 1918 en el N° 83 de "Pravda" y en el Suplemento al N° 85 de "Isvestia del CEC de toda Rusia".
Firmado: N. Lenin.

T. 36, págs. 185-186, 194-197.

OBSERVACIONES AL PROYECTO DE "REGLAMENTO PARA LA ADMINISTRACION DE LAS EMPRESAS NACIONALIZADAS"

El comunismo requiere y presupone la mayor centralización de la gran producción en todo el país. Por eso debe concederse sin falta al organismo central de toda Rusia el derecho de hacer depender directamente de él todas las empresas de la rama correspondiente. Los organismos regionales determinan sus funciones en dependencia de las condiciones locales, de existencia, etc., de conformidad con las indicaciones y decisiones del organismo central concernientes a toda la producción.

Privar al organismo central de toda Rusia del derecho de subordinar directamente todas las empresas de una rama determinada en todos los confines del país, como se deduce del proyecto de la comisión, sería anarcosindicalismo regionalista, pero no comunismo.

Escrito el 2 de junio de 1918. *T. 36, pág. 392.*
Publicado por vez primera en 1959,
en la "Recopilación Leninista XXXVI".

SOBRE EL SANEAMIENTO DEL TRANSPORTE FERROVIARIO

Proyecto de disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo

Después de cambiar impresiones sobre el saneamiento del transporte ferroviario, el Consejo de Comisarios del Pueblo acuerda: encargar al camarada Nevski que, después de reunirse con los colegas que aplican de manera estricta una política soviética, auténticamente socialista, y no sindicalista, presente en breve al Consejo de Comisarios del Pueblo proposiciones prácticas que prevean: la lucha contra el sindicalismo y el relajamiento de la disciplina, medidas orientadas a descubrir y perseguir a los infractores de la política soviética, medidas para determinar la responsabilidad exacta de cada funcionario por el cumplimiento de sus obligaciones con éxitos prácticos y medidas para incorporar a la administración a camaradas capaces de realizar este trabajo.

Aplazar el nombramiento del Colegio del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación por no haberse impreso el decreto[192].

Escrito el 14 de junio de 1918. *T. 36, pág. 423.*
Publicado por vez primera en 1933,
en la "Recopilación Leninista XXI".

CARTA A SYLVIA PANKHURST[193]

A la camarada Sylvia Pankhurst, de Londres

28. VIII. 1919

Querida camarada: Sólo ayer he recibido su carta del 16 de julio de 1919. Le quedo profundamente agradecido por la información referente a Inglaterra y procuraré satisfacer su petición, es decir, responder a su pregunta.

No dudo lo más mínimo de que muchos obreros que figuran entre los componentes del proletariado mejores, más honestos y sinceramente revolucionarios son enemigos del parlamentarismo y de toda participación en el parlamento. Cuanto más viejas son la cultura capitalista y la democracia burguesa en un país, tanto más comprensible es eso, pues la burguesía ha aprendido magníficamente en los viejos países parlamentarios a ser hipócrita y a engañar de mil modos al pueblo. Para ello hace pasar el parlamentarismo burgués por "democracia en general" o por "democracia pura" y otras cosas semejantes, oculta hábilmente los millones de hilos que unen al parlamento con la Bolsa y con los capitalistas, utiliza la prensa sobornable y venal y pone en juego por todos los medios la fuerza del dinero, el poder del capital.

Es indudable que la Internacional Comunista y los partidos comunistas de los distintos países cometerían un error incorregible si rechazasen a los obreros adeptos del Poder soviético, pero que no están de acuerdo con participar en la lucha parlamentaria. Si tomamos la cuestión en su planteamiento general, teórico, precisamente este programa, es decir, la lucha por el Poder soviético, por la República Soviética, puede unir y debe unir ahora, sin duda, a todos los revolucionarios sinceros y honrados de los medios obreros.

Muchísimos obreros anarquistas se convierten hoy en los partidarios más sinceros del Poder soviético. Y si esto es así, ello demuestra que son nuestros mejores camaradas y amigos, los mejores revolucionarios, que fueron enemigos del marxismo sólo por incomprensión, o mejor dicho, no por incomprensión, sino porque el socialismo oficial dominante en la época de la II Internacional (1889-1914) traicionó al marxismo, cayó en el oportunismo y falseó la doctrina revolucionaria de Marx, en general, y su doctrina de las enseñanzas de la Comuna de París de 1871, en particular. He escrito de esto circunstanciadamente en mi libro *El Estado y la Revolución*[194] y, por ello, no me detengo más en la cuestión.

¿Qué hacer si, en un país, los comunistas por convicción y por su disposición a sostener la lucha revolucionaria, sinceramente partidarios del Poder soviético (del "sistema soviético", como dicen a veces los no rusos) no pueden unirse por culpa de las discrepancias en torno a la participación en el parlamento?

Yo consideraría que esa discrepancia no es esencial en la actualidad, pues la lucha por el Poder soviético es una lucha política del proletariado en su forma más elevada, más consciente, más revolucionaria. Más vale estar con los obreros revolucionarios cuando se equivocan en una cuestión parcial o secundaria que con los socialistas o socialdemócratas "oficiales" si no son revolucionarios sinceros y firmes, si no quieren o no saben efectuar una labor revolucionaria entre las masas obreras, pero comparten la táctica justa en esta cuestión parcial. Y la cuestión del parlamentarismo es hoy parcial, secundaria. Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht tenían razón, a mi parecer, cuando defendían la participación en las elecciones al parlamento burgués alemán, a la "Asamblea Nacional" Constituyente, en la Conferencia celebrada por los espartaquistas en Berlín en enero de 1919 *frente* a la mayoría de dicha Conferencia[195]. Pero, naturalmente, tenían mucha más razón al preferir quedarse con el Partido Comunista, que cometía una equivocación parcial, y no marchar con los francos traidores al socialismo del tipo de Scheidemann y de su partido o con las almas lacayunas, con los doctrinarios y cobardes, con los abúlicos cómplices de

la burguesía y reformistas de hecho como Kautsky, Haase, Däumig y todo ese "partido" de los "independientes" alemanes[196].

Yo, personalmente, estoy convencido de que la negativa a participar en las elecciones al parlamento es un error de los obreros revolucionarios de Inglaterra; pero vale más cometer ese error que retardar la formación de un gran partido comunista obrero en Inglaterra con todas las corrientes y todos los elementos enumerados por usted, que simpatizan con el bolchevismo y defienden sinceramente la República Soviética. Si, por ejemplo, en el BSP* hubiera bolcheviques sinceros que, como consecuencia de las discrepancias en torno a la participación en el parlamento, se negaran a fusionarse inmediatamente en el Partido Comunista con las corrientes N° 4, N° 6 y N° 7, tales bolcheviques cometerían a mi juicio, un error mil veces mayor que la equivocada negativa a participar en las elecciones al parlamento burgués inglés. Desde luego, al decir esto supongo que las corrientes 4, 6 y 7, juntas, están vinculadas de verdad a la *masa* de obreros, y no representan *solamente* pequeños grupos de intelectuales, como ocurre con frecuencia en Inglaterra. En este sentido, tienen singular importancia, probablemente, los *Workers Committees y Shop Stewards***, que, es de pensar, están estrechamente vinculados a las *masas*.

La ligazón indisoluble con la masa de obreros, la capacidad de hacer agitación constante entre ella, de participar en cada huelga y de hacerse eco de todas las demandas de las masas son primordiales para el Partido Comunista, especialmente en un país como Inglaterra, en el que hasta ahora (como, por cierto, en todos los países imperialistas) han participado en el movimiento socialista y, en general, en el movimiento obrero primordialmente pequeños sectores de obreros, representantes de la aristocracia obrera, en su mayor parte corrompidos hasta los huesos e irremisiblemente por el reformismo, prisioneros de los prejuicios burgueses e

* British Socialist Party (Partido Socialista Británico)[197]. *(N. de la Edit.)*

** Comités obreros y Comités de delegados de fábrica[198]. *(N. de la Edit.)*

imperialistas. Sin luchar contra este sector, sin acabar con todo su prestigio entre los obreros, sin convencer a las masas de la completa corrupción burguesa de este sector, no puede ni hablarse de un movimiento comunista obrero serio. Esto atañe tanto a Inglaterra como a Francia, América y Alemania.

Los revolucionarios obreros que colocan el parlamentarismo en el centro de sus ataques tienen completa razón, en cuanto esos ataques expresan la negación por principio del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa. El Poder soviético, la República Soviética: eso es lo que la revolución obrera ha puesto en lugar de la democracia burguesa, ésa es la forma de la transición del capitalismo al socialismo, la forma de la dictadura del proletariado. Y la crítica del parlamentarismo, además de ser legítima y necesaria como motivación del paso al Poder soviético, es totalmente justa como comprensión de la estrechez y el convencionalismo históricos del parlamentarismo, de su nexo con el capitalismo y sólo con el capitalismo, de su carácter progresivo en comparación con la Edad Media y de su *carácter reaccionario en comparación con el Poder soviético.*

Pero los críticos del parlamentarismo en Europa y América no tienen razón con mucha frecuencia, cuando pertenecen a los anarquistas y anarcosindicalistas, ya que rechazan *toda participación* en las elecciones y en la labor parlamentaria. En ello se manifiesta sencillamente la falta de experiencia revolucionaria. Nosotros, los rusos, hemos vivido dos grandes revoluciones en el siglo XX y conocemos bien la importancia que puede tener, y tiene de hecho, el parlamentarismo en un momento revolucionario, en general, *y durante la propia revolución*, en particular. Los parlamentos burgueses deben ser suprimidos y sustituidos con las instituciones soviéticas. Esto es indudable. Y ahora, después de la experiencia de Rusia, de Hungría, de Alemania y de otros países, es indudable que esto *ocurrirá sin falta* durante la revolución proletaria. De ahí que la preparación sistemática de las masas obreras para eso, la explicación previa de la importancia que tiene para ellas el Poder soviético, la propaganda y la agitación en favor del mismo constituyan una obligación *ineludible* del obrero que quiera ser revoluciona-

rio de verdad. Pero nosotros, los rusos, cumplimos *esta* tarea *actuando también* en la palestra parlamentaria. En la Duma zarista, falsificada, terrateniente, nuestros representantes supieron hacer propaganda revolucionaria y republicana. De la misma manera, se puede y se debe *hacer propaganda soviética* en los parlamentos burgueses, desde dentro de ellos.

Quizá no sea fácil conseguirlo inmediatamente en uno u otro país parlamentario. Mas eso es otra cuestión. Hay que lograr que esta táctica correcta sea asimilada por los obreros revolucionarios en todos los países. Y si el partido obrero es verdaderamente *revolucionario*; si es verdaderamente *obrero* (es decir, si está vinculado a las masas, a la mayoría de los trabajadores, a los *sectores inferiores* del proletariado, y no sólo a su sector superior); si es verdaderamente un *partido*, o sea, si es una *organización de la vanguardia revolucionaria*, fuerte, cohesionada en serio y capaz de efectuar por todos los medios posibles una labor revolucionaria entre las masas, entonces, ese partido sabrá, sin duda, tener en la mano a *sus* parlamentarios, hacer de ellos auténticos propagandistas revolucionarios, como Carlos Liebknecht, y no oportunistas, no corruptores del proletariado con métodos burgueses, con costumbres burguesas, con ideas burguesas, con vacuidad ideológica burguesa.

Si no se pudiera conseguir esto de golpe en Inglaterra; si, además, resultara imposible en Inglaterra toda unión de los adeptos del Poder soviético a causa precisamente de las divergencias en torno al parlamentarismo, y sólo a causa de ello, entonces consideraría como un útil paso adelante, hacia la unidad completa, la formación inmediata de *dos* partidos comunistas, es decir, de dos partidos que propugnasen el paso del parlamentarismo burgués al Poder soviético. No importa que uno de esos partidos admita la participación en el parlamento burgués y el otro la rechace; esta discrepancia es ahora tan insustancial que lo más sensato sería no dividirse por culpa de ella. Pero incluso la existencia simultánea de dos partidos de tal naturaleza representaría un progreso inmenso en comparación con la situación actual, constituiría, con toda probabilidad, el paso a la unidad completa y a la victoria rápida del comunismo.

El Poder soviético no ha demostrado solamente en Rusia, con la experiencia de casi dos años, que la dictadura del proletariado es posible *incluso* en un país campesino y es capaz, creando un fuerte ejército (la mejor demostración de organización y de orden), de mantenerse en condiciones increíble e inusitadamente difíciles.

El Poder soviético ha hecho más: ha triunfado ya moralmente *en* todo el mundo, pues las masas obreras, aunque conocen únicamente pequeñas partículas de la verdad acerca del Poder soviético, aunque oyen miles y millones de informaciones falsas acerca del Poder soviético, *están ya a favor del Poder soviético.* El proletariado del mundo entero comprende ya que este Poder es el poder de los trabajadores, que es el único que les salva del capitalismo, del yugo del capital, de las guerras entre los imperialistas y el único que lleva a una paz firme.

Precisamente por eso son posibles las derrotas de algunas Repúblicas soviéticas por los imperialistas, pero es imposible vencer al movimiento soviético universal del proletariado.

Con saludos comunistas,
N. Lenin

P.S. El siguiente recorte de los periódicos rusos le ofrecerá una muestra de nuestra información sobre Inglaterra.

"L o n d r e s, 25 de agosto. (A través de Beloóstrov.) El corresponsal en Londres del periódico *Berlingske Tidende*, de Copenhague, telegrafía el 3 de agosto con motivo del movimiento bolchevique en Inglaterra: "Las huelgas declaradas en los últimos días y las denuncias que han tenido lugar recientemente han hecho vacilar la seguridad de los ingleses en la inmunidad de su país contra el bolchevismo. En la actualidad, los periódicos comentan vivamente esta cuestión y la administración hace todos los esfuerzos para comprobar que el "complot" existía desde hace bastante tiempo y tenía como fin, ni más ni menos, derrocar el régimen existente. La policía inglesa ha detenido al Buró Revolucionario, que disponía, según afirman los periódicos, de dinero y armas. El *Times* publica el contenido de algunos documentos hallados a los detenidos. Contienen un programa revolucionario completo, según el cual debe ser desarmada toda la burguesía; se debe conseguir armas y pertrechos bélicos para los Soviets de diputados obreros y soldados rojos y formar el Ejército Rojo; todos los cargos oficiales deben ser desempeñados por obreros. Más adelante se proyectaba la constitución de un tribunal revolucionario para juzgar a los delincuentes políticos y a las personas culpables de trato cruel a los reclusos. Se pensaba con-

fiscar todos los víveres. El parlamento y otros organismos de administración pública autónoma deben ser disueltos, instituyéndose en su lugar Soviets revolucionarios. La jornada de trabajo se limitará a seis horas y el salario semanal inferior se elevará a siete libras esterlinas. Las deudas del Estado, como todas las demás, deben ser anuladas. Se declaran nacionalizados todos los bancos, empresas industriales y comerciales y medios de transporte".

Si todo esto es exacto, debo expresar a los imperialistas y capitalistas ingleses, personificados por su órgano, el periódico más rico del mundo, el *Times*, mi más respetuoso reconocimiento y gratitud por su excelente propaganda en favor del bolchevismo. ¡Sigan por ahí, señores del *Times*: llevan ustedes magníficamente a Inglaterra hacia la victoria del bolchevismo!

Publicado en septiembre de 1919 en el N° 5 de la revista "La Internacional Comunista".

T. 39, págs. 160-166.

DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESION SOLEMNE DEL SOVIET DE MOSCU, CONSAGRADA AL I ANIVERSARIO DE LA III INTERNACIONAL

EL 6 DE MARZO DE 1920

Camaradas: Antes de la guerra parecía que la división principal en el movimiento obrero era la división en socialistas y anarquistas. Y no sólo parecía, sino que era así. En la prolongada época precedente a la guerra imperialista y a la revolución no existía objetivamente una situación revolucionaria en la inmensa mayoría de los países europeos. La tarea consistía en aprovechar esta labor lenta para preparar la revolución. Los socialistas comenzaron la empresa, los anarquistas no comprendieron esa tarea. La guerra creó una situación revolucionaria, y esta vieja división iba caducando. Por un lado, la cúspide del anarquismo y del socialismo se hizo chovinista, mostró qué significa defender a sus desvalijadores burgueses contra otros desvalijadores burgueses, por causa de los cuales la guerra ha sacrificado a millones de seres. Por otro lado, en la base de los viejos partidos surgieron nuevas tendencias: contra la guerra, contra el imperialismo, por la revolución social. Así, pues, a causa de la guerra se desencadenó la crisis más profunda, y los anarquistas y los socialistas se escindieron porque las capas superiores de los jefes parlamentarios de los socialistas se colocaron en el flanco de los chovinistas, y en la base una minoría en constante crecimiento fue apartándose de ellos y empezó a pasarse al lado de la revolución.

De esta suerte, el movimiento obrero de todos los países se encauzó por otros derroteros, no por los derroteros de los anarquistas ni de los socialistas, sino por derroteros capaces de llevar a la dictadura del proletariado. Esta escisión apuntó y se inició en todo el mundo antes de fundarse la III Internacional.

Si hemos tenido éxito ha sido porque hemos actuado cuando la situación era revolucionaria y cuando el movimiento obrero existía ya en todos los países, y por eso vemos ahora que dentro del socialismo y del anarquismo se ha producido una escisión. Ello da lugar en el mundo entero a que los obreros comunistas participen en la formación de nuevas organizaciones y a que éstas se agrupen en la III Internacional. Este enfoque es el más acertado.

Si vuelven a surgir discrepancias, por ejemplo, sobre el aprovechamiento del parlamentarismo, después de la experiencia de la revolución rusa y de la guerra civil, después de que la figura de Liebknecht se ha erguido ante todo el mundo y se ha puesto en claro su papel y su importancia entre los representantes del parlamentarismo, es absurdo negar el empleo revolucionario del parlamentarismo. Para los representantes de la vieja formación ha quedado claro que no se puede plantear como antes la cuestión del Estado; debido al movimiento revolucionario ha venido al mundo otro planteamiento nuevo, práctico, en lugar del viejo, libresco.

Hay que contraponer la fuerza unida y centralizada del proletariado a toda la fuerza unida y centralizada de la burguesía. Ahora, pues, la cuestión del Estado se plantea de otra manera, la vieja discrepancia empieza a perder su sentido. En lugar de la vieja división del movimiento obrero han surgido otras divisiones y lo principal que las determina es la actitud que se adopte ante el Poder soviético y la dictadura del proletariado.

La Constitución soviética ha mostrado con evidencia la obra de la revolución rusa. Nuestra experiencia y el estudio de nuestra experiencia demuestran que todos los grupos de viejas tareas se reducen a una: por qué se está, por el Poder soviético o contra él, por el poder de la burguesía, por la democracia, por las formas de democracia que, prometiendo la igualdad de los ahítos y los hambrientos, del capitalista y el obrero en la emisión del voto, la igualdad de los explotadores y los explotados, ocultan la esclavitud capitalista, o por el poder del proletariado, por el aplastamiento implacable de los explotadores, por el Estado soviético.

Por la democracia burguesa pueden estar únicamente los partidarios de la esclavitud capitalista. Lo vemos en las publicaciones de los guardias blancos de Kolchak y Denikin. Tras depurar múltiples ciudades rusas de esa inmundicia, se han reunido sus publicaciones y se llevan a Moscú. Pueden verse los escritos de intelectuales rusos como Chírikov o de pensadores burgueses como E. Trubetskói, y es curioso observar sus razonamientos sobre la Asamblea Constituyente, sobre la igualdad, etc., al mismo tiempo que ayudan a Denikin. Estos juicios sobre la Constituyente vienen en apoyo nuestro; cuando efectuaron esa agitación entre las masas de guardias blancos nos prestaron una ayuda, igual que nos ayudó toda la marcha de la guerra civil y el curso de los acontecimientos. Ellos mismos demostraron con sus argumentos que por el Poder de los Soviets están los revolucionarios sinceros, simpatizantes con la lucha contra los capitalistas. Esto se manifestó con todo realce durante la guerra civil.

Oponerse a la necesidad del poder central, de la dictadura y de la voluntad única para que el destacamento de vanguardia del proletariado se cohesione, desarrolle y organice el Estado sobre bases nuevas, manteniendo firmemente el poder en sus manos, y exponer razonamientos sobre este tema es imposible después de la experiencia vivida, después de lo ocurrido en Rusia, en Finlandia y en Hungría, después del año de experiencia obtenida en las repúblicas democráticas y en Alemania. La democracia se ha desenmascarado a sí misma definitivamente; he ahí por qué han brotado inconteniblemente en todos los países y en las formas más distintas numerosos síntomas de robustecimiento del movimiento comunista en pro del Poder de los Soviets, de la dictadura del proletariado.

Este ascenso ha llegado a tal punto que partidos como los independientes de Alemania y el Partido Socialista Francés, en los que dominan jefes del viejo tipo, que no han comprendido ni la agitación nueva ni las condiciones nuevas, que no han modificado un ápice la actividad parlamentaria, sino que hacen de ella un recurso para desentenderse de las tareas importantes con palabras vanas y distraer a los obreros con debates parlamentarios, hasta estos jefes se han visto forzados a reconocer la dictadura del proletariado y el

Poder de los Soviets. Débese ello a que la masa de obreros, que hace sentir su presencia, les ha obligado a obrar así.

Sabréis, por los discursos de otros camaradas, que este fenómeno producido en el partido alemán de los independientes, este reconocimiento de la dictadura del proletariado y del Poder soviético ha sido el último golpe decisivo asestado a la II Internacional. Teniendo en cuenta el estado de las cosas, se puede decir que a la II Internacional se le ha dado muerte, y las masas obreras de Alemania, Inglaterra y Francia se colocan al lado de los comunistas. En Inglaterra existe también un partido de independientes, que sigue manteniendo el punto de vista de la legalidad y condenando las violencias de los bolcheviques. Recientemente ha aparecido en su periódico una sección de discusiones. Discusión significa debate. Pues bien, allí se debate la cuestión de los Soviets, y al lado de un artículo impreso sobre este tema en los periódicos ingleses obreros vemos otro artículo de un inglés que no quiere tener en cuenta la teoría del socialismo, sino que conserva el estúpido menosprecio de antaño por la teoría, más, teniendo presente las condiciones de la vida inglesa, saca una consecuencia concreta y dice: no podemos condenar los Soviets, debemos estar en favor de ellos.

Eso es síntoma de que hasta en las capas atrasadas de los obreros, en países como Inglaterra, ha empezado a producirse un progreso, y puede decirse que las viejas formas del socialismo están muertas para siempre.

Europa camina hacia la revolución de manera distinta a como lo hemos hecho nosotros, pero, en esencia, está pasando por lo mismo. Cada país debe llevar a su manera, y ha empezado a llevarla, la lucha interna contra los mencheviques propios, contra el oportunismo y los eseristas propios, que existen con otros nombres y en mayor o menor grado en todos los países.

El 7 de marzo de 1920 se publicó una breve información periodística en el N° 52 de "Pravda" y en el N° 52 de "Izvestia del CEC de toda Rusia". Publicado íntegramente el 14 de junio de 1920 en el N° 10 de la revista "La Internacional Comunista". Firmado: N. Lenin.

T. 40, págs. 206-209.

Del libro "LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL "IZQUIERDISMO" EN EL COMUNISMO"[199]

IV

¿EN LUCHA CONTRA QUE ENEMIGOS EN EL SENO DEL MOVIMIENTO OBRERO HA PODIDO CRECER, FORTALECERSE Y TEMPLARSE EL BOLCHEVISMO?

En primer lugar, y sobre todo, en lucha contra el oportunismo, que en 1914 se transformó definitivamente en socialchovinismo y se pasó para siempre a la burguesía contra el proletariado. Este era, naturalmente, el principal enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y sigue siéndolo en escala mundial. El bolchevismo ha prestado y presta a este enemigo la mayor atención. Este aspecto de la actividad de los bolcheviques es conocido ya bastante bien en el extranjero.

Distinta es la situación en lo que se refiere a otro enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero. En el extranjero se sabe todavía de un modo muy insuficiente que el bolchevismo ha crecido, se ha formado y se ha templado en largos años de lucha contra el *revolucionarismo pequeñoburgués*, parecido al anarquismo o que ha tomado algo de él y que se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una consecuente lucha de clase del proletariado. Para los marxistas está plenamente establecido desde el punto de vista teórico —y la experiencia de todas las revoluciones y movimientos revolucionarios de Europa lo confirma por entero— que el pequeño propietario, el pequeño patrón (tipo social que en muchos países europeos está muy difundido y tiene carácter de masas), que sufre bajo el capitalismo una presión continua y muy a menudo un empeoramiento increíblemente brusco y rápido de sus condiciones de existencia y la ruina, cae con facilidad en el ultrarrevolucionarismo, pero es incapaz de manifestar serenidad, espí-

ritu de organización, disciplina y firmeza. El pequeño burgués "enfurecido" por los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas. Son del dominio público la inconstancia de estas veleidades revolucionarias, su esterilidad y la facilidad con que se transforman rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasías, incluso en una pasión "furiosa" por tal o cual corriente burguesa "de moda". Pero el reconocimiento teórico, abstracto, de semejantes verdades no es suficiente, en modo alguno, para poner a un partido revolucionario al abrigo de los viejos errores, que se producen siempre por motivos inesperados, con una ligera variación de forma, con una apariencia o un contorno antes no vistos, en una situación original (más o menos original).

El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos anomalías se completaban mutuamente. Y si el anarquismo ejerció en Rusia una influencia relativamente insignificante en las dos revoluciones (1905 y 1917) y durante su preparación, a pesar de que la población pequeñoburguesa era aquí más numerosa que en los países europeos, ello se debe en parte, sin duda alguna, al bolchevismo, que siempre luchó del modo más despiadado e irreconciliable contra el oportunismo. Digo "en parte", porque lo que más contribuyó a debilitar el anarquismo en Rusia fue la posibilidad que tuvo en el pasado (en la década del 70 del siglo XIX) de adquirir un desarrollo extraordinario y de revelar hasta el fondo su carácter falso y su incapacidad para servir como teoría dirigente de la clase revolucionaria.

Al surgir en 1903, el bolchevismo heredó la tradición de lucha implacable contra el revolucionarismo pequeñoburgués, semianarquista (o capaz de coquetear con el anarquismo), tradición que había existido siempre en la socialdemocracia revolucionaria y que se consolidó particularmente en nuestro país en 1900-1903, cuando se sentaron las bases del partido de masas del proletariado revolucionario de Rusia. El bolchevismo hizo suya y continuó la lucha contra el partido que más fielmente expresaba las tendencias del revolucionarismo pequeñoburgués (es decir, el partido de los "socialistas-revolucionarios") en tres puntos principales. En primer lugar, este partido, que rechazaba el marxismo, no quería comprender obstinadamente (tal vez fuera más justo decir que no podía comprender) la necesidad de tener en cuenta con estricta objetividad las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas antes de emprender cualquier acción política. En segundo lugar, este partido veía un signo particular de su "revolucionarismo" o de su "izquierdismo" en el reconocimiento del terror individual, de los atentados, que nosotros, los marxistas, rechazábamos categóricamente. Claro es que nosotros rechazábamos el terror individual sólo por motivos de conveniencia; pero las gentes capaces de condenar "por principio" el terror de la gran revolución francesa o, en general, el terror de un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía de todo el mundo, esas gentes fueron ya ridiculizadas y puestas en la picota por Plejánov en 1900-1903, cuando éste era marxista y revolucionario. En tercer lugar, ser "izquierdista" consistía para los "socialrevolucionarios" en reírse de los pecados oportunistas, relativamente leves, de la socialdemocracia alemana, al mismo tiempo que imitaban a los ultraoportunistas de ese mismo partido en cuestiones como la agraria o la de la dictadura del proletariado.

La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy en gran escala, en escala histórico-mundial, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia revolucionaria alemana (y téngase en cuenta que Plejánov reclamaba ya en 1900-1903 la expulsión de Bernstein del partido, y que los bolcheviques, siguiendo siempre esta tradición, desenmascaraban en 1913 toda la villanía, la bajeza y la traición de Legien[200]) estaba mas cerca que nadie del partido que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar. Ahora, en 1920, después de todas las quiebras y crisis ignominiosas de la época de la guerra y de los primeros años que la siguieron, se ve con claridad que, de todos los partidos occidentales, la socialdemocracia revolucionaria alemana es, precisamente, la que ha dado los mejores jefes y la que se ha repuesto, curado y fortalecido con mayor rapidez. Esto se advierte también en el partido de los espartaquistas y en el ala izquierda, proletaria, del "Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania", que sostiene una firme lucha

contra el oportunismo y la falta de carácter de los Kautsky, los Hilferding, los Ledebour y los Crispien. Si lanzamos ahora una ojeada a un período histórico completamente terminado, que va desde la Comuna de París hasta la primera República Socialista Soviética, veremos dibujarse con relieve absolutamente definido e indiscutible la posición general del marxismo ante el anarquismo. En fin de cuentas, el marxismo ha demostrado tener razón. Y si los anarquistas señalaban con justicia el carácter oportunista de las concepciones sobre el Estado que imperaban en la mayoría de los partidos socialistas, hay que advertir, en primer lugar, que ese carácter oportunista obedecía a una deformación y hasta a una ocultación consciente de las ideas de Marx sobre el Estado (en mi libro *El Estado y la Revolución* he hecho notar que Bebel mantuvo en el fondo de un cajón durante 36 años, de 1875 a 1911, la carta en que Engels denunciaba con singular relieve, vigor, franqueza y claridad el oportunismo de las concepciones socialdemócratas en boga sobre el Estado*; en segundo lugar, que la rectificación de estas ideas oportunistas y el reconocimiento del Poder soviético y de su superioridad sobre la democracia parlamentaria burguesa han partido con mayor amplitud y rapidez precisamente de las tendencias más marxistas existentes en el seno de los partidos socialistas de Europa y América.

Ha habido dos momentos en los que la lucha del bolchevismo contra las desviaciones "izquierdistas" de su propio partido ha adquirido una magnitud particularmente considerable: en 1908, en torno a la participación en un "parlamento" ultrarreaccionario y en las sociedades obreras legales regidas por las leyes más reaccionarias, y en 1918 (paz de Brest[201]), en torno a la admisibilidad de tal o cual "compromiso".

En 1908, los bolcheviques "de izquierda" fueron expulsados de nuestro partido por su empeño en no querer comprender la necesidad de participar en un "parlamento" ultrarreaccionario. Los "izquierdistas", entre los que había muchos excelentes revolucionarios que fueron después (y siguen siendo) honrosamente miembros del Partido Comunista, se

* Véase la presente recopilación, págs. 268-271. (*N. de la Edit.*)

apoyaban, sobre todo, en la feliz experiencia del boicot de 1905. Cuando el zar anunció en agosto de 1905 la convocatoria de un "parlamento" consultivo[202], los bolcheviques, contra todos los partidos de oposición y contra los mencheviques, declararon el boicot a este parlamento, que fue barrido, en efecto, por la revolución de octubre de 1905. Entonces el boicot fue justo, no porque esté bien abstenerse en general de participar en los parlamentos reaccionarios, sino porque fue tenida en cuenta con acierto la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política y, sucesivamente, en huelga revolucionaria y en insurrección. Además, el motivo de la lucha era, a la sazón, saber si había que dejar en manos del zar la convocatoria de la primera institución representativa o si debía intentarse arrancársela de las manos a las viejas autoridades. Por cuanto no había ni podía haber la certeza plena de que la situación objetiva era análoga y de que su desarrollo había de realizarse en el mismo sentido y con igual rapidez, el boicot dejaba de ser justo.

El boicot de los bolcheviques al "parlamento" en 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política extraordinariamente preciosa, mostrando que en la combinación de las formas legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias de lucha es, a veces, conveniente y hasta obligado saber renunciar a las formas parlamentarias. Pero transportar ciegamente, por simple imitación, sin un espíritu crítico esta experiencia a *otras* condiciones, a *otra* situación, es el mayor de los errores. Lo que constituyó ya un error, aunque no grande y fácilmente corregible*, fue el boicot de los bolcheviques a la "Duma" en 1906. Fueron errores mucho más serios y difícilmente reparables los boicots de 1907, 1908 y años sucesivos, pues, por una parte, no había que esperar que volviera a levantarse con mucha rapidez la ola revolucionaria y se transformara en insurrección y, por otra, el conjunto de la situación histórica creada por

* De la política y de los partidos se puede decir —con las variantes correspondientes— lo mismo que de los individuos. Inteligente no es quien no comete errores. Hombres que no cometen errores no los hay ni puede haberlos. Inteligente es quien comete errores que no son muy graves y sabe corregirlos bien y pronto.

la renovación de la monarquía burguesa dictaba la necesidad de combinar el trabajo legal con el ilegal. Hoy, cuando se considera de manera retrospectiva este período histórico terminado por completo, cuyo enlace con los períodos posteriores se ha manifestado ya plenamente, se comprende con singular claridad que los bolcheviques *no habrían podido* conservar (y no digo ya afianzar, desarrollar y fortalecer) el núcleo sólido del partido revolucionario del proletariado durante los años 1908-1914, si no hubiesen defendido en la más dura contienda la combinación *obligatoria* de las formas legales de lucha con las formas ilegales, la participación *obligatoria* en un parlamento ultrarreaccionario y en una serie de instituciones regidas por leyes reaccionarias (mutualidades, etc.).

En 1918 las cosas no llegaron a la escisión. Los comunistas "de izquierda" sólo constituyeron entonces un grupo especial o "fracción" dentro de nuestro partido, y no por mucho tiempo[203]. En el mismo año, los representantes más señalados del "comunismo de izquierda", los camaradas Rádek y Bujarin, por ejemplo, reconocieron abiertamente su error. Les parecía que la paz de Brest era un compromiso con los imperialistas, inaceptable por principio y funesto para el partido del proletariado revolucionario. Se trataba, en efecto, de un compromiso con los imperialistas; pero precisamente de un compromiso de tal género que era *obligatorio* en tales circunstancias.

Cuando oigo hoy, por ejemplo, a los "socialistas-revolucionarios" atacar la táctica seguida por nosotros al firmar la paz de Brest, o una observación como la que me hizo el camarada Lansbury en el curso de una conversación: "Los jefes de nuestras tradeuniones inglesas dicen que también pueden permitirse un compromiso, puesto que los bolcheviques se lo han permitido", respondo habitualmente, ante todo, con una comparación sencilla y "popular".

Figuraos que el automóvil en que viajáis es detenido por unos bandidos armados. Les dais el dinero, el pasaporte, el revólver y el automóvil; mas, a cambio de ello, os veis desembarazados de la agradable vecindad de los bandidos. Se trata, evidentemente, de un compromiso. *Do ut des* ("te doy" mi dinero, mis armas y mi automóvil "para que me

des" la posibilidad de marcharme en paz). Pero difícilmente se encontraría un hombre cuerdo capaz de declarar que semejante compromiso es "inadmisible desde el punto de vista de los principios" o de denunciar al que lo ha concertado como cómplice de los bandidos (aunque éstos, una vez dueños del automóvil y de las armas, pueden utilizarlos para nuevos pillajes). Nuestro compromiso con los bandidos del imperialismo alemán fue análogo a éste.

Mas cuando los mencheviques y los socialistas-revolucionarios en Rusia, los partidarios de Scheidemann (y, en parte considerable, los kautskianos) en Alemania, Otto Bauer y Friedrich Adler (sin hablar de los señores Renner y comparsa) en Austria, los Renaudel, Longuet y compañía en Francia, los fabianos[204], los "independientes" y los "laboristas"[205] en Inglaterra concertaron, en 1914-1918 y en 1918-1920, con los bandidos de su propia burguesía y a veces de la burguesía "aliada" *compromisos* dirigidos *contra* el proletariado revolucionario de su propio país, esos señores obraron como *cómplices de los bandidos.*

La conclusión es clara: rechazar los compromisos "por principio", negar la legitimidad de todo compromiso en general, cualesquiera que sea, constituye una puerilidad que incluso es difícil tomar en serio. El político que quiera ser útil al proletariado revolucionario debe saber distinguir los casos *concretos* de compromisos que son precisamente inadmisibles, que son una expresión de oportunismo y de *traición*, y dirigir contra *tales* compromisos *concretos* toda la fuerza de la crítica, todo el filo de un desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, no permitiendo a los socialistas, con su gran experiencia de "maniobreros", y a los jesuitas parlamentarios escurrir el bulto, eludir la responsabilidad por medio de disquisiciones sobre los "compromisos en general". Los señores "jefes" de las tradeuniones inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y los del Partido Laborista "independiente", pretenden eludir precisamente así la responsabilidad por *la traición que han cometido*, por haber concertado *semejante* compromiso, que no es en realidad sino oportunismo, defección y traición de la peor especie.

Hay compromisos y compromisos. Es preciso saber anali-

zar la situación y las circunstancias concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Debe aprenderse a distinguir al hombre que ha entregado a los bandidos su bolsa y sus armas para disminuir el mal causado por ellos y facilitar su captura y ejecución, del que da a los bandidos su bolsa y sus armas para participar en el reparto del botín. En política, esto dista mucho de ser siempre tan fácil como en el ejemplillo de simplicidad infantil. Pero sería sencillamente un charlatán quien pretendiera inventar para los obreros una receta que diese por adelantado soluciones adecuadas para todas las circunstancias de la vida o prometiera que en la política del proletariado revolucionario no han de surgir nunca dificultades ni situaciones embrolladas.

A fin de no dejar lugar a interpretaciones falsas, intentaré esbozar, aunque sea brevemente, algunas tesis fundamentales para el análisis de los casos concretos de compromiso.

El partido que concertó con los imperialistas alemanes el compromiso consistente en firmar la paz de Brest había venido elaborando en la práctica su internacionalismo desde finales de 1914. Dicho partido no temió proclamar la derrota de la monarquía zarista y estigmatizar la "defensa de la patria" en la guerra entre dos aves de rapiña imperialistas. Los diputados de dicho partido en el parlamento fueron deportados a Siberia, en vez de seguir el camino que conduce a las carteras ministeriales en un gobierno burgués[206]. La revolución, al derribar el zarismo y proclamar la república democrática, sometió a este partido a una nueva y gran prueba: no concertó ningún acuerdo con los imperialistas de "su" país, sino que preparó su derrocamiento y los derrocó. Este mismo partido, una vez dueño del poder político, no ha dejado piedra sobre piedra ni de la propiedad terrateniente ni de la propiedad capitalista. Después de publicar y hacer añicos los tratados secretos de los imperialistas, este partido propuso la paz *a todos* los pueblos y sólo cedió ante la violencia de los bandidos de Brest cuando los imperialistas anglo-franceses frustraron la paz y los bolcheviques hubieron hecho todo lo humanamente posible para acelerar la revolución de Alemania y en otros países. La plena justeza de semejante compromiso, contraído por tal partido en tales

circunstancias, se hace cada día más clara y evidente para todos.

Los mencheviques y socialistas-revolucionarios de Rusia (igual que todos los jefes de la II Internacional en el mundo entero en 1914-1920) empezaron por la traición, justificando directa o indirectamente la "defensa de la patria", es decir, la defensa de *su* burguesía expoliadora, y persistieron en la traición coligándose con la burguesía de *su* país y luchando al lado *suyo* contra el proletariado revolucionario de su propio país. Su bloque en Rusia con Kerenski y los demócratas constitucionalistas primero, con Kolchak y Denikin después, así como el bloque de sus correligionarios extranjeros con la burguesía de *sus* países respectivos, fue una deserción al campo de la burguesía contra el proletariado. *Su* compromiso con los bandidos del imperialismo consistió, desde el principio hasta el fin, en convertirse en *cómplices* del bandolerismo imperialista.

X

ALGUNAS CONCLUSIONES

. . . La historia del movimiento obrero muestra hoy que éste está llamado a atravesar en todos los países (y ha comenzado ya a atravesarlo) un período de lucha del comunismo naciente, cada día más fuerte, que camina hacia la victoria, ante todo y principalmente contra el "menchevismo" *propio* (en cada país), es decir, contra el oportunismo y el socialchovinismo y, de otra parte, como complemento, por decirlo así, contra el comunismo "de izquierda". La primera de estas luchas se ha desarrollado en todos los países, sin excepción al parecer, en forma de lucha entre la II Internacional (hoy prácticamente muerta) y la III. La segunda lucha se observa en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en los Estados Unidos (donde *una parte* al menos de "Los Trabajadores Industriales del Mundo"[207] y de las tendencias anarcosindicalistas sostienen los errores del comunismo de izquierda, a la vez que reconocen de manera casi general, casi incondicional, el sistema soviético) y en Francia (actitud de una parte de los ex sindicalistas con relación al partido político y al parla-

mentarismo, paralelamente también al reconocimiento del sistema de los Soviets), es decir, que se observa, sin duda, en una escala no sólo internacional, sino universal.

Pero aunque la escuela preparatoria que conduce el movimiento obrero a la victoria sobre la burguesía sea en todas partes idéntica en el fondo, su desarrollo se efectúa en cada país *de un modo original*. Los grandes países capitalistas adelantados avanzan por ese camino *mucho más rápidamente* que el bolchevismo, al cual concedió la historia un plazo de quince años para prepararse como tendencia política organizada a fin de conquistar la victoria. En un plazo tan breve como es un año, la III Internacional ha alcanzado ya un triunfo decisivo al deshacer la II Internacional, la Internacional amarilla, socialchovinista, que hace unos meses era incomparablemente más fuerte que la III, parecía sólida y poderosa y gozaba del apoyo de la burguesía mundial en todas las formas, directas e indirectas, materiales (puestos ministeriales, pasaportes, prensa) e ideológicas.

Lo que importa ahora es que los comunistas de cada país tengan en cuenta con plena conciencia tanto las tareas fundamentales, de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo "de izquierda", como las *particularidades concretas* que esta lucha adquiere y debe adquirir inevitablemente en cada país, conforme a los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional (Irlanda, etc.), de sus colonias, de la diversidad de religiones, etc., etc. Por todas partes se deja sentir, se extiende y crece el descontento contra la II Internacional por su oportunismo y por su torpeza o incapacidad para crear un órgano realmente centralizado y dirigente, apto para orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario en su lucha por la república soviética universal. Hay que darse perfecta cuenta de que dicho centro dirigente no puede, en ningún caso, ser formado con arreglo a normas tácticas de lucha estereotipadas, igualadas mecánicamente e idénticas. Mientras subsistan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países —y estas diferencias subsistirán incluso mucho después de la instauración universal de la dictadura del proletariado—, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exigirá la supresión de la variedad, ni la supresión de las particularidades nacionales (lo cual es, en la actualidad, un sueño absurdo), sino una aplicación tal de los principios *fundamentales* del comunismo (Poder soviético y dictadura del proletariado) que *modifique acertadamente* estos principios *en sus detalles*, que los adapte, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y nacional-estatales. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y de específico, desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país aborda *concretamente* la solución del problema internacional *común*, del problema del triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero, el derrocamiento de la burguesía, la instauración de la república soviética y la dictadura proletaria, es la principal tarea del período histórico que atraviesan actualmente todos los países adelantados (y no sólo los adelantados). Se ha hecho ya lo principal —claro que no todo, ni mucho menos, pero sí lo principal— para ganar a la vanguardia de la clase obrera, para ponerla al lado del Poder soviético contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora hay que concentrar todas las fuerzas y toda la atención en el paso *siguiente*, que parece ser —y, desde cierto punto de vista, lo es, en efecto— menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber buscar las formas de *pasar* a la revolución proletaria o de *abordarla*.

La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo dista todavía un buen trecho. Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el

capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy con fuerza y realce sorprendentes tanto por Rusia como por Alemania. No sólo las masas incultas, en muchos casos analfabetas, de Rusia, sino también las masas de Alemania, muy cultas, sin un solo analfabeto, necesitaron experimentar en su propia carne toda la importancia, toda la veleidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov en Rusia, Kapp y Cía. en Alemania), única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.

La tarea inmediata de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber *llevar* a las amplias masas (hoy todavía, en su mayor parte, adormecidas, apáticas, rutinarias, inertes, sin despertar) a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en saber dirigir *no sólo* a su propio partido, sino también a estas masas en el transcurso de su aproximación, de su desplazamiento a esa nueva posición. Si la primera tarea histórica (ganar para el Poder soviético y para la dictadura de la clase obrera a la vanguardia consciente del proletariado) no podía ser resuelta sin una victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, la segunda tarea, que resulta ahora inmediata y que consiste en saber llevar *a las masas* a esa nueva posición capaz de asegurar el triunfo de la vanguardia en la revolución, no puede ser resuelta sin liquidar el doctrinarismo de izquierda, sin enmendar por completo sus errores, sin desembarazarse de ellos.

Escrito en abril-mayo de 1920. Publicado en junio de 1920, en un folleto, por la Editorial del Estado. Petrogrado.

T. 41, págs. 14-22, 75-79.

De las "TESIS SOBRE LAS TAREAS FUNDAMENTALES DEL II CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA"[208]

RECTIFICACION DE LA LINEA —Y, PARCIALMENTE, DE LA COMPOSICION— DE LOS PARTIDOS ADHERIDOS O QUE DESEEN ADHERIRSE A LA INTERNACIONAL COMUNISTA

. . . 18. El II Congreso de la III Internacional considera erróneas las opiniones relativas a la actitud del Partido ante la clase y ante las masas y a la no obligatoriedad de la participación de los partidos comunistas en los parlamentos burgueses y en los sindicatos reaccionarios, opiniones que han sido refutadas detalladamente en decisiones especiales del presente Congreso y defendidas, sobre todo, por el "Partido Comunista Obrero de Alemania"[209] y, parcialmente, por el "Partido Comunista de Suiza", por la revista *Kommunismus*, de Viena, órgano del Secretariado europeo-oriental de la Internacional Comunista, por el secretariado de Amsterdam[210], disuelto en la actualidad, y por algunos camaradas holandeses, y además por ciertas organizaciones comunistas de Inglaterra, como, por ejemplo, la "Federación Socialista Obrera"[211], etc., así como por "Los Trabajadores Industriales del Mundo", de Norteamérica, y por el "Comité de delegados de fábrica" (*Shop Stewards Committee*), de Inglaterra, etc.

No obstante, el II Congreso de la III Internacional considera posible y deseable la inmediata adhesión a la Internacional Comunista de aquellas de las citadas organizaciones que aún no se hayan adherido oficialmente, pues en este caso, sobre todo por lo que atañe a "Los Trabajadores Industriales del Mundo" en Norteamérica y en Australia, lo mismo que a los "Delegados de fábrica" en Inglaterra, se trata de un movimiento profundamente proletario y masivo, que en lo fundamental se atiene de hecho a los principios

cardinales de la Internacional Comunista. En estas organizaciones, las opiniones erróneas sobre la participación en los parlamentos burgueses se explican, no tanto por el papel de los elementos procedentes de la burguesía, que introducen sus ideas, de esencia pequeñoburguesas, como son con frecuencia las ideas de los anarquistas, sino por la inexperiencia política de proletarios plenamente revolucionarios y ligados a las masas.

Por eso, el II Congreso de la III Internacional ruega a todas las organizaciones y grupos comunistas de los países anglosajones que, aun en el caso de que no se lleve a efecto la adhesión inmediata de "Los Trabajadores Industriales del Mundo" y de los "Delegados de fábrica" a la III Internacional, apliquen una política consistente en mantener las relaciones más amistosas con estas organizaciones, en acercarse a ellas y a las masas que simpatizan con ellas, en explicarles amistosamente, desde el punto de vista de la experiencia de todas las revoluciones, y en particular de las tres revoluciones rusas del siglo XX, lo erróneo de las opiniones indicadas más arriba y en no desistir de hacer nuevos intentos para fundirse con dichas organizaciones en un Partido Comunista único.

19. A este respecto, el Congreso llama la atención de todos los camaradas, ante todo en los países latinos y anglosajones, sobre el hecho de que, después de la guerra, entre los anarquistas se está produciendo en todo el mundo una profunda diferenciación ideológica en cuanto a la actitud ante la dictadura del proletariado y ante el Poder soviético. Además, precisamente entre los elementos proletarios que con frecuencia se han visto impulsados hacia el anarquismo por un odio completamente legítimo al oportunismo y al reformismo de los partidos de la II Internacional, se observa, en particular, una comprensión cabal de estos principios, tanto más extendida cuanto más de cerca conocen la experiencia de Rusia, Finlandia, Hungría, Letonia, Polonia y Alemania.

El Congreso estima, por tanto, que todos los camaradas tienen el deber de apoyar al máximo el paso del anarquismo a la III Internacional de todos los elementos proletarios ligados a las masas. El Congreso señala que el éxito de la actividad de los partidos verdaderamente comunistas debe medirse, entre otras cosas, por el grado en que consigan ganarse a los elementos anarquistas no intelectuales, no pequeñoburgueses, sino proletarios, ligados a las masas.

Escrito el 4 de julio de 1920.
Publicado el 20 de julio de 1920 en el N° 12 de la revista "La Internacional Comunista".

T. 41, págs. 199-201.

Del artículo "LA CRISIS EN EL PARTIDO"[212]

...Las tesis de Bujarin y Cía. son el colmo de la descomposición *ideológica*. En ellas se ha dado un "viraje" de los que los marxistas decían en otros tiempos, ironizando: "un viraje no tanto histórico como histérico". En la tesis 17 leemos: "...en la actualidad es necesario hacer *obligatorias* estas candidaturas" (las candidaturas de los sindicatos a "las direcciones generales y los organismos centrales correspondientes").

Eso es romper por completo con el comunismo y adoptar la posición del sindicalismo. Eso es, en esencia, repetir la consigna de Shliápnikov de "sindicalizar el Estado"; eso es transferir por partes el aparato del Consejo Superior de Economía Nacional a manos de los sindicatos correspondientes. Decir "yo presento candidaturas *obligatorias*" o "yo nombro" es lo mismo.

El comunismo dice: la vanguardia del proletariado, el Partido Comunista, dirige a la masa de obreros sin partido, ilustrando, preparando, instruyendo y educando a esta masa ("escuela" de comunismo), primero a los obreros y después a los campesinos, para que pueda llegar y llegue a concentrar en sus manos la dirección de toda la economía nacional.

El sindicalismo transfiere a la masa de obreros sin partido, divididos en industrias, la dirección de las ramas industriales ("las direcciones generales y los organismos centrales"), suprimiendo así la necesidad del partido, no efectuando así una larga labor ni para educar a las masas ni

para concentrar *de verdad* en *sus* manos la dirección *de toda la economía nacional*.

El Programa del PCR dice: "...Los sindicatos *deben llegar*" (es decir, no han llegado e incluso no llegan todavía) "a concentrar de hecho en sus manos" (en *sus*, es decir, en manos de los sindicatos, o sea, en manos *de las masas*, unidas sin excepción; cualquiera puede ver cuán lejos estamos aún incluso de acercarnos a esta concentración de hecho)... ¿Concentración de qué? "De toda la dirección de la economía nacional como un todo único económico" (es decir, no de las ramas industriales y de la industria, sino de la industria *más* la agricultura, etc. ¿Estamos cerca de concentrar de hecho en manos de los sindicatos la dirección de la agricultura?). Y las frases siguientes del Programa del PCR hablan de "la ligazón" entre "la administración central del Estado" y "las grandes masas trabajadoras", de "*la participación* de los sindicatos en la gestión económica".

Si los sindicatos, es decir, obreros sin partido en sus 9/10, nombran ("candidaturas obligatorias") la dirección de la industria, ¿para qué hace falta, entonces, el partido? Lógicamente, y teóricamente, y prácticamente, lo que ha llegado a decir Bujarin significa la escisión del partido, más exactamente: el rompimiento de los sindicalistas con el partido.

Hasta ahora, el "principal" en la lucha había sido Trotski. Ahora, Bujarin le ha "adelantado" mucho y le ha "eclipsado" por completo; ha creado una nueva correlación en la lucha, pues ha llegado a un error cien veces mayor que todos los errores de Trotski juntos.

Escrito el 19 de enero de 1921.
Publicado el 21 de enero de 1921 en el N° 13 de "Pravda".
Firmado: N. Lenin.

T. 42, págs. 240-242.

DEL INFORME SOBRE EL PAPEL Y LAS TAREAS DE LOS SINDICATOS, PRONUNCIADO EN LA REUNION DEL GRUPO COMUNISTA DEL II CONGRESO DE MINEROS DE TODA RUSIA EL 23 DE ENERO DE 1921

... En el VIII Congreso de los Soviets dije que entre nosotros debía haber menos política. Al decir esto pensaba que no cometeríamos errores políticos, pero al cabo de tres años de la revolución soviética hablamos del sindicalismo. Es una vergüenza. Si me hubieran dicho hace seis meses que debería escribir acerca del sindicalismo, habría preferido escribir de la cuenca del Donets. Y hoy se nos distrae y se tira del partido hacia atrás. Un pequeño error se transforma en un gran error. Pasaré ahora al camarada Shliápnikov. El camarada Trotski define acertadamente, en el punto 16 de sus tesis, el error de Shliápnikov.

Bujarin, con motivo de su papel de tope, se ha agarrado a Shliápnikov, pero hubiera sido mejor que se agarrara a un clavo ardiendo. Promete a los sindicatos candidaturas obligatorias. Eso significa que son los sindicatos los que nombran. Es lo mismo que dice Shliápnikov. Los marxistas del mundo entero han combatido el sindicalismo. Nosotros llevamos luchando en el partido más de veinte años. Hemos demostrado a los obreros, con hechos y no con palabras, que el partido es una cosa especial; que requiere hombres conscientes, dispuestos al sacrificio; que comete errores, pero los corrige; que dirige y elige a hombres que saben qué camino deberemos recorrer aún y qué dificultades habremos de vencer. El partido no engaña a los obreros. No hace promesas imposibles de cumplir. Y si saltáis por encima de los sindicatos, anularéis todo el trabajo que hemos hecho en tres años, pondréis todo en tela de juicio. El camarada Bujarin,

con el que he hablado de este error, dice: "Usted, camarada Lenin, exagera las cosas".

Yo entiendo las candidaturas obligatorias en el sentido de que serán presentadas bajo la dirección del CC del partido. Entonces, ¿qué derechos concedemos? Entonces será imposible todo bloque. Los obreros y los campesinos son dos clases diferentes. Cuando se extienda la electricidad por toda la tierra, en todas partes, si hacemos eso dentro de veinte años, lo habremos hecho con una rapidez inaudita. Eso no se puede hacer con rapidez. Pues bien, entonces hablaremos de transferir los derechos a los sindicatos; pero hasta entonces, eso es engañar a los obreros. La dictadura del proletariado es la más firme en el mundo porque se ha granjeado con hechos la confianza y porque el partido ha vigilado rigurosamente para impedir la diseminación.

¿Y qué significa esto?

¿Es que cada obrero sabe cómo hay que administrar el Estado? Los hombres prácticos saben que eso es un cuento, que millones de obreros organizados de nuestro país están viviendo ahora lo que nosotros dijimos: que los sindicatos son una escuela de comunismo y de administración. Cuando pasen esos años en la escuela, aprenderán; pero eso avanza lentamente. No hemos liquidado siquiera el analfabetismo. Sabemos que los obreros vinculados a los campesinos se dejan influenciar por consignas no proletarias. ¿Qué obreros han dirigido? Sólo unos cuantos miles en toda Rusia. Si decimos que no es el partido el que aprueba las candidaturas y dirige, sino los propios sindicatos, eso sonará muy democrático, con eso se podrán, quizá, captar votos, pero no por mucho tiempo. Eso hundirá la dictadura del proletariado.

Leed la resolución del II Congreso de la Internacional Comunista. Sus acuerdos y resoluciones han recorrido el mundo entero. Hace poco, el Congreso de los socialistas de Francia mostró que en ese país, lleno del mayor chovinismo, hemos conquistado la mayoría; hemos dividido el partido y echado a la calle a los jefes podridos, y lo hemos hecho contra los sindicalistas. Y todos los mejores obreros, todos los mejores líderes han aceptado nuestra teoría. Hasta los sindicalistas del mundo entero, los sindicalistas revolucionarios, se suman a nosotros. Yo mismo via los sindicalistas

norteamericanos que visitaron nuestro país y que ahora dicen: "Efectivamente, sin el partido no se puede dirigir al proletariado". Vosotros lo sabéis por propia experiencia. Y echarse en brazos del sindicalismo, hablar de candidaturas obligatorias al "Congreso de Productores de Rusia" es impropio en absoluto del proletariado. Eso es peligroso, eso socava el papel dirigente del Partido. En el país sólo hay ahora un porcentaje insignificante de obreros organizados. Y la mayoría de los campesinos seguirá al partido porque la política del partido es justa, porque en el momento más difícil de la paz de Brest supo aceptar sacrificios y repliegues temporales y las cosas salieron bien. ¿Cómo se puede arrojar por la borda todo eso? ¿Es que todo eso es casual? Es una conquista de lo que ha venido haciendo el partido durante decenios. Todos creen en la palabra de los bolcheviques que han cursado durante veinte años la escuela del partido.

Para gobernar hay que tener un ejército de revolucionarios comunistas templados; ese ejército existe, se llama Partido. Hay que tirar al cesto de los papeles toda la estupidez sindicalista, las candidaturas obligatorias de productores. Si se siguiera ese camino, ello significaría de hecho dar de lado al partido, significaría de hecho la imposibilidad de la dictadura del proletariado en Rusia. Tal es el punto de vista que consideraba un deber de partido exponer ante vosotros, y que, a mi juicio, está expuesto en forma de tesis prácticas en la plataforma denominada "Proyecto de resolución del X Congreso del PCR"*.

Publicado el 25 de enero de 1921 en el N° 1 del "Boletín del II Congreso de Mineros de toda Rusia".

T. 42, págs. 252-254.

* Véase la presente recopilación, págs. 317-320. (*N. de la Edit.*)

Del folleto
"UNA VEZ MAS ACERCA DE LOS SINDICATOS, EL MOMENTO ACTUAL Y LOS ERRORES DE TROTSKI Y BUJARIN"

Durante la discusión han revelado una desviación sindicalista, sobre todo, el camarada Shliápnikov y su grupo, la llamada "oposición obrera"[213]. Como quiera que ésta es una desviación evidente que se aleja del Partido, del comunismo, habrá que tratar especialmente de ella aparte, habrá que dedicar atención particular a la propaganda y explicación de lo erróneo de esas concepciones y del peligro de ese error. El camarada Bujarin, que ha llegado hasta a pronunciar la frase sindicalista de "candidaturas obligatorias" (de los sindicatos a los órganos administrativos), se defiende hoy con muy poca fortuna y evidente desacierto en *Pravda*. ¡Dice que habla del papel del Partido en otros puntos! ¡No faltaría más! De lo contrario eso sería abandonar el Partido. De lo contrario eso no sólo sería un error que requiere corrección y admite fácil corrección. Si se habla de "candidaturas obligatorias" y no se añade a renglón seguido que no son obligatorias para el Partido, eso es una desviación sindicalista, eso es inconciliable con el comunismo, es inconciliable con el programa del PC de Rusia. Si se añade: "no son obligatorias para el partido" resulta engañar a las masas obreras sin partido con el espectro de cierto aumento de sus derechos, en tanto que, de hecho, no se operará el menor cambio en comparación con lo que tenemos hoy. Cuanto más defienda el camarada Bujarin su desviación del comunismo, desviación evidentemente errónea en teoría y engañosa en política, tanto más deplorables serán los frutos de su terquedad. Pero no se logrará defender lo indefendible. El partido

no está contra toda ampliación de los derechos de los obreros sin partido, mas no hace falta cavilar mucho para comprender por qué senda se puede ir y por cuál no se puede ir en ese caso.

En la discusión de la minoría comunista del II Congreso de Mineros de toda Rusia fracasó la plataforma de Shliápnikov pese a defenderla el camarada Kiseliov, que goza de singular prestigio en este sindicato: por nuestra plataforma se emitieron 137 votos; por la de Shliápnikov, 62 votos; y por la de Trotski, 8 votos. La desviación sindicalista debe ser curada y será curada.

T. 42, págs. 303-304.

Escrito el 25 de enero de 1921.
Publicado en enero de 1921 en un folleto en edición de la Sección de Prensa del Soviet de Moscú de diputados obreros, campesinos y soldados rojos.
Firmado: N. Lenin.

PROYECTO INICIAL DE RESOLUCION DEL X CONGRESO DEL PC DE RUSIA SOBRE LA DESVIACION SINDICALISTA Y ANARQUISTA EN NUESTRO PARTIDO

1. En estos últimos meses se ha revelado claramente en el seno del partido una desviación sindicalista y anarquista, que exige las medidas más enérgicas de lucha ideológica, así como la depuración y el saneamiento del Partido.

2. La desviación indicada ha sido en parte originada por el ingreso en el Partido de ex mencheviques, así como de obreros y campesinos que aún no han asimilado por completo las concepciones comunistas, pero se debe más que a nada a la influencia que ejerce en el proletariado y en el Partido Comunista de Rusia el elemento pequeñoburgués, excepcionalmente poderoso en nuestro país y que de una manera inevitable genera vacilaciones hacia el anarquismo, sobre todo en estos momentos, en que la situación de las masas ha empeorado en gran medida como resultado de la mala cosecha y de las consecuencias extremadamente desastrosas de la guerra y en que la desmovilización del ejército de un millón de hombres licencia a centenares de miles de campesinos y obreros que no pueden encontrar en el acto fuentes y medios de vida adecuada.

3. La manifestación teórica más acabada y la más neta de esta desviación (*variante:* una de las manifestaciones más acabadas, etc., de esta desviación) son las tesis y otros escritos del grupo de la llamada "oposición obrera". Bastante significativa es, por ejemplo, la siguiente tesis: "El Congreso de productores de toda Rusia organiza la dirección de la economía nacional; los productores están agrupados en sindicatos industriales, que eligen un órgano central para dirigir toda la economía nacional de la República".

Las ideas que forman la base de ésta y de las otras numerosas declaraciones parecidas son radicalmente falsas des-

de el punto de vista teórico, constituyendo la ruptura completa con el marxismo y el comunismo, así como con la suma de la experiencia práctica de todas las revoluciones semiproletarias y de la actual revolución proletaria.

En primer lugar, el concepto de "productor" engloba al proletario con el semiproletario y con el pequeño productor de mercancías, apartándose así, radicalmente, del concepto fundamental de la lucha de clases y de la exigencia básica de diferenciar con precisión las clases.

En segundo lugar, orientarse hacia las masas sin partido o coquetear con ellas, como se hace en la tesis citada, es apartarse del marxismo de un modo no menos radical.

El marxismo nos enseña —y esta doctrina no sólo ha sido confirmada formalmente por toda la Internacional Comunista en la decisión de su II Congreso (1920) sobre el papel del partido político del proletariado, sino que lo ha sido también prácticamente por toda la experiencia de nuestra revolución— que sólo el partido político de la clase obrera, es decir, el Partido Comunista, está en condiciones de agrupar, educar y organizar a la vanguardia del proletariado y de todas las masas trabajadoras, la única vanguardia capaz de contrarrestar las inevitables vacilaciones pequeñoburguesas de estas masas, las inevitables tradiciones y recaídas en la estrechez de miras gremial o en los prejuicios sindicales entre el proletariado y dirigir todo el conjunto de las actividades de todo el proletariado, esto es, dirigirlo políticamente y a través de él dirigir a todas las masas trabajadoras. Sin esto la dictadura del proletariado es irrealizable.

La errónea concepción del papel del Partido Comunista en su actitud ante el proletariado sin partido, y luego en las relaciones del primer y segundo factores con toda la masa de trabajadores, constituye un retroceso teórico radical del comunismo y una desviación hacia el sindicalismo y el anarquismo, desviación que impregna todas las concepciones del grupo de la "oposición obrera".

4. El X Congreso del PC de Rusia declara que considera también absolutamente equivocados todos los intentos del grupo mencionado y de otras personas de defender sus puntos de vista erróneos invocando el apartado 5 de la parte económica del programa del PC de Rusia, dedicado al papel

de los sindicatos. Este apartado dice que "los sindicatos deben llegar a concentrar efectivamente en sus manos toda la dirección del conjunto de la economía nacional como un todo económico único", y que los sindicatos "aseguran así el vínculo indisoluble entre la dirección central del Estado, la economía nacional y las grandes masas trabajadoras", "incorporando" a estas masas "a la gestión inmediata de la dirección de la economía".

En este mismo apartado, el programa del PC de Rusia considera como condición preliminar para crear la situación a la que "tienen que llegar" los sindicatos, el proceso de "liberar cada vez más a los sindicatos de la estrechez gremial" y abarcar a la mayoría "y gradualmente a la totalidad" de los trabajadores.

Por último, el mismo apartado del programa del PC de Rusia subraya que los sindicatos, "según las leyes de la RSFSR y la práctica establecida, participan ya en todos los órganos locales y centrales de la dirección industrial".

En lugar de tener en cuenta precisamente esta experiencia práctica de la participación en la dirección, en lugar de seguir desarrollando esta experiencia en estricta concordancia con los éxitos alcanzados y con los errores corregidos, los sindicalistas y anarquistas plantean la consigna inmediata de "congresos o de un congreso de productores", "que eligen" los órganos de dirección de la economía. De este modo se pasa por alto y se elimina en absoluto el papel dirigente, educativo y organizador del partido respecto a los sindicatos del proletariado y el papel de este último respecto a las masas trabajadoras semipequeñoburguesas y puramente pequeñoburguesas, y en lugar de desarrollar y corregir el trabajo práctico de la estructuración de nuevas formas de economía, comenzado ya por el Poder soviético, resulta una destrucción pequeñoburguesa-anarquista de este trabajo, destrucción capaz de conducir únicamente al triunfo de la contrarrevolución burguesa.

5. Además de la inexactitud teórica y de una actitud radicalmente errónea hacia la experiencia práctica adquirida en la edificación económica por el Poder soviético, el Congreso del PC de Rusia considera que las concepciones del grupo citado y de los grupos y personas análogas constituyen

un tremendo error político y un peligro político inmediato para la existencia misma de la dictadura del proletariado.

En un país como Rusia, el enorme predominio del elemento pequeñoburgués y la ruina, la depauperación, las epidemias y la mala cosecha, la extrema agudización de la miseria y de las calamidades del pueblo, como resultado inevitable de la guerra, engendran vacilaciones particularmente acusadas en los ánimos de las masas pequeñoburguesas y semiproletarias. Estas vacilaciones llevan unas veces a estas masas hacia el fortalecimiento de la alianza con el proletariado y otras hacia la restauración burguesa. La experiencia de todas las revoluciones de los siglos XVIII, XIX, y XX demuestra con absoluta claridad y de manera convincente que el más mínimo debilitamiento de la unidad, de la fuerza e influencia de la vanguardia revolucionaria del proletariado no puede conducir sino a la restauración del poder y de la propiedad de los capitalistas y de los terratenientes.

Por eso, las concepciones de la "oposición obrera" y de los elementos análogos no sólo son falsas teóricamente, sino que en la práctica constituyen la expresión de las vacilaciones pequeñoburguesas y anarquistas, debilitan la línea de firme dirección del Partido Comunista y ayudan a los enemigos de clase de la revolución proletaria.

6. Basándose en esto, el Congreso del PC de Rusia rechaza resueltamente las ideas mencionadas, que reflejan una desviación sindicalista y anarquista, y considera necesario:

1) desplegar una lucha ideológica inflexible y sistemática contra estas ideas;

2) reconocer incompatible la propaganda de estas ideas con la condición de miembro del Partido Comunista de Rusia.

El Congreso, a la vez que encomienda al CC del Partido la severísima ejecución de estas decisiones, indica que en ediciones especiales, recopilaciones, etc., se puede y debe reservar un lugar para el intercambio más detallado de opiniones entre los miembros del Partido sobre todas las cuestiones indicadas.

Publicado por vez primera en 1923 en las "Obras Escogidas" de N. Lenin (U. Uliánov), t. XVIII, parte I.

T. 43, págs. 93-97.

INFORME SOBRE LA UNIDAD DEL PARTIDO Y LA DESVIACION ANARCOSINDICALISTA EN EL X CONGRESO DEL PC(b)R

16 DE MARZO

Camaradas: Creo que no será necesario hablar mucho de esta cuestión, ya que nuestro Congreso, al discutir todos los problemas, ha abordado ya los temas sobre los cuales hay que manifestarse ahora oficialmente en nombre del Congreso del Partido, o sea, en nombre de todo el partido. En cuanto a la resolución "sobre la unidad"[214], una parte considerable de la misma está destinada a definir la situación política. Todos habéis leído, naturalmente, el texto impreso de esta resolución, que ha sido distribuido. No se publicará el punto séptimo, que implanta una medida excepcional: el derecho a excluir del CC a alguno de sus integrantes, a condición de que así lo acuerde por una mayoría de dos tercios la asamblea general de miembros efectivos y suplentes del CC y de la Comisión Central de Control. En las reuniones parciales, en las que han expuesto su opinión representantes de todos los matices, esta medida ha sido discutida repetidas veces. Confiemos, camaradas, en que no será preciso aplicar este punto, pero es necesario en la nueva situación, en la que nos encontramos ante un viraje bastante brusco y queremos acabar con los rastros de aislamiento.

Paso a la resolución sobre las desviaciones sindicalistas y anarquistas. Nos encontramos ante un problema que ha sido tocado en el punto cuarto del orden del día del Congreso. La medula de toda la resolución consiste en determinar nuestra actitud ante ciertas corrientes o desviaciones ideológicas. Al decir "desviaciones" subrayamos que no vemos

aún nada que haya adquirido forma definitiva, nada absoluto y perfectamente definido, sino sólo el comienzo de una orientación política que no puede dejar de ser enjuiciada por el partido. En el punto tercero de la resolución sobre la desviación sindicalista y anarquista, que todos tenéis, sin duda, hay una errata evidente (que, a juzgar por las observaciones, ha sido advertida). Se debe leer como sigue: "Es significativa, por ejemplo, su siguiente tesis" (es decir, de la "oposición obrera"): "El Congreso de Productores de Rusia organiza la dirección de la economía nacional; los productores están agrupados en sindicatos industriales, que eligen un órgano central para dirigir toda la economía nacional de la República". Hemos hablado ya más de una vez de este punto en el Congreso, tanto en las reuniones parciales como en las sesiones plenarias públicas del mismo. Creo que hemos aclarado ya que es imposible en absoluto defender este punto con el argumento de que Engels habla de la agrupación de los productores, pues es evidente a todas luces —y la confrontación del pasaje correspondiente así lo demuestra— que Engels se refiere a la sociedad comunista, en la que no existirán las clases. Para todos nosotros esto es indiscutible. Cuando en la sociedad no haya clases, en ella quedarán solamente trabajadores productores, no habrá obreros ni campesinos. Y nosotros sabemos perfectamente que Marx y Engels diferencian con la mayor precisión en todas sus obras el período en que las clases existen todavía y el período en que ya no las habrá. Marx y Engels se burlaron sin piedad de las ideas, frases e hipótesis relativas a la desaparición de las clases antes del comunismo y afirmaron que sólo el comunismo significa la supresión de las clases.

Nos encontramos en una situación en la que hemos sido los primeros en plantear de una manera práctica el problema de esta supresión de las clases, y en un país campesino como el nuestro quedan ahora dos clases fundamentales: la clase obrera y el campesinado. Junto a ellas, subsisten grupos enteros de restos y supervivencias del capitalismo.

Nuestro programa dice taxativamente que estamos dando los primeros pasos y que atravesaremos una serie de etapas

de transición. Pero en la práctica de nuestro trabajo soviético y de toda la historia de la revolución vemos constantemente, y del modo más patente, que es erróneo hacer definiciones teóricas como las que formula la oposición en este caso. Sabemos muy bien que en nuestro país subsisten las clases y subsistirán durante largo tiempo; que en un país en el que predomina la población campesina, las clases subsistirán inevitablemente durante muchos años. El plazo mínimo para organizar la gran industria de modo que cree un fondo con el que pueda subordinar la agricultura se calcula en diez años. Es un plazo mínimo en condiciones técnicas extraordinariamente favorables. Y sabemos que nos encontramos en condiciones desfavorables en extremo. Tenemos un plan de edificación de Rusia sobre la base de la gran industria contemporánea: es el plan de electrificación, confeccionado por hombres de ciencia. El plazo mínimo que se fija en él es de diez años, tomando como base condiciones que se aproximen, más o menos, a las normales. Pero sabemos muy bien que esas condiciones no existen. Por consiguiente, un decenio es para nosotros un plazo muy breve, no hay vuelta de hoja. Llegamos así a la medula del problema: es posible una situación en la que subsistan clases hostiles al proletariado; por eso, no podemos crear ahora en la práctica aquello de que hablaba Engels. Habrá dictadura del proletariado. Después habrá sociedad sin clases.

Marx y Engels combatieron implacablemente a quienes olvidaban la diferencia entre las clases, a quienes hablaban de los productores, del pueblo o de los trabajadores en general. Quien conozca, por poco que sea, las obras de Marx y Engels no puede olvidar que en todas ellas se ridiculiza a quienes hablan de los productores, del pueblo y de los trabajadores en general. No hay trabajadores en general: existe o bien el pequeño propietario, que posee medios de producción y cuya sicología y cuyos hábitos de vida son enteramente capitalistas —y no pueden ser otros—, o bien el obrero asalariado de la gran industria, cuya sicología es completamente distinta, y que ocupa una posición de antagonismo, de contradicción y de lucha con los capitalistas.

En las condiciones en que nos enfrentamos con este problema, después de vivir tres años de lucha y la

experiencia de ejercicio del poder político del proletariado, cuando conocemos las enormes dificultades que existen en las relaciones entre las clases, cuando éstas subsisten todavía y cuando los restos de la burguesía aparecen aún en todos los resquicios de nuestra vida y dentro de las instituciones soviéticas; en estas condiciones el surgimiento entre nosotros de plataformas con tesis como las que he leído es una clara y evidente desviación anarcosindicalista. Estas palabras no son desmesuradas, son meditadas. La desviación no es todavía una tendencia formada. Es algo que puede ser corregido. Esa gente se ha desviado algo del camino o empieza a desviarse, pero todavía es posible corregirla. Esto es, a mi modo de ver, lo que significa la palabra "desviación". Subraya que no se trata aún de algo definitivo, que las cosas se pueden corregir fácilmente; expresa el deseo de prevenir y de plantear el problema en todo su volumen y en el terreno de los principios. Si alguien encuentra una palabra que exprese mejor esta idea, que la diga. Espero que no discutiremos en torno a las palabras, sino que examinaremos el fondo de esta tesis, como fundamental, para no lanzarnos tras el cúmulo de ideas semejantes, que tanto abundan en el grupo de la "oposición obrera". Dejemos que las analicen nuestros publicistas y también los dirigentes de esta corriente, pues al final de la resolución decimos intencionadamente que en ediciones especiales y recopilaciones se puede y se debe reservar un lugar a un intercambio más detallado de opiniones entre los miembros del partido sobre todas las cuestiones indicadas. Ahora no estamos para dar largas al problema. Somos un partido que lucha en medio de dificultades agravadas. Debemos decirnos: para que la unidad sea sólida es preciso condenar cierta desviación. Y puesto que ha aparecido, hay que sacarla a la luz y examinarla. Pero si se considera necesaria una discusión amplia, bien venida sea; encontraremos personas que citan detalladamente toda la literatura y, si hace falta y es oportuno, plantearemos el problema en el plano internacional, pues como habéis oído ahora en el informe del representante de la Internacional Comunista, y como todos sabéis, existe una desviación izquierdista en las filas del movimiento obrero revolucionario internacional. La desviación de que hablamos

ahora es igual a la desviación anarquista en el Partido Comunista Obrero Alemán, la lucha contra el cual se manifestó claramente en el anterior Congreso de la Internacional Comunista[215]. Las palabras que se emplearon entonces para calificarla fueron a menudo más duras que la de "desviación". Vosotros sabéis que se trata de un problema internacional. Por eso sería equivocado acabar con él poniendo punto final a la discusión. Pero una cosa es la discusión teórica, y otra, la línea política del partido, la lucha política. No somos un club de discusiones. Podemos, naturalmente, editar recopilaciones y publicaciones especiales, y así lo haremos; pero debemos, ante todo, luchar en las condiciones más difíciles, y por eso tenemos que unirnos estrechamente. Si en la discusión política, en la lucha política se mezclan proposiciones como la de organizar un "Congreso de Productores de toda Rusia", no podremos marchar unidos y cohesionados; no es esa la política que nos hemos trazado para varios años. Semejante política echaría por tierra el trabajo unido del partido; es errónea no sólo desde el punto de vista teórico, sino también porque determina de manera equivocada las relaciones entre las clases. Y eso es lo fundamental y básico, sin eso no hay marxismo, como ha hecho constar en una resolución el II Congreso de la Internacional Comunista[216]. El momento es ahora tal que el elemento sin partido se deja ganar por las vacilaciones pequeñoburguesas, inevitables en la actual situación económica de Rusia. Debemos recordar que el peligro interior es, en cierto sentido, mayor que el que representan Denikin o Yudénich, y dar pruebas de una cohesión no sólo formal, sino con raíces mucho más profundas. Para lograr una cohesión así no podemos prescindir de una resolución de este tipo.

Considero también de gran importancia el punto cuarto de esta resolución, en el que se interpreta nuestro programa de una manera auténtica, es decir, en el espíritu en que lo escribió su autor. Su autor es el Congreso, y por eso es él quien debe dar una interpretación que ponga fin a las vacilaciones e incluso al juego que se lleva a cabo, a veces, con nuestro programa: como si en él se dijera sobre los sindicatos lo mismo que alguien quisiera ver en él. Habéis escuchado la crítica del programa hecha desde esta tribuna por

el camarada Riazánov, ¡agradecemos al autor de esa crítica sus investigaciones teóricas! Habéis oído la crítica hecha por el camarada Shliápnikov. Esto no se puede silenciar. Creo que en esta resolución tenemos lo que necesitamos hoy. En nombre del Congreso, que aprueba el programa y que es el órgano supremo del partido, hay que decir: así entendemos nosotros el programa. Repito que con ello no se pone fin a las discusiones teóricas. Pueden hacerse propuestas de modificar el programa, a este respecto no se dicta prohibición alguna. No consideramos que el programa sea tan perfecto que no admita modificación alguna, pero ahora no tenemos proposiciones formales, no hemos dedicado tiempo al examen de este problema. Al leer con atención este programa encontramos en él lo siguiente: "los sindicatos deben llegar a concentrar efectivamente en sus manos", etc. "Deben llegar a concentrar efectivamente en sus manos": esto hay que subrayarlo. Y más arriba leemos que "los sindicatos, de acuerdo con la ley, participan en todos los órganos locales y centrales de dirección de la producción". Sabemos que la producción capitalista, con el concurso de todos los países avanzados del mundo, se ha creado a lo largo de decenios. ¡¿Es que hemos caído ya en el infantilismo para pensar que en un momento como éste, de la mayor necesidad y de empobrecimiento del país, en el que los obreros constituyen la minoría, en el que la vanguardia proletaria está extenuada y sangrante y existe una masa campesina, podemos terminar este proceso con tanta rapidez?! Ni siquiera hemos colocado aún los cimientos, sólo comenzamos a esbozar, sobre la base de la experiencia, la manera de dirigir la producción con el concurso de los sindicatos. Sabemos que el obstáculo principal es la necesidad. No es cierto que no incorporemos a las masas. Al contrario: todo hombre que revela cierto talento, que se destaca en el seno de la masa obrera por su capacidad, tiene nuestro más sincero apoyo. Lo único que hace falta es que la situación se alivie un tanto. Necesitamos, por lo menos, un año o dos para descansar del hambre. Desde el punto de vista de la historia es un plazo insignificante, pero en nuestras condiciones es grande. Un año o dos de descanso del hambre, un año o dos de abastecimiento normal de combustible para que las fábricas funcionen y recibiremos de la

clase obrera un apoyo cien veces mayor, y de sus filas saldrán muchos más hombres de talento de los que tenemos ahora. Nadie duda, nadie puede dudar de eso. Si ahora no recibimos ese apoyo no es porque no queramos. Hacemos todo lo posible para obtenerlo. Nadie podrá decir que el gobierno, los sindicatos y el Comité Central del partido hayan dejado escapar siquiera una posibilidad en ese sentido; pero sabemos que la necesidad es desesperada, que en todas partes reinan el hambre y la miseria y que, sobre esa base, surge a cada paso la pasividad. No temamos llamar al mal y a la calamidad por su verdadero nombre. Eso es lo que frena el ascenso de la energía de las masas. Por tanto, cuando la estadística nos dice que el 60% de las direcciones se componen de obreros, es absolutamente imposible tratar de interpretar como lo hace Shliápnikov las palabras del programa "los sindicatos deben llegar a concentrar efectivamente en sus manos", etc.

Una interpretación auténtica del programa nos permitirá conjugar la cohesión y unidad tácticas necesarias con la necesaria libertad de discusión, como se subraya al final de la resolución. ¿A qué se reduce la resolución? Leamos el punto sexto:

"Basándose en todo esto, el Congreso del PC de Rusia rechaza resueltamente las ideas mencionadas, que reflejan una desviación sindicalista y anarquista, y considera necesario: 1) considerar necesaria una lucha inflexible y sistemática contra estas ideas; 2) reconocer incompatible la propaganda de estas ideas con la condición de miembro del Partido Comunista de Rusia.

El Congreso, a la vez que encomienda al CC del Partido la severísima ejecución de estas decisiones, indica que en ediciones especiales, recopilaciones, etc., se puede y debe reservar un lugar para el cambio más detallado de opiniones entre los miembros del partido sobre todas las cuestiones indicadas".

¿Acaso no véis —todos sois, en una forma u otra, agitadores y propagandistas— la diferencia que existe entre la propaganda de ideas en el seno de partidos políticos en lucha y el intercambio de opiniones en ediciones especiales y recopilaciones? Estoy convencido de que toda persona deseosa

de profundizar en el sentido de la resolución aprecia esa diferencia. Y confiamos en que el CC, en el que incluimos a representantes de dicha desviación, estos representantes mantendrán ante el acuerdo del Congreso del partido la actitud que corresponde a todo miembro disciplinado y consciente del partido; confiamos en que, con su ayuda, aclararemos en el CC este límite sin crear una situación especial; aclararemos lo que ocurre en el seno del partido: si se trata de la propaganda de ideas dentro de un partido político en lucha o de un intercambio de opiniones en ediciones especiales y recopilaciones. ¡Quien se interese por el estudio de las citas de Engels en todos sus matices, que lo haga! Hay teóricos que siempre darán al partido un consejo útil. Eso es necesario. Publicaremos dos o tres grandes recopilaciones, esto es útil e imprescindible. Pero ¿es que eso se parece a la propaganda de ideas, a la lucha de plataformas, es que se pueden confundir ambas cosas? No las confundirá nadie que trate de calar hondo en nuestra situación política.

No hay que frenar nuestra labor política, sobre todo en un momento grave, pero tampoco hay que abandonar las investigaciones científicas. Si el camarada Shliápnikov, por ejemplo, como complemento al volumen que ha publicado hace poco sobre su experiencia de lucha revolucionaria en la época de la clandestinidad, quiere escribir en sus ratos de ocio en los próximos meses un segundo volumen para analizar el concepto de "productor", que lo haga, por favor. Pero la presente resolución nos servirá de jalón. Abrimos la discusión más amplia y libre. La plataforma de la "oposición obrera" fue publicada en el Organo Central del Partido, con una tirada de 250.000 ejemplares. La sopesamos en todos sus aspectos y de todas las maneras, efectuamos las elecciones sobre la base de esa plataforma y reunimos, por fin, el Congreso, que al hacer el balance de la discusión política, dice: la desviación ha quedado definida, no juguemos al escondite y digamos francamente que la desviación es desviación y hay que rectificarla; lo haremos, y la discusión se trasladará entonces al plano teórico.

He ahí por qué renuevo y apoyo la propuesta de que aprobemos ambas resoluciones, reforcemos la unidad del partido y definamos de modo correcto a qué deben dedicarse las reuniones del partido y qué pueden hacer en sus ratos libres, en forma individual, los marxistas, los comunistas que quieran ayudar al partido consagrándose al estudio de diversos problemas teóricos. (*Aplausos.*)

N° 68 de "Pravda",
el 30 de marzo de 1921.

T. 43, págs. 98-106.

DE LA "CARTA A LOS COMUNISTAS ALEMANES"

...El grave trance que sufre en el momento actual el Partido Comunista de Alemania está acentuado aún más por la escisión de los malos comunistas de la izquierda (del "Partido Comunista Obrero de Alemania", KAPD) y de la derecha (Paul Levi con su revisteja *Nuestro camino o El Soviet).*

Los "izquierdistas" o "ka-a-pistas" han recibido suficientes advertencias nuestras en el ámbito internacional, a partir del II Congreso de la Internacional Comunista. En tanto los partidos comunistas no hayan cobrado aún suficiente robustez, pericia e influencia, al menos en los países principales, hemos de tolerar la participación de elementos semianarquistas en nuestros congresos internacionales, lo que, en cierta medida, es hasta útil. Util por cuanto estos elementos sirven de "ejemplo intimidador" demostrativo para los comunistas inexpertos y por cuanto ellos mismos son aún capaces de aprender. El anarquismo se está disgregando en todo el mundo, y no desde ayer, sino desde el principio de la guerra imperialista de 1914-1918, en dos tendencias: en pro y en contra de los Soviets y de la dictadura del proletariado. Hay que dejar que este proceso de desintegración del anarquismo siga madurando y se ponga en sazón. En Europa Occidental apenas hay gente que haya vivido revoluciones de cierta importancia; la experiencia de las grandes revoluciones está allí casi olvidada por completo; y el tránsito del deseo de ser revolucionario y de las palabras (y resoluciones) sobre la revolución a la labor verdaderamente revolucionaria es muy difícil, lento y doloroso.

Sin embargo, como se comprenderá, sólo puede y debe tolerarse a los elementos semianarquistas hasta cierto punto. En Alemania los hemos tolerado mucho tiempo. El III Congreso de la Internacional Comunista[217] les ha presentado un ultimátum a fecha fija. Si han abandonado ahora ellos mismos la Internacional Comunista, tanto mejor. Primero, nos han evitado el trabajo de expulsarlos. Segundo, ahora se ha demostrado con particular profundidad y evidencia, con hechos exactos, ante todos los obreros vacilantes, ante todos los que se inclinaban al anarquismo por aversión al oportunismo de la vieja socialdemocracia, que la Internacional Comunista ha sido paciente, que no ha expulsado a los anarquistas en seguida y sin condiciones, ni mucho menos, que los ha escuchado con atención y les ha ayudado a aprender.

Ahora hay que hacerles menos caso a los ka-a-pistas. Con nuestra polémica no hacemos sino darles publicidad. Son demasiado poco inteligentes, no se les debe tomar en serio; no vale la pena enfadarse con ellos. No tienen influencia entre las masas ni la tendrán si nosotros mismos no incurrimos en errores. Dejamos a esta tendencieja que se extinga de muerte natural; los obreros comprenderán por sí solos su inconsistencia. Propaguemos y empleemos en la práctica con más solidez los acuerdos de organización y táctica aprobados en el III Congreso de la Internacional Comunista y hagamos menos el reclamo a los ka-a-pistas con nuestras polémicas con ellos. La enfermedad infantil del izquierdismo se cura y se curará con el crecimiento del movimiento.

Escrito el 14 de agosto de 1921.
Publicado en alemán el 22 de agosto de 1921, en el N° 384 del periódico "Die Rote Fahne".
Publicado en ruso el 21 de octubre de 1921, en el N° 3 del "Boletín del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista".

T. 44, págs. 90-91.

EPILOGO

El anarquismo corriente socio-político de naturaleza clasista pequeñoburguesa, cristaliza entre los años 40 y 60 del siglo pasado. Pero los orígenes de sus ideas son mucho más antiguos. A pesar de la diversidad de corrientes y tendencias del anarquismo y de las diferentes concepciones de sus ideólogos —entre los que destacan, como principales, Max Stirner (seudónimo de Gaspar Schmidt), Pedro José Proudhon y Miguel Bakunin—, todas ellas tienen rasgos comunes. En primer término, la negación de todo poder estatal y la prédica de la libertad absoluta del individuo. El individualismo y el subjetivismo extremos de los anarquistas reflejaban la protesta de la pequeña burguesía contra el desarrollo de la gran producción capitalista, que la conducía a la ruina, contra la esencia explotadora del Estado, que defendía los intereses del gran capital, y contra las formas capitalistas de la revolución industrial. Esta protesta se transformó en los anarquistas en la negación abstracta del Estado, que, independientemente de su naturaleza y esencia clasista, era en sí para ellos la fuente originaria de todos los males; en la negación de toda centralización y en la prédica de la autonomía ilimitada. Son propios de todas las corrientes anarquistas los sueños utópicos con la creación de una sociedad sin Estado y sin clases explotadoras mediante la rebelión espontánea de las masas populares y la abolición inmediata del poder del Estado y de todas sus instituciones, y no por medio de la lucha política de la clase obrera, de la revolución socialista y del establecimiento de la dictadura del proletariado.

Como manifestación del revolucionarismo pequeñoburgués, el anarquismo ejerció también cierta influencia en el movimiento obrero, sobre todo en su etapa inicial. El insuficiente desarrollo de la propia clase obrera y su falta de experiencia de lucha determinaron la difusión de la ideología anarquista. Ello se manifestó en el surgimiento de corrientes específicas en el movimiento obrero: el proudhonismo, que conjugaba la negación del Estado con la prédica de la solución pacífica de los conflictos sociales; el bakuninismo, con su peculiar fraseología archirrevolucionaria; el anarcosindicalismo (aparecido algo más tarde), que limitaba la lucha de la clase obrera a las reivindicaciones económicas y negaba el papel y la importancia de los partidos políticos, etc. La influencia del anarquismo se manifestó asimismo en la penetración de algunos de sus postulados, sobre todo tácticos, en los programas de los partidos obreros y en la aparición en los partidos marxistas de las llamadas desviaciones "izquierdistas", cuyo peligro jamás fue menos grave que el del reformismo y el oportunismo.

Esta doctrina, ajena al proletariado por su contenido de clase, sustituye el pensamiento revolucionario con la fraseología dogmática; la auténtica organización proletaria, con el sectarismo; la táctica bien meditada, basada en un análisis sereno de los factores objetivos, con el aventurerismo, nacido de concepciones voluntaristas; el análisis científico de las leyes del desarrollo social, con sueños utópicos sobre la libertad absoluta del individuo. De este modo, el anarquismo ha causado y sigue causando un daño no pequeño al movimiento obrero mundial. Ello explica la energía con que los fundadores del marxismo, primero, y Lenin, después, combatieron todas las variedades de la ideología anarquista y las manifestaciones de su influencia en la clase obrera.

Han transcurrido cerca de cien años desde que Carlos Marx y Federico Engels escribieran su obra conjunta *Las pretendidas escisiones en la Internacional*, enfilada contra los anarquistas, en la que decían: "en toda nueva etapa histórica, los viejos errores reaparecen un instante"[1]. El

* Véase la presente recopilación, pág. 55. *(N. de la Edit.)*

anarquismo era ya a la sazón un "viejo error"; sin embargo, el siglo transcurrido desde entonces ha confirmado esta idea de Marx y Engels. Aunque Marx, Engels y luego Lenin revelaron la insolvencia científica del anarquismo, lo equivocado de su estrategia y de su táctica y el perjuicio directo que estas concepciones causaban al movimiento proletario revolucionario y a toda lucha liberadora en general —hechos confirmados por la propia vida, por la práctica de la lucha cotidiana—, los viejos errores reaparecen, en efecto una y otra vez tanto en el ámbito del pensamiento social y del desenvolvimiento espiritual de la humanidad como en el terreno práctico de la lucha revolucionaria.

Las obras de Marx y Engels muestran que el propio surgimiento y el desarrollo del comunismo científico fue acompañado de una crítica enconada e implacable y del deslinde con el conjunto de ideas que formaron más tarde el sistema de concepciones anarquistas.

Marx y Engels adelantaron y argumentaron, en el proceso de desarrollo de su concepción del mundo, la idea del papel decisivo de las masas populares en la historia y de que la misión histórica universal del proletariado estaba determinada por las condiciones socio-económicas. Y, como es natural, sometieron a una acerba crítica el idealismo subjetivo y el individualismo, propio de numerosos intelectuales radicales alemanes de su tiempo. El deslinde definitivo con las corrientes "izquierdistas" pequeñoburguesas y la revelación plena de su hostilidad a la concepción del mundo científica, revolucionaria, del proletariado se efectuaron en *La ideología alemana*. Uno de los motivos de que Marx y Engels escribieran esta obra conjunta —además de la necesidad de formular sus opiniones y oponerlas a los sistemas filosóficos entonces existentes— fue la publicación, en octubre de 1844, del libro de M. Stirner *El Unico y su propiedad* y de varios artículos del mismo autor. Con el libro de Stirner, que exponía de manera generalizada el credo del anarquismo, éste tomó forma definitiva como corriente ideológica concreta. *La ideología alemana* fue la primera exposición sistemática de la nueva concepción del mundo —la concepción materialista de la historia—, elaborada en enconada polémica con los distintos sistemas filosóficos, incluido el anarquismo. Marx y Engels, basándose en la nueva concepción del mundo, criticaron en todos sus aspectos las opiniones de Stirner. Subrayaron que las lucubraciones idealistas de éste se hallaban en completo desacuerdo con las leyes reales que rigen el desarrollo de la sociedad. Frente al criterio de Stirner, Marx y Engels recalcaron que "los hombres sólo se liberaban en la medida en que lo prescribía y se lo consentía, no su ideal del hombre, sino las condiciones de producción existentes"[1]. En oposición al individualismo extremo, propio del anarquismo, Marx y Engels fundamentaron la tesis concerniente a la misión histórica del proletariado, única clase que, en virtud de su naturaleza, transformaría el mundo por medio de acciones revolucionarias y conduciría a la sociedad, en fin de cuentas, a la edificación del régimen comunista, en el cual cada individuo encontraría las condiciones necesarias para desarrollar al máximo sus aptitudes. Hacían hincapié, a este respecto, en que "solamente dentro de la colectividad tiene el individuo los medios necesarios para desarrollar sus dotes en todos los sentidos; solamente dentro de la colectividad es posible, por tanto, la libertad personal"[2]. En *La ideología alemana* fue disipado el mito del supuesto revolucionarismo de las concepciones de Stirner y, además, se revelaron por vez primera las raíces clasistas del anarquismo como ideología de fondo pequeñoburgués.

Marx y Engels orientaron sus esfuerzos, desde el comienzo mismo de su actividad revolucionaria, a unir a los combatientes de vanguardia del movimiento obrero y a pertrecharlos con la teoría científica, es decir, a crear el partido proletario. Un elemento importantísimo del cumplimiento de esta tarea histórica fue la lucha contra las ideas sectarias "izquierdistas" y anarquistas y la superación del aislamiento y la dispersión del movimiento obrero. Desde la primera organización proletaria creada por ellos —el Comité de Correspondencia Comunista de Bruselas—, Marx y Engels sostuvieron una lucha incesante contra los elementos de la ideología anarquista: la concepción de la revolución como un levantamiento espontáneo, la negativa

[1] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 3, pág. 433.
[2] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 3, pág. 75.

de la necesidad de que el proletariado participe en la lucha política y la prédica del comunismo primitivo, igualitario. Combatieron con dureza singular el dogmatismo, la negación de la necesidad de hacer un análisis científico de la realidad como base de toda la actividad revolucionaria y el desprecio por las masas. Marx dijo en una reunión del Comité de Bruselas: "Dirigirse al trabajador sin una idea rigurosamente científica y una doctrina positiva equivale a jugar a los predicadores, juego vano y deshonesto, en el que, de una parte, debe participar un profeta inspirado y, de otra, se admite solamente a unos asnos que le escuchan con la boca abierta... ¡La ignorancia jamás ha ayudado a nadie!"[1]

El libro de Marx *Miseria de la Filosofía*, dirigido contra las concepciones de Proudhon, ocupó un lugar importante en la lucha contra el socialismo pequeñoburgués y en la propaganda del comunismo científico. Al criticar las ideas reformadoras pequeñoburguesas de Proudhon, Marx dedicó gran espacio a la refutación de sus concepciones anarquistas, en primer término de su actitud opuesta a la lucha huelguística de los obreros, a la lucha por mejorar su situación material. Puso de manifiesto la oposición e incompatibilidad absolutas de las ideas de Proudhon —una especie de anarquismo pacífico— con la concepción científica del mundo, dedicando una atención especial a la crítica del dogmatismo como rasgo común de todo el socialismo pequeñoburgués.

La actividad de Marx y Engels en la Liga de los Comunistas y en la Redacción de la *Nueva Gaceta del Rin* durante la revolución de 1848-1849 representó toda una época en el desarrollo del movimiento obrero y fue una importante etapa en la fusión del comunismo con el movimiento obrero. En esta labor ocupó un lugar considerable la lucha contra el sectarismo de "izquierda" y la fraseología "izquierdista". La propia fundación de la Liga de los Comunistas significó el rompimiento con las viejas formas de organización de los obreros, con las organizaciones y

[1] *Recuerdos acerca de Marx y Engels*, ed. en ruso, págs. 281-282, Moscú, 1956.

sectas secretas tradicionales. Este hecho se manifestó ya con claridad al ser aprobados los Estatutos de la Liga. Se basaron, por vez primera, en principios de organización que correspondían a los principios del comunismo científico, cardinalmente diferentes de los que habían servido de guía hasta entonces a las organizaciones obreras y socialistas.

Marx y Engels lucharon durante aquel período para vencer las opiniones sectarias "izquierdistas" sobre la actitud del proletariado ante las transformaciones democráticas burguesas y acerca del papel y el lugar de la clase obrera en la revolución democrática burguesa en las condiciones históricas de entonces. En los artículos de aquellos tiempos demostraron que la clase obrera estaba interesada en culminar las transformaciones burguesas y en organizar la sociedad sobre bases democráticas y rechazaron los intentos de aislarla del campo democrático general.

Después de ser derrotada la revolución de 1848-1849, la lucha contra las opiniones sectarias de "izquierda" adquirió extraordinaria importancia. Marx, considerando que la situación creada era una tregua obligada en la lucha revolucionaria, señaló la tarea de unir bajo la bandera del comunismo científico a los combatientes de vanguardia, restablecer y ampliar los vínculos rotos por la victoria de la reacción y organizar y preparar cuadros revolucionarios para las batallas venideras. En tales condiciones, el aventurerismo y la negativa a tener en cuenta la situación real sólo podían agravar los daños sufridos por el movimiento obrero. Marx y Engels calificaron de "alquimistas de la revolución" a los conspiradores pequeñoburgueses, señalando que el objetivo de éstos consistía en forzar el proceso revolucionario con acciones de individuos aislados, y no en organizar la lucha revolucionaria de las masas, y combatieron enérgicamente a los defensores de semejante táctica en la Liga de los Comunistas: la fracción "izquierdista" de Willich y Schapper. Como mostraron las discusiones en la Liga, las discrepancias en el terreno de la táctica dimanaban de profundas divergencias teóricas. Willich negaba la necesidad de determinadas premisas materiales para implantar el comunismo, la necesidad de llevar a cabo las transformaciones democráticas burguesas antes de emprender la edifica-

ción del comunismo. Marx reveló el nexo existente entre la incomprensión de que la revolución es un proceso complicado y largo y el desprecio de las leyes fundamentales del desarrollo social por los sectarios de "izquierda". "Las concepciones universales del *Manifiesto* —dijo— son sustituidas con la concepción nacional alemana, que halaga el sentimiento nacional de los artesanos alemanes. La concepción materialista del *Manifiesto* es sustituida con una concepción idealista. Se presenta la *voluntad* como lo principal en la revolución, en vez de las relaciones reales. Mientras nosotros decimos a los obreros: Tendréis que pasar, quizá, quince, veinte, cincuenta años de guerra civil para cambiar las condiciones existentes y haceros capaces vosotros mismos de dominar, en lugar de eso, se les dice: ¡O subimos *inmediatamente* al poder o nos echamos a dormir!"[1]

La lucha contra el anarquismo adquirió una fuerza singular en la I Internacional. Los años de vida de la Asociación Internacional de los Trabajadores —primera organización internacional de masas del proletariado— marcaron un viraje en la historia del movimiento obrero mundial. En aquellos años se dio un gigantesco paso adelante en la fusión de la teoría científica con el movimiento de masas y se sentaron las bases ideológicas y de organización de los futuros partidos proletarios. La I Internacional pudo cumplir esta misión histórica gracias a la lucha infatigable de Marx y Engels —fundadores y guías auténticos de la Asociación— contra todas las variedades de la ideología anarquista, lucha que culminó en el deslindamiento orgánico de la mayoría auténticamente revolucionaria de la Asociación con las organizaciones anarquistas.

En los primeros años de vida de la I Internacional, el anarquismo aún no era un movimiento independiente que hubiera tomado cuerpo en el seno de la misma. Las concepciones anarquistas eran compartidas, en grado mayor o menor, por los discípulos franceses de Proudhon, que las conjugaban con ideas reformadoras utópicas por los proudhonistas-colectivistas belgas y por una parte de los miembros suizos de la Internacional. Eran peculiares de todos ellos la

[1] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 8, pág. 582.

concepción anarquista del Estado como causa originaria de todos los males, la oposición a la lucha política, la negación nihilista de la importancia de la lucha de liberación nacional para el movimiento obrero, etc. Las ideas anarquistas sufrieron una derrota ya en los primeros congresos de la Internacional y en las discusiones sostenidas en las secciones locales. En ello desempeñaron un papel decisivo el desarrollo de la propia lucha del proletariado y la sintetización de esta experiencia por Marx como base de la contienda ideológica y de la educación de las masas.

El peligro de las ideas pequeñoburguesas del anarquismo y la lucha contra él aumentaron al aparecer en la Internacional un nuevo enemigo del comunismo científico: el bakuninismo.

El bakuninismo —una de las variedades del socialismo pequeñoburgués premarxista— se convirtió en la expresión más acabada de las ideas anarquistas. Bakunin reflejaba en su teoría las condiciones de atraso económico de la Rusia anterior a la reforma y las de otros países de Europa Occidental menos desarrollados económicamente. Debido a ello, el bakuninismo adquirió un carácter internacional.

El anarquismo bakuninista expresaba el estado de ánimo de las masas populares desesperadas por la falta de derechos y la opresión —los campesinos y la pequeña burguesía urbana—, que habían perdido la fe en los políticos de los distintos partidos burgueses y eran incapaces de encontrar su camino hacia la lucha de clase organizada. De ahí su acerba crítica de la desigualdad, la opresión y la explotación; la apasionada prédica del socialismo; los llamamientos a la revolución mundial y a la destrucción de todas las instituciones de la vieja sociedad. Todo ello se combinaba con la propaganda del individualismo extremo, la contraposición del individuo a la sociedad y las demandas de libertad absoluta del individuo, abolición de todas las autoridades y supresión del sometimiento y la disciplina.

Desde su surgimiento, el bakuninismo fue francamente hostil al comunismo científico, a su teoría y a su táctica. Bakunin y sus adeptos se señalaron como tarea desde el primer momento contrarrestar la influencia del marxismo y apoderarse de la dirección de la Internacional. Para ello

crearon sus propias organizaciones: la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, que pretendía formar parte de la Internacional conservando su programa y sus Estatutos independientes, y la Alianza secreta, que realizaba una labor clandestina, de zapa, en el seno de la Asociación. A partir de 1868, al fundarse la Alianza, se sostuvo en la Internacional una enconada lucha ideológica, durante la cual Marx y Engels, al combatir el bakuninismo, criticaron a fondo todo el sistema de concepciones anarquistas, su estrategia y su táctica, denunciaron la labor escisionista de los bakuninistas y mostraron el carácter pequeñoburgués del bakuninismo, ajeno al movimiento obrero.

Es importante destacar el carácter de la crítica de Marx y Engels: los fundadores del comunismo científico opusieron a los postulados declaratorios y especulativos de los anarquistas, a su idealismo y su dogmatismo, el análisis concreto de la realidad y de la experiencia del movimiento obrero (en este sentido tuvo gran transcendencia la sintetización de la experiencia de la Comuna de París) y revelaron las leyes dialécticas de la lucha revolucionaria de las masas. Opusieron a la frase revolucionaria la solución científica de los problemas cardinales de la transformación revolucionaria del mundo.

Marx y Engels criticaron otro aspecto peculiar del anarquismo: la separación del movimiento de liberación nacional y de la lucha proletaria; demostraron que la lucha de los pueblos oprimidos y de la clase obrera de las metrópolis debe fundirse en un torrente revolucionario único, que el proletariado está vitalmente interesado en la solución del problema nacional y que sin su participación activa es imposible resolverlo radicalmente.

Los fundadores del comunismo científico mostraron la necesidad de la alianza de la clase obrera y del campesinado, toda la complejidad del problema que implica la incorporación de este último a la revolución socialista y, lo que es principal, la transformación de la hacienda campesina individual en socialista. Al mismo tiempo, probaron que este camino es el único que corresponde, en fin de cuentas, a los intereses del propio campesinado. Con ello asestaron un golpe tanto a la idealización del revolucionarismo campesino y a su contraposición al espíritu revolucionario proletario como a las declaraciones voluntaristas sobre la posibilidad de decretar, nada más triunfar la revolución, la transformación socialista del campo.

Marx y Engels pusieron de manifiesto la importancia y la interrelación de todas las formas de lucha del proletariado —económica, política e ideológica— y evidenciaron que el menosprecio de cualquiera de ellas condena a la clase obrera a la pasividad y significa, de hecho, renunciar a la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad, aunque se encubra con frases archirrevolucionarias.

Mostraron la inconsistencia total de los dogmas anarquistas: la "abolición del Estado" como primer paso de la revolución, la supresión de todas las autoridades y la descentralización completa como condición indefectible de la revolución. Opusieron a todas estas teorías el análisis materialista de la naturaleza y la esencia del Estado y la tesis que proclama la necesidad de destruir la máquina del Estado burgués y sustituirla con la dictadura del proletariado como Estado del período de transición. Al señalar el carácter temporal de la dictadura del proletariado como etapa durante la cual se extingue el Estado político, Marx y Engels hablaron de la "organización estatal" de la futura sociedad comunista, teniendo en cuenta, ante todo, la necesidad de dirigir la gran producción social. En contra de los anarquistas, que presentaban la dictadura del proletariado únicamente como violencia, Marx y Engels recalcaron los aspectos creadores de la dictadura del proletariado, su papel en la edificación de la nueva sociedad como función principal.

En la polémica con los anarquistas en los años de la I Internacional ocuparon un lugar especial los problemas concernientes a la organización de las fuerzas revolucionarias —ante todo, la necesidad de crear partidos políticos independientes de la clase obrera en cada país— y a las formas y los métodos de lucha del proletariado. Estos problemas ocuparon un lugar central en las labores de la Conferencia de Londres de 1871 y del Congreso de La Haya (1872) de la Internacional. Durante la discusión en la Conferencia, Marx y Engels, basándose en la experiencia de la Comuna de París, demostraron la inconsistencia de las posiciones susten-

tadas por los anarquistas, los cuales negaban la necesidad de la lucha política y de la formación de partidos e intentaban remplazar estos últimos con las organizaciones sindicales obreras. En el famoso discurso pronunciado el 21 de septiembre de 1871 en la Conferencia de Londres, Engels dijo: "Queremos la abolición de las clases. ¿Cuál es el medio para alcanzarla? La dominación política del proletariado... Pero la revolución es el acto supremo de la política; el que la quiere, debe querer el medio, la acción política que la prepara, que proporciona a los obreros la educación para la revolución... Pero la política a que tiene que dedicarse es la política obrera; el partido obrero no debe constituirse como un apéndice de distintos partidos burgueses, sino como un partido independiente, que tiene su objetivo propio, su política propia"[1]. Completando a Engels, Marx dijo: "Debemos declarar a los gobiernos: sabemos que sois una fuerza armada, enfilada contra los proletarios; actuaremos contra vosotros pacíficamente allá donde nos sea posible, y con las armas cuando sea necesario"[2]. Estos discursos asestaron un golpe en todos los puntos a la interpretación anarquista de la lucha política, al enfoque voluntarista de la revolución y a la negación de la dictadura del proletariado. Las resoluciones de la Conferencia de 1871 —y, más tarde, del Congreso de La Haya—, que proclamaron la necesidad de crear partidos proletarios y expusieron los postulados fundamentales sobre las formas de organización y la estrategia de dichos partidos, pasaron a ser la base ideológica de la lucha contra el anarquismo. Dichas resoluciones definieron en líneas generales las tareas del movimiento obrero para todo un período de su desarrollo.

Pero la lucha no giró solamente en torno a los problemas teóricos. Los bakuninistas atacaron los principios del partidismo proletario, que merced a la actividad infatigable de Marx y Engels se abrían camino en el movimiento obrero y habían servido de base, en cierta medida, a la organización de la Internacional. De hecho, los bakuninistas oponían a estas búsquedas creadoras de formas nuevas, proletarias, de

[1] Véase la presente recopilación, págs. 31-32.

[2] C. Marx y F. Engels. *Obras, ed. en ruso, t. 17, pág. 649. (N. de la Edit.)*

organización las formas y los métodos de organización antiguos, propios de las sociedades secretas pequeñoburguesas, que el propio Bakunin comparaba con la "orden de los jesuitas". Era un intento, dimanante de la falta de confianza en la conciencia revolucionaria de las masas, de destruir por completo las organizaciones obreras de masas y crear una especie de burocracia de funcionarios, subordinados íntegramente a las órdenes del centro secreto del movimiento y sin ninguna responsabilidad ante las masas.

Los bakuninistas trataron de llevar a la práctica estos propósitos dentro de la Internacional, encubriéndose con su bandera, atrayente para los obreros, y utilizando las organizaciones ya creadas. Con este fin desencadenaron la ofensiva contra los principios de organización de la propia Asociación, cuya defensa por Marx y Engels se entrelazaba estrechamente con la crítica de los postulados ideológicos de los bakuninistas. En las obras y cartas de Marx y Engels se dedica gran espacio (sobre todo después de que conocieran, en abril de 1872, la existencia de la Alianza secreta) a denunciar la labor escisionista de los bakuninistas. Su ejemplo sirvió de base para poner al desnudo los métodos de lucha peculiares del sectarismo de "izquierda". Al destacar lo más esencial —los intentos de los bakuninistas de encubrir con declaraciones revolucionarias el propósito de unir todas las fuerzas hostiles al comunismo científico—, Engels decía: "Nos hallamos, por vez primera en la historia de las luchas de la clase obrera, ante una conspiración secreta, urdida en el seno de la propia clase obrera con el fin de hacer saltar, no el régimen explotador existente, sino la Asociación misma, que le combate con la mayor energía. Se trata de una conspiración contra el propio movimiento proletario"[1]. Marx y Engels basaban su crítica del anarquismo precisamente en que los bakuninistas dividían el movimiento obrero y luchaban contra la unidad ya conquistada, garantía principal de las victorias del proletariado.

Al calificar las acciones de la Alianza secreta, Marx y Engels dijeron: "Nos encontramos ante una sociedad que, encubriéndose con el anarquismo más extremista, no dirige

[1] Véase la presente recopilación, pág. 63.

sus golpes contra los gobiernos existentes, sino contra los revolucionarios que no aceptan su ortodoxia y su dirección... Se infiltra en las filas de la organización internacional de la clase obrera e intenta al principio apoderarse de su dirección; pero cuando fracasa su plan, trata de desorganizarla. Esta sociedad remplaza descaradamente con su programa sectario y sus ideas estrechas el amplio programa y las grandes aspiraciones de nuestra Asociación; organiza en las secciones públicas de la Internacional sus pequeñas secciones secretas, que, obedeciendo a una misma consigna... ataca públicamente en sus periódicos a todos los elementos que se niegan a someterse a su voluntad; provoca la guerra abierta —son sus propias palabras— en nuestras filas. Para conseguir sus fines no retrocede ante ningún medio..."[1] Los historiadores de distintas tendencias, tanto anarquistas como socialdemócratas, han reprochado repetidas veces a Marx y Engels que en sus obras —especialmente en *La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores*— hablaran de estos "medios", entre los que figuraban la violencia física contra los que pensaban de otra manera, el engaño y la mixtificación. La realidad es que Marx y Engels supieron descubrir tras la fraseología revolucionaria el hecho de que los métodos de acción anarquistas dimanan lógicamente de la falta de confianza en las posibilidades revolucionarias del proletariado, de todo el sistema de opiniones sectarias de "izquierda", de su naturaleza pequeñoburguesa.

Tanto el triunfo de los principios programáticos y orgánicos del marxismo en el Congreso de La Haya de la I Internacional como el deslinde con los anarquistas en el terreno de la organización, conseguido por Marx y Engels, constituyeron un serio éxito del movimiento obrero y fueron garantía de su desarrollo ascensional.

Ahora bien, la victoria conquistada en la I Internacional no significó el cese de la lucha contra el anarquismo y el sectarismo de "izquierda". En los años de la I Internacional, Marx y Engels chocaron con el anarquismo como un movimiento relativamente masivo, pero más tarde se enfrentaron con un nuevo fenómeno: la influencia de la ideología anarquista entre los miembros de los partidos socialdemócratas, el surgimiento en ellos de grupos sectarios de izquierda (por ejemplo, el de los llamados "jóvenes" en el Partido Socialdemócrata Alemán) y los errores anarquistas de algunos dirigentes de los partidos. Al orientar la actividad de los partidos socialdemócratas y de la II Internacional, Engels puso en guardia constantemente contra el peligro del sectarismo y del oportunismo de "izquierda", subrayando que el aventurerismo y el voluntarismo de tales miembros del partido, si consiguen imponerse, pueden "hundir incluso al partido más fuerte, con millones de militantes en sus filas, entre las carcajadas, bien merecidas, de todo el mundo que le es hostil"[1]. Engels recalcó una y otra vez que semejantes "teorías" no tienen nada de común con el comunismo científico.

Lenin, creador y guía del Partido Bolchevique, hizo un magno aporte a la aplicación de las ideas de Marx y Engels. Desarrolló el marxismo en las nuevas condiciones históricas y elaboró la teoría del movimiento comunista internacional, su estrategia y su táctica tomando como base la sintetización de los nuevos fenómenos económicos y políticos propios de la época del imperialismo, así como de la inmensa experiencia del movimiento obrero mundial. Toda la actividad de Lenin orientada a preparar a la clase obrera para la hazaña histórica universal de la Gran Revolución Socialista de Octubre —que inició una nueva época en la historia de la humanidad—, a hacer triunfar la revolución, a sentar las bases del socialismo y cohesionar el movimiento comunista en el mundo entero estuvo ligada y entrelazada de la manera más estrecha con la lucha incesante contra todo apartamiento del marxismo.

Lenin combatió abiertamente el reformismo y su influencia en el movimiento obrero y, a la vez, la ideología anarquista, su difusión y su influencia. En esta labor hubo de luchar no tanto contra las tendencias y grupos francamente anarquistas —por ejemplo, los eseristas, cuya influencia entre la clase obrera de Rusia no era muy grande— como contra la difusión de concepciones, anarquistas en el fondo, disfrazadas de marxismo "auténtico", "revolucionario".

[1] Véase la presente recopilación, pág. 90.

[1] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 22, pág. 74.

Desde el comienzo mismo de su actividad como teórico y como práctico del movimiento obrero revolucionario, Lenin combatió la interpretación dogmática del marxismo. Toda su labor es ejemplo de enfoque creador del marxismo como una doctrina eternamente viva y en desarrollo. Lenin exigía fidelidad a los principios del comunismo científico; pero, al mismo tiempo, no admitía ningún patrón, ningún dogma, rechazando todo intento de encubrirse con la letra del marxismo y abjurar de su alma viva, de las demandas de la época.

"Un marxista —enseñaba Lenin— debe tener en cuenta la vida real, los hechos exactos *de la realidad*, y no seguir aferrándose a la teoría de ayer, que, como toda teoría, en el mejor de los casos, sólo traza lo fundamental, lo general, sólo abarca *de un modo aproximado* la complejidad de la vida"[1].

Esta intransigencia con el dogmatismo, con el olvido de la dialéctica, con quienes "encaran las "consignas" no como deducción práctica de un análisis clasista y de la valoración de determinado momento histórico, sino como talismán dado de una vez para siempre a un partido o a una tendencia"[2], fue un importantísimo factor del surgimiento y desarrollo del bolchevismo y del movimiento comunista internacional. Como decía Lenin, "el bolchevismo ha crecido, se ha formado y se ha templado en largos años de la lucha contra el *revolucionarismo pequeñoburgués*, parecido al anarquismo o que ha tomado algo de él y que se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una consecuente lucha de clase del proletariado"[3].

Lenin criticó en todo momento tanto las corrientes francamente anarquistas como la fraseología "izquierdista" y "la enfermedad infantil del "izquierdismo"" en los jóvenes partidos comunistas. Puso al desnudo las raíces sociales del revolucionarismo pequeñoburgués y las causas de su influencia en el movimiento obrero, consistentes en que el elemento pequeñoburgués rodea al proletariado, lo cual ha originado y

[1] V. I. Lenin. *Obras*, 4ª ed. en ruso, t. 24, pág. 26.
[2] V. I. Lenin. *Obras*, 4ª ed. en ruso, t. 15, págs. 131-132.
[3] Véase la presente recopilación, pág. 295.

origina recidivas de individualismo pequeñoburgués, anarquismo, falta de firmeza y aventurerismo. Pero, a la vez, Lenin mostró que la difusión y la influencia de la fraseología "izquierdista" están vinculadas a la falta de experiencia, a la absolutización de algunos métodos y formas de lucha. "Es ahí donde los auténticos revolucionarios se estrellaban con más frecuencia al comenzar a escribir "revolución" con mayúscula, al colocar la "revolución" a la altura de algo casi divino, al perder la cabeza, al perder la capacidad de comprender, sopesar y comprobar con la mayor serenidad y sensatez en qué momento, en qué circunstancias y en qué terreno hay que saber actuar revolucionariamente y en qué momento, en qué circunstancias y en qué terreno hay que saber pasar a la acción reformista"[1].

La intransigencia de Lenin frente a las vacilaciones ideológicas, frente a la influencia de las concepciones ajenas y la revisión del marxismo, tanto desde la derecha como desde la "izquierda", determinó en gran medida la fuerza y la combatividad del Partido Bolchevique.

En 1908 se entabló en el partido una enconada lucha ideológica contra el grupo de los otzovistas en torno a la participación en el Parlamento reaccionario y en las organizaciones obreras legales. Seducidos por las frases revolucionarias y haciendo caso omiso de los cambios habidos en la situación, los otzovistas privaban, en la práctica, al partido de la posibilidad de influir sobre las masas mediante el aprovechamiento de los medios legales. Se trataba, como dijera Lenin, de "la peor caricatura del bolchevismo". Los líderes del otzovismo fueron expulsados del partido, pero la lucha contra los otzovistas continuó. En el curso de esta lucha, Lenin mostró que tras las frases de los otzovistas acerca de la fidelidad al marxismo, etc., se ocultaba una doctrina antimarxista que perjudicaba al movimiento obrero: el anarquismo. Al poner de manifiesto con el ejemplo de los otzovistas uno de los defectos más importantes de la táctica anarquista, Lenin decía: "¿En qué estriba el error del razonamiento anarquista? En que los anarquistas, a consecuencia

[1] V. I. Lenin. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. 3, pág. 664, Moscú, 1970.

de sus ideas absolutamente equivocadas sobre el desarrollo social, no saben tener en cuenta las peculiaridades de una situación política (y económica) concreta en los distintos países, peculiaridades que condicionan la importancia específica de uno o de otro método de lucha *en un período determinado*"[1].

En 1918, en uno de los períodos más difíciles para el joven País de los Soviets, se entabló en el partido una dura lucha ideológica contra la desviación izquierdista en torno a la paz de Brest —una paz "deshonrosa", como dijera Lenin— impuesta al Poder soviético. La paz de Brest fue combatida tanto por los trotskistas como por el grupo de los "comunistas de izquierda", apasionados por la fraseología "izquierdista" acerca de "la revolución mundial", etc. Lenin dio la batalla a las frases hueras, a las personas contagiadas, como él decía, "de sarna de la frase revolucionaria". Enseñaba a los comunistas a medir rigurosamente sus fuerzas. Mostró que tras la frase "izquierdista" se ocultaba la falta de confianza en las posibilidades revolucionarias de las masas; que el trotskismo y los miembros del partido próximos a él en este caso por estar honradamente equivocados proponían, en vez de una política real, acciones aventureras inspiradas por la desesperación y que conducían de hecho a la derrota. Al combatir esta amenaza concreta a la línea del partido, Lenin dio la batalla a la fraseología "izquierdista" y al aventurerismo en conjunto y mostró sus raíces clasistas pequeñoburguesas. Dijo: "Hay que luchar contra la frase revolucionaria, se debe luchar, es una necesidad absoluta para que no digan de nosotros algún día esta amarga verdad: "La frase revolucionaria sobre la guerra revolucionaria ha causado la pérdida de la revolución"[2]. Su artículo *Acerca del infantilismo "izquierdista" y del espíritu pequeñoburgués* ha entrado en el fondo de oro de las obras marxistas que combaten el oportunismo de "izquierda".

Lenin desempeñó un papel de extraordinaria importancia en la educación de los jóvenes cuadros de los partidos comunistas, que acababan de fundarse, y en la elaboración

[1] Véase la presente recopilación, pág. 224.
[2] V. I. Lenin. *Obras*, 4ª ed. en ruso, t. 27, pág. 10.

por ellos de una estrategia y una táctica acertadas. La labor efectuada por Lenin y los bolcheviques con el fin de crear la Internacional Comunista —labor que representaba la continuación directa de su lucha en la palestra mundial para cohesionar las fuerzas auténticamente revolucionarias del movimiento obrero internacional— desempeñó un magno papel en el desarrollo del movimiento comunista. La III Internacional consagró toda su actividad a fortalecer este movimiento desde el punto de vista ideológico y de organización. Estas tareas fueron cumplidas en la lucha ideológica contra el revisionismo y el reformismo, en la superación del sectarismo de "izquierda". Era natural que el sectarismo, como reacción ante el predominio del reformismo, pudiera obstaculizar seriamente la transformación de los partidos comunistas en partidos revolucionarios de masas de la clase obrera. Las opiniones equivocadas en cuanto a la relación del partido con la clase y con las masas y sobre la participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios y en los parlamentos burgueses, así como la negación de la admisibilidad y necesidad de los compromisos y los acuerdos en una serie de casos, conducía en la práctica al aislamiento de los comunistas, a pesar de que esta amenaza "izquierdista" reflejaba en los primeros tiempos el estado de ánimo de ciertos sectores de la clase obrera. Hacia 1920, los errores izquierdistas de una serie de partidos se hicieron bastante considerables y no podían dejar de suscitar alarma.

Los Congresos II y III de la Internacional Comunista cumplieron la tarea de sentar las bases programáticas, tácticas y organizativas auténticamente marxistas-leninistas del movimiento. Ambos Congresos fueron jalones importantes en la cohesión de los partidos comunistas y representaron un triunfo de la doctrina verdaderamente revolucionaria. Todas las labores del II Congreso y sus resoluciones se basaron en el famoso libro de Lenin *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* (1920), arma inapreciable en la lucha por una táctica revolucionaria consecuente, contra el doctrinarismo y el sectarismo.

Esta obra estuvo consagrada a los más importantes problemas teóricos del marxismo y de la actividad práctica del movimiento obrero: los problemas de la revolución socialista.

Lenin enseñó, sintetizando la inmensa experiencia de los bolcheviques y de la lucha revolucionaria de las masas, cómo había que preparar la revolución y conseguir su victoria. Dedicó un lugar especial en su obra al papel del partido, a la cuestión de qué partido puede conducir a la clase obrera a la victoria. Dijo:

"Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de ánimo de las masas e influir sobre él es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha"[1]. Lenin demostró que el partido debe preocuparse incesantemente de la pureza de la teoría, rechazar los ataques ideológicos al marxismo tanto desde la derecha como desde la "izquierda". Subrayó que sin derrotar al anarquismo en el terreno ideológico, sin remontar las tendencias "izquierdistas", el partido no puede llegar a ser la fuerza dirigente de la clase obrera. Todos los problemas concretos y espinosos del movimiento fueron abordados desde estas posiciones básicas.

Se orientó a los partidos comunistas hacia la conquista de las masas, mostrándose las vías y los medios de lucha para ganárselas. Como resultado de los infatigables esfuerzos de Lenin por elevar el nivel teórico del movimiento, el II Congreso de la Internacional Comunista desempeñó un magno papel en la afirmación de los principios del auténtico marxismo revolucionario y asestó un sensible golpe al peligro "izquierdista". Pero el sectarismo de "izquierda" no fue vencido, ni mucho menos, de la noche a la mañana. A fines de 1920 y comienzos de 1921, en un período de descenso de la ola revolucionaria, se hizo más peligroso aún. Y el III Congreso de la IC prosiguió la lucha contra él.

"Si el Congreso —dijo Lenin— no despliega una enérgica ofensiva... contra estas necedades "izquierdistas", todo el movimiento está condenado a perecer"[2].

El Congreso condenó duramente el sectarismo de "izquierda". Al lanzar la consigna concreta de "¡Ir a las masas!" trazó el camino práctico para superar el sectarismo. Con ello señaló a los partidos comunistas una tarea de extraordinaria importancia y determinó la dirección principal de su actividad.

La lucha infatigable de Lenin y del Partido Bolchevique contra el oportunismo de derecha y de "izquierda" sentó las bases de los grandiosos éxitos del actual movimiento comunista, el movimiento más poderoso de nuestro tiempo. Más de medio siglo de experiencia de desarrollo del movimiento obrero, de desarrollo del marxismo, prueba que todo ataque al comunismo científico, a la estrategia y la táctica del movimiento comunista, está condenado al fracaso aunque se encubra con la fraseología más "izquierdista" y archirrevolucionaria; prueba que la experiencia del movimiento, la propia vida, confirma la justedad del marxismo-leninismo. La experiencia enseña que el apasionamiento de las masas por la fraseología "izquierdista" no dura mucho tiempo; la clase obrera y todas las fuerzas auténticamente revolucionarias se convencen con rapidez de la charlatanería de los curanderos seudorrevolucionarios, y estos últimos quedan aislados del torrente impetuoso de la lucha revolucionaria de las masas por transformar el mundo. Las obras de los clásicos del marxismo-leninismo han sido y son una poderosa arma para superar el sectarismo "izquierdista".

Kolpinski

[1] V. I. Lenin, *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. 3, pág. 371, Moscú, 1970.

[2] V. I. Lenin, *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. 3, pág. 650, Moscú, 1966.

NOTAS

[1] Engels pensaba publicar este artículo en el número 5 de *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue.* ("Nueva Gaceta del Rin. Revista Político-Económica"), pero no lo terminó. Con él se proponía contestar a las opiniones individualistas burguesas, anarquistas, expuestas en la prensa por algunos jóvenes hegelianos berlineses —E. Meyen, J. Faucher, L. Buhl y M. Stirner—, que en 1842 formaron parte del círculo "Los libres" y a comienzos de los años 50 del siglo pasado se agruparon alrededor del periódico *Abend-Post* ("El Correo Vespertino"). Eran peculiares de sus opiniones políticas el menosprecio del sufragio universal y de la representación popular, el individualismo extremo y el ensalzamiento de la anarquía como realización de la "democracia suprema" y de la "asociación humana libre". *Abend-Post* combatía a "la gente de orden de las filas de la democracia", el socialismo, el comunismo y "el terror de la revolución". Estas ideas anarquistas y semianarquistas alcanzaron cierta difusión entre una parte de los emigrados pequeñoburgueses alemanes.—7.

[2] C. Marx y F. Engels. *Reseña del libro de Emile de Girardin "El socialismo y el impuesto", París, 1850* (*Le socialisme et l'impôt*, par Emile de Girardin, Paris, 1850). (Véase C. Marx y F. Engels. *Obras*, 2ª ed. en ruso, t. 7, págs. 303-304.).—7.

[3] Engels alude, por lo visto, a K. Grün y A. Ruge, que tradujeron al alemán algunas obras de Proudhon e hicieron propaganda de ellas en la prensa.—8.

[4] Se trata de L. Simon y K. Vogt, diputados al Parlamento de Stuttgart (K. Vogt fue también uno de los cinco regentes del Imperio). Vogt y Simon publicaron en 1850 varios artículos en la revista *Deutsche Monatsschrift* ("Mensuario Alemán"), de Stuttgart, en los que ensalzaban la anarquía y predicaban la abolición de todo Estado.—8.

[5] Engels se refiere a la revolución de febrero de 1848 en Francia.—8.

[6] En marzo de 1848, en los Estados alemanes de Baden, Wurtemberg, Hannóver, Prusia, Sajonia y otros tuvieron lugar acciones revolucionarias e insurrecciones, que dieron comienzo a la revolución de 1848-1849 en Alemania.—8.

[7] Engels alude a la reseña del libro de Emile de Girardin. Véase la nota N° 2.—9.

[8] Del poema *Oberón*, de Wieland.—9.

[9] Proudhon, P. J. *Idée général de la Révolution au XIX siécle*, Paris, 1851.—12.

[10] *Montaña:* grupo democrático revolucionario de la Convención durante la revolución burguesa francesa de fines del siglo XVIII. Estaba vinculado al Club Jacobino y ocupaba en la sala de sesiones de la Convención los escaños altos. De ahí procede la denominación de Montaña o montañeses (de la palabra francesa *montagne*, montaña).—12.

[11] Véase la nota N° 9.—19.

[12] "*Neue Preußische Zeitung*" ("Nueva Gaceta Prusiana"): diario alemán; empezó a publicarse en Berlín en junio de 1848 como órgano de la camarilla palaciega contrarrevolucionaria y de los junkers prusianos. Es conocido también con el título de *Kreuz-Zeitung* ("Gaceta de la Cruz").

Escuela histórica del Derecho: tendencia reaccionaria en la ciencia histórica y jurídica, surgida en Alemania a fines del siglo XVIII.—19.

[13] C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista.*—20.

[14] Engels alude a la obra de Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, publicada en 1850 en la revista *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, editada por Marx y Engels.—20.

[15] Se refiere al libro de Marx *Miseria de la Filosofía. Respuesta a la "Filosofía de la Miseria"* del señor Proudhon.—20.

[16] El problema de la guerra austríaco-prusiana de 1866 fue discutido en las reuniones celebradas por el Consejo General los días 19 y 26 de junio y 17 de julio de 1866. Como resultado de la discusión, el Consejo General aprobó por unanimidad, después de algunas enmiendas, la siguiente resolución. "El Consejo Central de la Asociación Internacional de los Trabajadores considera que el conflicto surgido en el continente es un conflicto entre gobiernos, y recomienda a los obreros que permanezcan neutrales y se unan con el fin de extraer de la unidad las fuerzas necesarias para su emancipación social y política". (Véase *El Consejo General de la I Internacional de 1864 a 1866. Conferencia de Londres de 1865, Actas*, ed. en ruso, Moscú, 1961, pág. 151.)—21.

[17] Marx denomina así irónicamente a la juventud estudiantil francesa que se encontraba influenciada por las ideas de Proudhon.—21.

[18] *Mutualismo*, mutualistas: denominación que se daban los proudhonistas en los años 60 del siglo XIX. Los mutualistas defendían un plan reformista, pequeñoburgués, de emancipación de los trabajadores mediante la organización de la ayuda mutua (creación de cooperativas, mutualidades, etc.).—21.

[19] *Falansterios:* palacios en los que, según las ideas del socialista utopista francés Fourier, deberían vivir y trabajar los miembros de las asociaciones de producción y consumo en la sociedad socialista ideal.—21.

[20] *Congreso de Ginebra:* I Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, celebrado del 3 al 8 de septiembre de 1866. Asistieron 60 delegados del Consejo General de distintas secciones de la Asociación y de sociedades obreras de Inglaterra, Francia, Alemania y Suiza. Marx escribió, como documento orientador para los representantes del Consejo General en el Congreso, una *Instrucción sobre algunas cuestiones a los delegados del Consejo Central Provisional.* Los proudhonistas, que contaban con un tercio de los votos en el Congreso, opusieron al informe oficial del Consejo General un programa, expuesto en una Memoria especial, sobre todos los puntos del orden del día.

De los nueve puntos formulados por Marx en la *Instrucción*, seis fueron aprobados como resolución del Congreso. Se referían a las siguientes cuestiones: unidad de acción internacional, reducción de la jornada de trabajo, trabajo femenino e infantil, trabajo cooperativo, organizaciones sindicales y ejércitos permanentes. En cuanto al problema polaco se aprobó una propuesta de transacción presentada por J. F. Becker. El Congreso de Ginebra ratificó los Estatutos y el Reglamento de la Asociación Internacional de los Trabajadores.—23.

[21] La reivindicación de abolir el derecho de herencia fue presentada por los discípulos de Saint-Simon, quienes en las postrimerías de los años 20 del siglo XIX divulgaron y desarrollaron su doctrina. A fines de 1830, tomando como base las conferencias dictadas por Bazar en París, se editó un libro que exponía las ideas de Saint-Simon sobre el derecho de herencia: *Doctrine de Saint-Simon. Première année. Exposition. 1829.* Paris, 1830, pp. 143-169. (*Doctrina de Saint-Simon. Primer año. Exposición. 1829*, París, 1830, págs. 143-169.)—25.

[22] Esta carta de Engels fue confiscada a Cafiero al ser detenido en agosto de 1871. Un traductor de la policía la vertió del inglés al italiano, siendo incorporada al sumario contra la Sección Napolitana de la Asociación Internacional de los Trabajadores. En el documento figura la siguiente anotación: "Carta de Engels confiscada al señor Carlos Cafiero. Traducción del inglés. Copia". Esta copia fue hallada en 1946 por el historiador italiano A. Romano en el Archivo Nacional de Nápoles entre los expedientes de la prefectura. El original de la carta de Engels no ha sido encontrado.—27.

[23] La insurrección de Lyon comenzó el 4 de septiembre de 1870 al conocerse la derrota de las tropas francesas en Sedán. Bakunin, llegado a Lyon el 15 de septiembre, intentó asumir la dirección del movimiento y aplicar su programa anarquista. El día 28, los anarquistas intentaron hacer la revolución. Pero la falta de vínculos de Bakunin y otros anarquistas con los obreros y la ausencia de un plan concreto de acción hicieron que el intento fracasara estrepitosamente.—27.

[24] La "*Alianza de la Democracia Socialista*" fue fundada por Miguel Bakunin en Ginebra, en octubre de 1868, como una organización anarquista internacional, de la que formaba parte la Alianza secreta que había organizado. La Alianza de la Democracia Socialista tenía secciones en las regiones de débil desarrollo industrial de Italia, España, Suiza y Sur de Francia. En 1869, la Alianza se dirigió al Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores solicitando su ingreso en ella. El Consejo General accedió a dar ingreso a las secciones de la Alianza, pero a condición de que ésta se disolviera como organización independiente. Bakunin anunció la disolución de la Alianza e ingresó en la Internacional; mas, en realidad, no se sometió a este acuerdo e introdujo en la Internacional una organización secreta encubierta con el nombre de Sección de Ginebra de la Internacional. Con su labor de zapa descarada y encubierta en la Internacional los bakuninistas trataban de colocar bajo su dirección el movimiento obrero mundial. La negación por los anarquistas de la dictadura del proletariado y de la necesidad de crear grandes partidos obreros conducía a la subordinación directa del movimiento obrero a la burguesía. Marx, Engels y el Consejo General de la Internacional lucharon enérgicamente contra la Alianza, denunciándola como una secta hostil al movimiento obrero, que pretendía dividirlo y apartarlo de la vía de desarrollo independiente. En el Congreso de La Haya de la I Internacional (1872) se asestó un golpe contundente a los bakuninistas, y los líderes de la Alianza, Bakunin y Guillaume, fueron expulsados de la Internacional. El marxismo triunfó en el terreno ideológico y de organización sobre las formas sectarias pequeñoburguesas premarxistas de socialismo.—29.

[25] *La Conferencia de Londres* de la Internacional, importante etapa en la lucha de Marx y Engels en pro de la creación del partido proletario, se celebró del 17 al 23 de septiembre de 1871.

La guerra franco-prusiana impidió convocar el Congreso ordinario. Además, era imposible celebrarlo en medio de las duras represalias contra los miembros de la Internacional durante la guerra civil en Francia, singularmente acentuadas después de ser aplastada la Comuna. Pero, al mismo tiempo, la necesidad de adoptar decisiones colectivas que facilitasen la cohesión ideológica y el reforzamiento orgánico de la Internacional, las tareas candentes de la lucha contra los bakuninistas y demás elementos sectarios —que habían intensificado su actividad escisionista— y otros problemas inaplazables reclamaban la celebración de una Conferencia de representantes de la Internacional llegados de todos los países. La mayoría de las federaciones aceptó la proposición del Consejo General de celebrar una conferencia privada de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Marx y Engels efectuaron una ingente labor para preparar la Conferencia de Londres, cuyas resoluciones fueron redactadas, en su mayor parte, por ellos. En la Conferencia participaron 22 delegados con voz y voto y 10 sólo con voz. Los países que no pudieron enviar delegados estuvieron representados por los secretarios-corresponsales. Marx representó a Alemania, y Engels a Italia. La Conferencia celebró, en total, nueve sesiones, que tuvieron carácter privado.—31.

[26] *Comuna de París:* gobierno revolucionario de la clase obrera formado por la revolución proletaria de 1871 en París, primera experiencia de dictadura del proletariado que conoce la historia. La Comuna existió desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.—31.

[27] El 20 de septiembre de 1871, en la sexta sesión de la Conferencia de Londres, Vaillant presentó un proyecto de resolución, en el que se hablaba del nexo indisoluble de las cuestiones política y social y de la necesidad de unir las fuerzas de los obreros sobre el terreno político. Durante la discusión del proyecto de Vaillant y de las adiciones al mismo —presentadas por Serrailler y Frankel—, Marx y Engels pronunciaron discursos sobre la acción política de la clase obrera (véase la presente recopilación, págs. 31-32). Estos discursos sirvieron de base a la resolución *Sobre la acción política de la clase obrera* (IX). La Conferencia confió su redacción al Consejo General, el cual designó para ello el 7 de octubre de 1871 una comisión, de la que formaba parte Engels. Marx y Engels redactaron un nuevo texto de la resolución, en el que formularon con precisión la necesidad de organizar el partido político de la clase obrera como condición inexcusable para asegurar el triunfo de la revolución socialista y su objetivo final: la edificación de la sociedad sin clases.

Por acuerdo del Congreso de La Haya (1872), en los Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores se introdujo el artículo 7-a, que reproducía la parte fundamental de la resolución IX de la Conferencia de Londres sobre la acción política de la clase obrera (véase la presente recopilación, pág. 65).—33.

[28] Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en dos tomos, ed. en español, t. I, pág. 369, Moscú, 1966.—33.

[29] *Procès-verbaux du congrès de l'Association Internationale des Travailleurs réuni à Lausanne du 2 au 8 septembre 1867.* Chaux-de-Fonds, 1867, p. 19. (*Actas del Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores celebrado en Lausana del 2 al 8 de septiembre de 1867.* Chaux-de-Fonds, 1867, pág. 19).—33.

[30] Con el propósito de afianzar su vacilante situación, el gobierno de Napoleón III convocó un plebiscito para el 8 de mayo de 1870. Las preguntas del plebiscito estaban formuladas de tal modo que era impo-

sible desaprobar la política del Segundo Imperio sin pronunciarse al mismo tiempo contra todas las reformas democráticas. La Federación de París de la Internacional y la Cámara Federal de Sociedades Obreras de París publicaron el 24 de abril de 1870 un manifiesto, en el que denunciaban esta maniobra demagógica y exhortaban a los obreros a abstenerse de votar.

La víspera del plebiscito fueron detenidos los miembros de la Federación de París, acusados de organizar un complot para asesinar a Napoleón III. Simultáneamente empezaron las persecuciones contra los miembros de la Internacional en Lyon, Ruán, Marsella y otras ciudades de Francia. Del 22 de junio al 5 de julio de 1870 se vio la tercera causa contra los miembros de la Federación de París de la Internacional. La acusación de complot fracasó; los acusados no fueron condenados por participar en el supuesto complot, sino por pertenecer a la Internacional.—34.

31 Marx se refiere a las resoluciones de la Conferencia de Londres de 1871 acerca de las siguientes cuestiones: "Las denominaciones de los consejos nacionales, etc." (resolución II, puntos 1, 2 y 3); "La acción política de la clase obrera" (resolución IX) (véase la presente recopilación, págs. 33—34.); "La Alianza de la Democracia Socialista" (resolución XVI) y "La escisión en la Suiza Latina" (resolución XVII).—37.

32 El 4 de septiembre de 1870, al conocerse la derrota de las tropas francesas en Sedán, se produjo en París un alzamiento revolucionario de las masas populares, que condujo al derrocamiento del régimen del Segundo Imperio y a la proclamación de la República. Se formó un Gobierno Provisional en el que, además de los republicanos moderados, entraron también los monárquicos. Este gobierno, presidido por Trochu, gobernador militar de París —e inspirado de hecho por Thiers—, reflejando el espíritu capitulador de los medios burgués-terratenientes y su temor a las masas populares, emprendió la vía de la traición nacional y de la confabulación alevosa con el enemigo exterior.—38.

33 El *Congreso de Basilea* de la I Internacional se celebró del 6 al 11 de septiembre de 1869. Se pronunció por mayoría de votos a favor de la abolición de la propiedad privada de la tierra y su transformación en propiedad social. El Congreso adoptó varios acuerdos sobre la unificación de los sindicatos a escala nacional e internacional, el reforzamiento organizativo de la Internacional y la ampliación de las facultades del Consejo General. Al discutirse la abolición del derecho de herencia se produjo el primer choque abierto entre los partidarios del socialismo científico de Marx y los adeptos del anarquismo bakuninista.—39.

34 Engels escribió este artículo en respuesta a la circular a todas las secciones de la Internacional ("Circulaire à toutes las féderations de l'Asociation International des Travailleurs") aprobada por el Congreso de Sonvillier (noviembre de 1871) de la Federación Jurasiana bakuninista de Suiza. La circular, enfilada contra las resoluciones

de la Conferencia de Londres de la Asociación Internacional de los Trabajadores, contraponía a ellas los dogmas anarquistas sobre el indiferentismo en materia política y la completa autonomía de las secciones y contenía ataques calumniosos a la actividad del Consejo General. Los bakuninistas proponían en su circular a todas las federaciones que reclamaran la celebración inmediata de un congreso para revisar los Estatutos Generales de la Internacional y condenar al Consejo General. La circular de Sonvillier fue repudiada por toda una serie de órganos de la Internacional. El periódico *Égalité* publicó el 24 de diciembre de 1871 una resolución del Comité Federal Latino Romano que condenaba la circular como un intento de dividir la Asociación Internacional de los Trabajadores. En España, el periódico *La Emancipación* insertó en sus números del 24 y 27 de noviembre de 1871 un artículo de Lafargue que refutaba las calumnias de la circular.

Las secciones de la Internacional en Alemania, Inglaterra, Holanda y Estados Unidos de América, así como la sección milanesa en Italia, rechazaron la circular de Sonvillier. No se atrevieron a adherirse abiertamente a ella ni siquiera varias secciones de España influenciadas por los bakuninistas.—41.

35 Engels alude a la revolución de 1870-1871 en Francia y a la Comuna de París.—41.

36 Se trata de la Conferencia de Londres. Véase la nota N° 25.—42.

37 Al triunfar la Comuna de París, los partidarios del gobierno burgués contrarrevolucionario francés, presidido por Thiers, se instalaron en Versalles. Una vez aplastada la Comuna de París, los versalleses se vengaron de los comuneros con crueldad inaudita.—44.

38 *Juicio criminal de Brunswick:* Engels alude al tribunal territorial de Brunswick, en el que en octubre de 1871 se vio la causa contra Bracke, Bonhorst, Spier, Kühn y Gralle —miembros del Comité del Partido Socialdemócrata— y el tipógrafo Sivers. Todos ellos fueron detenidos por las autoridades prusianas el 9 de septiembre de 1870, en Alemania, por haber publicado el día 5 del mismo mes un manifiesto sobre la guerra franco-prusiana. En octubre de 1871, después de largos meses de reclusión, los miembros del Comité de Brunswick fueron entregados a los tribunales en virtud de la acusación, fabricada por la policía, de haber transgredido las leyes de orden público. El tribunal de Brunswick condenó a Bracke y Bonhorst a 16 meses de cárcel por perturbación del "orden público". Pero la Corte Suprema de Apelación se vio obligada a anular esta sentencia como infundada, rebajando la pena a tres meses, contado el tiempo de reclusión preventiva.—44.

39 *Gabinete negro:* institución secreta en las administraciones de Correos de Francia, Prusia, Austria y otros Estados, que se dedicaba a censurar la correspondencia; existió en los tiempos de las monarquías absolutas en Europa.—44.

[40] Se alude a la Circular de Sonvillier.—49.

[41] Se trata de la Conferencia de Londres.—49.

[42] En 1869, Necháiev estableció contacto con Bakunin y desplegó actividad para crear en diversas ciudades de Rusia la organización conspirativa "La Justicia del Pueblo". En los círculos organizados por él se predicaban las ideas anarquistas de la "destrucción absoluta". La juventud estudiantil de espíritu revolucionario y los revolucionarios de origen no aristocrático ("rasnochintsi") ingresaban en la organización de Necháiev atraídos por su dura crítica del régimen zarista y los llamamientos a la lucha enérgica contra él. Valiéndose de una credencial que le extendió Bakunin como representante de una "Alianza Revolucionaria Europea", Necháiev intentó hacerse pasar por representante de la Internacional, con lo que desorientó a los miembros de la organización que había creado.

Por acuerdo de la Conferencia de Londres de 1871, Marx escribió una declaración en la que se decía que la Asociación Internacional de los Trabajadores no tenía nada que ver con el llamado complot de Necháiev.—49.

[43] Se trata del intento de Bakunin de conseguir en el Congreso de la Liga de la Paz y la Libertad, celebrado en Berna en septiembre de 1868, la aprobación de un embrollado programa socialista redactado por él ("igualitarismo social y económico de las clases", abolición del Estado y del derecho de herencia, etc.). Al ser rechazado su proyecto por mayoría de votos, Bakunin abandonó la Liga de la Paz y la Libertad y fundó la Alianza Internacional de la Democracia Socialista.

Liga de la Paz y la Libertad: organización pacifista burguesa fundada en 1867 en Suiza por varios republicanos y liberales pequeñoburgueses y burgueses.—51.

[44] Se alude a las resoluciones sobre problemas de organización aprobadas en el Congreso de Basilea, que ampliaron las facultades del Consejo General.—53.

[45] *"Las pretendidas escisiones en la Internacional":* circular reservada del Consejo General, escrita por Marx y Engels. En ella se dio publicidad plenamente a la labor de zapa de la Alianza Socialista Internacional, encabezada por Bakunin. La Alianza intensificó especialmente esta labor de zapa y de división después de la Conferencia de Londres, que asestó un duro golpe al anarquismo. Marx y Engels pusieron al desnudo en *Las pretendidas escisiones de la Internacional* las raíces sociales del sectarismo (la influencia del medio pequeñoburgués en la clase obrera) y mostraron que los rasgos peculiares del bakuninismo, como de toda secta, son el atraso teórico y el aislamiento del movimiento revolucionario de masas, el dogmatismo y el aventurerismo "revolucionario".

La circular fue editada en francés y enviada a las secciones de la Internacional en todo el mundo.—54.

[46] *Icaria:* país comunista fantástico descrito en la novela social y filosófica *Viaje a Icaria,* de E. Cabet, representante del comunismo utópico.—54.

[47] *Cartismo:* movimiento político de los obreros de Gran Bretaña. Comenzó en los años 30 del siglo XIX y duró hasta mediados de la década del 50. Propugnaba la aprobación de la Carta del Pueblo, en la que se reclamaba el sufragio universal y una serie de condiciones que asegurasen a los trabajadores el ejercicio de este derecho. Según la definición de Lenin, el cartismo fue "el primer movimiento proletario y revolucionario, movimiento amplio, verdaderamente de masas y políticamente formado" (V. I. Lenin. *Obras,* 4ª ed. en ruso, t. 29, pág. 282).—54.

[48] *Lassalleanos:* partidarios y seguidores del socialista pequeñoburgués Fernando Lassalle. Lassalle fundó en 1863 la Unión General Obrera Alemana, cuyo programa consistía en luchar por el sufragio universal.

Marx y Engels criticaron acerbamente a Lassalle y a los lassalleanos por tratar de llegar a un acuerdo con el gobierno reaccionario de Bismarck para recibir de él subsidios que les permitieran crear las llamadas asociaciones obreras de producción, así como por apoyar la política chovinista prusiana que aplicaba Bismarck en el problema de la unificación de Alemania. Los lassalleanos dieron comienzo al oportunismo en el movimiento obrero alemán.—54.

[49] En la circular de J. Favre del 26 de mayo de 1871 a los representantes diplomáticos de Francia en el extranjero se les proponía que trataran de conseguir de los países europeos la detención y extradición de los emigrados de la Comuna como simples delincuentes comunes.

Dufaure presentó un proyecto de ley, redactado por una comisión especial de la Asamblea Nacional francesa, en el que se condenaba con pena de encarcelamiento la pertenencia a la Internacional. La ley fue aprobada el 14 de marzo de 1872.—55.

[50] Se trata del Congreso de la Federación Jurasiana bakuninista celebrado en Sonvillier el 12 de noviembre de 1871. (Véase la nota N° 34).—57.

[51] C. Marx. *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores.* (Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en dos tomos, ed. en español, t. 1, pág. 369.)—57.

[52] Se alude al informe presentado por Sacaze el 5 de febrero de 1872 en nombre de la comisión que estudió el proyecto de ley de Dufaure.—59.

[53] Engels alude a una declaración publicada el 10 de mayo de 1872 en el número 6 del *Bulletin de la Féderation jurassienne,* en la que se afirmaba que la Redacción disponía de cartas escritas por Engels en el otoño de 1871 a "sus amigos italianos". Estas cartas habían sido entregadas por Cafiero al director del periódico, Guillaume. —60.

54 Con motivo de la preparación del Congreso de La Haya adquirió importancia decisiva el desenmascaramiento de la labor de zapa de la Alianza de la Democracia Socialista, de carácter secreto. En el verano de 1872, Marx y Engels disponían de gran cantidad de documentos enviados por Lafargue, Mesa, Utin y otros, después ya de haberse publicado *Las pretendidas escisiones en la Internacional*, que confirmaban la existencia de una sociedad bakuninista secreta en el seno de la Internacional, sobre todo en España.

En la reunión del Comité Ejecutivo del 5 de julio de 1872 fueron examinados los documentos recibidos de España sobre la actividad secreta de la Alianza, acordándose pedir al Consejo General que presentara en el Congreso ordinario la propuesta de expulsar de la Internacional a Bakunin y a los miembros de la Alianza. Se encargó a Marx y Engels redactar las consideraciones hechas en el Comité y presentarlas al Consejo General. Engels presentó el 6 de agosto, en una reunión del Consejo General, un proyecto de circular a todos los miembros de la Asociación, que había escrito en nombre del Comité Ejecutivo. El proyecto suscitó una viva discusión, en el transcurso de la cual varios miembros del Consejo General se opusieron a que la circular se publicara antes de ser investigado el asunto de la Alianza. El proyecto de Engels fue tomado en consideración por mayoría de votos.

El documento se ha conservado como manuscrito de Engels en francés e inglés.—62.

55 *El Congreso de La Haya* de la Asociación Internacional de los Trabajadores se celebró del 2 al 7 de septiembre de 1872, con asistencia de 65 delegados de 15 organizaciones nacionales. Marx y Engels dirigieron personalmente las labores del Congreso. En él se dio cima a la lucha sostenida durante largos años por Marx, Engels y sus adeptos contra todas las variedades de sectarismo pequeñoburgués en el movimiento obrero. Se condenó la labor escisionista de los anarquistas y sus líderes fueron expulsados de la Internacional. Las resoluciones del Congreso de La Haya sentaron las bases para crear en el futuro partidos políticos independientes de la clase obrera en los distintos países.

El texto oficial de las resoluciones aprobadas en el Congreso fue escrito y redactado por Marx y Engels, que formaron parte de la comisión encargada de prepararlas para su publicación. Se ha conservado un manuscrito de Engels en francés con el texto completo de las resoluciones ya listas para la imprenta.—65.

56 Terminado el Congreso de La Haya, Marx y otros delegados se trasladaron a Amsterdam para entrevistarse con los miembros de la sección local de la Internacional. En un mitin celebrado el 8 de septiembre, Marx pronunció un discurso sobre los resultados del Congreso. Defendiendo infatigablemente la idea de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado, Marx dio ejemplo en su discurso de enfoque creador del problema referente a las formas de transición de los distintos países del capitalismo al socialismo, en dependencia de las condiciones históricas concretas y del alineamiento

y la correlación de las fuerzas de clase. Expuso y argumentó la tesis de que, a la par con la violencia revolucionaria —medio inevitable, en las condiciones de entonces, para establecer y mantener la dictadura del proletariado en la inmensa mayoría de los países—, el proletariado podría conseguir su dominación sin recurrir a la violencia revolucionaria en algunos países (Inglaterra, los EE.UU. y, quizá, Holanda) en virtud de las condiciones históricas concretas creadas en ellos: ausencia en aquellos tiempos de un aparato burocrático y militarista desarrollado.—66.

57 Se alude al Mandato de la Federación Jurasiana al Congreso de La Haya.—68.

58 "*La Federación*": semanario obrero español, órgano de la Federación barcelonesa de la Internacional. Se publicó en Barcelona desde 1869 hasta 1873. Estaba influenciado por los bakuninistas.—68.

59 Engels escribió su obra *Contribución al problema de la vivienda* en forma de artículos que vieron la luz en el periódico *Volksstaat*, siendo publicados en un folleto en 1873. El autor criticó en ellos los proyectos burgueses y pequeñoburgueses de solución del problema de la vivienda. Al criticar duramente las opiniones del proudhonista alemán Mülberger, Engels demostró que este problema sólo puede ser resuelto por completo en la sociedad comunista.—70.

60 Engels alude a los artículos que publicó en el periódico *Volksstaat*, órgano central de la socialdemocracia alemana, los días 26 y 29 de junio y 3 de julio de 1872 con el título general de *Cómo resuelve Proudhon el problema de la vivienda*. Al editarse en 1887 la obra de Engels *Contribución al problema de la vivienda*, dichos artículos formaron su primera parte.—70.

61 *Blanquistas:* partidarios de una corriente en el movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés.

Los blanquistas, como decía Lenin, esperaban "lograr la liberación de la humanidad de la esclavitud asalariada no por medio de la lucha de clase del proletariado, sino por medio de un complot de una pequeña minoría de intelectuales" (*Obras*, 4ª ed. en ruso, t. 10, pág. 360). Al sustituir la actividad del partido revolucionario con las acciones de un puñado secreto de conspiradores, los blanquistas no tenían en cuenta la situación concreta necesaria para el triunfo de la insurrección y despreciaban los vínculos con las masas.—72.

62 Véase G. W. Hegel. *Wissenschaft der Logik*, Th. I, Abt. 2; Werke, Bd. IV, Berlín, 1834, S. 15, 75, 145. (G. W. Hegel. *Ciencia de la Lógica*, parte I, sección 2; *Obras*, t. IV, Berlín, 1834, págs. 15, 75, 145).—73.

63 Los artículos de Mülberger publicados en febrero y comienzos de marzo de 1872 en *Volksstaat* fueron recopilados más tarde en un

folleto: A. Mülberger. *Die Wohnungsfrage. Eine sociale Skizze.* Separat-Abdruck aus dem "Volksstaat", Leipzig, 1872, S. 25. (A. Mülberger. *El problema de la vivienda. Boceto social.* Separata de "Volksstaat", Leipzig, 1872, pág. 25.).—75.

64 Engels parafrasea la inscripción que figuraba en las puertas del infierno en el poema de Dante *La divina comedia*, canto III, estrofa 3.—86.

65 Marx y Engels escribieron el folleto *La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores* de abril a julio de 1873, con ayuda de Lafargue.

Este folleto asestó el golpe definitivo a todas las pretensiones de los bakuninistas de dominar en el movimiento obrero europeo. Con gran abundancia de hechos, los autores pusieron al desnudo las intrigas secretas y las truhanerías de todo género empleadas por los bakuninistas a fin de someter a su voluntad toda la Internacional y utilizar para sus propios fines la influencia y la organización de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Marx y Engels mostraron con ejemplos concretos el inmenso daño que las sectas anarquistas causan al movimiento obrero. En el folleto se hizo el balance de la lucha sostenida contra los bakuninistas en la Internacional en el terreno teórico y de organización.

Sirvieron de base a este folleto gran cantidad de documentos presentados por la comisión formada en el Congreso de La Haya para investigar la actividad de la Alianza secreta. Entre ellos figuraban documentos e informaciones que habían enviado Lafargue, Mesa y otros desde España; Becker, desde Suiza, y Danielson y Liubavin, desde Rusia, así como un extenso informe de Utin, escrito por encargo de la Conferencia de Londres de 1871 y que Marx y Engels utilizaron para el capítulo VIII: *La Alianza en Rusia*. Parte de los documentos fue entregada a Marx y Engels ya después del Congreso de La Haya. Marx y Engels incluyeron en el capítulo XI algunos documentos de la Alianza que definían sus fines y tareas.—89.

66 Entre los documentos que entregaron Marx y Engels a la Comisión del Congreso de La Haya encargada de investigar la actividad de la Alianza secreta figuraba una carta que Necháiev escribió en febrero de 1870, por encargo de Bakunin en nombre de una inexistente organización revolucionaria rusa, a Liubavin, que estaba preparando la edición en Rusia del primer tomo de *El Capital*, de Marx. En esta carta se amenazaba a Liubavin si no eximía a Bakunin del compromiso que había contraído de traducir al ruso el primer tomo de *El Capital*. Liubavin envió la carta a Marx a través de Danielson en agosto de 1872.—89.

67 Se alude a la Liga de la Paz y la Libertad.—90.

68 Los autores citan el artículo *Algo más acerca de Bakunin*, aparecido sin firma el 5 de octubre de 1872 en el número 40 del periódico *Tagwacht*. La continuación del artículo se publicó en los números 41, 42 y 43 los días 12, 19 y 26 de octubre.—91.

69 Los Estatutos y el Programa de la Alianza de la Democracia Socialista fueron incluidos en el capítulo XI de este folleto de Marx y Engels.—91.

70 Desde el punto de vista organizativo, la Alianza de la Democracia Socialista tenía tres grados: I. Hermanos internacionales; II. Hermanos nacionales; III. Organización semisecreta y semipública de la Alianza de la Democracia Socialista. Pertenecían a los Hermanos internacionales un pequeño número de "iniciados", a los cuales se sometían los miembros de los otros dos grados.—92.

71 Véase la nota N° 23.—92.

72 En 1861, en respuesta a la promulgación por el gobierno zarista de reglas reaccionarias acerca de las universidades, tuvieron lugar grandes agitaciones estudiantiles en varias de ellas —incluidas las de Petersburgo y Moscú—, que rebasaron en mucho el marco del movimiento académico. El zarismo sofocó el movimiento juvenil y numerosos estudiantes fueron encarcelados o desterrados a Siberia.—96.

73 Se alude a una hoja de Bakunin, titulada *Unas palabras a los jóvenes hermanos en Rusia* (Ginebra, mayo de 1869) y a otra de Necháiev: *A los estudiantes de la Universidad, de la Academia y del Instituto Tecnológico de Petersburgo* (Ginebra, 1869).—96.

74 *Frères ignorantins* (frailes ignorantes): nombre despectivo de una orden religiosa fundada en Reims en 1680, cuyos componentes contraían el compromiso de consagrarse a la enseñanza de los hijos de los pobres. En las escuelas de la orden sus alumnos recibían, principalmente, educación religiosa, adquiriendo conocimientos muy escasos en otros campos del saber.—97.

75 En este caso y en los sucesivos se citan las hojas de Bakunin *Planteamiento de la cuestión revolucionaria* (mayo de 1869) y *Los principios de la revolución* (verano de 1869).—98.

76 *Ediciones de la Sociedad "La Justicia del Pueblo"*, N° 2, San Petersburgo, invierno de 1870, pág. 9. La edición número 2, lo mismo que la número 1, apareció en Ginebra.—100.

77 Este artículo lo escribió Necháiev y vio la luz en el número 2 de *Ediciones de la Sociedad "La Justicia del Pueblo"*.—102.

78 Se alude al Estado teocrático de los jesuitas en América del Sur (principalmente en el territorio del Paraguay actual) desde comienzos del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII.—104.

79 Engels escribió el artículo *Los bakuninistas en acción* inmediatamente después de los acontecimientos del verano de 1873 en España, que fueron el punto culminante de la revolución burguesa española de 1868-1874. Engels hizo un análisis crítico de las nocivas doctrinas teóricas de los anarquistas y, al mismo tiempo, criticó a fondo su táctica aventurera.—109.

80 En la *Advertencia preliminar* se deslizaron algunas inexactitudes de poca monta en las fechas de los acontecimientos. La República se proclamó en España el 11 de febrero de 1873, y las elecciones a las Cortes Constituyentes se celebraron el 10 de mayo de 1873. —110.

81 Con el título de *El Cagliostro Bakunin*, los días 19, 21, 24 y 26 de septiembre de 1873 se publicó en los números 87, 88, 89 y 90 del periódico *Volksstaat* una serie de artículos, escritos por Engels, que constituían un resumen en alemán del folleto *La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores*.—112.

82 El Congreso ordinario de la Internacional se celebró en Ginebra del 8 al 13 de septiembre de 1873.
Se alude a la *Nueva Federación Madrileña*, fundada en julio de 1872 por los redactores del periódico *La Emancipación*, que la mayoría anarquista había expulsado de la Federación Madrileña por haber denunciado en sus páginas la actividad de la Alianza secreta en España. Pablo Lafargue participó activamente en la organización y la labor de la Nueva Federación Madrileña, la cual combatió enérgicamente la difusión de la influencia anarquista en España, propagó las ideas del socialismo científico y luchó por la formación de un partido proletario independiente en el país. Engels colaboró en su órgano de prensa: *La Emancipación*. Los miembros de la Nueva Federación Madrileña fueron los organizadores del Partido Socialista Obrero Español, fundado en 1879. —112.

83 Acerca de la Alianza de la Democracia Socialista véase la nota N° 24.—112.

84 Se alude a los monárquicos constitucionalistas que apoyaban al rey Amadeo, testaferro de las potencias europeas, en el trono de España.—114.

85 *Alfonsinos*: grupo vinculado a los medios reaccionarios de los grandes terratenientes españoles, al clero y a las altas esferas de la burguesía; apoyaba al pretendiente borbónico al trono español, proclamado en 1874 rey de España con el nombre de Alfonso XII. —114.

86 *Carlistas*: grupo reaccionario, absolutista y clerical que respaldó en la primera mitad del siglo XIX al pretendiente al trono español don Carlos, hermano del rey Fernando VII. Apoyándose en la casta militar y en el clero católico, así como en los campesinos atrasados de varias regiones de España, los carlistas desencadenaron en 1833 una guerra civil que duró hasta 1840 y se transformó, de hecho, en una lucha entre los elementos católicos y feudales, de una parte, y los liberales burgueses, de otra. Después de fallecer don Carlos en 1855, los carlistas apoyaron la candidatura de su nieto, también don Carlos. En 1872, en una situación de crisis política y de exacerbación de la lucha de clases, los carlistas intensificaron su actividad, que desembocó en una nueva guerra civil, terminada únicamente en 1876.—114.

87 Engels cita la segunda edición alemana de su libro, publicada en 1892.—116.

88 Se alude al Congreso anarquista celebrado en Ginebra del 1 al 6 de septiembre de 1873.—116.

89 "*Solidarité révolutionaire*" ("Solidaridad Revolucionaria"): semanario anarquista que se publicó en Barcelona, en francés, de junio a septiembre de 1873; era órgano del Comité de propaganda socialista revolucionaria en el Sur de Francia, constituido por Alerini y Brousse con el fin de divulgar las ideas anarquistas en Francia y entre los emigrados de la Comuna.—118.

90 *Asociación General de Obreros Alemanes*: primera organización nacional de los obreros alemanes, constituida en Leipzig el 23 de mayo de 1863 en el Congreso de Sociedades Obreras. Desde su nacimiento se encontró bajo la influencia de Lassalle, que participó personalmente en su fundación y fue su primer presidente. La Asociación limitaba sus fines a la lucha por el sufragio universal y a la actividad parlamentaria pacífica. Rechazaba la lucha cotidiana de la clase obrera por reivindicaciones económicas y propugnaba la creación de asociaciones de productores subsidiadas por el Estado, en las que veía el medio fundamental para resolver las contradicciones sociales. La Asociación lassalleana sustentaba una posición nacionalista ante los problemas de política exterior, con lo que apoyaba la política reaccionaria del gobierno prusiano y la unificación de Alemania desde arriba por medio de guerras dinásticas. Al constituirse la Asociación Internacional de los Trabajadores, la Asociación General de Obreros Alemanes, influenciada por los lassalleanos, se convirtió en un freno para la creación de un auténtico partido obrero en Alemania. La lucha consecuente de Marx y Engels contra la labor oportunista de los dirigentes lassalleanos de la Asociación determinó que a comienzos de los años 70 salieran de ella los obreros alemanes avanzados. En el Congreso de Gotha (1875), la Asociación General de Obreros Alemanes se fusionó con el Partido Obrero Socialdemócrata, fundado en 1869 y dirigido por Bebel y Liebknecht.—119.

91 El informe de la Comisión federal, que encabezó las organizaciones anarquistas en España después del Congreso de Córdoba, se publicó en el periódico *Internationale* el 24 de agosto de 1873.—119.

92 *Shakespeare. Enrique IV*, parte I, acto V, escena cuarta.—120.

93 Engels se refiere a la guerra campesina en Alemania de 1824-1825. —125.

94 Véase las obras de Engels *La guerra campesina en Alemania* y *La campaña alemana en pro de la Constitución imperial*.—125.

95 Engels se refiere al folleto de Bakunin *Lettres à un francais sur la crise actuelle (Cartas a un francés sobre la crisis actual)*, publicado anónimamente en Neufchâtel en 1870.—125.

[96] La labor realizada por Marx al acotar el libro de Bakunin *El Estado y la anarquía* estuvo vinculada estrechamente a la lucha ideológica y política de los adeptos de Marx y Engels contra el anarquismo, lucha que prosiguió también después de la derrota de los bakuninistas en el terreno ideológico y de organización en el Congreso de La Haya.

El resumen hecho por Marx del libro de Bakunin es una original obra crítica y polémica, en la cual la revelación del punto de vista de Bakunin, enemigo principal del marxismo en aquella época e ideólogo del anarquismo, se conjuga con la profunda crítica de las doctrinas anarquistas y con el desarrollo, en oposición a ellas, de los postulados más importantes del comunismo científico acerca del Estado, la dictadura del proletariado y la alianza de la clase obrera con el campesinado como condición indispensable para la victoria de la revolución socialista. Marx formuló estos postulados en una serie de interpolaciones en el manuscrito del resumen. Hizo este resumen poco después de ver la luz el libro de Bakunin, editado en Ginebra en 1873 y acogido por los medios bakuninistas como una obra programática.

Los pasajes copiados por Marx en ruso figuran en la presente recopilación entre paréntesis cuadrados.—132.

[97] "*El Estado popular libre*" fue en los años 70 del siglo pasado reivindicación programática y consigna en boga de los socialdemócratas alemanes. Véase la crítica marxista de esta consigna en el capítulo IV de la obra de Marx *Crítica del Programa de Gotha* y en la carta de Engels a Bebel del 18-28 de marzo de 1875 (pág. 139 de la presente recopilación). Véase también la obra de Lenin *El Estado y la revolución*, capítulo I, § 4 y capítulo IV, § 3 (págs. 268-271 de la presente recopilación).—137.

[98] Se alude a la obra *Miseria de la Filosofía* y al *Manifiesto del Partido Comunista*.—139.

[99] Se alude al folleto de Marx y Engels *La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores* (véase la presente recopilación, págs. 89-106.), publicado en alemán en Braunschweig en 1874 con el título de *Ein Complot gegen die Internationale Arbeiter-Association (Un complot contra la Asociación Internacional de los Trabajadores)*. Engels participó personalmente en la redacción de la versión alemana.—140.

[100] Engels cita aquí y después una carta de Bakunin al socialista español Francisco Mora (5 de abril de 1872), reproducida junto con otros documentos de la Alianza en el capítulo XI del folleto de Marx y Engels *La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores*.—140.

[101] H. Heine. *Cancionero*, ciclo *Sufrimientos juveniles*, sección *Canciones*, verso octavo. (H. Heine, "Buch der Lieder", Zykl "Junge Leiden" Abt. "Lieden", Gedicht 8.).—141.

[102] *La Plebe*: periódico italiano; se publicó en Lodi, bajo la dirección de E. Bignami, desde 1868 hasta 1875, y en Milán, de 1875 a 1883. Engels prestó una gran ayuda al periódico, colaborando en él en 1871-1873 y 1877-1879 y sosteniendo correspondencia regular con su director. En 1882, alrededor del periódico *La Plebe* se formó el primer partido independiente del proletariado italiano: el Partido Obrero.—142.

[103] *Bulletin de la Féderation jurassienne de l'Association International des Travailleurs* ("Boletín de la Federación Jurasiana de la Asociación Internacional de los Trabajadores"): órgano de los anarquistas suizos. Se publicó de 1872 a 1878 en francés como quincenario, y desde julio de 1873 como semanario, bajo la dirección de Guillaume.—143.

[104] Las elecciones al Reichstag alemán se celebraron el 10 de enero de 1877. Fueron elegidos 12 diputados obreros, a los que entregaron su sufragio cerca de medio millón de electores.—146.

[105] Se trata del intento de insurrección emprendido por los anarquistas en Italia en agosto de 1874. Esta acción fue preparada por la organización secreta bakuninista "Comité Italiano de la Revolución Social". La insurrección debía tener como centro la ciudad de Bolonia. Pocos días antes de la fecha señalada para ella, la policía detuvo a su organizador principal, A. Costa. Esto obligó a los conspiradores, encabezados por Bakunin, a adelantar la acción. El 7 de agosto se distribuyó en Bolonia un boletín del Comité, en el que se exhortaba al pueblo a empuñar las armas y derribar el régimen social existente y se fijaba para la noche del 7 al 8 de agosto el comienzo de la insurrección armada. Pero este llamamiento de un puñado de conspiradores no fue apoyado por las masas populares. Los insignificantes destacamentos armados de insurgentes fueron desarmados sin dificultad por las tropas gubernamentales en Bolonia y algunos otros puntos de Italia, y el propio Bakunin huyó al extranjero.—147.

[106] Se alude a la insurrección de los anarquistas, que en 1877 se apoderaron de la pequeña ciudad de Letino, en la provincia de Benevento (Italia). La insurrección fue aplastada rápidamente por la policía.—148.

[107] *El Congreso de Gante* se celebró del 9 al 16 de septiembre de 1877. En él se intentó unificar a escala internacional las distintas corrientes socialistas. El Congreso aprobó resoluciones, enfiladas contra los anarquistas —que quedaron en minoría—, acerca de los problemas principales discutidos en él. El Congreso puso de manifiesto la disgregación de la corriente anarquista y el predominio del marxismo en el movimiento obrero internacional.—150.

[108] Expresión irónica, basada en una leyenda acerca de tres sastres de Tooley-Street que enviaron una reclamación a la Cámara de los Comunes, cuyas primeras palabras eran: "Nosotros, el pueblo de Inglaterra...".—150.

109 Engels alude a la Nueva Federación Madrileña.—150.

110 *"O Protesto"* ("La Protesta"): semanario socialista portugués, empezó a publicarse en Lisboa en 1875.—150.

111 Engels se refiere al periódico democrático *Narodna Uolia* ("Libertad del Pueblo"), que inició su publicación en Smederevo (Servia) en octubre de 1875.—153.

112 Se trata de la gran huelga declarada por los mineros del carbón de Montceau-Mines (Francia) en octubre de 1882. La huelga fue debida a la depresión económica, que empeoró considerablemente la situación de la clase obrera. Durante la huelga actuó como traidor el provocador Breniza, cumpliendo órdenes del prefecto de policía Andrié. Este prefecto facilitó dinero al periódico anarquista *La Revolution sociale* ("La Revolución Social") y a través de sus provocadores cometió una serie de actos terroristas en dicha localidad.—158.

113 *Unión Obrera Central de Nueva York*: federación de organizaciones sindicales de Nueva York constituida en 1882. En los años 80 fue una organización obrera de masas, en cuyas filas militaban obreros blancos y negros, norteamericanos y de origen extranjero. Al frente de la Unión figuraban socialistas que reconocían la necesidad de la organización sindical y política de la clase obrera para poder dirigir con éxito la lucha de clase del proletariado.—159.

114 Engels escribió en inglés su carta a Van-Patten el 18 de abril de 1883.—159.

115 Con su alusión a 1845, Engels se refiere a la exposición que Marx y él hicieron de sus puntos de vista en la obra *La ideología alemana* (escrita en 1845-1846).—160.

116 *"Freiheit"* ("Libertad"): semanario alemán de orientación anarquista, fundado en 1879 en Londres por Johann Most. Marx y Engels criticaron repetidas veces a Most y su periódico por sus manifestaciones anarquistas. Con posterioridad, el semanario se publicó en Bélgica (1882) y EE.UU. (1882-1910).—161.

117 Véase la nota N° 82.—164.

118 *Socialistas de cátedra*: representantes de una corriente ideológica burguesa en los años 70-90 del siglo XIX, principalmente profesores de las universidades alemanas. Predicaban desde las cátedras universitarias (*Katheder*, en alemán) el reformismo burgués disfrazado de socialismo. Sus representantes más destacados (A. Wagner, H. Schmoller, L. Brentano, V. Sombart y otros) afirmaban que el Estado es una institución situada por encima de las clases, capaz de reconciliar las clases enemigas e implantar paulatinamente el "socialismo" sin menoscabar los intereses de los capitalistas. El programa de los socialistas de cátedra se reducía a organizar los seguros de enfermedad y de accidente de los obreros, adoptar algunas medidas en el terreno de la legislación fabril, etc., y tenía por fin apartar a los obreros de la lucha de clases. El socialismo de cátedra fue una de las fuentes ideológicas del revisionismo.—165.

119 *La ley de excepción contra los socialistas* fue promulgada en Alemania el 21 de octubre de 1878. En virtud de esta ley fueron prohibidas todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata y las organizaciones obreras de masas, suspendida la prensa obrera, confiscadas las publicaciones socialistas y represaliados los socialdemócratas. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, la ley fue derogada el 1 de octubre de 1890.—166.

120 Max Stirner. *Der Einzige und sein Eigenthum*, Leipzig, 1845. (Max Stirner. *El Unico y su propiedad*, Leipzig. 1845).—167.

121 Engels alude a su estancia en Manchester desde 1842 hasta 1844 para ocuparse de asuntos comerciales en una fábrica de hilados de dicha ciudad perteneciente a la sociedad "Ermen y Engels" de la que su padre era socio. Aquellos años desempeñaron un importante papel en la formación de las concepciones de Engels y en su paso del idealismo al materialismo y de la democracia revolucionaria al comunismo.—167.

122 Marx residió en Bruselas desde febrero de 1845 hasta marzo de 1848, año en que fue expulsado por las autoridades belgas al comenzar la revolución en Europa. Engels vivió en Bruselas, con intervalos, desde comienzos de abril de 1845 hasta la segunda quincena de marzo de 1848.—167.

123 Se alude a la obra conjunta de Marx y Engels *La ideología alemana*.—167.

124 El capítulo III del tomo I de *La ideología alemana*, titulado *San Max*, está dedicado a criticar las concepciones de Stirner. La prédica stirneriana de la "sublevación" es analizada en el apartado del mismo título de dicho capítulo.—167.

125 El *II Congreso Socialista Obrero Internacional* se celebró en Bruselas del 16 al 22 de agosto de 1891. Asistieron 337 delegados de numerosos países de Europa y de los EE.UU. Por su composición fue, en lo fundamental, un Congreso marxista. Se acordó por mayoría de votos no permitir que participaran en las labores del Congreso los anarquistas que se habían presentado en él.

En el orden del día figuraron, entre otras, las siguientes cuestiones: legislación obrera, huelgas, boicot, militarismo y celebración del Primero de Mayo.

El problema central debatido en el Congreso fue la actitud de la clase obrera ante el militarismo. En los informes de Liebknecht y Vaillant sobre esta cuestión, así como en la resolución propuesta por Liebknecht, se decía que el militarismo es engendrado ineluctablemente por el régimen capitalista, que sólo la creación de la sociedad socialista puede acabar con él y establecer la paz entre los pueblos y que los socialistas formaban el auténtico partido de la paz.

Nieuwenhuys, delegado holandés y líder de los elementos semianarquistas en la II Internacional, combatió la resolución propuesta por Liebknecht. La fraseología anarquista de Nieuwenhuys no fue apoyada por el Congreso: la inmensa mayoría de los delegados votó a favor de la propuesta de Liebknecht.

Los acuerdos del Congreso de Bruselas tuvieron gran importancia para el movimiento obrero internacional.—168.

126 Engels se refiere a las acciones de los anarquistas en España a partir de 1889, año en que hicieron explotar una bomba en el Palacio Real. En los años posteriores se registraron hechos análogos en distintas regiones de España.—169.

127 Se trata del periódico menchevique *Iskra* ("La Chispa"), que Lenin denomina posteriormente "nueva *Iskra*".

Iskra fue, al principio, órgano de los marxistas revolucionarios rusos. El periódico, fundado por Lenin en 1900, se publicaba en el extranjero, siendo distribuido ilegalmente en Rusia. Desempeñó un papel decisivo en la creación del partido marxista revolucionario de la clase obrera de Rusia. Después del II Congreso del POSDR, en octubre de 1903, los oportunistas mencheviques se apoderaron de *Iskra* y lo convirtieron en un periódico menchevique.—175.

128 "*Uperiod*" ("Adelante"): semanario bolchevique clandestino; se publicó en Ginebra desde el 22 de diciembre de 1904 (4 de enero de 1905, según el nuevo calendario) hasta el 5 (18) de mayo de 1905.—175.

129 *Millerandismo*: corriente oportunista en la socialdemocracia, cuya denominación proviene del nombre del socialista reformista francés Alejandro Millerand, que en 1899 formó parte del gobierno burgués reaccionario de Francia y apoyó su política antipopular.—188.

130 *Socialistas-revolucionarios* (eseristas): Partido pequeñoburgués fundado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902. Los eseristas exigían la abolición de la propiedad privada de la tierra y la entrega de ésta a las comunidades campesinas sobre la base de su usufructo igualitario. Aunque los eseristas se denominaban socialistas, su programa no era en realidad socialista, pues la abolición de la propiedad privada de la tierra sin establecer el poder de la clase obrera y sin pasar a manos de ésta todos los medios de producción fundamentales (bancos, grandes empresas, ferrocarriles, etc.) no puede por sí sola acabar con la explotación capitalista. Los eseristas no veían las diferencias clasistas entre el proletariado y los campesinos, velaban la diferenciación de clase y las contradicciones en el seno del campesinado, entre los campesinos trabajadores y la burguesía rural (kulaks) y negaban el papel dirigente del proletariado en la revolución. Era peculiar de los eseristas el aventurerismo en política: empleaban el terror individual como método principal de lucha contra el zarismo.

Después de triunfar la revolución democrática burguesa de

febrero de 1917, los eseristas fueron, en unión de los mencheviques, el principal punto de apoyo del Gobierno Provisional contrarrevolucionario, del que formaron parte los líderes de dicho partido. El partido eserista se negó a apoyar la reivindicación campesina de abolición de la propiedad feudal de la tierra; los ministros eseristas del Gobierno Provisional enviaron destacamentos punitivos contra los campesinos que se habían apoderado de las tierras de los latifundistas.

En los años de la intervención extranjera y de la guerra civil en Rusia, los eseristas lucharon contra el Poder soviético.—189.

131 *Populismo*: corriente pequeñoburguesa surgida en el movimiento revolucionario ruso en los años 60-70 del siglo XIX. Los populistas propugnaban el derrocamiento de la autocracia y la entrega de la tierra de los latifundistas a los campesinos. Negaban la regularidad del desarrollo de las relaciones capitalistas en Rusia y, de conformidad con ello, consideraban que la fuerza revolucionaria principal no era el proletariado, sino el campesinado; veían en la comunidad campesina el germen del socialismo. Tratando de alzar a los campesinos a la lucha contra la autocracia, los populistas iban a las aldeas, "al pueblo", pero no encontraron allí apoyo.

El socialismo de los populistas era utópico, ya que no se basaba en el verdadero desarrollo de la sociedad.

El populismo atravesó varias etapas, culminando la evolución de la democracia revolucionaria al liberalismo.

En los años 80 y 90 del siglo XIX, los populistas renunciaron a la lucha por el derrocamiento revolucionario del zarismo, emprendieron el camino reformista y combatieron a los marxistas.—191.

132 Se trata del Soviet de diputados obreros de Petersburgo, formado como comité de huelga unificado durante la huelga general política de octubre de 1905 en toda Rusia. El 17 (30) de octubre fue elegido el Comité Ejecutivo Provisional del Soviet.—192.

133 "*Demócratas-constitucionalistas*": miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia, fundado en octubre de 1905 por elementos de la burguesía, terratenientes e intelectuales burgueses. Para engañar a las masas trabajadoras, los demócratas-constitucionalistas se dieron la falsa denominación de "Partido de la libertad del Pueblo"; pero, de hecho, no iban más allá de las reivindicaciones de una monarquía constitucional. Durante la primera guerra mundial apoyaron activamente la política exterior anexionista del gobierno zarista. En el período de la revolución democrática burguesa de febrero trataron de salvar la monarquía.

Los demócratas-constitucionalistas, que ocupaban una posición dirigente en el Gobierno Provisional burgués, aplicaron una política contrarrevolucionaria. Después de la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre, participaron en levantamientos armados contrarrevolucionarios contra la Rusia Soviética y ayudaron a los

intervencionistas. Más tarde, ya en la emigración, prosiguieron su actividad antisoviética.—194.

134 *"Partido del Orden Jurídico"*: partido contrarrevolucionario de la gran burguesía comercial e industrial y de los sectores superiores de la burocracia; se constituyó en el otoño de 1905.—194.

135 La idea del llamado "Congreso obrero", lanzada por P. Axelrod y apoyada por otros mencheviques, consistía en celebrar un congreso de representantes de las distintas organizaciones obreras y formar en él un "partido obrero amplio" legal, al que pertenecerían los socialdemócratas, eseristas y anarquistas. Eso habría significado, en la práctica, liquidar el POSDR y sustituirlo con una organización sin partido.—197.

136 La editorial de Odesa *Osvobozhdenie Trudá* ("La Emancipación del Trabajo") publicó en 1907 una recopilación de artículos, en uno de los cuales se propagaba la idea del "congreso obrero".—197.

137 Se trata de la *II Conferencia del POSDR ("Primera Conferencia de toda Rusia")*, celebrada en Tammerfors del 3 al 7 (16-20) de noviembre de 1906. Debido a que los bolcheviques y sus adeptos estuvieron en minoría en la Conferencia, ésta aprobó una resolución de compromiso, titulada *Acerca de los límites de la agitación en favor del Congreso obrero*.—197.

138 Se alude a las resoluciones aprobadas por una asamblea de obreros de varios distritos de Petersburgo y por la Conferencia de organizaciones socialdemócratas de Rusia Central (ambas convocadas por los comités socialdemócratas de Petersburgo y de Moscú), en las que se condenaba la idea menchevique del "Congreso Obrero". Las resoluciones aparecieron en el periódico clandestino bolchevique *Proletari* ("El Proletario"), que se publicó desde el 21 de agosto (3 de septiembre) de 1906 hasta el 28 de noviembre (11 de diciembre) de 1909 bajo la dirección de Lenin.—197.

139 Lenin se refiere a un folleto de A. Lunacharski sobre la actitud del partido ante los sindicatos, escrito con motivo de la discusión sostenida sobre este problema en el VII Congreso de la II Internacional, celebrado en Stuttgart. Lunacharski formó parte de la delegación rusa al Congreso como representante de los bolcheviques. Lenin escribió el pretacio para el folleto de Lunacharski (véase la presente recopilación, págs. 201-203.), pero éste no llegó a publicarse por impedirlo la censura.—199.

140 *Mencheviques*: socialdemócratas oportunistas rusos. En el II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, el Partido se dividió en dos alas: la revolucionaria, compuesta por los adeptos de Lenin, y la oportunista, encabezada por Mártov. Al elegirse los organismos centrales del partido, los socialdemócratas revolucionarios lograron la mayoría ("bolchinstvó" en ruso), mientras que los oportunistas quedaron en minoría ("menchinstvó"). Ese es el origen de las denominaciones "bolcheviques" (mayoritarios) y "mencheviques" (minoritarios).

Durante la primera revolución rusa (1905-1907), los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía del proletariado, contra la alianza de la clase obrera con los campesinos revolucionarios y en pro de un acuerdo con la burguesía liberal. Al ser derrotada esta revolución, la mayor parte de los mencheviques se hicieron liquidadores: reclamaron la liquidación del partido clandestino de la clase obrera y la creación, en lugar suyo, de un partido legal que renunciase a la lucha revolucionaria y adaptase su actividad a las condiciones del régimen reaccionario. En la VI Conferencia Nacional (Conferencia de Praga) del POSDR, celebrada en 1912, los mencheviques liquidadores fueron expulsados del partido.

Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los mencheviques formaron parte del Gobierno Provisional burgués y apoyaron su política. Cuando triunfó la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, que organizó y participó en complots y levantamientos que tenían como fin derrocar el Poder soviético.—199.

141 Lenin se refiere al *Congreso de Essen del Partido Socialdemócrata Alemán*, celebrado del 21 al 23 de septiembre de 1907, en el que Augusto Bebel intervino contra Carlos Liebknecht, que había criticado la posición chovinista de Gustavo Noske y toda la conducta de la delegación alemana en el Congreso de Stuttgart, así como contra Rosa Luxemburgo y los izquierdistas alemanes que en dicho Congreso habían apoyado a los bolcheviques en su lucha contra los socialchovinistas.—200.

142 *"Obrazovanie"* ("La Instrucción"): revista mensual literaria, político-social y de divulgación científica que se publicó en Petersburgo desde 1892 hasta 1909.—200.

143 *"Zarnitsi"* ("Relámpagos"): recopilación bolchevique legal publicada en 1907 en Petersburgo.—200.

144 *"Továrisch"* ("El Camarada"): diario burgués que se publicó en Petersburgo desde el 5 (18) de marzo de 1906 hasta el 30 de diciembre de 1907 (12 de enero de 1908). De hecho, era órgano de los demócratas-constitucionalistas de izquierda, participando muy directamente en él S. Prokopóvich y E. Kuskova. En el periódico colaboraban también los mencheviques.—200.

145 Lenin aplica esta expresión a los oportunistas, los cuales consideraban que el sistema parlamentario era omnipotente y que la actividad parlamentaria era la forma única y principal de lucha política cualesquiera que fueran las condiciones.—201.

146 *Bernsteinianismo* (bernsteiniada): corriente oportunista, hostil al marxismo, en la socialdemocracia internacional. Surgió a fines del siglo XIX en Alemania y su denominación proviene del nombre de Eduardo Bernstein, el portavoz más descarado del revisionismo.—201.

147 *"Vademécum para la Redacción de "Rabócheie Dielo"*: recopilación de materiales editada por el Grupo Emancipación del Trabajo, con un prólogo de Jorge Plejánov ((Ginebra, febrero de 1900). Estaba enfilada contra el oportunismo en las filas del POSDR, principalmente contra el "economismo" de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero y contra su órgano de prensa: la revista *Rabócheie Dielo*.—201.

148 Lenin alude a la insurrección armada de diciembre de 1905.—202.

149 Se trata de la I Duma de Estado (abril-julio de 1906) y de la II Duma de Estado (febrero-junio de 1907).

Duma de Estado: institución representativa convocada en la Rusia zarista como resultado de la revolución de 1905-1907. Formalmente, la Duma de Estado era un órgano legislativo; pero, en la práctica, carecía de todo poder efectivo. Las elecciones a la Duma de Estado no eran ni directas, ni iguales ni generales. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de las nacionalidades no rusas que poblaban Rusia, hallábanse fuertemente restringidos. Una parte inmensa de los obreros y campesinos carecía de todo derecho electoral.—202.

150 *"Economismo"*: corriente oportunista en la socialdemocracia de Rusia a fines del siglo XIX y comienzos del XX, variedad del oportunismo internacional. Los "economistas" limitaban las tareas de la clase obrera a luchar por reivindicaciones económicas: aumento de salarios, mejoramiento de las condiciones de trabajo, etc.; afirmaban que la lucha política era asunto de la burguesía liberal y negaban el papel dirigente del partido de la clase obrera. Rendían pleitesía a la espontaneidad del movimiento obrero, minimizaban la importancia de la teoría revolucionaria, negaban la necesidad de que el partido marxista llevara la conciencia socialista al movimiento obrero y, con ello, desbrozaban el camino a la ideología burguesa. Los "economistas" defendían la dispersión y los métodos primitivos de trabajo en el movimiento socialdemócrata y se oponían a la creación de un partido centralizado de la clase obrera.—203.

151 *Ortodoxos*: socialdemócratas alemanes que combatían la revisión del marxismo.—204.

152 *Guesdistas*: corriente marxista en el movimiento socialista francés a fines del siglo XIX y comienzos del XX, encabezada por Julio Guesde y Pablo Lafargue. Los guesdistas fundaron en 1901 el Partido Socialista de Francia. En 1905 se unificaron con el Partido Socialista Francés, de orientación reformista, formado por los jauresistas. Durante la guerra mundial de 1914 a 1918, los dirigentes de este partido adoptaron las posiciones del socialchovinismo.—204.

153 *Jauresistas*: partidarios del socialista francés Jean Jaurès, que encabezó el ala derecha, reformista, del movimiento socialista francés.

Propugnaban la revisión de los postulados fundamentales del marxismo. En 1902 formaron el Partido Socialista Francés, que sustentaba posiciones reformistas.

Broussistas (o posibilistas): corriente reformista, pequeñoburguesa, surgida en los años 80 del s. XIX en el movimiento socialista francés, encabezada por Pablo Brousse. Los posibilistas negaban el programa revolucionario y la táctica revolucionaria del proletariado y proponían limitar la lucha de los obreros al marco de lo "posible" (y de ahí su nombre de "posibilistas") en las condiciones del capitalismo. Con posterioridad, la mayoría de los posibilistas ingresó en el Partido Socialista Francés.—204.

154 La *Federación Socialdemócrata de Inglaterra* se fundó en 1884. Además de reformistas y anarquistas, formaba parte de ella un grupo de socialdemócratas revolucionarios partidarios del marxismo (Harry Quelch, Edward Eveling, Eleanor Marx-Eveling y otros), que constituían el ala izquierda del movimiento socialista en Inglaterra. Engels criticó a la Federación Socialdemócrata por su dogmatismo y sectarismo y por su insuficiente ligazón con el movimiento obrero de masas.

Partido Laborista Independiente de Inglaterra (Independent Labour Party): organización reformista fundada en 1893. Sustentó desde el primer momento posiciones reformistas burguesas, dedicando principal atención a la forma parlamentaria de lucha y a los acuerdos parlamentarios con el Partido Liberal.—204.

155 Se trata de los adeptos del llamado *socialismo "integral"*, corriente que existió en el Partido Socialista Italiano. Aunque representaban, en su conjunto, al socialismo pequeñoburgués, los integralistas combatieron en una serie de cuestiones a los reformistas, los cuales sustentaban posiciones oportunistas en extremo y colaboraban con la burguesía reaccionaria.—204.

156 PSP. *Partido Socialista Polaco* (Polska Partia Socjalistyczna): partido nacionalista reformista fundado en 1892.

"Prawica" del PSP: ala derecha, chovinista, del Partido Socialista Polaco, del que se separó en 1906.—206.

157 *El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart* (VII Congreso de la II Internacional) se celebró del 18 al 24 de agosto de 1907. Asistieron 886 delegados, en representación de los partidos socialistas y de las organizaciones sindicales.

Lenin dirigió varias reuniones de delegados bolcheviques al Congreso, en las que se trazó su línea de conducta en el mismo. Las reuniones con representantes de los izquierdistas (Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, L. Zyszka, George Ledebour y otros) organizadas por Lenin durante el Congreso fueron el primer paso hacia la cohesión de los marxistas revolucionarios en el movimiento socialista internacional en la época del imperialismo. Lenin combatió enérgicamente el oportunismo y el revisionismo. Participó en las labores de la comisión sobre "El militarismo y los conflictos internacionales", y con sus enmiendas al proyecto de resolución de

Augusto Bebel —que fueron apoyadas por los representantes de la socialdemocracia polaca— consiguió que fuese modificado a fondo en el espíritu del marxismo revolucionario. En la resolución se incluyó la siguiente tesis, de extraordinaria importancia: "En caso de que, pese a todo, estalle la guerra, ellos (la clase obrera de los distintos países y sus representantes en los parlamentos. —*N. de la Edit.*) deberán... tratar por todos los medios de aprovechar la crisis económica y política originada por la guerra para despertar a las masas populares y acelerar el hundimiento de la dominación de clase capitalista" (*Proletari*, N° 17, 20 de octubre de 1907, pág. 6). La aprobación de la resolución *El militarismo y los conflictos internacionales* fue una magna victoria del ala revolucionaria sobre el ala oportunista en el movimiento obrero internacional.—208.

158 Véase C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista* (*Obras Escogidas* en dos tomos, t. I pág. 36, Moscú, 1966).—209.

159 *"Una caricatura del bolchevismo"*: así definió Lenin a los otzovistas y ultimatistas, grupo oportunista de izquierda surgido entre los bolcheviques en 1908.

Los otzovistas (de la palabra rusa "otozvat", retirar), encubriéndose con frases izquierdistas, exigían que fuesen retirados de la III Duma de Estado los diputados socialdemócratas y cesase la actividad en las organizaciones legales: sindicatos, cooperativas, etc. Variedad del otzovismo fue el *ultimatismo*. Los ultimatistas proponían que la minoría socialdemócrata de la Duma fuese dirigida por medio de ultimatums y, si no los cumplía, se retirase de la Duma a los diputados socialdemócratas.

Lenin critica en este artículo la resolución aprobada por los otzovistas de Petersburgo, que en el otoño de 1908 les sirvió de plataforma durante la elección de delegados a la V Conferencia de toda Rusia del POSDR.—212.

160 *"Unión del Pueblo Ruso"*: organización contrarrevolucionaria, reaccionaria en extremo, de los monárquicos; se fundó en octubre de 1905 en Petersburgo para luchar contra el movimiento revolucionario.—212.

161 Lenin alude a la III Duma de Estado (noviembre de 1907-junio de 1912).—212.

162 Lenin se refiere a su artículo *Con motivo de dos cartas* (véase *Obras*, 4ª ed. en ruso, t. 15, págs. 261-276).—215.

163 *"Veji"*: recopilación de artículos de destacados publicistas demócratas-constitucionalistas, representantes de la burguesía liberal contrarrevolucionaria, publicada en Moscú en 1909.—221.

164 Lenin denomina *"fracción de los partidarios del otzovismo y de los constructores de Dios"* al grupo organizador de una escuela en la isla de Capri (Bogdánov, Aléxinski, Lunacharski y otros), formado en la primavera de 1909. De hecho, esta escuela era el centro de actividad de la fracción contra el partido.

En aquel período, parte de los líderes otzovistas (Bogdánov, Lunacharski), junto con los mencheviques liquidadores (Valentínov, Yushkévich), atacaron en la prensa las bases teóricas del marxismo: el materialismo dialéctico e histórico. Lunacharski propugnó la necesidad de crear una religión nueva, de unir el socialismo con la religión. Esta corriente es la que Lenin denomina construcción de Dios.

En junio de 1909, la Redacción ampliada del periódico *Proletari* ("El Proletario") acordó en una reunión que "el bolchevismo, como corriente determinada en el POSDR, no tiene nada de común con el otzovismo y el ultimatismo" y exhortó a los bolcheviques a sostener la lucha más enérgica contra estas desviaciones del marxismo revolucionario. El inspirador de los otzovistas, Bogdánov, fue expulsado de las filas bolcheviques.—223.

165 Lenin se refiere a los *octubristas*, miembros de la *"Unión del 17 de octubre"*, fundada en Rusia después de publicarse el Manifiesto del 17 de octubre de 1905, en el que el zar, asustado por el ascenso del movimiento revolucionario, prometió al pueblo libertades cívicas. La "Unión del 17 de octubre" era un partido contrarrevolucionario, que representaba y defendía los intereses de la gran burguesía y de los terratenientes que cultivaban sus fincas con métodos capitalistas. Los octubristas apoyaban la política interior y exterior del gobierno zarista y fueron el partido predominante en la III Duma de Estado.—223.

166 La *Conferencia de julio de 1907 (Tercera Conferencia del POSDR, o Segunda de toda Rusia)* se celebró en la ciudad finlandesa de Kotka del 21 al 23 de julio (3-5 de agosto) de 1907. Los problemas principales que se discutieron en ella fueron: la participación en la III Duma y la táctica a seguir por el partido en el período de reacción que siguió a la disolución de la II Duma de Estado por el gobierno zarista y a la modificación de la ley electoral, la cual aumentó la representación de la burguesía y los terratenientes en la Duma.

La Conferencia se pronunció por mayoría de votos contra el boicot y destacó la necesidad de participar en la campaña electoral y desplegar la lucha contra los partidos de derecha y los demócratas-constitucionalistas.—228.

167 *Los "jóvenes"*: oposición pequeñoburguesa semianarquista surgida en 1890 en la socialdemocracia alemana. Su núcleo fundamental estaba formado de estudiantes y jóvenes literatos (y de ahí su denominación) que aspiraban a desempeñar el papel de teóricos y dirigentes del partido. Esta oposición, que no comprendía las nuevas condiciones en que se desarrollaba la actividad del partido después de ser abolida la ley de excepción contra los socialistas (1878-1890), negaba la necesidad de utilizar las formas legales de lucha, se oponía a la participación de la socialdemocracia en el Parlamento y acusaba al partido de oportunismo.—234.

168 Lenin se refiere al artículo de Vera Zasúlich *Con motivo de una cuestión*, que vio la luz en el periódico menchevique-liquidacionista *Zhivaya Zhizn* ("La Vida Viva") el 19 de julio de 1913.

Liquidacionismo: corriente difundida entre los mencheviques después de ser derrotada la revolución de 1905-1907. Los liquidadores exigían la disolución del partido marxista clandestino y se proponían crear, en lugar del partido combativo de la clase obrera, una organización oportunista legal que se dedicase exclusivamente a la labor permitida por el gobierno zarista. Lenin y otros bolcheviques desenmascararon infatigablemente a los liquidadores como traidores a la causa de la revolución. El liquidacionismo no tuvo éxito entre las masas obreras. La Conferencia de Praga del POSDR, celebrada en enero de 1912, expulsó del partido a los liquidadores.—239.

169 Lenin alude al Congreso de Empleados de Comercio e Industria celebrado en Moscú del 29 de junio al 3 de julio (12-16 de julio) de 1913. Los liquidadores estuvieron representados en él por un puñado insignificante.—242.

170 El manifiesto *La guerra y la socialdemocracia de Rusia* fue el primer documento oficial del CC del POSD (b) de Rusia en el que se expuso la actitud del partido ante la guerra imperialista ya empezada.—243.

171 Véase la nota N° 157.—243.

172 *El Congreso Socialista Internacional de Copenhague* se celebró del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1910. En la resolución *Los tribunales arbitrales y el desarme*, el Congreso ratificó la resolución del de Stuttgart (1907), titulada *El militarismo y los conflictos internacionales*, que exigía a los socialistas de todos los países aprovechar la crisis económica y política originada por la guerra para derrocar a la burguesía. La resolución del Congreso de Copenhague imponía también a los partidos socialistas y a sus representantes en los parlamentos la obligación de exigir a sus gobiernos la reducción de los armamentos y la solución de los conflictos entre los Estados por medio de tribunales arbitrales. Al mismo tiempo, exhortaba a los obreros de todos los países a organizar protestas contra la amenaza de guerra.—243.

173 El *Congreso Socialista Internacional (Extraordinario) de Basilea* se celebró los días 24 y 25 de noviembre de 1912. Fue convocado con motivo del creciente peligro de guerra imperialista mundial. El Congreso aprobó por unanimidad un manifiesto que ponía en guardia a los pueblos contra la amenaza de una inminente conflagración universal.

El manifiesto denunciaba los fines expoliadores de la guerra que preparaban los imperialistas y llamaba a los obreros de todos los países a luchar contra la amenaza de guerra, a "oponer al imperialismo capitalista la potencia de la solidaridad internacional del proletariado". Recomendaba que, en caso de surgir la guerra imperialista, los socialistas aprovecharan la crisis económica y política originada por ella para luchar en pro de la revolución socialista.—243.

174 Véase C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista.* (C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en dos tomos, t. I, ed. en español, pág. 36).—243.

175 Lenin denomina irónicamente "*La Batalla Chovinista*" al periódico *La Batalle Syndicaliste*, diario anarcosindicalista que adoptó durante la primera guerra mundial una posicion chovinista extremista.—246.

176 Se alude al artículo de N. Bujarin *Der imperialistische Raubstaat*, publicado en 1916 en el número 6 de la revista *Jugendinternationale*, de Zurich.—247.

177 Lenin escribió las *Cartas desde lejos* en Suiza, en marzo de 1917, con motivo de la revolución democrática burguesa de febrero en Rusia. Se pensaba publicarlas en el diario *Pravda*, pero en 1917 sólo vio la luz la primera carta, con cortes considerables y algunas modificaciones.—249.

178 Véase V. I. Lenin. *Unas cuantas tesis. Nota de la Redacción* (4ª ed. en ruso de sus *Obras*, t. 21, págs. 366-368).—249.

179 "*Sin zar, por un gobierno obrero*": esta consigna era uno de los postulados principales de la teoría trotskista de la "revolución permanente" —la revolución sin el campesinado—, que se contraponía a la teoría leninista: transformación de la revolución democrática burguesa en revolución socialista con la hegemonía del proletariado en el movimiento de todo el pueblo.—251.

180 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia. Manifiesto de Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores*; F. Engels. *Introducción* (a la obra de C. Marx *La guerra civil en Francia*).—251.

181 Lenin se refiere a su artículo *Las tareas del proletariado en la presente revolución*, que contenía las conocidas *Tesis de Abril*. Se publicó en *Pravda* los días 5 y 6 (17 y 18) de abril de 1917. (Véase V. I. Lenin. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. 2, págs. 33-39, Moscú, 1970).—252.

182 Lenin alude a la obra de J. Plejánov *Anarquismo y socialismo*, publicada por vez primera en alemán, en Berlín, en 1894.—253.

183 Véase C. Marx. *Crítica del Programa de Gotha*; F. Engels. *Prefacio a la recopilación "Artículos sobre temas internacionales del periódico "Volksstaat" (1871-1875)"*.—254.

184 Según testimonio de Marx y Engels, esta expresión pertenece a H. Heine y la citaron por vez primera en su obra *La ideología alemana*.—256.

185 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia.* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en un tomo, ed. en español, págs. 304, 306).—259.

186 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia.* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en un tomo, ed. en español, págs. 305, 306).—261.

187 Lenin se refiere al artículo de C. Marx *El indiferentismo en materia política* y al artículo de Engels *Acerca de la autoridad*, publicados en diciembre de 1873 en la recopilación italiana *Almanacco Repubblicano per l'anno 1874* ("Almanaque republicano para el año 1874"), y más tarde, en 1918, ya traducidos al alemán, en la revista *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"), órgano teórico del Partido Socialdemócrata Alemán (véase la presente recopilación, págs. 77-88.).—264.

188 Se alude a la obra *Miseria de la Filosofía.*—269.

189 Véase C. Marx. *Crítica del Programa de Gotha.*—269.

190 Véase F. Engels. *Prólogo a la obra de C. Marx "Crítica del Programa de Gotha"*. (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en un tomo, ed. en español, pág. 333).—272.

191 Se trata de la resolución del IV Congreso Extraordinario de los Soviets de toda Rusia (celebrado en Moscú del 14 al 16 de marzo de 1918), escrita por Lenin. (Véase V. I. Lenin. *Obras*, 4ª ed. en ruso, t. 27, págs. 173-174).—279.

192 Lenin se refiere a las *Reglas principales sobre la dirección de las vías de comunicación ferroviarias de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia*, aprobadas por el CEC de toda Rusia el 8 de junio de 1918 y publicadas en el diario *Izvestia del CEC de toda Rusia* el 16 de junio del mismo año.—283.

193 Sylvia Pankhurst escribió a Lenin el 16 de julio de 1919, pidiéndole su opinión acerca de la actitud que debía adoptarse ante el parlamentarismo. En su carta hacía un análisis de los partidos y grupos existentes entonces en Inglaterra, dándoles una numeración a la que se atuvo Lenin en su respuesta: 1. Tradeunionistas y políticos obreros de tipo viejo; 2. Partido Laborista Independiente; 3. Partido Socialista Británico; 4. Industrialistas revolucionarios (Pankhurst incluía también en este grupo a los miembros de los comités obreros y de delegados de fábrica); 5. Partido Socialista Laborista; 6. Federación Socialista de Obreros; 7. Sociedad Socialista del Sur de Gales.—284.

194 Véase la presente recopilación, págs. 268-276.—285.

195 Lenin se refiere al Congreso de Constitución del Partido Comunista de Alemania, celebrado en Berlín del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919. El Congreso fue convocado por el Grupo Espartaco (o Grupo "La Internacional"), organización revolucionaria de los socialdemócratas alemanes de izquierda, fundada durante la primera guerra mundial por Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mhering, Clara Zetkin, Julián Marchlewski, Leon Jogiches (Tyszka) y Guillermo Pieck.—285.

196 *"Independientes", Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania*: partido centrista fundado en abril de 1917. Los "independientes" propugnaban la "unidad" con los socialchovinistas y llegaron a negar la lucha de clases. Una parte de los "independientes" se fusionó en diciembre de 1920 con el Partido Comunista de Alemania. Los elementos derechistas formaron un partido aparte, adoptando la vieja denominación de Partido Socialdemócrata Independiente, el cual existió hasta 1922.—286.

197 *El Partido Socialista Británico* (British Socialist Party) fue fundado en 1911, en Manchester. El PSB hizo agitación y propaganda en el espíritu de las ideas del marxismo: sin embargo, el escaso número de militantes y sus débiles vínculos con las masas le daban un carácter algo sectario. Durante la primera guerra mundial se entabló en el partido una enconada lucha entre la corriente internacionalista y la socialchovinista, encabezada esta última por Hyndmann. En febrero de 1916, un grupo de dirigentes del PSB fundó el periódico *The Call* ("El Llamamiento"), que desempeñó un importante papel en la cohesión de los internacionalistas. La Conferencia anual del PSB celebrada en abril de 1916, en Salford, condenó la posición socialchovinista de Hyndmann y sus correligionarios y éstos abandonaron el partido.

El Partido Socialista Británico aplaudió la Revolución Socialista de Octubre. Sus militantes desempeñaron un importante papel en el movimiento de los trabajadores ingleses en defensa de la Rusia Soviética frente a la intervención extranjera. En 1919, la aplastante mayoría de las organizaciones del partido (98 contra 4) se pronunció a favor del ingreso en la Internacional Comunista. El Partido Socialista Británico desempeñó el papel principal, junto con el Grupo de Unidad Comunista, en la constitución del Partido Comunista de la Gran Bretaña.—286.

198 *Comités Obreros y Comités de delegados de fábrica*: organizaciones obreras elegibles que adquirieron amplia difusión en Inglaterra durante la guerra imperialista mundial. Encabezaron varias acciones importantes de los obreros contra la guerra imperialista y por el mejoramiento de las condiciones de vida; en el período de la intervención militar extranjera contra la República Soviética, dichos comités apoyaron a la Rusia Soviética.—286.

199 Lenin escribió su libro *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* en abril-mayo de 1920, en vísperas de la apertura del II Congreso de la Internacional Comunista, siendo distribuido entre todos los delegados al Congreso. Esta obra ayudó a los jóvenes partidos comunistas a encontrar el camino certero de la lucha revolucionaria y a corregir los errores de los primeros pasos, así como a dar a conocer a los comunistas de todos los países la riquísima experiencia de los bolcheviques, su estrategia

y su táctica, a pertrechar con esta experiencia a los partidos hermanos. Las tesis y conclusiones más importantes del libro *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* sirvieron de base a las resoluciones del II Congreso de la Internacional Comunista.—295.

200 Se alude, por lo visto, al artículo de Lenin *Lo que no se debe imitar del movimiento obrero alemán*, publicado en abril de 1914 en la revista bolchevique *Prosveschenie* ("La Ilustración"), en el que se denunciaba la felonía del socialdemócrata alemán C. Legien, que en 1912, durante un viaje a Norteamérica, pronunció en el Congreso de los EE.UU. un discurso de saludo a los medios oficiales de los partidos burgueses.—297.

201 *Paz de Brest*: tratado de paz firmado el 3 de marzo de 1918 en Brest-Litovsk entre la Rusia Soviética y las potencias de la Cuádruple Alianza (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía) y ratificado el 15 de marzo por el IV Congreso Extraordinario de los Soviets de toda Rusia. Las condiciones de la paz eran extraordinariamente duras para la Rusia Soviética.

La firma de la paz de Brest estuvo vinculada a una lucha tenaz contra Trotski y el grupo de los "comunistas de izquierda". El tratado de paz con Alemania fue ratificado gracias exclusivamente a los inmensos esfuerzos de Lenin. La firma de la paz de Brest fue un compromiso político razonable.

El tratado de Brest proporcionó al Estado soviético una tregua, permitiéndole desmovilizar el viejo ejército en descomposición y crear el nuevo Ejército Rojo, emprender la edificación del socialismo y acumular fuerzas para dar la batalla a la contrarrevolución interior y la intervención extranjera. La firma de este tratado contribuyó a intensificar la lucha por la paz y a acrecentar el espíritu revolucionario entre las tropas y las grandes masas populares de todos los países beligerantes. Después de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania, que derrocó el régimen monárquico, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia anuló el 13 de noviembre el expoliador tratado de Brest.—298.

202 El 6 (19) de agosto de 1905 se publicaron un manifiesto-ley del zar por el que se instituía la Duma de Estado y el Reglamento de las elecciones a ésta. La Duma recibió la denominación de "Duma de Bulyguin" por haber sido el ministro del Interior, A. Bulyguin, quien confeccionara el proyecto de la misma por encargo del zar. De acuerdo con dicho proyecto, la Duma no tenía derecho a aprobar ninguna ley; sólo podía discutir algunas cuestiones como organismo consultivo del zar. Los bolcheviques exhortaron a los obreros y los campesinos a boicotear activamente la Duma de Bulyguin. Aprovecharon esta campaña de boicot para declarar huelgas políticas de masas y preparar la insurrección armada. El creciente ascenso de la revolución y la huelga general política de octubre en toda Rusia impidieron al gobierno zarista celebrar las elecciones a la Duma.—299.

203 El grupo de los *"comunistas de izquierda"* surgió a comienzos de 1918 durante las negociaciones de la Rusia Soviética con Alemania acerca de la firma de la paz de Brest. Los "comunistas de izquierda" sostuvieron una encarnizada lucha contra Lenin y sus adeptos, lanzaron la consigna aventurera de "guerra revolucionaria" y exigieron la suspensión de las negociaciones y la continuación de las hostilidades en interés, según ellos, de la revolución internacional. Los "comunistas de izquierda" pretendieron imponer al partido una política que habría conducido a la muerte del Estado soviético. Lenin y sus adeptos tuvieron que sostener dentro del CC del partido una lucha tenaz contra los "comunistas de izquierda" para conseguir que se acordara firmar el tratado de paz.—300.

204 *Fabianos*: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. Pertenecían a ella principalmente intelectuales burgueses: científicos, escritores y políticos (como S. y B. Webb, R. MacDonald, B. Shaw y otros). Los fabianos negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista, afirmando que el paso del capitalismo al socialismo es posible únicamente por medio de pequeñas reformas, de transformaciones paulatinas de la sociedad. En 1900, la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista.—301.

205 *Laboristas*: miembros del Partido Obrero de Inglaterra (Labour Party, Partido Laborista), fundado en 1900 como unión de los sindicatos (tradeuniones) y de las organizaciones y grupos socialistas con el fin de llevar representantes obreros al Parlamento. El Partido Laborista, que en sus orígenes fue un partido obrero por su composición (al que más tarde se adhirieron gran número de elementos pequeñoburgueses), es por su ideología y por su táctica una organización oportunista. Desde su constitución, los líderes de este partido aplican una política de colaboración de clases con la burguesía.—301.

206 Se trata de los diputados bolcheviques a la IV Duma de Estado: A. Badáev, M. Muránov, G. Petrovski, F. Samóilov y N. Shágov. En la sesión de la Duma del 26 de julio (8 de agosto) de 1914, en la que los representantes de todos los grupos parlamentarios burgueses y terratenientes aprobaron la entrada de la Rusia zarista en la guerra imperialista, la minoría bolchevique expresó su enérgica protesta. Se negó a votar los créditos de guerra y efectuó propaganda revolucionaria entre las masas. En noviembre de 1914, los diputados bolcheviques fueron detenidos; juzgados en febrero de 1915, se les condenó a destierro a perpetuidad en Siberia Oriental.—302.

207 *Trabajadores Industriales del Mundo* (Industrial Workers of the World): organización sindical de los obreros de los EE.UU., fundada en 1905. Encabezó con éxito toda una serie de grandes huelgas y luchó contra la política de colaboración de clases que aplicaban los líderes reformistas de la Federación Americana del Tra-

bajo y los socialistas de derecha. Al mismo tiempo, en la actividad de la organización se manifestaron rasgos anarcosindicalistas: no reconocía la lucha política del proletariado, negaba el papel dirigente del partido y la necesidad de la dictadura del proletariado y era contraria a laborar entre los obreros de los sindicatos afiliados a la Federación Americana del Trabajo. Como consecuencia de la política oportunista de sus líderes, los Trabajadores Industriales del Mundo se convirtieron en una organización sectaria, que perdió toda influencia en el movimiento obrero.—303.

208 *El II Congreso de la Internacional Comunista* se celebró del 19 de julio al 7 de agosto de 1920, participando en él más de 200 delegados en representación de organizaciones comunistas y obreras de 37 países. Comenzó sus labores en Petrogrado, pero a partir del 23 de julio continuó en Moscú.

Lenin presentó en la primera sesión del Congreso un informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista. En las sesiones posteriores pronunció discursos o informes sobre el papel de los partidos comunistas, el parlamentarismo, el problema nacional y otras cuestiones.

Las resoluciones del Congreso se basaron en las ideas del libro de Lenin *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*. El Congreso condenó el doctrinarismo de izquierda (la renuncia a utilizar los parlamentos burgueses y la negativa a actuar entre los obreros en los sindicatos reaccionarios y en otras organizaciones), dedicando gran atención a la lucha de los partidos comunistas por ganarse a las masas.

El Congreso aprobó una resolución titulada *Acerca del papel del Partido Comunista en la revolución proletaria* elaborada con la participación personal de Lenin. La resolución subrayaba que la dirección por el Partido Comunista es condición fundamental del triunfo de la revolución socialista y de la edificación del socialismo. Fueron aprobadas como resolución del Congreso las tesis de Lenin acerca de la cuestión nacional y colonial y del problema agrario.

Las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista, escritas también por Lenin y aprobadas en el Congreso, tuvieron gran importancia en el afianzamiento y la cohesión de los partidos comunistas, en la defensa de la IC contra la penetración en sus filas de partidos y grupos oportunistas.

El Congreso sentó las bases programáticas, tácticas y organizativas de la Internacional Comunista y desempeñó un importante papel en el desarrollo del movimiento comunista y obrero mundial.—307.

209 *El "Partido Comunista Obrero de Alemania"* (Kommunistische Arbeiter Partei Deutschlands) se formó en abril de 1920 con comunistas "de izquierda" expulsados del Partido Comunista de Alemania en el Congreso de Heidelberg (octubre de 1919). Con posterioridad, el PCOA degeneró en un grupo sectario insignificante, sin apoyo entre la clase obrera.—307.

210 Se trata del Buró Provisional de la Internacional Comunista en Amsterdam.—307.

211 *Federación Socialista Obrera* (Workers' Socialist Federation): organización poco numerosa, surgida en mayo de 1918 de la Sociedad de Sufragistas e integrada principalmente por mujeres.—307.

212 Se trata de la *discusión sobre los sindicatos*, iniciada en noviembre de 1920. La discusión fue impuesta al partido por Trotski, quien se oponía a desplegar en los sindicatos los principios democráticos, llamaba a "apretar los tornillos del comunismo de guerra", defendía los métodos coercitivos y propugnaba la estatificación inmediata de los sindicatos. Trotski publicó el 25 de diciembre un folleto sobre los problemas en discusión, cuya aparición sirvió de señal para que pasasen a la ofensiva otros grupos antipartido: el grupo "de tope" (Bujarin y otros), el de la "oposición obrera", el del "centralismo democrático", etc.

Lenin estaba en contra de la discusión, considerando que distraía la atención y las fuerzas del partido del cumplimiento de tareas económicas importantísimas. Pero en vista de que los grupos de oposición exponían y defendían sus puntos de vista, los combatió resueltamente, dirigiendo el golpe principal contra los trotskistas, cuya línea conducía a hundir la dictadura del proletariado y a separar al partido de las masas. Al mismo tiempo, Lenin formuló y desarrolló importantísimas tesis de principio acerca del papel de los sindicatos en el sistema de la dictadura del proletariado y de sus tareas en la edificación del socialismo.

Durante la discusión, la mayoría de las organizaciones del partido aprobó la plataforma leninista.—310.

213 *"Oposición obrera"*: grupo fraccional antipartido, de orientación anarcosindicalista (A. Shliápnikov, S. Medvédiev, A. Kolontái, Y. Lutovínov y otros). La oposición proponía que se transmitiera la dirección de la economía nacional al "Congreso de Productores de Rusia", agrupados en sindicatos de industria, los cuales deberían elegir un órgano central encargado de toda la gestión económica del país. Exigía también que los órganos administrativos de la economía nacional fuesen elegidos únicamente por los sindicatos correspondientes, sin que los candidatos de éstos pudieran ser recusados por los organismos del partido y de los Soviets. Estas exigencias significaban negar el papel dirigente del partido y la dictadura del proletariado. La "oposición obrera" contraponía los sindicatos al Estado soviético y al Partido Comunista, considerando que la forma superior de organización de la clase obrera no es el partido, sino los sindicatos.

La plataforma de la "oposición obrera" respecto a las cuestiones de la vida interna del partido constaba de imputaciones calumniosas a los dirigentes de éste, a los que se acusaba de "estar apartados de las masas del partido", "menosprecio de las fuerzas creadoras del proletariado" y "degeneración de las altas esferas del partido".—315.

214 Véase V. I. Lenin. *Obras*, 4ª ed. en ruso, t. 32, págs. 217-220.—321.

215 Lenin se refiere al grupo anarquista de "izquierdistas" que se separaron del Partido Comunista de Alemania y formaron en abril de 1920 el llamado Partido Comunista Obrero de Alemania (PCOA). Los "izquierdistas" defendían puntos de vista pequeñoburgueses, anarcosindicalistas. En el II Congreso de la Internacional Comunista, los delegados del PCOA (Otto Rühle y A. Merges) no fueron apoyados por la Comintern, en vista de lo cual abandonaron el Congreso. El PCOA degeneró más tarde en un insignificante grupo sectario carente de apoyo entre la clase obrera.—325.

216 Lenin se refiere a la resolución sobre el problema agrario aprobada el 4 de agosto de 1920 por el II Congreso de la Internacional Comunista.—325.

217 *El III Congreso de la Internacional Comunista* se celebró en Moscú del 22 de junio al 12 de julio de 1921. Lenin pronunció en él un informe sobre la táctica del PC (b) de Rusia, un discurso en defensa de la táctica de la Internacional Comunista, otro acerca del problema italiano y varios discursos en las comisiones del Congreso, en las sesiones ampliadas del Comité Ejecutivo de la IC y en una reunión de delegados al Congreso. Todas las resoluciones principales del Congreso fueron elaboradas con la participación personal de Lenin.

El III Congreso de la Internacional Comunista desempeñó un importante papel en la formación y el desarrollo de los jóvenes partidos comunistas. Los cambios operados en el mundo —ofensiva del capital contra la clase obrera, derrota de las acciones revolucionarias del proletariado de varios países en 1920 y 1921 y amortiguamiento del ritmo de desarrollo de la revolución mundial— reclamaban modificaciones en la táctica de los partidos comunistas y hacían necesario plantear en primer plano las tareas de la lucha por ganarse a las masas, por la unidad de la clase obrera. De ahí que el Congreso dedicara su atención principal a trazar la táctica de la Internacional Comunista y sus principios de organización, así como a combatir a los "izquierdistas", los cuales causaban un serio daño al movimiento comunista internacional con su fraseología "izquierdista" seudorrevolucionaria y su sectarismo.

El Congreso rechazó categóricamente las concepciones anarcosindicalistas de los "izquierdistas" y aprobó la táctica del PC (b) de Rusia, así como su política económica, encaminada a afianzar la dictadura del proletariado y edificar el socialismo.

En las resoluciones del Congreso se señaló a los partidos comunistas diversas tareas: ganar para el comunismo a la mayoría del proletariado y de las masas trabajadoras, crear la unidad de la clase obrera y aplicar de verdad la táctica del frente único.—331.

INDICE DE NOMBRES

A

Adler, Federico, (1879-1960): líder del ala oportunista de la socialdemocracia austríaca y de la II Internacional; fue uno de los organizadores de la Internacional II y 1/2, de orientación centrista, y luego de la llamada Internacional Obrera Socialista. — 301.

Albarracín, Severino: anarquista español, maestro de escuela, miembro del Consejo federal español (1872-1873) y uno de los dirigentes del levantamiento de Alcoy en 1873; después de derrotada la insurrección emigró a Suiza. — 121.

Alerini, Carlos (n. en 1842): anarquista francés, miembro de la sección de la Internacional en Marsella y uno de los organizadores de la Comuna de Marsella (abril de 1871); derrotada ésta, emigró a Italia y luego a España, donde hizo propaganda del anarquismo; en 1873 fue expulsado de la Internacional.— 117, 118.

Alexéi Mijáilovich (1629-1676): zar de Rusia de 1645 a 1676.—97.

Amadeo (1845-1890): hijo de Víctor Manuel II, rey de España de 1870 a 1873.—92, 110, 114, 179.

Axelrod, P. B. (1850-1928): socialdemócrata; en 1883 participó en la fundación del Grupo Emancipación del Trabajo. y desde 1900 formó parte de la Redacción de *Iskra*; después del II Congreso del POSDR (1903) fue uno de los líderes del menchevismo en Rusia.—197.

B

Bakunin, Miguel (1814-1876): revolucionario y publicista ruso; participó en la revolución de 1848-1849 en Alemania; uno de los ideólogos del anarquismo. En la Internacional actuó como enemigo furioso del marxismo; en el Congreso de La Haya (1872) fue expulsado de la Internacional por su labor escisionista.—25-30, 36, 39, 42, 43, 45, 49, 51-53, 55-57, 59, 61, 62, 71, 89, 91-105, 108-115, 125, 128, 132-138,

140, 142, 143, 146, 148, 160, 162, 168, 167, 173, 262, 270, 272.

Bauer, Otto (1882-1938): uno de los líderes del ala derecha de la socialdemocracia austríaca y de la II Internacional. En 1918-1919 fue ministro de Negocios Extranjeros de la República Austríaca burguesa; en 1919, 1927 y 1934 participó activamente en el aplastamiento de las acciones revolucionarias de la clase obrera.—301.

Bebel, Augusto (1840-1913): destacado dirigente del movimiento obrero alemán e internacional; desde 1867 dirigió la Liga de Sociedades Obreras Alemanas; miembro de la I Internacional; diputado al Reichstag a partir de 1867 y uno de los fundadores y jefes de la socialdemocracia alemana, amigo y compañero de lucha de Marx y Engels; figura preminente de la II Internacional.—139, 199, 200, 208, 214, 236-238, 268, 271, 298.

Becker, Juan Felipe (1809-1886): destacada personalidad del movimiento obrero alemán e internacional, cepillero de profesión; participó en la revolución de 1848-1849 y organizó la sección de la Internacional en Suiza y Alemania; tomó parte en todos los congresos de la Internacional; amigo y compañero de lucha de Marx y Engels.—51, 158.

Beloúsov, T. O. (n. en 1875): menchevique, diputado de la provincia de Irkutsk a la II Duma de Estado; en la Duma fue elegido para formar parte de las comisiones presupuestaria y agraria.—215.

Bernstein, Eduardo (1850-1932): líder del ala oportunista extrema de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional, teórico del revisionismo y del reformismo; después de la Revolución Socialista de Octubre combatió el Estado soviético.—261-263, 297.

Bervi, V. V. (seudónimo N. Flerovski) (1829-1918): economista y sociólogo ruso, ilustrador demócrata, representante del socialismo utópico populista, autor del libro *La situación de la clase obrera en Rusia*.—99.

Beust, Federico, conde (1809-1886): estadista sajón y austríaco, reaccionario, ministro de Negocios Extranjeros de 1866 a 1871 y canciller de Austria-Hungría de 1867 a 1871.—41.

Bismarck, Otto, príncipe (1815-1898): estadista y diplomático de Prusia y Alemania, representante de los junkers prusianos; ministro-presidente de Prusia de 1862 a 1871, canciller del Imperio Alemán desde 1871 hasta 1890.—41, 236.

Bissolati, Leónidas (1857-1920): uno de los fundadores del Partido Socialista Italiano y líder de su ala reformista de extrema derecha. Expulsado del Partido Socialista Italiano en 1912, figuró entre los fundadores del llamado "partido socialreformista". Durante la guerra imperialista mundial fue socialchovinista.—259.

Blanc, Gaspar: bakuninista francés, participante en la insurrección de 1870 en Lyon.—92.

Blanc, Luis (1811-1882): socialista pequeñoburgués francés, historiador; en 1848 fue miembro del gobierno provisional y presidente de la Comisión de Luxemburgo; propugnó la conciliación con la burguesía; fue uno de los dirigentes de la emigración pequeñoburguesa en Londres; diputado a la Asamblea Nacional de 1871; combatió la Comuna de París.—19.

Bogdánov, A. (Malinovski, A. A., Maxímov N.) (1873-1928): socialdemócrata, filósofo, sociólogo y economista ruso. Después del II Congreso del POSDR (1903) se adhirió a los bolcheviques. Formó parte de las redacciones de los periódicos bolcheviques *Uperiod* ("Adelante"), *Proletari* ("El Proletario") y *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva"). Intentó crear un sistema filosófico propio, "el empiriomonismo", variedad de la filosofía subjetivista idealista de Mach, que Lenin criticó duramente en su obra *Materialismo y empiriocriticismo*. En junio de 1909, Bogdánov fue expulsado del Partido Bolchevique.—223, 226-228.

Bolte, Federico: personalidad del movimiento obrero norteamericano, de origen alemán; secretario del Consejo federal de las secciones norteamericanas de la Internacional en 1872 y miembro del Consejo General desde 1872 hasta 1874.—35.

Bracke, Guillermo (1842-1880): socialdemócrata alemán, uno de los fundadores (1869) y dirigentes del Partido Socialdemócrata Obrero (de los eisenacheanos); estuvo cerca de Marx y Engels.—140, 268.

Branting, Carlos Hjalmar (1860-1925): líder del Partido Socialdemócrata de Suecia y uno de los dirigentes de la II Internacional; socialchovinista durante la guerra imperialista mundial. En 1917 formó parte del Gobierno de coalición de Eden y apoyó la intervención militar contra la Rusia Soviética.—259.

Brousse, Pablo (1854-1912): socialista pequeñoburgués francés, médico; participó en la Comuna de París y, después de su derrota, vivió en la emigración y se adhirió a los anarquistas; en 1879 ingresó en el Partido Obrero Francés, siendo uno de los líderes e ideólogos de los posibilistas, corriente oportunista en el movimiento socialista de Francia.—118.

Bruto (Lucio Junio) (m. hacia 509 a. de n.e.): según la mitología, fundador de la República romana; condenó a muerte a sus hijos por conspirar contra la República.—65.

Brouckère, Luis de (n. en 1870): uno de los líderes y teóricos del Partido Obrero Belga. Hasta la primera guerra mundial encabezó su ala izquierdista, pero más tarde, se hizo socialchovinista furibundo.—204.

Bray, John Fransis ((1809-1895): economista, socialista uto-

pista inglés, adepto de R. Owen.—80.
Bujarin, N. I. (Nota Bene) (1888-1938): ingresó en el Partido Bolchevique en 1906. Durante la guerra imperialista mundial sustentó posiciones antileninistas ante una serie de importantísimos problemas: el Estado, la dictadura del proletariado, el derecho de las naciones y la autodeterminación y otros. Después de la Revolución Socialista de Octubre fue miembro del Buró Político del CC del PC(b) de Rusia y del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Combatió repetidas veces la política leninista del partido y en 1918 encabezó el grupo de los "comunistas de izquierda". Posteriormente figuró entre los dirigentes de la oposición de derecha en el partido, del que fue expulsado en 1937 por su labor antipartido.—247, 248, 300, 310-312, 315.

C

Cafiero, Carlos (1846-1892): participante del movimiento obrero italiano y miembro de la Internacional; en 1871 aplicó en Italia la política del Consejo General; desde 1872 fue uno de los dirigentes de las organizaciones anarquistas italianas, pero a fines de los años 70 se apartó del anarquismo; en 1879 editó en italiano una adaptación del primer tomo de *El Capital*, de Marx.—27, 60.
Campos: véase Martínez Campos, Arsenio.
Caporusso, Stefano: anarquista italiano, sastre; uno de los fundadores y presidente de la sección de Nápoles de la Internacional; en 1870 fue expulsado de ella por malversación de fondos.—27.
Castelar y Ripoll, Emilio (1832-1899): político, historiador y escritor español; líder de los republicanos derechistas y jefe del gobierno de septiembre de 1873 a enero de 1874.—117, 125.
Cavaignac, Luis Eugenio (1802-1857): general y político reaccionario francés; en junio de 1848 aplastó cruelmente la insurrección de los obreros parisienses.—279.
Cervera, Rafael (1828-1908): político español, republicano federal, diputado a las Cortes Constituyentes (1873).—121.
Considérant, Víctor (1808-1893): publicista y socialista utopista francés, discípulo y continuador de Fourier.—14.
Cornelissen, Christian: anarquista holandés; chovinista durante la guerra imperialista mundial; colaboró en el periódico parisiense *La Bataille Syndicaliste* ("La Batalla Sindicalista").—246.
Crescio: periodista italiano, director del periódico *Avvenire Social*, de Piacenza.—107.
Crispien, Arturo (1875-1946): socialdemócrata alemán, publicista; de 1917 a 1922 encabezó el ala derecha del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania; en 1922 se reincorporó al Partido Socialdemócrata Alemán.—298.
Cuno, Federico Teodoro (1846-1934): figura destacada del movimiento obrero alemán e internacional, socialista; luchó activamente contra el anarquismo en Italia; organizó la sección de Milán de la Internacional y fue después uno de los dirigentes de la organización obrera norteamericana "Caballeros del trabajo"; colaboró en la prensa socialista.—51,89.

Ch

Chernov, V. M. (1876-1952): uno de los líderes y teóricos del partido eserista; de mayo a agosto de 1917 fue ministro de Agricultura del Gobierno Provisional burgués y aplicó una política de crueles represalias contra los campesinos que ocupaban las tierras de los latifundistas. Después de la Revoluc ón Socialista de Octubre, figuró entre los organizadores de levantamientos antisoviéticos; emigró en 1920.—279.
Chírikov, E. N. (1864-1936): escritor; emigró después de la Revolución Socialista de Octubre y publicó artículos contra el Poder soviético.—293.

D

Däumig, Ernesto (1866-1922): socialdemócrata alemán. uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania; en diciembre de 1920 ingresó en el Partido Comunista de Alemania junto con el ala izquierda de los "independientes", pero en 1922 volvió al Partido Socialdemócrata.—286.
David, Eduardo (1836-1930): economista, uno de los líderes del ala derecha de la socialdemocracia alemana, revisionista. En 1919 y 1920 fue ministro del Interior; apoyó las aspiraciones revanchistas del imperialismo alemán.—259.
Denikin, A. I. (1872-1947): general zarista; durante la guerra civil (1918-1920) fue uno de los cabecillas del movimiento de guardias blancos y comandante en jefe de las fuerzas armadas antisoviéticas en el Sur de Rusia; emigró después de ser derrotado por las tropas soviéticas.—293, 303, 325.
Dubrovin, A. I. (1855-1918): organizador y dirigente de la Unión del Pueblo Ruso, organización de carácter ultrarreaccionario. En 1905-1907 inspiró y organizó pogromos antisemistas y actos terroristas.—212.
Dufaure, Julio Armando Estanislao (1798-1881): abogado y estadista francés, orleanista, ministro del Interior (1848 y 1849) y de Justicia (1871-1873, 1875-1879); uno de los verdugos que ahogaron en sangre la Comuna de París; presidente del Consejo de Ministros (1876 y 1877-1879).—55, 59.
Dühring, Eugenio (1833-1921): filósofo y economista alemán, ideólogo pequeñoburgués. Las concepciones filosóficas de Dühring —mezcla ecléctica de positivismo, materialismo metafísico e idealismo— fueron criticadas por F. Engels en su obra *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por don Eugenio Dühring* y por Lenin en su libro *Materialismo y empi-*

riocriticismo y en otras obras.—221, 237, 264.

Dupont, Eugenio (aproximadamente 1831-1881): obrero francés, destacada personalidad del movimiento obrero internacional; participó en la revolución de 1848 en Francia; desde 1862 vivió en Londres; fue miembro del Consejo General de la Internacional y asistió a todos sus congresos; en 1874 se trasladó a los EE. UU.; compañero de lucha de Marx y Engels.—106.

Durand, Gustavo (n. en 1835): joyero francés, confidente de la policía; después del aplastamiento de la Comuna de París se hizo pasar por emigrado en Londres; fue secretario de la sección francesa en 1871, pero en octubre del mismo año se le desenmascaró y expulsó de la Internacional.—45, 49.

E

El: véase Luzin, I. I.

Engels, Federico (1820-1895): 7, 12, 19, 21, 27, 33, 39, 41, 49, 51, 54, 57, 60, 65, 72, 84, 89, 106, 107, 109, 116, 139, 140, 155, 158, 159, 162, 163, 167-169.
Lenin acerca de Engels: 175, 176, 179-183, 185, 217, 218, 223, 237, 247, 248, 250-252, 254, 256, 263, 265, 267-272, 298, 322, 323, 328.

Ewerbeck, Augusto Hermann (1816-1860): médico y literato alemán, dirigente de las sociedades de París de la Liga de los Justicieros; más tarde, miembro de la Liga de los Comunistas, de la que salió en 1850.—20.

Ezerski, F.: autor del artículo *La huelga de los obreros franceses*, publicado en 1907 en el N° 181 de la revista *Obrazovanie* ("La Instrucción").—200.

F

Fanelli, Guiseppe (1826-1877): figura destacada del movimiento democrático-burgués italiano; participó en la revolución de 1848-1849 en Italia y en la campaña de Garibaldi en 1860; adepto de Mazzini y amigo íntimo de Bakunin desde mediados de los años 60; miembro de la dirección de la Alianza secreta; organizador de las primeras secciones de la Internacional y de los grupos de la Alianza en España (1868); en 1865 fue elegido diputado al Parlamento italiano.—92.

Farga Pellicer, Rafael (1840-1890): anarquista, tipógrafo y periodista español; uno de los organizadores de la Alianza y de las primeras secciones de la Internacional en España; miembro de la dirección de la Alianza secreta; en 1873 fue expulsado de la Internacional.—117, 118.

Favre, Julio (1809-1880): abogado y político francés, líder republicano burgués; ministro de Negocios Extranjeros de 1870 a 1871; verdugo de la Comuna de París y uno de los inspiradores de la lucha contra la Internacional.—31, 55.

Faucher, Julio (1820-1878): publicista alemán, partidario de la libertad de comercio, autor de varias obras sobre el problema de la vivienda; progresista.—7.

Feuerbach, Ludwig (1804-1872): gran filósofo materialista alemán del período premarxista.—8, 162, 217, 221.

Flerovski, N.: véase Bervi, V. V.

Fourier, Carlos (1772-1837): gran socialista utopista francés.—21, 24, 79.

Frankel, León (1844-1896): destacada personalidad del movimiento obrero húngaro e internacional, miembro de la Comuna de París y del Consejo General de la Internacional (1871-1872), figuró entre los fundadores del Partido Obrero General de Hungría; compañero de lucha de Marx y Engels.—106.

G

Garibaldi, Guiseppe (1807-1882): revolucionario y demócrata italiano, jefe del movimiento de liberación nacional en Italia.—107.

Girardin, Emilio de (1806-1881): publicista y político burgués francés.—8.

Gladstone, Guillermo Ewart (1809-1898): estadista inglés, uno de los líderes del Partido Liberal en la segunda mitad del siglo XIX; ministro de Hacienda de 1852 a 1855 y de 1859 a 1866 y, varias veces, primer ministro.—38.

Gorchakov, A. M., príncipe (1798-1883): estadista y diplomático ruso, ministro de Negocios Extranjeros de 1856 a 1882.—41.

Gots, A. P. (1882-1940): eserista; después de la Revolución Socialista de Octubre luchó activamente contra el Poder soviético.—281.

Grave, Juan (1854-1939): socialista pequeñoburgués francés, teórico anarquista, autor de varias obras programáticas sobre el anarquismo; durante la guerra imperialista mundial, socialchovinista y colaborador del periódico *La Bataille Syndicaliste* ("*La Batalla sindicalista*").—246.

Guchkov, A. I. (1862-1936): gran capitalista ruso, líder del partido burgués-terrateniente de los octubristas y ministro del Gobierno Provisional burgués en 1917; combatió activamente el Poder soviético; emigró.—251, 255.

Gueguechkori, E. P. (n. en 1879): menchevique; presidente del gobierno contrarrevolucionario de Transcaucasia desde noviembre de 1917 y, luego, ministro de Negocios Extranjeros y vicepresidente del gobierno menchevique de Georgia; emigró en 1921.—281.

Guillaume, James (1844-1916): maestro suizo, anarquista, adepto de Bakunin; fue miembro de la Internacional y uno de los organizadores de la Alianza de la Democracia Socialista; en el Congreso de La Haya se le expulsó de la Internacional por su labor escisionista.—45, 49, 68, 89, 143.

Guillermo II (Hohenzollern) (1859-1941): emperador alemán y rey de Prusia desde 1888 hasta 1918.—194.

H

Haase, Hugo (1863-1919): líder socialdemócrata alemán, cen-

trista. En 1917 fundó, junto con Kautsky, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania. Durante la revolución de noviembre de 1918 en Alemania formó parte del llamado "Consejo de Delegados Populares", que aplicó una política de aplastamiento del movimiento revolucionario.—286.

Hasenclever, Guillermo (1837-1889): socialdemócrata alemán lassalleano, presidente de la Asociación General de Obreros Alemanes de 1871 a 1875.—108.

Hasselmann, Guillermo (n. en 1844): uno de los dirigentes de la Asociación General de Obreros Alemanes (lassalleana); director de *Neue Sozialdemokrat* desde 1871 hasta 1875; ingresó en el Partido Socialdemócrata Alemán en 1875, siendo expulsado de él por anarquista en 1880.—108.

Hegel, Jorge Guillermo Federico (1770-1831): eminente representante de la filosofía clásica alemana, idealista objetivo.—10, 73.

Henderson, Arturo (1863-1935): líder laborista y sindical inglés; socialchovinista durante la guerra imperialista mundial; con posterioridad formó parte del gobierno burgués de Inglaterra en repetidas ocasiones.—259.

Hervé, Gustavo (1871-1944): miembro del Partido Socialista de Francia, publicista y abogado; defendió un programa semianarquista de lucha contra el militarismo, proponiendo que se respondiese con la huelga y la insurrección a cada guerra; socialchovinista durante la guerra imperialista mundial. Fue expulsado del Partido Socialista de Francia en 1918.—209-211.

Hilferding, Rodolfo (1877-1941): líder oportunista de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional; autor de la teoría del "capitalismo organizado", apologista del capitalismo monopolista de Estado.—298.

Hildebrand, Max: maestro de escuela en Berlín, adicto de M. Stirner; participó en la recopilación de datos biográficos sobre él.—167.

Höchberg, Carlos (1853-1885): socialdemócrata de derecha alemán, periodista.—236.

I

Iglesias, Pablo (1850-1925): destacado dirigente del movimiento obrero y socialista español; tipógrafo y publicista proletario; miembro del Consejo federal español de la Internacional de 1871 a 1872; combatió la influencia anarquista y fue uno de los fundadores del Partido Socialista Obrero Español (1879); más tarde figuró entre los líderes de su ala reformista.—169.

Ikov, V. K. (Mírov, V.): socialdemócrata, menchevique; colaboró en la revista *Vozrozhdenie* ("Resurrección"), en el periódico *Golos Sozialdemokrata* ("La Voz del Socialdemócrata") y en otros órganos de prensa mencheviques; apoyó la idea oportunista de convocar un "Congreso obrero".—197.

Iliodórov (Trufánov, S. M.) (n. en 1880): monje con dignidad de sacerdote, uno de los jefes de las centurias negras.—212.

Ivanovski: véase Shneerson, I. A.

J

Jéisina, L. U. (Schegló, V. A.) (n. en 1878): socialdemócrata, autora del folleto *Sobre el Congreso obrero.*—197.

K

Kapp, Wolfgang (1858-1922): gran terrateniente alemán, representante de los círculos reaccionarios militares; en marzo de 1920 encabezó un golpe militar monárquico.—306.

Kautsky, Carlos (1854-1938): uno de los líderes de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional; marxista al principio y, más tarde, renegado del marxismo.—211, 250, 255, 260, 262, 271-275, 298.

Kerenski, A. F. (1881-1970): uno de los dirigentes del partido eserista; en 1917 presidió el Gobierno Provisional burgués en Rusia; en 1918 huyó al extranjero.—303.

Kiseliov, A. S. (1879-1938): miembro del POSDR, bolchevique: después de la Revolución Socialista de Octubre desempeñó varios cargos de responsabilidad en los órganos económicos y sindicales, en 1921 formó parte del grupo anarcosindicalista "Oposición obrera".—316.

Kolchak, A. U. (1873-1920): almirante de la Marina zarista, monárquico; de 1918 a 1919 uno de los dirigentes principales de la contrarevolución en Rusia, testaferro de la Entente. Después de la Revolución Socialista de Octubre, apoyado por los imperialistas de los EE.UU., Inglaterra y Francia, se proclamó gobernante supremo de Rusia y encabezó una dictadura militar burgués-terrateniente en los Urales, Siberia y el Extremo Oriente. Los golpes del Ejército Rojo y el incremento del movimiento guerrillero revolucionario aniquilaron a las tropas de Kolchak en 1920.—293, 303.

Kornílov, L. G. (1870-1918): general del ejército zarista; en agosto de 1917 encabezó un levantamiento contrarrevolucionario que tenía por fin implantar una dictadura militar.—278, 279, 281, 286, 306.

Kozlovski, L.: sindicalista, autor del libro *Ensayos del sindicalismo en Francia.*—200.

Krichevski, B. N. (1866-1919): publicista, socialdemócrata, uno de los líderes del "economismo". A fines de la década del 90 figuró entre los dirigentes de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero; en 1899 dirigió su órgano de prensa, la revista *Rabóchee Dielo* ("La Causa Obrera"), que propagaba las concepciones de Bernstein. Poco después del II Congreso del POSDR (1903) abandonó el movimiento socialdemócrata.—200.

Kropotkin, P. A. (1842-1921): revolucionario ruso, uno de los dirigentes y teóricos del anarquismo, enemigo del

marxismo. Chovinista durante la guerra imperialista mundial. Repatriado en 1917, siguió manteniendo sus concepciones burguesas, pero en 1920 dirigió una carta a los obreros europeos en la que les exhortaba a impedir la intervención militar contra la Rusia Soviética.—246, 275.

Kugelmann, Ludwig (1830-1902): médico alemán; participó en la revolución de 1848-1849 y fue miembro de la Internacional; amigo de la familia de Marx.—23.

Kuskova, E. D. (1869-1958): personalidad social y publicista burguesa. A mediados de la década del 90 se aproximó al Grupo Emancipación del Trabajo; pero poco después emprendió el camino de la revisión del marxismo, llamando a los obreros a renunciar a la lucha revolucionaria. Autora de un documento, conocido con el título de *Credo*, que expresaba con la mayor claridad la esencia oportunista de la variedad rusa del bernsteinianismo, el "economismo". El *Credo* provocó una protesta enérgica de los marxistas rusos, encabezados por Lenin. Kuskova ingresó más tarde en la Unión de la Liberación, de carácter liberal-monárquico; junto con S. Prokopóvich editó la revista semidemoconstitucionalista *Bez Zaglavia* ("Sin Título") y colaboró en el periódico de los demócratas-constitucionalistas de izquierda *Továrisch* ("El Camarada"). Después de la Revolución Socialista de Octubre combatió a los bolcheviques. En 1922 fue expulsada del país.—201.

Kútler, N. N. (1859-1924): destacado dirigente del Partido Demócrata Constitucionalista; trabajó en el Ministerio de Hacienda, siendo más tarde ministro de Agricultura y Organización Agraria; fue diputado de Petersburgo a la II y la III Dumas de Estado y uno de los autores del proyecto de programa agrario de los demócratas - constitucionalistas.—202.

L

Labriola, Arturo (1873-1959): político, jurista y economista italiano; uno de los líderes del movimiento sindicalista en Italia. Autor de varios libros sobre la teoría del sindicalismo, en los que intentó adaptar su programa de "sindicalismo revolucionario" al marxismo, "corrigiendo" este último.—204.

Lafargue, Pablo (1842-1911): destacado dirigente del movimiento obrero francés e internacional y relevante propagandista del marxismo; fue miembro del Consejo General de la Internacional y combatió el anarquismo y el bakuninismo; figuró entre los fundadores del Partido Obrero de Francia; discípulo y compañero de lucha de Marx y Engels.—21, 22, 25, 39, 58, 168.

Lagardelle, Hubert (n. en 1874): político pequeñoburgués francés, anarcosindicalista; discípulo de Jorge Sorel, teórico del anarcosindicalismo francés; autor de varias obras de la historia del anarcosindicalismo en Francia.—204.

Lansbury, Jorge (1859-1940): laborista inglés, diputado al Parlamento en 1910-1912 y en 1922-1940. De 1912 a 1922 editó y dirigió el diario *The Daily Herald*.—300.

Larin, Y. (Lurie, M. A.) (1882-1932): socialdemócrata, defendió el programa menchevique de municipalización de la tierra y apoyó la idea oportunista de convocar un "Congreso obrero". En agosto de 1917 ingresó en el Partido Bolchevique.—197.

Lassalle, Fernando (1825-1864): publicista y abogado pequeñoburgués alemán; en 1848-1849 participó en el movimiento democrático en la provincia del Rin; a comienzos de los años 60 del siglo pasado se adhirió al movimiento obrero; fue uno de los fundadores de la Asociación General de Obreros Alemanes (1863); apoyó la política de unificación de Alemania "desde arriba" bajo la hegemonía de Prusia; dio comienzo a la tendencia oportunista en el movimiento obrero alemán.—86, 132.

Ledebour, Jorge (1850-1947): socialdemócrata alemán. Durante la guerra imperialista mundial propugnó el restablecimiento de los vínculos internacionales y se sumó a la derecha zimmerwaldiana. En 1916 ingresó en el Grupo Socialdemócrata del Trabajo del Reichstag, el cual constituyó en 1917 el núcleo fundamental del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, de carácter centrista, que apoyaba a los chovinistas descarados. En 1931 se adhirió al Partido Obrero Socialista.—298.

Ledru-Rollin, Alejandro Augusto (1807-1874): publicista francés, líder demócrata pequeñoburgués; diputado a las Asambleas Constituyente y Legislativa, en las que encabezó el partido de la Montaña; emigró a Inglaterra después de la manifestación del 13 de junio de 1849.—14.

Legien, Carlos (1861-1920): socialdemócrata de derecha alemán, uno de los líderes del movimiento sindical alemán e internacional, revisionista; combatió el movimiento revolucionario del proletariado.—259, 297.

Le Moussu, A.: figura destacada del movimiento obrero francés, grabador; participó en la Comuna de París y, al ser aplastada ésta emigró a Londres; fue miembro del Consejo General de la Internacional, y apoyó la lucha de Marx y Engels contra los bakuninistas.—106.

Levi, Pablo (1883-1930): socialdemócrata alemán, miembro del grupo suizo de izquierda de Zimmerwald, formó parte de la Liga Espartaco. En el Congreso Constituyente del Partido Comunista de Alemania fue elegido a su CC. En febrero de 1921 abandonó el CC y en abril fue expulsado del Partido Comunista por infringir groseramente su disciplina. Con posterioridad reingresó en el Partido Socialdemócrata.—329.

Lenin, V. I. (Uliánov, V. I.) (1870-1924):—200, 289, 313.

Liebknecht, Guillermo (1826-1900): figura relevante del movimiento obrero alemán e internacional; miembro de la Liga de los Comunistas y de la I Internacional; uno de los fundadores y jefes de la socialdemocracia alemana; amigo y compañero de lucha de Marx y Engels; fue elegido varias veces diputado al Reichstag.—137, 237, 238.

Liebknecht, Carlos (1871-1919): destacada personalidad del movimiento obrero alemán e internacional, figuró entre los dirigentes del ala izquierda de la socialdemocracia alemana; en 1912 fue elegido diputado al Reichstag. Fue uno de los fundadores del Partido Comunista de Alemania. Durante la revolución de noviembre de 1918 encabezó, con Rosa Luxemburgo, la vanguardia revolucionaria de los obreros alemanes. Después de aplastada la insurrección de los obreros berlineses, en enero de 1919, fue asesinado salvajemente por los contrarrevolucionarios.—210, 285, 288, 288, 292.

Longuet, Jean (1876-1938): uno de los líderes del Partido Socialista Francés y de la II Internacional; desde 1923 formó parte de la dirección de la llamada Internacional Obrera Socialista.—301.

Loyola, Ignacio (1491-1556): hidalgo español, fundador de la Compañía de Jesús, la organización más reaccionaria de la Iglesia católica.—96, 101, 143.

Lucain: véase Potel.

Lunacharski, A. V. (1875-1933): estadista soviético, publicista y dramaturgo, autor de numerosas obras sobre arte y literatura. Se incorporó al movimiento revolucionario a comienzos de la década del 90 del siglo pasado, siendo bolchevique a partir del II Congreso de POSDR (1903). En los años de reacción, después de ser derrotada la revolución de 1905-1907, se apartó del marxismo y defendió la fusión del marxismo con la religión. En 1917 fue readmitido en el Partido Bolchevique. Triunfante la Revolución Socialista de Octubre, desempeñó varios cargos de responsabilidad.—199, 201-203.

Luzin, I. I. (El) (m. hacia 1914): socialdemócrata, menchevique; autor de uno de los artículos de las recopilaciones dedicadas al "Congreso obrero", que editaron los mencheviques en 1907.—197.

Luxemburgo, Rosa (1871-1919): destacada personalidad del movimiento obrero internacional; figuró entre los líderes del ala izquierda de la II Internacional y entre los fundadores y dirigentes del Partido Socialdemócrata de Polonia. Participó activamente en el movimiento socialdemócrata alemán desde 1897, así como en la fundación en Alemania del Grupo "La Internacional", denominado más tarde Grupo Espartaco y, después, Liga Espartaco. Durante la revolución de noviembre de 1918 formó parte del grupo dirigente de la vanguardia revolucionaria de los obreros alemanes y fue uno de los fundadores del Partido Comunista de Alemania. En enero de 1919, después de aplastada la insurrección de los obreros berlineses, fue detenida y asesinada salvajemente por los contrarrevolucionarios.—273, 285.

Lvov, G. E. (1861-1925): príncipe, gran terrateniente ruso, demócrata-constitucionalista; después de la revolución democrática burgesa de Febrero de 1917 (de marzo a julio), presidente del Gobierno Provisional burgués y ministro del Interior.—251.

M

Malon, Benoist (1841-1893): socialista francés, miembro de la Internacional y de la Comuna de París; emigró después y se adhirió a los anarquistas, siendo más tarde uno de los líderes de los posibilistas.—59.

Martínez Campos, Arsenio (1831-1900): general y político reaccionario español; en 1873 aplastó la insurrección de los cantonalistas en Cataluña y Valencia; encabezó el pronunciamiento monárquico que proclamó rey a Alfonso XII el 29 de diciembre de 1874; ministro de la Guera de 1881 a 1883.—125-127.

Mártov, L. (Tsederbáum, Y. O.) (1873-1923): socialdemócrata; miembro de la Redacción de *Iskra* desde 1900; a raíz del II Congreso del POSDR (1903), menchevique. Después de la Revolución Socialista de Octubre combatió el Poder soviético y en 1920 emigró.—279.

Martínov, A. (Píker, A. S.) (1865-1935): uno de los líderes del "economismo", variedad rusa del bernsteinianismo; menchevique. Después de la Revolución Socialista de Octubre se apartó de los mencheviques, siendo admitido en el Partido bolchevique, en 1923; desde 1924 fue miembro de la Redacción de la revista *La Internacional Comunista*.—188.

Marx, Carlos (1818-1883): 12, 18, 19, 21-23, 25 28, 33, 35, 54, 58, 65, 73, 89, 106, 132, 139, 159-161, 164, 165, 167, 175, 177, 185, 199, 204, 206, 217-219, 223, 237, 245, 247, 250-252, 254, 259-265, 268-270, 272, 273, 275, 276, 279, 280, 285, 298, 322, 323.

Maxímov N.: véase Bogdánov, A.

Mazzini, Guiseppe (1805-1872): revolucionario italiano, demócrata burgués, uno de los jefes del movimiento de liberación nacional en Italia. Al fundarse la Internacional en 1864, intentó someterla a su influencia; en 1871 se pronunció contra la Comuna de París y la Internacional e impidió el desarrollo del movimiento obrero independiente en Italia.—151.

Mírov, U.: véase Ikov, V. K.

Moltke, Helmuth Carlos Bernardo (1800-1891): mariscal de campo, militar reaccionario y escritor prusiano; uno de los ideólogos del militarismo y el chovinismo de Prusia; durante la guerra franco-prusiana (1870-1871) fue de hecho comandante en jefe.—125.

Most, Johann (1846-1906): anarquista alemán, se adhirió al movimiento obrero en la década del 60 del siglo pasado; al promulgarse en 1878 la ley de excepción contra

los socialistas emigró a Inglaterra; en 1880 fue expulsado del Partido Socialdemócrata y en 1882 emigró a los EE.UU., donde siguió haciendo propaganda anarquista.—159-161, 221, 234, 237.

Mülberger, Arturo (1847-1907): médico y publicista pequeñoburgués alemán, proudhoniano.—70-76, 163.

N

Necháiev, S. G. (1847-1882): revolucionario conspirador ruso; participó en el movimiento estudiantil de Petersburgo en 1868 y 1869; de 1868 a 1871 estuvo ligado estrechamente a Bakunin; en 1869 fundó la organización secreta "La Justicia del Pueblo"; en 1872, las autoridades suizas lo entregaron al gobierno ruso; murió en la fortaleza de Pedro y Pablo.—49, 91, 103.

Nevski, V. I. (1876-1937): miembro del POSDR desde 1898, bolchevique, participante en la insurrección armada de Octubre; en 1918, fue nombrado Comisario del Pueblo de Vías de Comunicación.—288.

Nieuwenhuys, Fernando Domela (1846-1919): personalidad del movimiento obrero de Holanda, uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata Holandés; en la década del 90 sustentó posiciones anarquistas.—168.

Noske, Gustavo (1868-1946): líder oportunista del Partido Socialdemócrata Alemán; organizador de la represión contra los obreros de Berlín y del asesinato de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, guías del proletariado alemán.—208, 209.

Nota Bene: véase Bujarin, N. I

O

Ollivier, Emilio (1825-1913): político francés, republicano moderado burgués, bonapartista desde fines de la década del 60 y jefe del gobierno desde enero hasta agosto de 1870.—80.

Owen, Roberto (1771-1858): gran socialista utopista inglés.—24, 79, 80.

P

Pankhurst, Estelle Sylvia (1882-1960): dirigente del movimiento obrero inglés. Después de la Revolución Socialista de Octubre propugnó el cese de la intervención militar de los Estados imperialistas contra la Rusia Soviética. Líder de la Federación Socialista Obrera, de tendencia izquierdista. Participó en el II Congreso de la Internacional Comunista, manteniendo posiciones sectarias. En 1921 ingresó en el Partido Comunista de Gran Bretaña, pero fue expulsada poco después por negarse a acatar la disciplina del partido.—284.

Pannekoek, Antoni (1873-1960): socialdemócrata holandés; un de los fundadores del periódico *De Tribune* ("La Tribuna"), órgano del ala izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés, que en 1909 se transformó en el Partido Socialdemócrata de Holanda (partido de "los tribunistas"). Fue internacionalista durante la guerra imperialista mundial. Desde 1918 hasta 1921 perteneció al Partido Comunista de Holanda y participó en las actividades de la Internacional Comunista, manteniendo una posición ultraizquierdista, sectaria. En 1921 abandonó el Partido Comunista.—230, 233, 234, 250, 273-275.

Pavía y Rodríguez, Manuel (1827-1895): general y político español; en 1873 mandó unidades de las tropas de la República contra los carlistas y aplastó la insurrección cantonalista en Andalucía; capitán general de Castilla la Nueva en 1873 y 1874; el 2-3 de enero de 1874 dio un golpe de Estado monárquico y entregó el poder a Serrano; fue senador desde 1880.—122, 125, 126.

Pedro I (1672-1725): zar ruso desde 1682 y emperador de toda Rusia desde 1721.—97.

Pi y Margall, Francisco (1824-1901): político español, líder de los republicanos federales de izquierda; estaba influenciado por las ideas del socialismo utópico; abogado y literato; participó en las revoluciones burguesas y fue ministro del Interior y Presidente provisional del gobierno republicano (1873).—110, 117, 121, 122, 125, 179.

Pío IX (1792-1878): Papa desde 1846 hasta 1878.—41.

Pío, Luis (1841-1894): destacada personalidad del movimiento obrero y socialista danés, propagandista del marxismo; fue uno de los fundadores de la sección danesa de la Internacional (1871) y del Partido Socialdemócrata Danés (1876); en 1877 emigró a América.—57.

Plejánov, J. V. (1856-1918): destacada personalidad del movimiento obrero ruso e internacional, primer propagandista del marxismo en Rusia. En 1883 fundó en Ginebra la primera organización marxista rusa: el Grupo Emancipación del Trabajo. Después del II Congreso del POSDR, Plejánov adoptó una posición de reconciliación con el oportunismo y más tarde se sumó a los mencheviques. En el período de la primera revolución rusa mantuvo una posición menchevique ante todos los problemas fundamentales; durante la primera guerra mundial (1914-1918) fue socialchovinista. Adoptó una actitud negativa ante la Revolución Socialista de Octubre, pero no participó en la lucha contra el Poder soviético.—176, 177, 200, 201, 252, 255, 260, 262, 272, 297.

Polovniov, A. V.: agente de la *Ojrana* zarista, uno de los fundadores de la Unión del Pueblo Ruso, organización contrarrevolucionaria de las centurias negras.—212.

Potel (seudónimo: Lucain): emigrado francés en Bélgica; fue miembro de la I Internacional y delegado al Congreso de La Haya (1872) en representación de la Sección de emigrados franceses en Bruselas.—89.

Prokopóvich, S. N. (1871-1955): economista y publicista burgués. A fines de la década del 90 del siglo pasado fue

representante destacado del "economismo" y uno de los primeros predicadores del bernsteinianismo en Rusia; más tarde, miembro activo de la organización liberal-monárquica Unión de Liberación. En 1906 formó parte del Comité Central del Partido Demócrata Constitucionalista. Después de la Revolución Socialista de Octubre fue expulsado de la URSS por su actividad antisoviética.—201.

Proudhon, Pedro José (1809-1865): publicista, economista y sociólogo francés, ideólogo de la pequeña burguesía, uno de los fundadores del anarquismo.—8, 12, 19, 23, 27, 36, 51, 70—73, 75, 76, 80—82, 136—139, 162—167, 261, 262, 269, 272.

Purishkévich, V. M. (1870-1920): gran terrateniente, reaccionario furibundo, monárquico, uno de los fundadores de la "Unión del Pueblo Ruso", organización ultrarreaccionaria.—212.

Pyat, Félix (1810-1889): publicista francés, demócrata pequeñoburgués, participante en la revolución de 1848; emigró en 1849. Enemigo del movimiento obrero independiente, sostuvo durante varios años una campaña de calumnias contra Marx y la Internacional, utilizando para ello la sección francesa en Londres; fue miembro de la Comuna de París.—31.

R

Rádek, K. B. (1885-1939): participó desde comienzos de siglo en el movimiento socialdemócrata de Galitzia, Polonia y Alemania. En 1917 ingresó en el Partido Bolchevique. Combatió repetidas veces la política leninista del partido; en 1918 fue "comunista de izquierda", y desde 1923, figura activa de la oposición trotskista. Fue expulsado del partido en 1936 por su labor antipartido.—273, 300.

Razin, Stepán (m. en 1671): jefe de la más importante insurrección de campesinos y cosacos contra la servidumbre en Rusia en el siglo XVII.—97.

Renaudel, Pedro (1871-1935): líder reformista del Partido Socialista Francés.—259, 301.

Riazánov (Goldendaj), D. B. (1870-1938): socialdemócrata, menchevique, ingresó en 1917 en el POSDR (b). Después de la Revolución Socialista de Octubre trabajó en el movimiento sindical. En 1931 fue expulsado del PC(b) de la URSS.—326.

Ricardo, David (1772-1823): economista inglés, gran representante de la Economía política burguesa clásica.—81.

Richard, Alberto (1846-1925): periodista francés, uno de los dirigentes de la sección lyonesa de la Internacional; fue miembro de la Alianza secreta y participó en la insurrección de Lyon de 1870; aplastada la Comuna de París se hizo bonapartista.—92.

Rittinghausen, Moritz (1814-1890): publicista alemán, demócrata pequeñoburgués; colaboró en 1848-1849 en *Neue Rheinische Zeitung* ("La Nueva Gaceta del Rin"); miembro de la I Internacional; más tarde perteneció al Partido Socialdemócrata Alemán hasta 1884.—14.

Robespierre, Maximiliano (1758-1794): dirigente destacado de la revolución burguesa francesa de fines del siglo XVIII; jefe de los jacobinos; presidió de 1793 a 1794 el gobierno revolucionario.—12, 19, 143.

Ródichev, F. I. (n. en 1856): terrateniente, dirigente de los zemstvos; uno de los líderes del Partido Demócrata Constitucionalista.—202.

Románov, Nicolás II (1868-1918) último emperador ruso (de 1894 a 1917).—212.

Rousseau, Juan Jacobo (1712-1778): destacado representante francés de la Ilustración, demócrata, ideólogo de la pequeña burguesía.—12, 19.

Ruge, Arnoldo (1802-1880): publicista alemán, joven hegeliano, radical burgués; diputado a la Asamblea Nacional de Francfort en 1848, en la que perteneció al ala izquierda; en la década del 50 fue uno de los líderes de la emigración pequeñoburguesa alemana en Inglaterra; nacional-liberal después de 1866.—12.

S

Sacaze, Francisco (1808-1884): funcionario francés, monárquico, diputado a la Asamblea Nacional desde 1871.—55, 58.

Sagasta, Práxedes Mateo (1825-1903): estadista español, líder del partido liberal, ministro del Interior (1871-1872) y de Negocios Extranjeros (1874) y primer ministro durante varios años.—129.

Saint-Simon, Enrique (1760-1825): gran socialista utopista francés.—19, 36, 79, 137.

Salmerón y Alonso, Nicolás (1838-1908): político español, líder republicano burgués, catedrático de Historia y Filosofía de la Universidad de Madrid, Presidente provisional de la República del 18 de julio al 7 de septiembre de 1873.—110, 179.

Sávinkov, B. U. (1879-1925): uno de los dirigentes del partido eserista. Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 fue gobernador general militar de Petrogrado. Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre organizó varios levantamientos contrarrevolucionarios y ayudó a la intervención militar contra la República Soviética; emigrado blanco.—281.

Schegló: véase Jéisina, L. V.

Scheidemann, Felipe (1865-1939): líder oportunista de extrema derecha de la socialdemocracia alemana. En 1918-1921 organizó crueles represiones con el propósito de aplastar el movimiento obrero en Alemania.—259, 285.

Schweitzer, Juan Bautista (1833-1875): destacado representante del lassalleanismo en Alemania; presidente de la

Asociación General de Obreros Alemanes desde 1867 hasta 1871; impidió la afiliación de los obreros alemanes a la I Internacional y luchó contra el Partido Obrero Socialdemócrata; en 1872, descubiertos sus vínculos con las autoridades prusianas, fue expulsado de la Asociación.—36.

Schwitzguebel, Ademar (1844-1895): dirigente del movimiento obrero suizo, grabador; miembro de la Internacional, anarquista y uno de los dirigentes de la Alianza secreta y de la Federación Jurasiana; en 1873 fue expulsado de la Internacional.—45, 49, 68.

Sembat, Marcel (1862-1922): líder reformista del Partido Socialista Francés, periodista. Socialchovinista durante la guerra imperialista mundial. Desde agosto de 1914 hasta septiembre de 1917 fue ministro de Obras Públicas en el imperialista "Gobierno de Defensa Nacional" de Francia.—259.

Serrailler, Augusto (n. en 1840): dirigente del movimiento obrero francés e internacional, miembro del Consejo General de la Internacional desde 1869 hasta 1872 y de la Comuna de París; compañero de lucha de Marx.—106.

Shliápnikov, A. G. (1885-1937): ingresó en el POSDR en 1901. Después de la Revolución Socialista de Octubre trabajó en los sindicatos y en los organismos de economía. De 1920 a 1922 fue organizador y líder del grupo antipartido denominado "Oposición obrera". En 1933 fue expulsado del PC (b) de la URSS.—310, 312, 315, 316, 326-328.

Shneersón, I. A. (Ivanovski, P.) (1878-1942): socialdemócrata, colaboró en los órganos mencheviques *Nashe Dielo*, *Dielo Zhizni* y otros; apoyó la idea de convocar un "Congreso obrero".—197.

Sorge, Federico Adolfo (1828-1906): destacado dirigente del movimiento obrero y socialista norteamericano e internacional, participante en la revolución de 1848, miembro activo de la Internacional y del Consejo General en Nueva York, del que fue secretario general desde 1872 hasta 1874; propagandista activo del marxismo; amigo y compañero de lucha de Marx y Engels.—161.

Soria Santa Cruz, Federico (1815-1891): general español; en 1872 participó en la guerra contra los carlistas; en 1873 aplastó la insurrección cantonalista en Andalucía; de 1874 a 1875 fue gobernador militar de Cádiz.—122.

Soriano, Trinidad: anarquista español.—92.

Splingard, Rosh: delegado de una sección belga al Congreso de La Haya de la Internacional (1872); anarquista, en 1873 fue expulsado de la Internacional.—89.

Stieber, Guillermo (1818-1882): funcionario de la policía prusiana, jefe de la policía política de Prusia (1850-1860); organizó el proceso contra los miembros de la Liga de los Comunistas en Colonia; de 1870 a 1871 fue jefe de la policía militar.—45.

Stirner, Max (seudónimo literario de Gaspar Schmidt) (1806-1856): filósofo alemán, joven hegeliano, uno de los ideólogos del individualismo burgués y del anarquismo.—7-10, 21, 138, 162, 167, 173, 272.

Stauning, Thorvald Augusto Marinus (1873-1942): estadista de Dinamarca, líder derechista de la socialdemocracia danesa y de la II Internacional, publicista. Durante la guerra imperialista mundial mantuvo una posición socialchovinista. De 1916 a 1920 fue ministro sin cartera en el gobierno burgués de Dinamarca.—259.

T

Terzaghi, Carlos (n. hacia 1845): abogado italiano, secretario de la sociedad obrera "Emancipación del Proletario" de Turín; en 1872 se hizo agente de la policía.—49.

Thiers, Adolfo (1797-1887): historiador y estadista francés, orleanista; primer ministro en 1836 y 1840 y Presidente de la república desde 1871 hasta 1873; verdugo de la Comuna de París.—41.

Tolain, Enrique Luis (1828-1897): obrero grabador francés, proudhonista de derecha, uno de los dirigentes de la sección de París de la Internacional; diputado a la Asamblea Nacional de 1871; durante la Comuna de París se pasó a los versalleses y fue expulsado de la Internacional.—45, 49.

Tomás, Francisco (alrededor de 1850-1903): anarquista español, albañil; miembro del Consejo federal español de la Internacional (1872-1873) y uno de los dirigentes de la organización anarquista en España; fue expulsado de la Internacional en 1873.—121.

Trotski (Bronshtéin), L. D. (1879-1940): miembro del POSDR desde 1897, menchevique. Mantuvo una posición centrista durante la guerra imperialista mundial. Al regresar de la emigración, una vez triunfante la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, fue admitido en el Partido Bolchevique en el VI Congreso del POSDR(b). Pero no adoptó las posiciones del bolchevismo y sostuvo una lucha encubierta y descarada contra el leninismo, contra la política del partido.

Después de la Revolución Socialista de Octubre desempeñó varios cargos de responsabilidad. En 1927 fue expulsado del partido, y en 1929, desterrado de la URSS y privado de la ciudadanía soviética por su actividad antipartido.—199, 311, 312, 315, 316.

Trubetskói, E. N. (1863-1920): príncipe, uno de los ideólogos del liberalismo burgués ruso, filósofo idealista, catedrático. Después de la Revolución Socialistas de Octubre fue enemigo del Poder soviético y partidario activo de Denikin.—293.

Tsereteli, I. G. (1882-1959): uno de los líderes del menchevismo en Rusia. En mayo de 1917 formó parte del Gobierno Provisional burgués, siendo uno de los inspiradores de la lucha contra los bolcheviques. Después de la Revolución Socialista de Octubre, miembro del Gobierno menchevique contrarrevolucionario de Georgia. Emigró al extranjero al triunfar el Poder soviético en Georgia.—279.

V

Vandervelde, Emilio (1866-1938): líder del Partido Obrero Belga, presidente del Buró Socialista Internacional de la II Internacional, oportunista extremo. Ayudó activamente a la intervención armada contra la Rusia Soviética; de 1925 a 1927 fue ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica.—204, 259.

Van-Heddeghem (seudónimo: *Walter*) (n. hacia 1847): agente de la policía infiltrado en las secciones de París de la Internacional; delegado al Congreso de La Haya de la Internacional (1872); desenmascarado en 1873.—89.

Van Patten, Felipe: burgués norteamericano que se adhirió al movimiento socialista; desde 1876 fue secretario nacional del Partido Obrero de los Estados Unidos, y a partir de 1877, del Partido Socialista Obrero; en 1883 se hizo funcionario público.—159.

Velarde, José María: general español, capitán general de Cataluña de abril a septiembre de 1873.—121.

Víctor Manuel II (1820-1878): rey de Cerdeña de 1849 a 1861 y rey de Italia desde 1861 hasta 1878.—41.

Vichard, Pablo: figura destacada del movimiento obrero francés; participó en la Comuna de París y fue delegado de la sección francesa en Londres al Congreso de La Haya de la Internacional (1872).—89.

Viñas García, José: estudiante de Medicina, anarquista español, uno de los organizadores de la Alianza en España en 1868; participó en los acontecimientos revolucionarios de 1873.—118.

Vollmar, Jorge Enrique (1850-1922): uno de los líderes del ala oportunista y reformista de la socialdemocracia alemana; repetidas veces fue elegido diputado al Reichstag de Alemania y al Landstag de Baviera; socialchovinista durante la primera guerra mundial.—208, 209, 237.

W

Walter: véase Van-Heddeghem.

Z

Zasúlich, V. I. (1849-1919): destacada militante del movimiento populista y socialdemócrata en Rusia; menchevique después del II Congreso del POSDR (1903).—239, 240.

INDICE DE MATERIAS

A

Alianza Internacional de la Democracia Socialista—29, 36, 55, 56, 60, 62-64, 68, 89-106, 112-130, 140, 141, 142, 149, 180.
Véase también: Bakuninismo, bakuninistas.

Anarquismo, Anarquistas—27, 60, 68, 71, 79, 90, 97, 101, 105, 107, 109, 111, 112, 130, 138, 139, 142, 143, 144, 150, 162, 163, 167.
— característica general—7-11, 56, 109, 158, 162, 173, 174, 194, 230, 232, 239-240, 241-242, 277-278, 295-297, 308.
— crítica de sus concepciones políticas, económicas y sociológicas—56, 93, 173-174, 187-188, 190-191, 223-224, 247, 249, 256, 262.
— crítica de sus concepciones acerca del Estado—7-9, 25, 27-29, 51-53, 56, 77, 78, 87, 91-95, 112, 114, 130, 134-138, 155, 160, 167, 247-248, 249, 252-253, 255, 262, 263-271, 272-276.
— su negación de la necesidad de la lucha política de la clase obrera—77-79, 82, 144, 147, 150, 152, 158, 162, 163, 169, 174, 190-191, 193-195.
— aventurerismo de su táctica—27-28, 55, 94, 101, 122, 123, 147, 152, 169, 187-188, 194-195, 206-207, 208-211, 219, 220, 221, 275-276.
— su actitud ante el parlamentarismo—184-185, 188, 191, 196, 213-214, 215-216, 223, 228-229, 259-260, 287.
— su actitud ante las guerras—208-211, 243.
— su socialchovinismo durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918—243, 246, 291.
— en el movimiento obrero de Europa Occidental—109, 194, 221-222, 284-285, 291, 292, 308-309, 330-331.
— en Alemania—8, 159-160, 221, 234, 236-237, 238.
— en América—109.
— en Austria—158, 221.
— en Bélgica—147.
— en España—109, 111, 112, 146, 147, 149, 158.
— en Francia—158, 246.
— en Italia—107, 146, 147, 151.
— en Polonia—206-207.

— en Rusia—192-195, 196, 197, 296-297.
— en Suiza—68, 146, 148, 152, 158.
— grupo anarquista de Most—159-161, 221, 237.
— grupo semianarquista de los "jóvenes"—237.
— lucha contra los anarquistas dentro de la II Internacional—168, 194.
Véase también: Anarcosindicalismo; Autoridad; Bakuninismo, bakuninistas; Alianza Internacional de la Democracia Socialista; Proudhonismo, proudhonianos.
Asociación Internacional de los Trabajadores—véase I Internacional.
Anarcosindicalismo — 197-198, 200, 201-203, 230, 232-233, 234, 244, 259, 277-278, 282, 283, 287, 303, 310-311, 312-314, 315-316, 317-320, 321-329.
Autoridad
— de los dirigentes—39, 265.
— de la mayoría respecto a la minoría—44, 52, 173.
— crítica de las concepciones antiautoritarias de los bakuninistas y los proudhonianos—23, 27, 39, 44, 49, 52, 60, 62, 68, 84-88, 101, 104, 105, 107, 112, 142, 263-267.

B

Bakuninismo, bakuninistas—71, 111, 123-124, 125, 132-138, 163, 173.
— característica general—25-26, 27, 28, 36-37, 45, 51-52, 56, 68, 90-96, 104-106, 112, 130-131, 134, 162, 163, 167.
— raíces sociales—89, 106, 140, 141, 145.
— crítica de su actitud ante el Estado—26, 27-28, 51, 52, 56, 91-95, 96, 104, 112, 113, 114, 117, 118, 130, 134-138, 141, 142.
— negación de "la autoridad"—27, 39, 44, 49, 52, 60, 62, 68, 101, 103, 107, 112, 142.
— negación de la lucha política del proletariado y del partido proletario—26, 27, 31, 36, 52, 53, 57, 63, 66, 113, 114, 115, 116, 121, 130, 135, 141-142, 146, 147, 179-185.
— concepciones económicas—25-26, 28, 51, 93-94-133, 141.
— aventurerismo de su táctica—25, 27-28, 56, 90, 96-100, 101, 105, 115, 120, 121, 123, 124, 128, 130, 131, 133-134, 146.
— actitud ante las huelgas—69, 115-116, 117, 118, 124.
— su noción de la sociedad futura—44, 52, 53, 79, 93-95, 102-104.
— actividad desorganizada en el movimiento obrero—25-26, 28-30, 36, 39-48, 49, 51, 57, 60-61, 62-63, 68, 90-91, 93, 104-106, 107, 112, 140, 143, 146, 160.
— alianza con los elementos hostiles a la clase obrera—130.
— en Bélgica—36, 108, 146, 147.
— en España—36, 52, 111, 112, 131, 142, 146, 147, 149, 175-176, 179-184.
— en Francia—29.
— en Italia—36, 52, 140-145, 146, 147.
— en Rusia—96-104.

— en Suiza—29, 36, 41-42, 45-47, 63, 68, 142-143, 146, 147.
— táctica de la lucha de Marx y Engels contra el bakuninismo—27-30, 90.
— bancarrota del bakuninismo en el movimiento obrero—89, 106, 130-131, 160, 168, 174.
Véase también: Alianza Internacional de la Democracia Socialista; Fraseología revolucionaria.
Blanquismo, blanquistas—72, 251-252, 263.
Bolchevismo, su lucha contra el oportunismo de derecha y el revolucionarismo pequeñoburgués—201, 203, 295-303.

C

Campesinado—9, 25, 76, 132-133, 134, 153, 251-252, 280-281, 322.
Clases y lucha de clase—7, 23, 26, 31, 34, 37, 56, 65, 72, 73-74, 93, 132, 134, 137, 143, 160, 173, 235, 236, 245, 263-265, 274, 322, 323.
Clase obrera
— antagonismo de clase entre el proletariado y la burguesía—9, 37, 132, 323-324.
— su papel histórico-universal—137, 155, 156, 164, 231, 280-281.
— su lucha económica y política—34, 66, 67, 72, 79, 80, 113, 141, 142, 144, 147, 148-149, 152, 160, 285.
— necesidad de organizar a la clase obrera en un partido político independiente—31, 34, 37, 65, 74, 144, 152, 168, 241-242, 288, 312-313, 318-319.
— su internacionalismo—68, 148, 153-154.
— y el campesinado—132-133, 153, 251-252, 280-281, 322.
Comunismo (formación socioeconómica)
— definición, principios—254-255.
— socialismo (primera fase del comunismo)—254, 278.
— previsión científica de los rasgos peculiares de la sociedad futura—56, 87, 93, 135, 155-156.
— necesidad de la revolución proletaria—51, 65, 85, 87, 133, 160, 265, 273-275.
— necesidad de la dictadura del proletariado—72, 247-248, 264-265, 273-275, 279-281.
— período de transición del capitalismo al comunismo—247-248, 249, 252, 254-255, 265, 280, 287, 291.
— abolición de la propiedad privada; la propiedad social de los medios de producción—51, 137, 155-156, 164, 249, 254, 263.
— propiedad social de la tierra—133.
— supresión de las diferencias de clase, la sociedad sin clases—9, 20, 31, 34, 56, 65, 72, 93, 134, 137, 139, 155-156, 264-265, 274, 322, 323.
— extinción del Estado—7, 20, 56, 72, 87, 93, 135, 139, 155-156, 160, 248, 256, 263-271, 274.
— y el Estado—137, 139, 160, 247-248, 249, 252, 255, 263-271.
— transformación del Estado en una asociación—26.
— y la libertad—156.

"Comunismo cuartelero"—102-103.
Comunistas de "izquierda"—298-299, 300-301.
Comuna de París—31, 41, 46, 50, 72, 87, 104, 123, 139, 146, 160, 163, 173, 202, 206, 249-250, 251-252, 255, 256, 259-263, 269, 270, 272-273, 274, 276, 285.
Compromisos en política—298-303.
Congreso Socialista Internacional de Gante (1877)—148, 150.
Control obrero—277-278.

D

Democracia burguesa—234-235, 279-280, 284, 292-293.
Democracia proletaria—255-256, 281.
Dictadura del proletariado—31, 37, 65, 66, 72, 74, 78, 134, 155, 160, 164, 247-248, 250, 262, 263, 264-265, 274-275, 279-281, 291-294, 308.
Doctrinarismo, Doctrinarios—69, 79, 149, 152, 304, 305-306.
Dogmatismo—96, 147, 149.

E

Estado—
— su esencia de clase y su papel en la sociedad—51, 155-156, 160, 277.
— necesidad de destruir la máquina estatal burguesa—250, 260-263, 270, 274-276.
— su necesidad en el período de transición del capitalismo al socialismo, modificación de sus funciones—247-248, 249, 252, 255, 260-271, 274.
— condiciones de su desaparición—7, 20, 28, 51, 56, 72, 87, 93, 135, 139, 155-156, 160, 248, 256, 263-271, 274-276.
— crítica del anarquismo sobre el Estado—7-9, 25, 27-28, 51-53, 56, 77, 78, 87, 91-95, 112, 114, 130, 134-138, 142, 156, 160-161, 247-248, 249, 252-253, 255, 262-263, 263-270, 271, 276.
— crítica de la consigna del "Estado popular libre"—137, 139, 156, 269-271.
— crítica de las concepciones oportunistas de derecha sobre el Estado—260-263, 267-276, 285, 298.
España, insurrección de 1873—109-131, 149, 175-176, 179-184.

F

Fraseología revolucionaria—8, 39, 112, 126, 131, 140, 141, 152, 209, 221.

H

Huelgas y lucha huelguística—115-116, 117, 118-119, 124, 151, 202, 210-211, 219.

I

I Internacional, Asociación Internacional de los Trabajadores—26, 51, 52, 53, 56, 62, 72, 89-106, 113, 115, 148, 154, 164, 173.
— documentos programáticos, su carácter ("Manifiesto Inaugural" y "Estatutos")—28, 33, 34, 35, 65, 66, 89.
— principios de organización—28, 29, 35, 42-45, 55-56, 58, 63, 65, 96, 106.

— lucha por la unidad del proletariado internacional—28-29, 58, 63, 96, 104.
— lucha económica y política del proletariado—31-32, 33-34, 37, 57, 65, 66, 67.
— y cuestión nacional—21.
— lucha contra los proudhonianos y el proudhonismo—21, 35. (véase también Proudhonismo, proudhonianos).
— lucha contra los bakuninistas y el bakuninismo—28-30, 36, 37, 41-48, 55, 56, 57, 62-64, 66, 68, 104-106, 115, 160, 168. (véase también Bakuninismo, bakuninistas).
— lucha contra el sectarismo—35-36, 46, 54-56.
— Congreso de Ginebra (1866)—23, 24.
— Congreso de Lausana—33.
— Congreso de Basilea (1869)—39, 43, 45, 49, 53.
— Conferencia de Londres (1871)—31-32, 33-34, 42, 55, 59, 62, 65, 66.
— Congreso de La Haya (1872)—64, 65 66, 89, 106, 112, 146, 161, 168, 272.
— Congreso de Ginebra (1873)—112.
— en Alemania—59.
— en Bélgica—146.
— en Dinamarca—59.
— en España—41, 42, 68, 91, 112, 113, 114-115, 118, 121, 126, 131, 149.
— en los EE.UU.—33, 37, 59.
— en Francia—29, 42, 59.
— en Holanda—59.
— en Hungría—59.
— en Inglaterra—59.
— en Irlanda—59.
— en Italia—21, 30, 42, 59, 68, 143-145.
— en Nueva Zelanda—59.
— en Portugal—59, 150.
— en Rusia—59, 90.
— en Suiza—29, 41-42, 46-47, 59, 68.
II Internacional—
— tergiversación por sus líderes de la doctrina marxista del Estado y de la dictadura del proletariado—254, 255, 264, 267-276.
— su bancarrota, paso de sus líderes a las posiciones socialchovinistas, escisión en sus partidos durante la guerra imperialista mundial de 1914-1918—243, 257, 258, 271, 291-294, 303, 304.
— Congreso de Bruselas (1891)—168.
— Congreso de Stuttgart (1907)—200, 208, 243.
— Congreso de Copenhague (1910)—243.
— Congreso de Basilea (1913)—243.
— y los anarquistas—168, 194, 267-268, 291, 298.
III Internacional—véase Internacional Comunista.
Internacional Comunista — 284, 292, 303-306, 307-309, 313, 318, 330-331.
Internacionalismo proletario—68, 148, 153-154.

L

Libertad (política)—7, 32, 82, 150, 153.
Liga de la Paz y la Libertad—51, 90.
Liquidacionismo—239-242.

M

Movimiento obrero y socialista—148, 153-154, 163, 164, 168.
— en Alemania—7-11, 36, 43, 54, 72-73, 74, 104, 119,

125, 141, 142, 144, 146-147, 152, 165-166, 204, 236-238, 285-286, 293-294, 297-298, 303, 330-331.
— en Austria—152, 153.
— en Bélgica—73, 108, 116, 144, 146, 147, 148, 149, 151-152, 163, 204.
— en Dinamarca—57, 152, 153.
— en España—71, 113, 114, 115, 117, 118-119, 120, 122, 126, 140, 146, 147, 149, 163.
— en los EE.UU.—33, 66, 77, 159.
— en Francia—10, 20, 21, 27, 35, 36, 38, 54, 71, 116, 141, 163, 204, 246, 293-294, 303, 313-314.
— en Holanda—67.
— en Hungría—152, 153.
— en Inglaterra—21-22, 23, 33, 66, 77, 79-80, 116, 141, 204, 284-290, 294, 303.
— en Italia—21, 71, 140-145, 147, 150, 152, 163, 204, 303.
— en Polonia—206-207.
— en Portugal—150, 152.
— en Rusia—96.
— en Servia—153.
— en Suiza—147, 152.
Véase también: I Internacional; II Internacional; Internacional Comunista.
Mutualismo—21, 35, 80, 82.

O

Oportunismo de "izquierda" en el movimiento obrero y revolucionario. — 204-205, 295-306.
Oportunismo de derecha—200, 201-203, 204-205, 209, 220, 230-235, 243, 249, 251, 256, 257-258, 259-263, 271-276, 286, 288, 294, 298, 301-302, 305.
Otzovismo, otzovistas—212-216, 223-229, 298-300.

P

Parlamentarismo
— esencia del parlamentarismo—259-260, 284, 287.
— utilización del parlamento por la clase obrera—114-115, 130, 142, 146-147, 175-176, 177-185, 186-189, 196, 212-216, 223-229, 236-238, 260, 284-290, 292, 299-300, 302, 307-308.
— táctica parlamentaria del bolchevismo — 212-216, 223-229, 284-290, 299-300.
— táctica oportunista parlamentaria de los partidos de la II Internacional—200, 201-202, 243, 259, 293.
Partido proletario—31.
— necesidad de organizar a la clase obrera en un partido político independiente—31, 34, 37, 65, 74, 144, 152, 168, 241-242, 288, 312-313, 318-319.
— disciplina de partido—45.
Paz de Brest—298, 300-303.
Política—12, 77-80, 116-149.
— necesidad de la lucha política de la clase obrera—10, 26, 31, 37, 52, 65, 66, 72, 74, 77-83, 113, 114, 141, 142, 144, 147-148.
Proletariado—véase La clase obrera.
Proudhonismo, proudhonianos—28, 36, 108, 137, 162, 163-166, 167, 174.
— característica general—12-20, 23-24, 163, 165.
— sus fuentes sociales—23, 74-75, 76, 163-166.
— programa económico—13-18, 23, 71-73, 75-76, 77, 81-82, 163, 165.
— y el Estado—8, 12, 13-14, 18, 19-20, 21, 23, 27, 77, 78, 167, 260-263.
— actitud ante la lucha política y económica del proletariado y del partido proletario—23, 36, 74, 77-83, 147, 151.
— negación de "las autoridades"—23, 84-88.
— y la cuestión nacional—21.

R

Revolución—31, 49, 73, 87, 92, 133-134, 266-267, 280-281, 287, 305-306.
La Revolución Socialista de Octubre de 1917 en Rusia; significado de su experiencia—279-280, 281, 287, 292, 296.
Revolución burguesa—175-176, 177-184, 189-191, 221, 251.
La revolución democrática burguesa de 1905-1907 en Rusia; significado de su experiencia—202, 206-207, 249, 250, 287, 296.
Revolución socialista (proletaria)—34, 65, 67, 85, 87, 133-134, 156, 160, 256-257, 268, 271-272, 273-275, 277, 280, 87.
Revolucionarismo pequeñoburgués—295-298, 308.
Revisionismo—204-205, 230-235.

S

Sectarismo (en el movimiento obrero y socialista)—27-30, 35-36, 37, 46, 54-56, 71, 79, 90, 140, 142, 143, 146, 148, 149, 158, 163.
Sindicatos—26, 69, 78, 79, 134, 150, 168.
— lucha contra el anarcosindicalismo en el seno de ellos — 201-203, 310-311, 312-314, 315-316, 317-320, 321-322.
Socialismo (definición)—165, 254, 278.
Socialismo (teorías y corrientes)
— reaccionario—9.
— pequeñoburgués—9, 23, 74-76, 84, 165.
— burgués—9, 165.
— utópico—21, 23, 25, 54 79, 136.
— científico—72-73, 136, 156-157.
Socialismo de cátedra—165.
Socialistas-revolucionarios (eseristas)—189-190, 199-200, 203, 278, 296-297, 300, 303.
Soviets
— su papel histórico—256, 284-289, 292-294.
— como forma de la dictadura del proletariado—281, 287.
Stirnerismo—8-10, 18, 21, 138, 162, 167, 173.

U

Ultimatismo, ultimatistas—212-216, 227-229.

V

Voluntarismo—134.